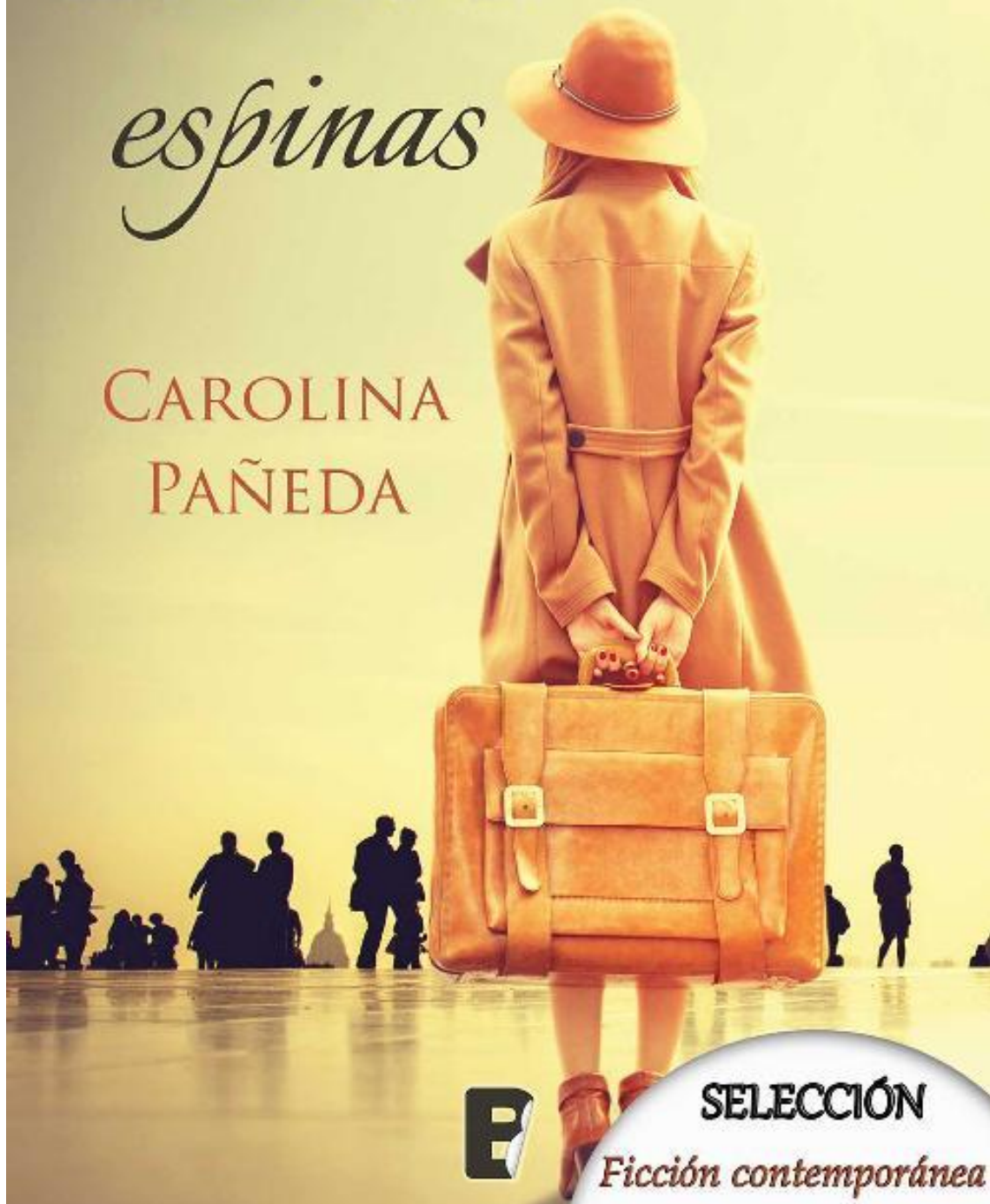


El bote de espinas

CAROLINA
PAÑEDA



E

SELECCIÓN

Ficción contemporánea

EL BOTE DE ESPINAS

Carolina Pañeda



Cuando Noelia es una estudiante universitaria conoce a Yusuf, un chico turco con el que comienza una relación de amistad. Pronto se hace palpable el choque de culturas, y a pesar de que sienten un interés mutuo, parece que la distancia y la forma diferente de entender la vida van a prevalecer sobre sus sentimientos. Sin embargo, cuando Noelia finaliza los estudios universitarios, se siente pérdida tanto a nivel laboral como personal y decide probar suerte en Estambul, donde se reúne con su amigo. Empiezan entonces una relación que se verá condicionada por las fuertes diferencias culturales y los diferentes principios, ideas y creencias de ambos.

Noelia vivirá casi dos décadas en Turquía; tiempo en el que aprenderá una nueva realidad y costumbres, madurará y trabajará. Hasta que, finalmente, un acontecimiento inesperado la hará regresar...

1.^a edición: enero, 2017

© 2017 by Carolina Pañeda

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-643-9

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Elif y Göksel

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Cuarta parte](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Epílogo](#)

Promoción

Prólogo

El cielo estaba despejado, así que pude disfrutar de la vista aérea de Madrid cuando el avión comenzó el descenso. No fue hasta ese momento cuando me di cuenta de cuánto la había echado de menos. Fue curioso. Era la misma sensación que me producían mis piernas después de haberlas tenido encogidas durante horas mientras estaba sentada en la butaca de mi salita corrigiendo redacciones. Mis piernas no se quejaban entonces, solo lo hacían cuando me levantaba. Cuando por fin me movía, sentía un dolor agudo y necesitaba algunos minutos para reponerme. Eso es lo que me había ocurrido con Madrid y con mi antigua vida. Los había ignorado completamente, ocultándolos bajo la rutina del día a día, y, en ese momento en el que los necesitaba de vuelta, cuando faltaban veinte minutos escasos para poner los pies de nuevo allí, todos los sentimientos, dudas y vivencias que un día enterré resurgieron a la superficie.

El problema era que, por supuesto, nada iba a estar como lo dejé. Ni respecto a Madrid, ni respecto a mi vida. Habían pasado dieciocho años, de modo que era ingenuo, por no decir estúpido, esperar que alguno de mis amigos siguiera teniendo mi nombre en su agenda.

Aparté la vista de la ventanilla, cerré los ojos y respiré profundamente en un intento de aplacar los nervios y proveerme de coraje al mismo tiempo. No quería que Sahra se percatase de que no había plan B, ni tampoco plan A, de que todo el plan se reducía a salir de allí y refugiarnos en Madrid.

Ella siempre había confiado en mí y me tenía por una especie de hada madrina salvadora; y yo quería, necesitaba, que ella siguiera creyendo que yo tenía el mundo bajo control, que podía encarar cualquier adversidad y que todo nos iría bien. Necesitaba que, al menos, una de las dos lo creyese.

Cuando volví a abrir los ojos, Sahra estaba inclinada hacia delante, escudriñando la ciudad desde el aire con su mirada curiosa e inquieta. Le sonreí porque, a pesar de todo, o quizá a causa de todo, estábamos las dos allí, juntas. Pero ella no me devolvió la sonrisa. Me respondió con una mirada de total incomprensión y me formuló la pregunta que llevaba esperando que me hiciera desde hacía dieciocho años.

— ¿Por qué? No lo entiendo, ¿por qué te fuiste de aquí?

Primera parte

Capítulo 1

Era imposible estudiar con aquel calor. El aire acondicionado de la biblioteca de la Complutense, facultad de letras, estaba estropeado por enésima vez. Como contrapartida, el murmullo monótono de decenas de folios siendo agitados para levantar aire me era muy propicio para concentrarme.

Era junio, los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina, y, como siempre por estas fechas, mis amigos y yo hacíamos jornada intensiva de estudio en la biblioteca de la universidad.

Era mi último año de carrera, me lo estaba tomando muy en serio, no quería, ni por asomo, tener que volver a pisar aquel edificio en septiembre, aunque saber que existía esa segunda convocatoria siempre era tranquilizador.

A pesar de que yo estaba metida en mi burbuja, intentando que mis neuronas asimilasen el contexto histórico en el que malvivían los autores del siglo XVIII, era consciente de que mis dos eternos compañeros, Ana y Miguel, ya habían rebasado su límite de saturación y que su tiempo se iba más en cuchichear, darse codazos y mirar en derredor que en estudiar.

No me sorprendió que me propusieran adelantar el descanso habitual de media tarde, aunque eso afearía la gráfica de Miguel. Mi compañero llevaba un registro meticuloso de las horas a las que empezábamos cada día a estudiar, cuándo terminábamos, a qué hora hacíamos los descansos y su duración. Después, reflejaba estos datos en gráficos y, sin duda, el adelanto de ese día iba a provocar una columna demasiado baja. No me preguntéis porqué lo hacía, nunca lo supe. Y no, él no estudiaba estadística, estudiaba filología, como yo, pero inglesa en lugar de hispánica.

Acepté la propuesta del descanso porque un café no me venía nada mal. El hecho de que, en términos relativos, la cafetería estuviera más concurrida que la biblioteca no era algo inesperado. Pedimos nuestros cafés para llevar, salimos al exterior y nos dirigimos a la fachada este de la universidad en busca de sombra. Ana y yo nos sentamos en el bordillo de la acera, mientras que Miguel se quedó de pie frente a nosotras.

—¿Qué tal lo llevas? —me preguntó Miguel.

—Todavía no he mirado nada de la parte de poesía. No sé si me va a dar tiempo. Aguirre se suele portar en los exámenes, pero como pregunte algo de la Edad Media, no apruebo ni de coña.

—Bueno, todavía quedan diez días hasta que empiecen —dijo Ana—. Si vas a mantener el nivel de concentración que tienes hoy, sí te dará tiempo. Ni te has enterado de que el tío que está en la mesa de enfrente no te ha quitado ojo.

—¿Qué?

Miré a Miguel para que me corroborara si aquellas palabras tenían un mínimo de respaldo por parte de la realidad. Si hubiera dado crédito a Ana cada vez que decía algo así, más me habría valido crear un club para mis fans, de modo que resultara manejable administrar todo su interés por mí. Claro que tal cosa solo existía en la imaginación de mi amiga.

Miguel reaccionó con un leve encogimiento de hombros, palmas de las manos hacia arriba, labios apretados y estirados y un ligero levantamiento de cejas. Eso significaba que la historia tenía su base de realidad y que no se hacía responsable de los adornos que Ana pudiese añadir.

Con movimientos pausados, extraje un paquete de chicles del bolso y les ofrecí con un gesto. Ambos aceptaron y, mientras tanto, yo hacía una bolita con el envoltorio del mío, fijando mi vista totalmente en esa tarea para hacer creer que la respuesta a la pregunta que estaba a punto de formular no me importaba nada en absoluto.

—¿Quién es?

—Me suena de haberlo visto por la universidad, pero no lo conozco. Creo que es un Erasmus, lo vi en la fiesta de enfermería —explicó Miguel.

Me extrañó la respuesta de Miguel porque la fiesta de enfermería había tenido lugar a principios de enero, y la memoria de mi amigo tenía una fiabilidad de tres días y un margen todavía menor si consideramos las circunstancias: una fiesta y que lo que estaba recordando era un chico en particular. Si estuviéramos hablando de que se acordaba de una estudiante sueca, rubia, de metro ochenta, le podría haber dado algún crédito, pero no en este caso.

—¿Pero está en filología? —inquirí.

—No. Hemos visto que está estudiando algo de ciencias. Enfermería o medicina, ¿veterinaria tal vez?

—Entonces, ¿qué hace en nuestra facultad?

Mi pregunta estaba lejos de ser retórica, pero no obtuvo respuesta, al menos, no verbal. Mis compañeros sostuvieron bandejas imaginarias y me sonrieron, dándome a entender que si aquel chico extraño del que nunca había oído hablar ni en el cual había reparado estaba estudiando en tal horno infernal que era la

biblioteca de la facultad de letras, era por mí. Su teoría me provocó una sonora carcajada. Por eso eran mis amigos, porque siempre me reía con ellos.

Nos olvidamos del asunto y continuamos hablando de otros temas, pero cuando volvimos a entrar en la sala de estudio, no pude evitar fijarme en la gente que trabajaba en las mesas que rodeaban la nuestra en un intento de identificar al que *no me había quitado ojo*. En esa época, la biblioteca estaba a rebosar, había mucha gente, y no pude detectar a nadie especialmente interesado en mí mientras cruzaba aquel particular mar.

Me senté en mi sitio, puse en orden mis apuntes y cuando levanté la vista un momento, supe a qué se referían mis amigos.

Mis ojos se cruzaron con otro par de ojos oscuros que estaban puestos en mí. El chico en cuestión ocupaba el sitio opuesto al mío, en la mesa de enfrente. No mantuve la mirada, la bajé enseguida, pero tuve el tiempo suficiente para adquirir bastante información. Chico moreno, pelo cortado a cepillo, barba perfectamente arreglada, ojos oscuros, espalda ancha, manos grandes y francas, algo mayor que yo, o quizá me equivocase, dado que tenía tendencia a pensar que todo el mundo era mayor que yo, y un auténtico demente. Debía de estarlo para llevar camisa y no estar asfixiado.

Ana presencié toda la escena (si es que podemos considerar que llegaba a la categoría de escena) y me dio un codazo, mostrándome una sonrisa de oreja a oreja. Yo me volví hacia ella esperando que el chico no siguiera con su atención puesta en nosotras. Si Ana estuviera leyendo esto, me tacharía de modesta y corregiría ese «nosotras» por un «mí».

Me di cuenta de que, en realidad, mi compañera no quería decirme nada, solo que reconociera que lo que me había dicho durante el descanso era cierto.

En aquel momento, aterrizó delante de nosotras un folio de los apuntes de Miguel. Leímos a la vez la nota que nos había escrito. Nos decía que, tal vez, el chico no paraba de mirarme porque, a lo mejor, había confundido mi cara con alguna fugitiva internacional o porque era la viva imagen de su pariente muerta trágicamente en un misterioso incendio en la vivienda familiar diez años atrás. Lo había visto montones de veces en películas y le parecía perfectamente factible. Miguel y sus películas. Cuando acabamos de leer sus teorías de la conspiración, le dirigimos nuestra mirada de «piérdete», en este caso de «ponte a estudiar», y le devolvimos su folio de malos modos.

Ana me susurró con un tono cómplice:

— ¿Has visto el gesto que tiene cuando muerde el *boli*?

Y a partir de ahí, fue echar a perder la tarde. Es curioso cómo el cerebro puede desdoblarse para hacer dos actividades de forma paralela y perfecta. Por un lado, leía con una ejecución precisa mis apuntes, y por otro, estaba pendiente de mis propios gestos y movimientos por si seguía siendo observada. Lástima que la lectura fuese una acción tan automática y no estuviera asimilando ni una sola palabra que pasaba delante de mis ojos.

Capítulo 2

No era un Erasmus. Era un chico turco, tres años mayor que yo, que había conseguido una beca para terminar su máster en Madrid. Mis amigos acertaron en algo, ciencias.

Había estudiado medicina y trabajaba como lo equivalente al MIR en un hospital de Estambul. Al mismo tiempo, hacía un máster de medicina interna y había conseguido una beca semestral para venir a España a hacer la tesina. Una beca que estaba a punto de llegar a su fin.

Todo esto nos lo contó él mismo durante aquellos días de junio en los que pasábamos más tiempo en la universidad que en nuestras casas.

Después de aquel primer día en que supimos de la existencia de Yusuf, creo que no os lo había dicho hasta ahora, pero su nombre era Yusuf, empezó a sentarse con nosotros. Entablamos conversación de un modo natural, ni siquiera recuerdo cómo, me imagino que ofreciendo un chicle o pidiendo prestado el tñpex. Y antes de que nos diéramos cuenta, salía a hacer los descansos con nosotros.

En esos ratos fue cuando nos contó su vida. Lo intentó inicialmente en un español muy rudimentario y con un acento terrible que, para descifrarlo, necesitaba que, por lo menos, tres de cada cuatro palabras fuesen subtituladas. Por eso sugerimos pasar al inglés. Un inglés no muy ortodoxo, llamémoslo, de forma benévola, inglés internacional, que a partir de entonces ya siempre fue el nuestro.

En ningún momento permití que la estructura del grupo cambiara. Éramos el núcleo de tres amigos más invitado esporádico. Yo no era tan idiota como para pasar por alto que Yusuf tenía un interés especial por mí. Solía intentar llevarme a un aparte para que las conversaciones fuesen solo cosa de dos, se sentaba a mi lado en la biblioteca, no dejaba de tocar las pulseras que yo dejaba encima de la mesa, y todos los días compraba las golosinas que me encantaba mordisquear mientras buscaba figuras literarias escondidas en los comentarios de texto y contaba las sílabas de los poemas. Nunca dijo que fueran para mí, se limitaba a dejar la bolsa abierta entre sus libros y mis apuntes, pero nunca lo vi comer ni una sola.

Pero precisamente porque yo no era idiota, no me di por aludida. No iba a dejar que una tontería de primavera me despistase de los exámenes finales. Con un poco de suerte, Finales, con mayúscula. Y menos por un tío que en quince

días iba a estar de vuelta en su país y que no se iba a volver a acordar ni de mi nombre.

Lo más curioso de todo esto era que yo, en ningún momento, me planteé si él me gustaba, si me atraía o si tenía algún interés por él. Simplemente había decidido que «no» en un nivel de toma de decisiones superficial sin haber hecho ningún análisis más profundo. Por eso, cuando días después me permití echar una ojeada al fondo, me asombré.

No comenté esto demasiado con mis amigos. Principalmente porque, durante esos días, compartíamos nuestros escasos ratos de esparcimiento con Yusuf y porque me pareció que asumieron que el chico no me interesaba de un modo especial.

Respaldaron mi estrategia de no cambiar la estructura del grupo, pero no perdían oportunidad para lanzar dardos envenenados, aunque eso solo lo hacían por diversión. Claro que, a mí, sus motivos no me resultaban atenuantes para dejar de desear estrangularlos con mis propias manos cada vez que lo hacían.

Capítulo 3

Cuando entregas la hoja del último examen de junio, te invade una sensación maravillosa. Efímera, pero maravillosa. Es un microsegundo en el que te da igual haber aprobado o suspendido, en el que te sientes más ligero que el aire. Solo ves delante de ti todo ese tiempo libre para el que tenías pensadas decenas de ideas productivas e ingeniosas sobre cómo llenar y ya no se te ocurre nada.

Ana todavía no había terminado su particular vía crucis y fui a verla a la biblioteca, ya a medio gas. Me sorprendió ver a Yusuf sentado a su lado. Llevaba unos días sin reunirse con nosotros porque había tenido prácticas en el laboratorio. Les pregunté que si les apetecía salir un rato, y la negativa de Ana me dio que pensar. Era bastante evidente que quería dejarnos solos, pero mi duda era si ellos dos habían hablado a mis espaldas sobre los sentimientos de Yusuf hacia mí. Si fuera así, Ana podría irse preparando para una buena bronca por no haberme informado al detalle de cada palabra de esa conversación.

Nos sentamos en las escaleras que daban acceso a la delegación de alumnos, y Yusuf me preguntó cómo me había ido en mi último examen. Estuvimos hablando de nuestros estudios, aunque esquivé diplomáticamente su tentativa de preguntar sobre mis planes de futuro porque la total ausencia de estos me resultaba vergonzante.

Fue el primer momento que yo llamaría íntimo que tuvimos. Solos los dos, hablando en confianza. Hubo un punto de inflexión. Lo supe porque no podía haber otra explicación para el nerviosismo que sentía en el estómago ni para el ligero y bochornoso temblor de voz que experimentaba cada vez que decía algo. Tampoco entendía por qué le estaba hablando a mis sandalias en lugar de al chico que estaba sentado en un escalón por debajo y que no apartaba los ojos de mí.

Me había liberado de la presión de los exámenes finales y ya tenía de nuevo total libertad para centrarme en aspectos triviales como, por ejemplo, atender a lo que me estaba sucediendo a nivel emocional.

Llevaba días viendo a Yusuf y, por supuesto, me había percatado de que era atractivo, de que tenía una sonrisa cautivadora, unos ojos oscuros enormes y una espalda de atleta; de que era muy atento, amable, detallista, inteligente y con un sentido del humor muy agudo, y, por qué no decirlo también, era

médico. Pero, de algún modo, yo había sido inmune a todo esto y fui consciente de que acababa de perder esa inmunidad.

A Yusuf le quedaban tres días en Madrid. Me contó que había empezado a recoger sus cosas, que eran tantas que no podía llevarlas todas consigo, debía empaquetarlas y enviarlas por mensajería. Me sorprendí a mí misma ofreciéndome a ayudarlo. No sé de dónde salió aquel impulso para decir «si quieres, puedo ayudarte. Ahora estoy completamente libre». Pero os aseguro que por mi córtex no pasó. Creo que él también se asombró por la propuesta, pero aceptó en cualquier caso.

Vivía en un piso compartido con otros estudiantes, en un barrio cercano al campus. Al atravesar el pasillo, vi que algunos estaban en el salón y oí que hablaban en alemán, pero no me los presentó. Fuimos directamente a su habitación, que ya estaba prácticamente desmantelada.

No vi ningún toque personal. Ni fotos en la pared, sin adornos, figuras ni muñecos. Nada. Simplemente una cama arrinconada, pulcramente hecha, junto a una mesilla con un reloj-despertador. Un escritorio bajo la ventana y, sobre este, un portátil encendido emitiendo una música que me sonaba de lo más extraña. No supe en qué género clasificarla. Un armario de un cuerpo y una estantería repleta de libros completaban el mobiliario. En el suelo, había varias cajas de cartón de tamaño medio. Un par de ellas, apilada la una sobre la otra, cerradas y apartadas, pero el resto abiertas y vacías.

Me ofreció tomar algo, cosa que rechacé, y nos quedamos de pie en medio de aquella habitación sin saber muy bien qué decir, sintiéndonos un poco estúpidos. Miré hacia los libros y los señalé, preguntando si era aquello de lo que debíamos ocuparnos. La respuesta era bastante evidente, pero se trataba de romper el hielo, y funcionó.

Nos pusimos manos a la obra y no nos llevó mucho tiempo dejar la estantería vacía y precintar las cajas. Me ofrecí a ayudarlo a llevarlas, aceptó, pero no nos movimos. Nos quedamos sentados en el suelo, las espaldas contra la pared, uno al lado del otro, tan cerca que nos rozábamos. La ventana estaba abierta, pero eso no ayudaba en nada a que entrase brisa fresca, solo más calor pastoso. Eso, y el ruido amortiguado del tráfico.

Estuvimos así, sumidos en una quietud y en un silencio relajante bastante rato. No tengo ni idea de qué pasaba por mi cabeza, mucho menos por la suya.

Cuando rompió el silencio, tuve una ligera idea de lo que me iba a decir, capté algunas palabras clave como *distancia* y *contacto*. Deduje que aquello iba de intercambiar teléfonos o promesas de escribir un correo electrónico semanal.

Pero ciertamente, todo ese asunto del futuro me interesaba muy poco, de modo que lo interrumpí.

Lo hice acercando mi cara lentamente a la suya y mirándolo a los ojos. Se calló de golpe. Incluso me atrevería a decir que por un segundo vi una expresión de terror. No pude comprobar si estaba en lo cierto porque ya estaba demasiado cerca. Lo suficiente como para cerrar los ojos y dejarme llevar.

Si hubo o no expresión de pánico por su parte, ya nunca lo sabré. Lo que sí sé es que me besaron los labios más dulces que he probado en mi vida. Un beso muy tierno que fue como a cámara lenta, con timidez y algo de torpeza mientras nos íbamos aprendiendo.

Si aquello tenía ese principio, quería conocer el resto de la historia. Por lo pronto, quería saber qué iba a hacer con sus manos, quizá ponérmelas detrás de la cabeza o tal vez acariciarme, pero no estaban conmigo, y yo no entendía por qué, cuando las mías hacía rato que ya adivinaban unos brazos musculosos bajo su camiseta.

Era la primera vez que me pasaba algo así. Normalmente, me ocurría al contrario. Lo achacué a la timidez, sin darle mayor importancia, asumiendo que antes o después entraría en acción. Sin dejar de besarnos, mis manos saltaron de los brazos al pecho, y de ahí fueron descendiendo hasta que la diestra agarró con firmeza la cintura de sus vaqueros.

Si yo estaba deseosa de que sus manos entraran en juego, lo conseguí en ese momento. Aunque no de la forma que yo esperaba. Su mano llegó apresurada hasta la mía para detenerme. La acción no dejaba lugar a dudas. Tomé un poco de distancia, y su expresión me confirmó lo que yo ya sabía, me estaba rechazando.

Me puse de pie precipitadamente, buscando mi bolso con la mirada. Lo localicé encima de la cama. Él se levantó torpemente a mi espalda. Empezó a deshacerse en disculpas, pero yo no quería oír ni una palabra, solo quería desaparecer de su vista.

—Si esperas un momento, por favor...

—No me tienes que dar explicaciones —le dije bruscamente mientras ponía tierra de por medio.

Salí de aquel piso intentando mantener la dignidad que me quedaba y con la firme determinación de borrar el breve paso que Yusuf había tenido por mi vida.

Capítulo 4

La firme determinación resultó no ser tan firme. No la mantuve ni veinticuatro horas. Yusuf me pidió que nos viéramos al día siguiente, y accedí. Podría decir que lo hice porque él estaba a punto de marcharse o porque tenía curiosidad por lo que tuviera que decirme. Incluso, si lo repetía mucho, podía hasta llegar a creerme esas excusas yo misma.

La realidad era que mis compuertas ya estaban abiertas del todo y había visto lo que había al otro lado. Un interés y una atracción mucho más profundos de lo que estaba dispuesta a reconocer ante nadie. Mucho menos ante él. Y allí estaba yo, en El Retiro, junto al puesto de alquiler de barcas, donde Yusuf me había citado. Estaba entretenida mirando a una pareja que remaba por un solo lado y que se movía en círculos, y no me percaté de la llegada de Yusuf por mi espalda.

Volvía a vestir formal, a pesar del calor. Solo lo había visto un poco más relajado respecto a su apariencia la víspera, en su piso.

Nunca habíamos llegado a alcanzar un mínimo nivel de confianza, pero después del episodio del día anterior, la incomodidad de los dos era total. Anduvimos unos minutos en silencio mientras buscábamos un lugar en el que hablar con tranquilidad. Nos sentamos en el césped, junto al tronco de un castaño que nos daba sombra.

Era obvio que no era fácil para él, pero no quiso andarse con rodeos y abordó directamente el tema. Estábamos sentados frente a frente, pero Yusuf no me hablaba a mí, lo hacía al vacío que había a mi espalda. Y no lo culpo. Si yo hubiera tenido que explicar a alguien lo que él me explicó aquella tarde, no sé cómo diablos lo habría hecho.

No me lo podía creer. Literalmente. De hecho, creí que lo que me dijo era una especie de broma para disipar la tensión y me reí. Pero él no se rió conmigo, lo cual me desconcertó. Incluso, creí percibir que se había sentido ofendido por mi reacción, lo cual me desconcertó más aún. ¿Estaba hablando en serio? Se percató de que iba a tener que repetírmelo y explicármelo más pausadamente.

—Mira, Noelia, es una cuestión de religión. No tenemos relaciones antes de casarnos. No es nada personal. Me gustas, y realmente me gustaría... —buscó las palabras adecuadas para terminar esta frase— ... tener algo contigo.

¿Y qué demonios significaba «algo» en su idioma vital? ¿Boda? Fue verdaderamente abrumador porque esas tres frases que hiló abrían un socavón aparentemente insalvable entre los dos. Lo que me dijo tenía muchas connotaciones diferentes, muy relevantes todas para ser abordadas, y yo no sabía por dónde empezar a replicar. Me sentí como si fuera la única dependiente de una tienda enorme y que de pronto entrasen quince personas a desvalijar al mismo tiempo. Solo puedes encararte con una a la vez, pero ni siquiera eres capaz de decir con cuál.

Por lo pronto, me lo creí. Lo de que era virgen digo. No veía a ningún tío de cierta edad confesando tal cosa si no fuera muy cierta. La opción opuesta, sin embargo, la encontraba mucho más factible.

—¿Por religión? Nuestra religión también dice algo de eso, pero nadie lo cumple ya —acerté a decir.

—¿Tú eres creyente?

Estaba bautizada y poseía algún que otro sacramento más, pero no era eso lo que Yusuf me estaba preguntando. No. No era creyente. Dios no tenía hueco en mi vida y tenía muy claro que era un invento de algunos para embaucar y doblegar a otras personas. ¿Y Yusuf se tragaba ese cuento? ¿En el siglo XXI? ¿Y obedecía las normas a pies juntillas? ¿Y a mí me gustaba un tío con esa mentalidad?

No me corté en darle mi respuesta. Pensé que podría sentirse ofendido, pero lejos de eso, vi cómo iba adquiriendo un aire de suficiencia y cierta condescendencia gracias al que me crecí. No sé en qué momento pasé del inglés al español, seguramente fue cuando me puse de pie. Esa discusión requería de toda mi riqueza léxica, que, además, era la de una licenciada en filología (¿lo era? ¡Oh, Dios! Si he aprobado todo, retiro lo dicho. Es broma, quería alardear un poco de mi dominio sobre los recursos lingüísticos). También subí el tono más de la cuenta porque me estaba enfureciendo que él no estuviera enervando. Es más, ¿era un conato de sonrisa aquella curva que formaban sus labios? Hasta que me di cuenta de que, probablemente, él no estuviese entendiendo ni una palabra y me callé en el acto. Dejé de apuntarlo con mi dedo acusador, me disculpé y me senté dócilmente, adoptando mi postura inicial.

—Me ha parecido entender que eres atea —dijo en un intento de relajar el ambiente para que pudiéramos dar continuidad a la conversación de una forma más normalizada.

—Sí, y tú... —no supe cómo terminar esa frase, así que la dejé en el aire, y él la completó por mí.

—Yo soy musulmán. Es parte de mi cultura y es parte de mí.

—Lo... lo entiendo. —¿Por qué tartamudeaba? ¿Y por qué decía que lo entendía si no lo comprendía en absoluto?—. Pero eso no significa que tengas que seguir todas las normas. No me refiero solo al tema del sexo —quería dejar claro que no estaba intentando hacerlo cambiar de opinión sobre acostarse conmigo, eso ya había quedado atrás—. Sino a todo en general.

—La religión es una cuestión de fe. Si crees, sigues las normas sin cuestionarlas. De lo contrario, no tiene sentido.

—Pero... —Qué indigesto era todo aquello—. Si hay algo que no te parece razonable...

Él sabía a dónde quería llegar yo y me evitó el esfuerzo de plantear mis explicaciones. Pero me hervía la sangre por su tranquilidad, su dominio de sí mismo y la total aceptación que mantenía sobre su postura.

—Noelia, si crees, aceptas.

Si debo valorar aquella tarde en un plano totalmente objetivo, en el que las emociones no entrasen en juego, diré que fue una tarde excepcional. Tuvimos una charla muy enriquecedora, un debate apasionante y vivo, y un intercambio de opiniones y conocimientos que ya quisieran muchas conferencias. También aprendí cosas nuevas y, por unas horas, contemplé a través de una ventanita una cultura diferente. Una cultura que iba a llegar a sufrir en mis propias carnes.

Sin embargo, si incluyo el plano emocional, la valoración cambia radicalmente. Si tuviera que resumirlo en una palabra, sería frustración. Era latente por todo mi cuerpo. No entendía cómo un chico joven, en nuestra época, podía hacer aquella argumentación sobre el no cuestionamiento de las normas. A mí me parecía muy peligroso, obediencia ciega; ¿no fue en base a ese principio por el que los nazis se habían cargado a millones de judíos? En fin, estoy segura de que la mayoría de la gente se consideraba a sí misma como una buena persona, pero se limitaba a seguir la corriente, no pararse a reflexionar y justificar las incoherencias.

A lo que Yusuf me respondía que a él nadie le había puesto una pistola en la cabeza y que sus normas no le hacían daño a nadie. Al parecer, al menos, aplicaba ese filtro; mientras no perjudicase a terceros, todo estaba bien. Pero no era suficiente para mí. ¿Por qué debía aceptar ciertas premisas o patrones de conducta que no fueran con él? Como beber alcohol o el propio sexo. La verdad es que el asunto de las relaciones sexuales era el mejor ejemplo, pero no quería parecer desesperada al respecto. Así que me quedé con el alcohol, que le daba

menos empaque a mi argumentario porque era malo en sí mismo, al contrario que el sexo, ¿cómo iba ser malo algo que se llama «hacer el amor»?

Bueno, centrémonos, alcohol. No es lo más sano del mundo, pero tampoco pasa nada por beber de vez en cuando, una cenita especial, un brindis en una boda... ¿Por qué privarse de probarlo, al menos, como experiencia vital? ¿Solo porque se le ocurrió a algún tipo hace siglos? Seguramente, el tipo en cuestión tuvo algún problema con el distribuidor de alcohol de la zona o con el tabernero de la aldea y quiso vengarse haciendo un *lobby* «vivir sin alcohol mola» o «los borrachos son unos perdedores» y hasta la fecha. Dudaba de que los libros de antropología lo contasen así, pero me parecía una teoría muy plausible.

Pero a Yusuf le daba igual. Para él, «si crees, cumples las normas sin cuestionarlas», y no había vuelta de hoja. El *cumplir las normas* era infranqueable, pero dependía totalmente del *creer*, de modo que no me pareció despreciable atacar ahí.

El éxito que obtuve fue idéntico. Según él, la religión lo hacía mejor persona. Si no, nada lo prevenía de convertirse en un alcohólico o en un fornicador desalmado. Y eso porque no llegamos a tocar el tema porcino, porque, de lo contrario, me podría haber afirmado sin pestañear que podría ser el causante de la extinción del cerdo en la tierra, cálculo hecho *grosso modo*.

También estaba el tema del cielo, por supuesto. En una escala de apetencia del cero al diez, la idea de pasar la eternidad ardiendo en el infierno la calificaba con un cero. Explicado con mis propias palabras.

Claro, ¿qué argumentas contra eso? Ese debate era como una pelea entre una persona que usa armas de la Edad Media y otra que se sirve de la última tecnología. Bueno, era exactamente eso. El problema era que yo era la que usaba última tecnología, y estaba perdiendo. ¿Qué conclusión deberíamos sacar de ello? Mmm, no lo tenía claro.

Yo me daba cabezazos contra la pared, la frustración que os comentaba. Pero había algo más. Era decepción. Y eso era muy curioso porque no me decepcionaba quien quería, sino quien podía. Las personas que no me importaban nada, de las que no esperaba nada, no podían decepcionarme. Solo un puñado de personas que estaban en mi círculo de confianza tenía esa capacidad. Eso fue algo que también aprendí aquella tarde. Le había permitido entrar en mi círculo en algún momento de nuestra breve existencia en común, y ese gilipollas tenía el poder de decepcionarme y no lo estaba desaprovechando.

Decepción. Uno de los peores sentimientos que he conocido en mi vida.

Y así nos despedimos. Al caer de una noche refrescante en El Retiro, cada uno por su lado. Caminos distintos como representación de nuestra relación que no podía ser. Porque nuestros cuerpos vivirían separados por cuatro mil kilómetros, y nuestras mentes vivían separadas por un millón de kilómetros. Él volvía a Estambul al día siguiente, y yo... Yo fui a la boca de metro más próxima, anticipando el alivio que sentiría dentro de un par de días cuando se me hubieran pasado la decepción y la frustración y aquel chico turco de piel morena, sonrisa cautivadora e ideas mesozoicas comenzara a ser un vago recuerdo en mi memoria. Porque no hubo promesas de ningún tipo. No hizo falta hacer explícito lo que ambos ya sabíamos: era absurdo pretender mantener algún tipo de contacto que más pronto que tarde acabaría muriendo.

Capítulo 5

Los días fueron pasando y constaté que mis predicciones no fueron totalmente correctas. Sí, fue cierto que las malas sensaciones desaparecieron, pero Yusuf no se convertía en un vago recuerdo, muy al contrario, era una presencia muy viva.

Había pasado todo tan rápido que no había puesto a nadie al corriente de los últimos acontecimientos. La humillación que me produjo su rechazo me previno de compartirlo con mis amigos, y la conversación del día siguiente había cerrado capítulo, con lo cual, realmente ya no tenía nada que contar.

Por lo tanto, nadie sabía que cuando estaba abstraída, estaba rememorando algunos de los episodios que habíamos vivido juntos y preguntándome qué estaría haciendo él en esos momentos.

En eso ocupaba mi recién adquirido tiempo libre mientras esperaba que se publicaran las notas de los exámenes, que fueron saliendo con cuentagotas.

¡Lo conseguí! Había aprobado todo, y eso se traducía en carrera terminada y título de licenciatura en filología hispánica en el bolsillo. Empezaba lo duro de verdad, la vida.

Envidiaba a Ana y a Miguel, que tenían muy claro lo que querían hacer. Ana, empezar a trabajar en cualquier cosa para poder independizarse. Miguel, su sueño a largo plazo era abrir su propia editorial, pero por lo pronto sabía que el próximo curso se matricularía en un máster. En cambio, yo evitaba mirar hacia un futuro que me aterraba.

No sé si era algo normal, nada más conseguir terminar los estudios universitarios, preguntarse por qué se eligió determinada carrera. Pero yo lo hice. Bueno, es cierto que sí sabía por qué la había elegido, me apasionaba la literatura y la propia lengua, jugar con las palabras, aprender su etimología, la poesía. Pero ya no me parecían motivos de peso. ¿Qué podría hacer con eso a partir de entonces? ¿Realmente quería sacarme las oposiciones y convertirme en profesora de secundaria tal y como siempre había dado por hecho que haría? De pronto, la idea de estar en una permanente lucha con adolescentes mientras les intentase meter *La Celestina* y *El Lazarillo de Tormes* por vena ya no me atraía en absoluto.

Además, ¿cuánto tardaría en sacarme esa oposición, si es que llegaba a sacármela algún día? ¿Cuánto tiempo más de mi vida tendría que invertir en

estudiar como ocupación principal y cuántos años más tendría que estar dependiendo de mis padres?

Maldije el sistema educativo que había permitido que una adolescente sin ningún conocimiento del mercado laboral se formase en el campo que escogió caprichosamente sin que nadie la orientase ni la informase sobre otras alternativas. ¿Por qué nadie me dijo que estudiase enfermería, como hizo mi prima? Una carrera de tres años y seguidamente a trabajar de enfermera en un hospital, no tenía que verse sumergida en un mar de dudas apabullante, de pensar qué estaría dejando pasar si aceptaba la primera oportunidad que se cruzaba en su camino, cómo desarrollar su carrera, qué podía hacer bien; yo no me veía apta para desempeñar ningún puesto relacionado con mi formación.

Me agobiaba pensar en todo eso, eran preocupaciones que no podía compartir con nadie, no me sentía comprendida. Me refugiaba día y noche en mis montañas de novelas para evadirme de la realidad mientras esperaba que las tornas cambiase para mí.

En una tarde aburrida de principios de julio, en la que estábamos tirados en el salón de Miguel con cuatro ventiladores conectados y las poquitas y pequeñas prendas que vestíamos pegadas al cuerpo debido al sudor, comenzamos a divagar sobre hacer un viaje. Ana mencionó Irlanda.

—Allí lloverá y estaremos fresquitos. Dublín es una ciudad joven, con muy buen ambiente. Y creo que no sería muy caro.

—¿Muy buen ambiente? —le contestó Miguel—. Son unos borrachos, lo que los hace muy peligrosos, y, además, los pelirrojos dan mala suerte. Por favor, Ana, lee algo de Oscar Wilde y después me dices si mantienes tu idea. Lo que tenemos que hacer es irnos de ínter raíl.

Yo los escuchaba como quien escucha el hilo musical de la sala de espera del dentista. En mi cabeza había aparecido una bandera ondeante roja con una media luna en su interior junto a una estrella de cinco puntas, y en mis labios se podía leer una palabra, Estambul. No llegué a pronunciarla en voz alta. No sé por qué, no quería compartirlo con ellos de inmediato. De hecho, estaba empezando a pensar que los podía utilizar de excusa. Decir que me iba con ellos a Irlanda o a dónde fuera para poder ir a Turquía sola y evitar la mayoría de las preguntas que eso generaría.

Dejé que fueran perfilando los detalles del viaje, que sería finalmente a Londres, manteniéndome al margen. Aunque yo no aportaba ideas, asumían que iba a ir con ellos, hasta que les revelé mis deseos ocultos cuando llegó el día de comprar los billetes de avión.

No lo entendieron. Comprendí que no lo entendiesen. Durante el tiempo que Yusuf había estado en España, ellos lo único que presenciaron fue sus estériles intentos de despertar mi interés en él. Y desde que se marchó, no habíamos vuelto a mentarlo. Sin llegar a relatarles exactamente lo que había pasado entre nosotros durante los dos últimos días de Yusuf en Madrid, les conté que él me gustaba, que no había respondido a sus atenciones porque no quería descentrarme de los exámenes y que tenía algo pendiente con él, que necesitaba verlo y resolverlo.

Era plenamente consciente de que entenderían *algo pendiente con él* como un eufemismo de acostarme con él. Solo yo sabía que eso no ocurriría; la historia era mucho más complicada, aunque realmente no esperaba que ocurriese nada extraordinario, solo quería volver a verlo.

Eran mis amigos, éramos jóvenes y no teníamos ninguna atadura, estábamos en el mejor momento para hacer locuras, así que me apoyaron sin cortapisas, pero con un malentendido de por medio.

Creyeron que lo que les estaba proponiendo era cambiar el destino de nuestro viaje, tuve que aclarar que mi intención era ir sola. Este trago les resultó más difícil de pasar. Ellos solo querían hacer un viaje memorable en buena compañía, no les importaba cambiar el destino. Además, también conocían a Yusuf, estaba segura de que hubiéramos vivido una inolvidable aventura los cuatro, pero necesitaba hacerlo sola. Si hubiera tenido a Miguel y a Ana conmigo, habría notado presión, no habría podido estar con Yusuf del modo que quería estar, desinhibida; habría vuelto del viaje frustrada y arrepentida. Estambul no estaba en la provincia de Guadalajara, no podía ir y volver cuando me placiera, solo tenía una oportunidad.

Les costó aceptar mi determinación, pero cuando finalmente lo hicieron, me sentí totalmente respaldada por ambos, lo cual me alivió. Se involucraron conmigo en mis preparativos y me cubrieron las espaldas ante mi familia, no esperaba menos de ellos.

Fundí todo el dinero que conseguí dando clases particulares durante el último año para comprar un billete de avión ida y vuelta Madrid-Estambul y para pagar cuatro noches en un hotel mínimamente decente que encontré por Internet, que estaba, según la propia web, a unos quince minutos andando del centro turístico.

Fue una auténtica locura. Viéndolo en retrospectiva, me parece increíble que fuera capaz de hacerlo. Hice las reservas antes de comentárselo a Yusuf.

Supongo que en ningún momento pensé que él pudiera negarse a quedar conmigo. No me equivoqué.

Cuando le escribí para contárselo, obtuve una respuesta muy entusiasmada. Me pidió que le dijera la hora de mi llegada para irme a recoger al aeropuerto de Atatürk, pero me negué. Yo quería hacerme mi composición del lugar y verlo después. Íbamos a hacer las cosas a mi manera.

Capítulo 6

Yusuf había pedido días libres para dedicarse a mí a tiempo completo. Quedé con él en la recepción de mi hotel después de mi primera noche en esa ciudad. Era un día soleado y caluroso de julio, lleno de gaviotas graznando y haciendo círculos imposibles en el cielo azul.

Lo vi cuando se abrieron las puertas del ascensor. Estaba sentado en uno de los sofás, moviendo una pierna con impaciencia, hasta que se percató de mi presencia, entonces se puso de pie y me sonrió. Yo no podía con aquella sonrisa. Hasta ese momento, había estado muy tranquila, pero fue verlo y empezar a desconfiar de la estabilidad de mis piernas.

Los dos estábamos nerviosos y nos comportábamos de forma cohibida y retraída bajo un ambiente inicialmente de tensión que se fue disipando a medida que pasaban los minutos y nos íbamos relajando, sintiéndonos cómodos con la presencia del otro.

Pasamos el día haciendo turismo. Bueno, yo hice turismo y él fue mi guía particular. Todo se redujo a una visita a los lugares más representativos, atestados de turistas llegados de todos los rincones del mundo.

Comenzamos con la visita obligada a la mezquita azul. Había que descalzarse y cubrirse la cabeza para entrar, no empezábamos muy bien. Era la primera vez que me ponía un pañuelo en la cabeza de ese modo y me sentí poco mañosa al hacerlo y ridícula al llevarlo. Bien es cierto que no era necesario colocárselo con rigor del modo que lo hacían las mujeres creyentes, que no dejaban a la vista ni el nacimiento del pelo ni nada por debajo de la barbilla. Las mujeres turistas que solo entrábamos a visitar el lugar no teníamos más que ponernos un trozo de tela por encima del pelo y era suficiente. Aun así, no pude evitar que me embargara esa punzada de incomodidad, especialmente sabiendo que la vista de Yusuf estaba posada en mí escrutando cómo lucía con ese aspecto.

Continuamos con el resto de monumentos iconos de la ciudad, hablamos de naderías, me dio una lección básica de turco: sí, no, gracias y buenos días. Le permití que me invitara al bocadillo que comimos en una terraza cuando insistió en hacerlo, y pareció decepcionado cuando manifesté mi deseo de retirarme. Aunque no dijo nada al respecto. Se ofreció a acompañarme de vuelta al hotel y se interesó por mi cena. Le dije que tomaría algo en el restaurante del propio hotel.

Tengo un maravilloso recuerdo de ese día. Fue como si ambos estuviéramos respetando un pacto nunca verbalizado que nos impedía hablar de asuntos comprometedores, personales o escabrosos. Y cuando digo escabrosos, quiero decir religión, por supuesto. Aunque no tardaría en descubrir que esta lista no concluiría con ese único tema.

Lo extraño fue lo que sucedió a continuación. Hablamos sobre los planes del día siguiente, y le comuniqué que por la mañana quería ir sola al gran bazar y que nos podríamos ver después. Me respondió que era peligroso que fuera yo sola, que quería acompañarme. Le dije que podía cuidar de mí misma y que no era necesario que se molestara. Insistió muchísimo, excusándose en que no era seguro, pero yo me cerré en banda. Lo que me faltaba por aguantar era una actitud protectora guion paternalista. Llegué al nivel de rudeza que fue necesario para que él desistiera. Pero fue visible que no lo hizo con gusto.

Eso fue exactamente lo que hice al día siguiente. Me sumergí en aquel laberinto gigante que era el gran bazar, abarrotado. Me gustó pasear por los puestos y admirar todo el género. Compré un par de regalos para Ana y Miguel, de hecho, me habían chantajeado para cubrirme las espaldas ante mi familia, que me suponía feliz y puede que pelín ebria en Londres. Motivo por el cual no les podía comprar nada a ellos en el gran bazar de Estambul. Precisamente ahí, no.

Quedé de nuevo por la tarde con Yusuf. El día anterior, mientras charlábamos durante nuestra visita a la ciudad y hacíamos nuestro particular intercambio cultural, le confesé que nunca había probado el té. Le pareció una falta imperdonable que quería remediar cuanto antes. De modo que, esa segunda tarde juntos, me llevó a una tetería situada en uno de los barrios de la zona asiática de la ciudad. No era precisamente para turistas, cosa que agradecí.

Cogimos el metro para llegar hasta allí y cuando traspasé el umbral, la sorpresa fue mutua. Quiero decir que yo me quedé unos segundos dubitativa mirando en rededor, decidiendo si Yusuf había cometido un error llevándome allí. El ambiente no podía ser más tranquilo y pausado, pero todos eran musulmanes, y yo era la única mujer con la cabeza descubierta, de ahí lo que comentaba sobre que la sorpresa fue mutua. Los clientes se quedaron mirándome el tiempo que yo vacilaba, hasta que Yusuf entró detrás de mí y entonces volvieron a sus conversaciones susurradas. No sé si Yusuf se percató de mis dudas respecto a la conveniencia de haberme llevado allí, pero me respondió a ellas cuando me dijo:

—Pasa, aquí hacen el mejor té de Turquía, después del de mi madre, claro.

Y lo hizo poniendo una mano suave sobre mi espalda para dirigirme a una pequeña mesa situada en un extremo del local.

Todo estaba en turco, y, además, yo no tenía ni idea de té, ni sabores, texturas, olores, edulcorantes... Nada de nada. Por lo tanto, lo dejé elegir por mí. A decir verdad, no esperaba mucho del té. Me apetecía probarlo, como me gustaba experimentar cualquier cosa novedosa, pero, ciertamente, esperaba que fuera un agua tibia más bien insípida y aromatizada. Pero me equivoqué. No pensaba que agua hervida en la que se ordeñan unas briznas de hierba y a la que se le hecha una cucharadita de azúcar diera para tanto.

Yusuf eligió para mí un té suave y dulce de bergamota. La sensación fue extraña, porque en el momento en que se bebe es solo agua tibia, pero después deja en la boca una sensación fresca y un gusto que no podría describir ni una filóloga. Mientras que en el estómago caía como una caricia hecha con seda.

Eso fue lo primero. El té. Lo primero que me ató a Turquía. Es cierto que todo lo que había visto durante esos dos días me había maravillado. No creo que nadie haya visitado la Mezquita Azul o Santa Sofía y diga que no le gusta, pero esa es la ciudad de postal, esa no es la ciudad que se vive.

En cambio, el té fue lo primero que empezó a provocar en mí una transformación. No fue en ese instante ni algo repentino, por supuesto. Pero ese fue el inicio. Ya nunca dejé de tomarlo. Cuando volví a Madrid después de ese viaje, empecé a comprar té de diferentes sabores para encontrar *el mío*. Me llevó meses comprender que no había tal cosa. Dependiendo de mi estado de ánimo, de si era invierno o verano, de noche o de día, *el mío* era uno u otro.

Tuvimos otro pequeño tira y afloja a la hora de pagar porque él quiso hacerlo otra vez, pero ya me había invitado el día anterior, no estaba dispuesta a aceptarlo nuevamente. Me enroqué, pero, aun así, perdí porque yo no estaba familiarizada con esa moneda y en el tiempo que buscaba billetes de la cantidad adecuada, Yusuf ya estaba recibiendo su cambio. No me importó. Le di el dinero directamente a él. Me explicó que era un gesto muy ofensivo para ellos. Entonces yo le di un pequeño discurso sobre cómo me hacía sentir si él pagaba todo siempre, y aceptó mi dinero.

Yusuf me contó que el hospital en el que trabajaba estaba cerca de allí. Siempre que salía de una guardia iba a tomarse un té antes de volver a casa. Quería enseñarme el sitio, pero cuando salimos de allí, el cielo estaba totalmente cubierto y llovía con fuerza. Por ese motivo, acabamos aquella tarde tirados en la cama de mi habitación del hotel, mirando al techo y escuchando el repiqueteo de las gotas de lluvia en la ventana.

Fue la primera vez que le encontré un aspecto positivo al episodio que protagonizamos en su piso de estudiantes en Madrid. No había malos entendidos cuando proponíamos ir a una habitación. Sabíamos qué esperar y a qué atenernos.

Yusuf me acariciaba la cara interior del antebrazo rítmica y suavemente con la yema de sus dedos. Iba de la muñeca hasta la altura del codo, y luego recorría el camino inverso. Una y otra vez. Cuando llegué a conocer las manchas de humedad de aquel techo mejor que los lunares de mi propio cuerpo, cerré los ojos y me dejé vencer por el sueño. Estaba en algún punto de la duermevela cuando Yusuf decidió empezar una conversación. Una conversación que suponía otra vuelta de tuerca a lo que sabíamos el uno del otro y a cómo nos veíamos.

—Noelia, ¿qué vamos a hacer? —me preguntó.

Abrí los ojos, parpadeé un par de veces y pensé una respuesta.

—Podemos ir a comprar algo de comer a la tienda de la otra calle, pero mientras siga lloviendo, no...

Yusuf interrumpió mi respuesta con una risa desganada y me sacó de mi error.

—No. No hablo de eso. Me refiero a... ya sabes, nosotros.

—Ah —eso fue todo lo que fui capaz de decir.

No me había preocupado en pensar ese tipo de cosas, me limitaba a vivir al día. Ni siquiera sabía que había un *nosotros*. Dado mi gran alarde de locuacidad, Yusuf decidió continuar:

—No creerás que hago esto con cualquier chica, ¿verdad? Nunca nadie había venido a Turquía por mí. Tú me gustas, ya te lo dije una vez. Eres... diferente. En el buen sentido, por supuesto.

Vale, la situación se estaba poniendo seria. Me incorporé. Me adcenté el pelo y me pasé las manos por la cara. Me arrastré hasta el cabecero de la cama, donde apoyé la espalda. Yusuf seguía mis movimientos con la mirada mientras esperaba su respuesta.

—Nos llevamos bien, y yo tampoco había hecho esto antes por nadie, pero no creo que debamos pensar en lo que podemos hacer porque no hay nada que podamos hacer.

Yusuf frunció el ceño y me miró serio.

—¿Llevarnos bien? —Soltó una risa irónica que fue más bien un resoplido—. Me llevo bien con mis compañeros de trabajo y con mis amigos, pero esto... —dijo abarcándonos a ambos con el dedo índice—. Esto es otra cosa.

—Bueno, ¿y qué si lo es? —me exalté injustificadamente, levantando la voz. No se sorprendió—. No tenemos ningún futuro juntos. Tú tienes tu vida aquí, y yo... —¿Y yo qué? No pude terminar la frase. Yo no tenía nada, pero, por suerte, él entendió lo que quería decir.

—Escúchame. Desde que volví de España hace un mes, no he parado de pensar en ti. Sí, yo también creía que no tenía ningún sentido un futuro juntos. Además, después de la última vez que nos vimos, di por hecho que yo no te interesaba en absoluto. Pero cuando escribiste para avisarme de que venías... Te parecerá una tontería, pero yo creo en el destino.

—Tienes razón, me parece una tontería —lo interrumpí para su irritación, pero ignoró el comentario.

—Deseo tener mi propia familia. Siempre he querido encontrar una buena chica musulmana con la que casarme. Pero tú me has roto todos los esquemas. Estoy dispuesto a renunciar a alguna de esas cosas por estar contigo. Verás, ni siquiera debería casarme contigo. Es pecado porque eres atea y me he estado atormentando con eso, pero creo que sería capaz de hacerlo.

Tuve que reconocerlo. El chico no iba mal con su discurso hasta que mentó lo de casarse conmigo y los pecados. Me estaba sintiendo bastante halagada de hecho. Pero fue mencionar los últimos puntos y empezar a crecer la indignación dentro de mí.

Punto uno: ¿quién cojones le había dicho a ese turco engreído que yo quisiera casarme en mi vida? Punto dos: ¿esperaba que le agradeciese que estuviese dispuesto a pecar por mí? (Por Dios, qué absurdo sonaba en mi cabeza). Ciertamente, teniendo en cuenta lo que me contó en El Retiro la víspera de su marcha de España, era un gesto enorme para él renunciar a sus convicciones. Pero, sinceramente, me importaba muy poco. Sobre todo viendo su tono de condescendencia, como si me estuviera haciendo el favor de mi vida.

Empecé por abordar el tema boda. Le expuse mi punto de vista. Le dije que para mí era un sinsentido y una farsa. No podía prometer a alguien que lo amaría para siempre, que pasaría el resto de mis días junto a esa persona porque no tenía ni la más remota garantía de poder cumplir tales promesas. Existía el divorcio, por supuesto, pero entonces el asunto perdía más sentido. Me parecía mucho más saludable y lógico estar con alguien en tanto y cuanto quisieras estarlo, que no hubiera ninguna presión para mantener algo que ya no

funcionaba. Yo, desde luego, no querría estar con alguien que no quisiera estar conmigo. Ese acuerdo tácito, no escrito y personal me parecía mucho más fiable que un matrimonio. Además, eso, personal. Una relación es cosa de dos. Yo no tenía necesidad de que ningún cura, imán, concejal o sursuncorda fuese testigo de mi amor. Con que lo supiera mi pareja era suficiente.

Mientras le daba esta explicación a Yusuf, él negaba con la cabeza, esperando su turno de réplica. Lo mejor que pudo decirme fue que si hacía eso, lo único que conseguiría era que algún tío me follara unas cuantas veces y que luego me dejase tirada. Pero como ya le dije, yo no estaría con nadie que no quisiera estar conmigo. Y además, ¿y si era yo la que quería romper la relación?

Además de eso, para él, también estaba el sentido de pertenencia. Una forma de decirle al mundo que la mujer pertenecía al marido, y el marido a la mujer, algo representado por medio de las alianzas. Me parecía algo terrible, yo no quería pertenecer a nadie ni poseer a nadie.

Se metió en un bucle consistente en repetir lo mismo todo el tiempo, y la discusión llegó a un callejón sin salida. No importaba, tenía más cosas que decir. Y por cierto, me consideraba ganadora de la misma.

—Digamos que llegamos a un acuerdo sobre el matrimonio. ¿Dónde viviríamos? ¿Aquí?

—No. Te aseguro que no me importaría lo más mínimo irme de aquí.

—¿España entonces? Va a ser difícil para mí encontrar un buen trabajo, y tú, sin hablar el idioma, a lo máximo a lo que podrías aspirar es a servir kebabs diez horas al día, fines de semana incluidos, por el salario mínimo. Supongo que no llevas casi diez años estudiando medicina para acabar así. Y en cualquier otro país seríamos inmigrantes los dos. Estaríamos solos y habría que empezar de cero. Al menos, aquí tienes tu hospital y la carrera como médico encauzada. Sería de idiotas renunciar a ella. Pero ¿qué haría yo aquí? No hablo el idioma, me pasaría los días sola y sería casi imposible encontrar un trabajo.

—No tendrías porqué trabajar.

—¿Cómo dices?

—De momento, mi sueldo y mis horarios son una porquería, pero cuando consiga plaza fija, ganaré bastante, lo suficiente como para mantener a una familia cómodamente.

—Por mí, como si eres multimillonario, ¿te crees que quiero que me mantengan? Yo quiero tener mi trabajo y ser independiente económicamente. En cualquier caso, pero especialmente en el hipotético —y remarqué concienzudamente esta última palabra—, caso de que yo viniera aquí. No

conozco a nadie, no hablo el idioma, ¿te crees que iba a estar en casa todo el día muerta del asco esperando a que tú volvieras?

—Bueno, alguien tiene que ocuparse de la casa. ¿Sabes? Es lo que buscan la mayoría de las chicas turcas.

Me lo quedé mirando con cara de pasmo. Me sostuvo la mirada. Transcurrieron varios segundos. Me percaté de que la expresión de Yusuf pasó de la tranquilidad a preguntarse cuál era el problema. ¡Madre mía! ¿Cuál era el problema? No podía creer que me estuviera hablando en serio. Me empezaba a hervir la sangre. Tenía que reconocer que el chico tenía un talento especial para llevarme a ese punto.

—Las cosas de casa se hacen entre ambos, y listo.

Pero, por supuesto, ese no era el problema, el problema era su mente retrógrada cuyo límite yo no sabía dónde estaba y quería averiguarlo. Necesitaba averiguarlo.

—Quiero que me respondas a algo. ¿Me estás diciendo que no haría falta que yo trabajase como una frase amable, en caso de que yo no encontrase trabajo, o porque realmente esperas que tu futura pareja no trabaje y se quede en casa?

—Lo segundo —respondió.

El chico era sincero, no se lo podía negar. Le había puesto en bandeja una salida fácil y pacífica, pero optó por decir la verdad, cosa que agradecí, pero mi agradecimiento por su sinceridad no sirvió para evitar que me sintiera como si me hubieran dado una bofetada. Una bofetada súbita, violenta e inesperada. Aunque traté de disimularlo.

—¿Por qué? —me limité a preguntar.

—En primer lugar, porque a mí el dinero no me importa nada en absoluto; y, como te he dicho, con lo que voy a ganar va a ser más que suficiente, por lo tanto, no es necesario más dinero en casa. No quiero casarme para lucrarme. Y en segundo lugar, mi mujer va a hacer algo mucho más importante y difícil que lo que pueda hacer yo en mi trabajo, cuidar de la familia.

—Ya. Pues, no sé si te crees muy generoso por querer compartir tu sueldo, pero yo, ahí, lo único que veo es una persona que está al mando porque es la que consigue el dinero, y otra persona dependiente de la primera. Apuesto a que por eso te creerías con legitimidad para tomar las decisiones.

—Alguien tiene que tomarlas.

—¿Perdón?

—Evidentemente, ¿qué hacemos cuando haya una discrepancia? ¿Empezar una guerra?

En ese momento cambió mi eje de rotación y empecé a contemplar toda esa escena desde otra perspectiva. ¿Qué diablos estaba haciendo yo sola en Estambul, en una habitación de hotel, con un auténtico extraño que, para colmo, resultaba ser un misógino? Sentí que me empezaba a faltar el aire y deseé que pasaran rápido las horas que me quedaban allí para irme sin mirar atrás y olvidarme cuanto antes de ese viaje de pesadilla. Estaba pensando si rebatirle sus opiniones de la caverna o directamente echarlo de allí a patadas, pero en mi *impasse*, él se arrancó de nuevo.

—Reconozco que tengo una mentalidad conservadora, pero es la forma de ser del este y es nuestra cultura. Te he dicho antes que yo siempre he querido encontrar una chica que le importe la religión, que nunca haya estado con otro hombre antes, que me reciba sonriente en casa cuando yo vuelva del trabajo. Y la mayoría de las chicas de este país, especialmente las que no viven en las grandes ciudades, buscan lo mismo. Si ambos queremos lo mismo, no veo cuál es el problema.

Estaba a punto de vomitar. Sentía la bilis subiéndome por el gaznate.

—¿Y no te has dado cuenta del pequeño detalle de que yo soy lo opuesto a todo eso?

—Tú eres inteligente. Te gusta leer, el cine, la historia, viajar... Me encanta cuando hablamos de esas cosas. Las mujeres de las que te hablo no son así. Son... mediocres. Solo ven programas estúpidos en la televisión y hablan de naderías.

—Es... es curioso que digas eso. Vosotros mismos las enclaustráis entre cuatro paredes y luego las despreciáis por ser incultas.

—Escucha. Para mí, lo más importante es la familia. El trabajo, el dinero me dan igual. Quiero estar con alguien, y ya tengo una edad. Hay una chica... es la hija de una vecina. Yo no tengo ningún interés especial en ella, pero nuestras familias han hablado y... bueno... yo no he prometido nada, pero sé que ella está esperando a que me decida. Mi madre me presiona porque me quiere ver casado. De momento, le he dicho que voy a centrarme en el examen que tengo el año que viene para conseguir plaza en el hospital y que no pensaré en ello hasta entonces.

—¿Por qué me estás contando esto? ¿Para que acepte lo que tengas que proponerme o si no, que pase la siguiente?

—No. Solo quería que lo supieras.

—Muy bien, pues me doy por enterada. De hecho, creo que deberías aceptar. Ya sabes, una chica sumisa para evitar problemas de convivencia. Aunque, sinceramente, espero que no encuentres a nadie, porque un machista como tú no se merece tener ninguna mujer a su lado.

Os podéis imaginar que aquello no terminó bien. Se ofendió con mis acusaciones, aunque el problema era yo, que era una intolerante. Él dijo que a lo que a él respectaba, las mujeres podían trabajar o hacer lo que quisieran, solo que él quería para sí mismo una, digamos, tradicional.

Ja, ja. Me desternillaba de risa. Esa debía de ser su definición de tolerancia, que todo el mundo en el maldito planeta hiciese lo que le diese la gana, excepto las personas que formaban parte de su vida. Quizá figurase así en el diccionario oficial turco. Creo que el DRAE discrepaba, tendría que consultarlo.

Respecto a lo que pasó aquella tarde, que me desvió del tema, fue que me sentó muy mal que me llamara intolerante. En primer lugar, porque yo me consideraba bastante tolerante, y en segundo, después de haber escuchado el manual del perfecto machista recitado por su boca. Con lo cual, le dije que no estaba hablando ni de los turcos ni de los musulmanes, sino simplemente de él; que él pensase así era lo que me hacía daño, yo no juzgaba el sentir general de sus compatriotas. No entendía cómo podía pensar de esa forma, yo creía que era distinto. Desde luego, me había hecho una idea equivocada de él.

Yo no obviaba que era la educación que había recibido, la cultura del este, como él decía, pero no lo aceptaba como justificante. La persona que tenía enfrente era un hombre adulto, en plenas facultades y con dos ojos en la cara. Por mucho que de niño le hubieran metido ciertas ideas en la cabeza, podía hacer uso de su raciocinio para abogar por la igualdad entre hombres y mujeres en todos los aspectos de la vida.

El hecho de que él aceptase y contribuyese a perpetuar desigualdades aberrantes me era inasumible. Me cortocircuitaba las neuronas.

Lo que peor me sentó fue que no me entendía o no me quería entender. No aceptaba que me estuviera refiriendo solo a él y decía que cuál era el problema si las mujeres también querían lo mismo. ¿Cuál era el problema? Que las educaban para eso, y el hecho de que llegasen a asumirlo, a aceptarlo o, incluso, a desecharlo no significaba que estuviese bien porque no lo estaba, ¡joder! ¿Es que alguien en su sano juicio admite que es inferior a otra persona por diferencias de sexo o raza y consagra su vida a servir al *ser superior*?

Acabé pidiéndole que se marchara. Ya estaba asqueada de escuchar sandeces y de discutir con una pared. Estaba muy enfadada, y él también, como

es lógico, pero más que enfadado, él estaba confuso porque no terminaba de entender cuál era el problema, y eso a mí me exasperaba hasta el infinito.

Antes de irse, todavía me preguntó por los planes del día siguiente. ¿Había perdido la cabeza? Evidentemente, prefería pasar mi último día en Estambul sola que viendo la cara del autor de *quiero que me reciba una mujer sonriente cuando llegue a casa*. Percibí dolor por el rechazo, y no es solo que no me importara, es que me alegré.

Capítulo 7

Volví a Madrid con un cóctel de sensaciones: alivio, por haber concluido esa locura que nunca debí haber cometido; lástima, por lo que pudo haber sido y no fue, y decepción. La maldita decepción que desgarraba, pero que, por lo visto, no alecciona.

Ana y Miguel me estaban esperando ávidos de noticias. Solo hizo falta que percibieran el aire alicaído que me envolvía para que supieran que las cosas no habían ido como yo esperaba. En cualquier caso, les hice saber que no me había arrepentido de haber hecho el viaje. Había tenido ocasión de visitar una ciudad espectacular, y yo les había dicho que quería ir para zanjar un asunto pendiente con Yusuf; desde luego, ese propósito de *zanjar* lo había cumplido.

De nuevo en casa, era el momento de decidir qué hacer con mi vida, al menos a corto plazo. Me matriculé en el curso de Adaptación al Profesorado por si, finalmente, me decidía por esas oposiciones a profesora de secundaria que cada vez me motivaban menos. Retomé las clases particulares a domicilio con mis niños mientras enviaba currículums con más ilusión que realismo a algunas editoriales, hasta que conseguí una beca de prácticas semestral en una agencia de noticias para corregir artículos. El sueldo era paupérrimo; el horario, deprimente, y tardaba una hora en ir y otra en volver teniendo que hacer tres transbordos de metro. Lo que empecé con ilusión y entusiasmo pronto se tornó en un suplicio rutinario que realizaba en un ambiente de trabajo lúgubre y bajo las órdenes de un jefe déspota, fascista y con halitosis.

No me había olvidado de Yusuf, seguía revoloteando por mi cabeza de vez en cuando. Paradójicamente, cada vez con más frecuencia. O tal vez no fuese paradójico, sino lógico, ya que cada día que pasaba le encontraba menos sentido a mi vida.

Estaba atrapada en una huída hacia delante, con un trabajo que no disfrutaba, que no me permitía vivir como yo quería y que no me atrevía a dejar por miedo a no encontrar otro. Tenía unos amigos que estaban recorriendo sus propios caminos y a los que cada vez veía menos. Unos padres que no me entendían, a los que no les podía contar que estaba deprimida y perdida, que no sabía qué hacer con mi futuro, que no me gustaba mi trabajo, que me sentía sola. Sí, es posible que después de todo, fuese muy lógico que un fin de semana de principios de otoño, en un enésimo intento de evadirme de la realidad,

decidiese contestar por fin a uno de los correos que me había ido enviando Yusuf periódicamente, cada vez con menos frecuencia.

Y ahí empezó todo de nuevo. Fue paulatino. Al principio, solo el cruce de un par de correos preguntando «¿qué tal estás?; yo, bien, ¿y tú?». Luego, esos hilos fueron creciendo y, al final, pasaron a convertirse en conexiones en línea que manteníamos durante horas.

Nuestras conversaciones sufrieron una evolución. Comenzamos abordando noticias generales del mundo o nos contábamos alguna de nuestros respectivos países. Hablábamos de libros y de películas y, en ocasiones, nos poníamos de acuerdo para ver la misma, y después la destripábamos juntos.

Dimos un paso más comprometedor y, de algún modo, nos vimos envueltos en decenas de debates sobre la religión, la igualdad entre hombres y mujeres y el matrimonio. Verdaderamente, eran unos temas que nos daban mucho de sí. Pero en estas ocasiones era diferente a como los habíamos tratado cara a cara; ya no estábamos implicados, ya no estábamos hablando de nosotros. Se reducía a un intercambio general de opiniones. Aunque eso no evitaba que las suyas me siguieran poniendo enferma.

De ahí pasamos a nuestra vida personal. Él me ponía al día sobre cómo llevaba la preparación de su examen que concluiría su periodo de residencia en el hospital y le otorgaría su plaza fija. Me contaba cosas cotidianas, como anécdotas del trabajo o de la universidad, sus planes del fin de semana cuando hacía visitas breves a otras ciudades para ver a antiguos compañeros. También me habló de su familia.

Tenía un hermano mayor, Ismail, casado y con tres hijos, que vivía en Ankara, y una hermana pequeña, Fatma, que también estaba casada, pero que vivía cerca de él y que la veía muy a menudo. Estaba esperando su primer hijo, y Yusuf estaba bastante entusiasmado con la noticia. Dado que sus otros sobrinos vivían lejos, no tenía una relación muy cercana con ellos, y debido también a su formación como médico, estaba haciendo un seguimiento minucioso del embarazo, para irritación de su hermana. Él era el único hijo que quedaba viviendo con un padre ya jubilado y una madre que siempre había sido ama de casa.

Cuando me hablaba de su día a día, yo pensaba dos cosas. La primera, que no entendía qué hacía perdiendo el tiempo hablando conmigo teniendo todos esos planes, personas y cosas interesantes a su alrededor. Y la segunda era que yo quería formar parte de esa vida. Cuando mencionaba estas historias, yo le hacía muchas preguntas que él me respondía gustosamente. Me habría

encantado poder presenciar todas esas escenas por un agujerito de la pared. Me moría de curiosidad.

Yo, por mi parte, también lo hacía partícipe de algunas de mis vivencias, pero, normalmente, le contaba vaguedades e intentaba librarme de sus preguntas cambiando de tema. No había nada interesante que contar sobre mi trabajo insulso ni sobre mi vida vacía.

Dejé de salir en muchas ocasiones para quedarme hablando con él. Los viernes por la noche, cuando empezó a caer el frío de invierno, me metía en la cama con el teclado del ordenador en las rodillas y una taza de té en la mesilla y no deseaba más de la vida. En el transcurso de esas noches alcanzamos la última etapa en la evolución de nuestras conversaciones.

A veces, cuando nos daba la madrugada, me decía que me echaba de menos y que le gustaría poder abrazarme. Entonces yo lo ignoraba y le decía que ya era hora de ir terminando nuestra charla e irse a dormir y me acostaba soñando con ese abrazo.

Empezamos a divagar sobre un hipotético *nosotros*; pero nótese el hipotético. Era una especie de juego que consistía en imaginar qué estaríamos haciendo en ese momento si estuviéramos juntos. Totalmente inofensivo. Hasta que provocó que todas nuestras conversaciones versasen sobre lo mismo meses después. Y dejó de ser un juego.

Verdaderamente, yo intentaba evitarlo, pero siempre acababa atrapada en su red de conversación monotemática que consistía en hablar de sus sentimientos y preguntarme por los míos. Lo esquivaba cuando podía, le daba medias respuestas mientras se conformaba con ellas hasta que me cansé y lo encaré.

Me atreví por fin a preguntar por su vecina, a quien había tenido en mente muchas veces, pero que nunca quise mentar. Le pregunté por sus *requisitos* respecto a su futura pareja y por sus expectativas. ¿Las había cambiado acaso? Porque en caso de que la respuesta fuera negativa, no sé qué hacía obsesionado conmigo, y seguía sin entender por qué me dedicaba siquiera un minuto de su vida.

Respecto a la chica, me dijo que la había rechazado porque no creía justo que lo estuviera esperando. Nunca había sentido por ella nada especial, pero, directamente, ya no tenía el más mínimo interés. Ni por ella ni por ninguna otra... que no fuera yo. Eso fue lo que me dijo.

En cuanto a sus expectativas y condiciones, lo estaban matando. Se sentía entre la espada y la pared. Dijo que podía renunciar a muchas de las ideas que

tenía respecto a su futuro, pero que había alguna cuestión clave que lo hacía sudar. Como, por ejemplo, que su compañera no fuera religiosa. Incluso cristiana o judía habría servido, ya que, según él, todos creían en el mismo dios. Pero yo era una infiel, y eso dificultaba mucho las cosas, iba contra las normas.

Eso me molestaba, tengo que reconocerlo. Si me hubiera dicho que era su deseo personal tener una pareja de esas características, yo lo habría aceptado deportivamente, pero el hecho de que fueran órdenes de arriba me tocaba bastante la moral. Además, me parecía un poquito incoherente con el discurso general. Él creía en el destino. ¿Para qué iba su dios a ponerme en su camino, hacer que le gustara e impedir que pudiera estar conmigo? ¿O eso estaba en relación con lo de hacer sufrir a sus hijos en esta vida para ganarse el cielo en la siguiente? En fin. Mejor que no continúe por ese camino porque tardaría bastante en salir. Continuaré, pues, con los hechos.

La clave de la cuestión era si hacía falta que él resolviese su dilema. Es decir, ¿en qué punto estaba yo? ¿Seguía cautivada por el chico amable y atractivo que un día conocí o había vetado el acceso a mi vida al hombre conservador que llegué a descubrir?

Su forma de pensar me parecía una falta de respeto hacia las mujeres, y yo, como mujer, no podía evitar tomármelo como algo personal.

El último día de mi viaje a Estambul, que pasé sola disfrutando de un baño turco, no pude dejar de pensar en todo lo que había sucedido y en si mi reacción había sido la correcta; porque, mientras yo no fuera el objeto de sus convicciones, ¿no podía aceptarlo como amigo? Me había burlado de su concepción de la tolerancia, pero ¿acaso no estaba yo haciendo lo mismo? Dejarlo fuera de mi vida porque no me gustaban sus opiniones.

En cualquier caso, siempre me había costado creer que él realmente tuviese esa mentalidad tan cerrada, pero especialmente me resultaba imposible después de aquella época de charlas nocturnas. Era muy atento, amable y cariñoso. Me resultaba curioso que él considerase que la religión lo hacía mejor persona. Yo opinaba exactamente lo opuesto. Me parecía un buen tipo, influenciado por una cultura terrible. Se lo dije. No le molestó. Simplemente, dijo que era mi punto de vista sobre un tema subjetivo.

Por esta razón, llegué a pensar que si le enseñaba otras formas de ver el mundo, podría cambiar de actitud. Un error de manual, lo sé. Pero, aun así, imposible no incurrir en él.

Si sumamos el hecho de que yo estaba convencida de que era buena persona y de que podría hacerle cambiar algunas de sus visiones con que cada vez que

me hablaba de su vida me apetecía formar parte de ella, creo que era muy fácil deducir en qué punto estaba yo.

Exactamente, en el punto que cuando finalizó mi periodo de prácticas y no me contrataron, empecé a plantearme mis opciones en Turquía.

Capítulo 8

—¿Crees que es una locura?

Llevaba días dándole vueltas a la idea de emigrar a Turquía y había perdido la objetividad. No sabía si era una decisión a la desesperada fruto de mi situación o si realmente tenía posos de cordura; necesitaba una segunda opinión.

Le pedí a Miguel que me hiciese de guía espiritual. Sabía que solo tenía que decirle que era un tema serio para que aparcase sus bromas frívolas y me dedicase toda su atención. Aceptó, pero a cambio me hizo acompañarlo a una especie de salón del cómic.

Yo nunca había sentido especial atracción por los cómics, a diferencia de mi amigo, que tenía una colección bastante valiosa y creciente. Si el cómic, como objeto en sí, me resultaba del todo anodino, la idea de la convención no me despertaba, digamos, demasiado entusiasmo. Sin embargo, había aceptado y nos encontrábamos en el metro de camino a la reunión de amantes de la novela gráfica («Noelia, no es lo mismo», puedo oír en mi cabeza) que yo visualizaba como un grupo de chicos introvertidos con media docena de dioptrías por cabeza, acné en la cara y dificultades para relacionarse con las chicas. Lo que años después llamaríamos «friki», pero en esa época, este extranjerismo todavía no había colonizado nuestro idioma. En cualquier caso, no dejaba de ser curioso que yo tirase de ese estereotipo cuando mi referente era Miguel, y él no era así.

No conté con Ana para esta sesión de *qué vamos a hacer con la vida de Noelia* porque su lado rebelde y aventurero estaba mucho más desarrollado que el mío y su capacidad para valorar las cosas con un mínimo de realismo brillaba por su ausencia. En cambio, Miguel podía comportarse como un auténtico payaso despreocupado el noventa y cinco por ciento del tiempo, pero sabía convertirse en la persona más sensata que yo conocía en caso de que fuera necesario. Y esta vez, era más que necesario.

Los domingos, había menos afluencia en el metro y pudimos encontrar fácilmente un par de asientos libres consecutivos.

—Claro que es una locura —me respondió, mirándome a los ojos y con el semblante más serio que le había visto nunca—. Pero no por el hecho de querer irte. Entiendo que estés agobiada porque no encuentras tu sitio, y, la verdad, creo que lo de marcharte un tiempo es una buena idea. Aprenderás muchísimo fuera y te servirá para aclararte. Escucha. Tú ahora tienes el CAP, con eso y la

licenciatura en filología puedes solicitar una beca para ir a Estados Unidos a trabajar como lectora durante un año.

¿Estados Unidos? ¿Qué se me había perdido a mí en América? Miguel no estaba entendiendo nada. Yo no quería seguir errando sin rumbo fijo, irme al extranjero para volver un año después y encontrarme de nuevo en la casilla de salida. Lo que quería era decidir de una vez por todas qué hacer con mi vida, encontrar mi camino. Profesionalmente, estaba totalmente perdida, pero, sentimentalmente, sabía con quién me apetecía estar, al menos, podía intentar eso.

Negué repetidamente con la cabeza, mientras escuchaba su propuesta, para hacerle saber que no estaba acertando con su consejo. Contuvo su reacción mientras pasaba delante de nosotros un mendigo con una gorra extendida, y después estalló.

—¡Joder, Noelia! ¿Qué me estás diciendo? ¿En serio quieres ir a Turquía detrás de ese tío? ¿Tú te estás oyendo?

Creo que fue la primera vez en los casi seis años que nos conocíamos que Miguel me hablaba así. Yo había acudido a él en busca de una opinión que me dijese si lo que me planteaba era una estupidez. Bien, pues ahí la tenía. Sin embargo, mi reacción no fue escuchar y reflexionar, sino ponerme a la defensiva y reafirmarme en mi decisión.

Nunca me había gustado que me trataran con una actitud paternalista, ni que me dijeren lo que tenía que hacer ni que mis ideas fuesen equivocadas, y mucho menos, todo al mismo tiempo.

—Miguel, tú no lo entiendes.

Me proponía explicarle que lo único que funcionaba en mi vida en esa época era Yusuf, que lo único que deseaba durante el día era que llegase el momento de hablar con él porque entonces conseguía olvidar todo lo demás y disfrutar. Iba a decirle que me reía mucho con él, que me gustaba su sinceridad, que él sabía mucho más de mí, de cómo me encontraba y de las cosas que me pasaban, que la mayoría de la gente que me rodeaba a diario. Pero me sorprendió por segunda vez con una actitud irreconocible en él. Me interrumpió de forma brusca, aunque haciendo un esfuerzo por no elevar el tono de voz y llamar la atención de los transeúntes que compartían el vagón con nosotros.

—¿Qué es lo que tengo que entender, Noelia, por el amor de Dios? ¿No te das cuenta de que no va a funcionar? ¿Ya se te ha olvidado cómo has acabado las otras veces? No me creo que me lo estés diciendo en serio; no me lo creo. ¿Quieres que te recuerde lo que Yusuf espera de una mujer?

—No tiene por qué ser así —me apresuré a responder.

—Ya. Repítelo mil veces antes de acostarte esta noche, quizá entonces tú misma te lo puedas empezar a creer.

—Tengo que intentarlo, Miguel —lo dije como justificándome, cuando yo no me tenía que justificar ante Miguel por ninguna razón, pero me estaba llevando al punto de hacerme sentir culpable.

Yo tenía los ojos puestos en mi regazo, rehuyendo la mirada de mi amigo que me pesaba sobre la conciencia. Consiguió que levantase la vista cuando encerró mi mano con la suya en un gesto que tampoco había hecho en todos los años que lo conocía.

—No va a funcionar. Tú no eres así —dijo en un tono amistoso.

Como su estrategia conciliadora tampoco le sirvió porque volví a negar con la cabeza, me soltó la mano abruptamente y retornó al malhumor más visceral.

—¿Para qué querías hablar conmigo? ¿Para que te diese mi opinión o mi bendición? Me dijiste que querías saber mi punto de vista, pero veo que no es así. Solo quieres una palmadita en la espalda y que te diga que cojas el primer vuelo que te reúna con tu querido moro, que te irá genial. Lo siento, no vas a oír eso de mi boca porque no es lo que pienso.

—Es nuestra parada —anuncié.

Miguel volvió a la realidad y comprobó que, efectivamente, nuestro trayecto en metro había llegado a su fin. Y con él, nuestra conversación.

Fui buscando el apoyo de Miguel, pero solo encontré oposición y, curiosamente, eso fue lo que me llevó a mi determinación. Pienso que si mi amigo me hubiera mostrado su conformidad, habría seguido con dudas.

Ya tenía mi decisión tomada, solo restaba contar con Yusuf. Evidentemente, de nada servirían todas mis confabulaciones si él no me quería allí. Habíamos tenido nuestras conversaciones al respecto, pero una cosa era hacer castillos en el aire, y otra muy distinta hacer las maletas y comprar un billete de avión.

Admiré y envidié su templanza y determinación. Yusuf, afortunadamente para él, no era como yo. Él sabía lo que quería e iba a por ello sin vacilar. En cuanto le di la noticia, no tardó ni cinco minutos en decidir qué hacer.

Dado que él vivía con sus padres, dijo que alquilaría un apartamento para los dos. A su familia le contaría que se mudaba por cuestiones prácticas, por cercanía con el hospital; no podía decir que se iba a vivir con una chica.

Lo frené. Sí, de acuerdo, ya había decidido liarme la manta a la cabeza y marcharme a Estambul, pero aún no había pensado en qué condiciones.

Tendría que pensar qué hacer allí, no iba a ir simplemente para convertirme en su apéndice.

También yo necesitaba una excusa ante mi familia. Quedaba mucho mejor decir que había encontrado un trabajo en el extranjero y, después, si todo iba bien, cosas de la vida, había conocido a alguien y me quedaba allí. Sonaba cuerdo. Todo lo contrario a «me voy a Estambul con una mano delante y otra detrás porque el año pasado conocí a un turco que me gusta». Si decía eso, corría el riesgo de que me encerraran en un psiquiátrico.

Además, era muy importante ir con algo a lo que agarrarme en caso de naufragio. Debía esta lección a Antonio Gala. Desi se fue a vivir su pasión turca sin salvavidas y así le fue.

La barrera del idioma era un problema mayor, sin duda. Pero, aun así, no estaba todo perdido. La clave estaba en no estrechar el cerco. Acabé encontrando la fórmula perfecta, o casi perfecta, voluntariado.

Me enteré de que existían programas de voluntariado en los que proporcionaban alojamiento y manutención, lo cual significaba independencia respecto a Yusuf mientras descubríamos cómo marcharía nuestra historia. No me lo pensé dos veces y rellené la solicitud de las dos entidades que trabajaban en Estambul, y quedé a la espera de respuestas... que no fueron positivas porque las plazas eran muy limitadas y ya estaban cubiertas por ese año.

Las semanas se iban consumiendo, y yo no acababa de encontrar una solución. Finalmente, acepté la propuesta de Yusuf. Le di luz verde para que empezase a buscar piso.

No sé si él pensaba que me sería imposible encontrar algo y que acabaría desistiendo en la búsqueda y acomodándome a no madrugar. En definitiva, que me convertiría en su ama de casa. Pero yo tenía muy claro que no. Me iba a dar a mí misma un margen de tres meses allí, y si para entonces no sabía qué hacer, volvería.

Mientras tanto, yo me dediqué a mentir a todo el mundo a mí alrededor, inventándome que iba a Turquía a hacer voluntariado; a todo el mundo menos a dos personas a las que no podría mentir aunque me lo propusiera.

Miguel y Ana me vieron marchar por segunda vez, mostrándome a las claras su incertidumbre y su desacuerdo, especialmente en el caso del primero de ellos. A pesar de todo, el aliento que me transmitieron con su abrazo en Barajas me reconfortó y me volví a sentir acompañada. De algún modo, no se acababan de creer que su amiga Noelia, la más seria y comedida del grupo,

estuviera haciendo aquella locura. Apostaba a que creían que estaría de vuelta antes de que terminase el año.

Segunda parte

Capítulo 9

Volví a aterrizar en Estambul once meses después de la primera vez. En esta ocasión, le permití a Yusuf que me viniera a recoger al aeropuerto. Llevaba más equipaje y no tenía ni idea de dónde debíamos ir después.

Hice el viaje tranquila y confiada, como si me fuese a vivir una aventura y no estuviese arriesgando nada, pero cuando crucé las puertas de la terminal y lo vi de pie esperándome, con la vista fija en la salida de pasajeros, una idea me atravesó la mente, como un rayo atraviesa el cielo en un día de tormenta. Ese hombre al que solo había visto en total unos quince días en mi vida y yo, ¿qué éramos exactamente? ¿Íbamos a ser compañeros de piso simplemente? ¿Éramos novios? ¡Oh, oh! ¿Él no habría dado por hecho que estábamos prometidos? ¿Verdad? ¡¿Verdad?!

Crucé los veinte metros que me separaban de él con estas dudas en mente y con un pánico incipiente que trataba de calmar diciéndome «es algo provisional, si no funciona, te vas».

No. Para él también era una prueba. Una prueba para saber si podría renunciar a sus principios por mí o no. Nos ofrecimos una sonrisa nerviosa mutuamente en la distancia y nos saludamos con dos besos en ambas mejillas. Por suerte, tradición compartida por España y Turquía para evitarnos problemas adicionales.

Era cierto que habíamos pasado horas hablando durante los últimos meses, pero, en ese momento, eso parecía artificial, y lo que recordaba era la última vez que lo vi y lo mal que acabó todo entonces.

Había pasado casi un año y lo escruté de arriba abajo buscando cambios. Ya no llevaba barba y, respecto a su cuerpo, no podía decir ninguna diferencia en concreto, pero notaba algo distinto. ¿Más fibroso?

Me preguntó qué tal había ido el vuelo y echó mano a mi maleta. Y en menos de cinco minutos desde nuestro reencuentro, empezamos nuestro tira y afloja. Le dije que yo la llevaría. Era una maleta grande, pero tenía ruedas, hasta una chica podría ocuparse de ella. Insistió. Yo insistí más y subí una mirada asesina. No fue suficiente. Me planté con intenciones de no moverme hasta que soltara mi maleta. Se resignó a regañadientes.

Supuse que se indignó tanto cuando aquella vez lo llamé misógino porque no se tenía a sí mismo por tal, sino todo lo contrario, por ser del tipo: abrir puertas, mover sillas y acarrear maletas por nosotras. Dios, aquello no tenía

pinta de que fuera a ser un camino de rosas. Iba a tener que merecer mucho la pena para compensar tanta disputa.

Por el camino, me puso al corriente de la situación. Vivíamos en el barrio de Üsküdar, en un bloque de pisos de alquiler que quedaba a diez minutos andando de su hospital, así que si alguna vez necesitaba algo, no tendría más que llamarlo. Me ahorré el comentario.

Vivíamos en el tercero, no había ascensor, y miró mi maleta cuando lo dijo. Un apartamento de una habitación, pero se apresuró a añadir que convertiríamos el salón en otra habitación. Puede que fuera incómodo funcionar sin salón, pero nos apañaríamos. Me pareció bien. Solo esta estancia daba a la calle; el resto, a un patio interior.

Me contó que nuestros vecinos de rellano estaban locos, que los de abajo ponían música de Bollywood todo el día y que en el quinto vivían unos celadores que trabajaban con él y que no quería que se enterasen de que estaba viviendo conmigo. Habría que ir con cuidado. Lo creáis o no, todo aquello me sonó estupendo.

Era ya de noche cuando llegamos, después de haber cogido un autobús y un metro. La calle estaba tranquila; los comercios, cerrados.

Subí la maleta a pulso. En algún momento dejé de sentir los brazos como parte de mi cuerpo, pero lo conseguí y me sentí orgullosa de mí misma. Creo que Yusuf disfrutó viéndome subir, como un elegante coche de ciudad avanzando a trompicones por una montaña, pero no sé si al final sintió decepción porque no le tuve que pedir ayuda.

El piso era más o menos como lo había imaginado tras su descripción. Equipado con menos de lo indispensable, minúsculo y sombrío, pero cálido y acogedor. Perfecto. Yusuf dijo que podía quedarme con el salón como mi habitación. Él, que ya llevaba un par de semanas viviendo allí, ya estaba instalado en la otra. Sé que lo hizo porque el salón era más grande, luminoso y daba a la calle. Aunque, por otro lado, no había armario y la cama era un sofá-cama.

No me duelen prendas en reconocer que me sorprendió y mucho. Había preparado la cena para los dos. Yo no había esperado nada, pero en caso de haber hecho alguna conjetura, habría dicho que se ofrecería a invitarme a cenar en algún sitio cercano. Pero, desde luego, eso era mucho mejor y mucho más revelador. Positivamente revelador.

Lo de la inexistente invitación a cenar me recordó el tema económico, y mientras estábamos sentados frente a frente en la minúscula mesa de la cocina degustando su *menemen*, le pregunté cuánto era el alquiler del piso.

Lo bueno de ir con mi dinero a Turquía era que lo podía estirar mucho más de lo que lo hacía en Madrid. Quizá podría durarme más de lo previsto.

—No te preocupes por eso —me respondió tranquilamente después de tragar un trozo de pan de pita.

—No me preocupo, sólo quiero saber cuánto es para pagarte.

—Nunca dijimos que fueras a pagarlo.

Y eso era técnicamente cierto. Nunca acordamos eso, como tampoco acordamos lo contrario. Yo lo había dado por hecho y nunca lo mencionamos.

—Bueno, pero tengo que pagar mi parte. No solo del alquiler, también del resto de gastos.

—No estás trabajando, no sería justo.

Achiné los ojos.

—Escúchame bien. No voy a permitir que me mantengas. Que no tenga trabajo no quiere decir que no tenga dinero. Si no lo aceptas, mañana mismo saco un billete de vuelta. No voy a discutir.

El segundo punto conflictivo, cuatro horas después del primero e *in crescendo* en términos de seriedad.

—Vale, calma —dijo, poniendo sus manos como barrera de contención—. Está bien. Te iré pasando las facturas, pero ahora olvídate de eso, disfruta de la cena y dime si vas a querer una taza de té después.

—Por supuesto.

Mientras nos tomábamos ese té, le pregunté si mi nombre ya había sido pronunciado en su casa. Me respondió afirmativamente, aunque, a su juicio, creía que no había conseguido transmitir fielmente el estado de la cuestión. Respecto a lo que pensé que, obviamente, cómo se iban a hacer una idea fiel de lo que estaba pasando si no había confesado que estábamos viviendo juntos. Me interesaban sus asuntos de familia, pero no quería entrometerme.

Simplemente, les había dicho que, cuando estuvo en Madrid, había conocido a una chica que le gustaba. Le preguntaron si había tenido una relación con ella, es decir, conmigo, y dijo que no. Como así fue. Con lo cual, a sus padres les pareció de lo más normal que él se hubiera fijado en alguien durante su estancia en España, lo que no entendían era por qué se los contaba y, especialmente, por

qué se los contaba un año después. Y tras esa simple explicación, cambiaron de tema.

Cuando terminamos el té y la charla, decidimos que era momento de irse a dormir. Yusuf trabajaba al día siguiente y nos fuimos cada uno por su lado.

Hacía calor esa noche de finales de primavera en Estambul. Abrí la ventana de la que sería mi habitación en el futuro próximo y me asomé. Cielo estrellado, calle silenciosa. Escenario perfecto para ponerme a reflexionar sobre la decisión que había tomado. Exactamente lo que quería evitar.

Decidí acostarme confiando en que el cansancio del viaje y la fatiga emocional me ayudarían a quedarme dormida. Qué estupidez.

Rescaté un camisón de mi maleta, abrí el sofá-cama, me eché una colcha fina por encima y girando sobre mí misma, pasé desvelada la primera noche de mi nueva vida. Las dudas, la incertidumbre del futuro, el calor y una cama extraña fueron los culpables. Receta básica para el insomnio. No quise mirar el reloj para no agobiarme más, pero calculé que eran en torno a las cuatro cuando Morfeo se dignó a visitarme. Y no mucho después, una alarma lo ahuyentó.

¿Los vecinos locos? ¿Los hindúes de la música? Resultó que no. Era Yusuf. Salió de la habitación y lo oí trastear. Joder, no sabía que entraba a trabajar tan pronto. Me levanté. Salí con mi pelo revuelto después de estar dando vueltas toda la noche, mi camisón de tirantes, que me quedaba más arriba de medio muslo, y descalza. No era lo más adecuado para mantener la situación a raya, pero no lo consideré en su momento.

Nos asustamos mutuamente cuando abrí la puerta y nos intuimos en la penumbra. Yusuf estaba sin camiseta, descalzo y con un pantalón largo de pijama de tela vaporosa. Aparté la vista. ¿Siempre había tenido esos pectorales? Un momento, ¿cuándo le había visto yo el pecho? Nunca. Bien, eso tenía explicación. Él también apartó la mirada de mí.

—Perdona, ¿te he despertado? —me preguntó susurrando.

—No. No pasa nada. Estoy en proceso de adaptación —le contesté del mismo modo.

¿Por qué susurrábamos si solo vivíamos los dos allí y ya era bastante obvio que estábamos ambos despiertos?

—¿Ya vas a trabajar? —le pregunté.

—No. Es la hora del primer rezo. Luego me vuelvo a acostar y me levanto a las siete y media.

—Oh.

Eso no me lo esperaba. Mi cara debió de ser un poema. Asintiendo leve y repetidamente con la cabeza, fui dando pequeños pasos hasta que estuve de nuevo en mi habitación y cerré la puerta. No daba para más en ese momento. Me volví a meter en la cama y puse todo mi empeño en dormirme.

Capítulo 10

Me desperté en torno a las diez. Creo que habría podido dormir más si hubiéramos tenido persianas. Entraba mucho ruido de la calle y me asomé a la ventana. Había un camión parado en mitad de la carretera descargando mercancía para una tienda. Estaba haciendo tapón a una fila de conductores enfadados que adelantaban por el carril contrario cuando no venían coches. Cerré la ventana.

Mi primer día en Estambul, qué iba a hacer. Fui al cuarto de baño a darme una ducha. Tuve la precaución de comprobar si había agua caliente antes de meterme desnuda debajo del chorro. Sí había. Yusuf debió de dejarla conectada. Nota mental, preguntarle dónde estaba la caldera y cómo funcionaba.

Me di una ducha refrescante y activadora, me vestí y busqué la lavadora. Teniendo en cuenta las dimensiones del apartamento, después de una búsqueda de menos de cinco minutos, estaba en disposición de asegurar que no teníamos lavadora. Y con un noventa y ocho por ciento de fiabilidad, podía afirmar que tampoco teníamos cesto de la ropa sucia. Apunté mentalmente la segunda nota, preguntar a Yusuf cómo lavaba la ropa mientras decidía qué hacer con unas bragas sucias y una camiseta sudada.

Quizás allí también se estilaba lo que veía en las series estadounidenses. Lavadoras en los sótanos de los edificios y los vecinos haciendo la colada en amor y compañía.

Cuando entré a la cocina, vi que Yusuf me había dejado unos huevos revueltos para desayunar junto con una nota: *vuelvo a las cinco*. Puede que, después de todo, el experimento no fuera a resultar tan difícil como había pensado.

Busqué café. No lo encontré. Se me ocurrió que esa era una buena idea, hacer una lista con todas las cosas que me harían falta e ir a comprarlas. Un momento... No podía salir porque no tenía llaves. En ese momento, cobró sentido lo que Yusuf me dijo sobre que trabajaba cerca y que lo llamase si necesitaba algo. Pero no quería recurrir a eso, podía esperar. Nota mental tres, aunque primera si las ordenaba según importancia, pedir una copia de las llaves.

Después de desayunar volví a mi habitación y me senté sobre mi cama revuelta, mirando en rededor y pensando cómo adecentar aquel sitio y hacerlo más mío. Me quedé escudriñando el televisor de tamaño medio apagado que

estaba frente a mí. ¿Para qué lo quería si no entendía una palabra de turco? Además, el mueble donde estaba puesto me venía perfectamente como mesa auxiliar. Tenía mucho más sentido que la tuviera él.

Fui a su habitación, no por cotillear, sino para saber si él ya tenía televisión y si había algún sitio apropiado para poner la que estaba en el salón. Tenía todas sus cosas perfectamente recogidas, ordenadas y pulcras.

Me adapté fácilmente a mi nueva rutina. Los primeros días los dediqué a instalarme y a hacer un lavado de cara al piso. Para ser sinceros, fue algo más que un lavado de cara, le di la vuelta, como a un calcetín. Especialmente al ex salón, ahora mi habitación.

Moví muebles, quité cuadros, di nuevos usos a algunos objetos, me fabriqué un armario con una estantería y unas cortinas. Fui al gran bazar y derroché más de lo que debía en un montón de artículos para la cocina y para el baño. Yusuf me dejaba hacer y deshacer. Cuando volvía a casa, recorría todas las estancias adivinando los cambios y los objetos nuevos, y yo lo seguía partiéndome de la risa.

Respecto a las tareas domésticas, tema crucial para mí por lo que representaba, no lo abordamos explícitamente. Y, aun así, funcionó. El piso tampoco daba para mucho más, eso era cierto. Él se ocupaba de su habitación, y yo, de la mía. En cuanto a las zonas comunes, yo asumí el peso. ¿Fui una idiota? Quizá sí, pero pasaba mucho tiempo en casa sin mucho más que hacer y me sentía agradecida.

La comida, es decir, la cena, porque la comida es un almuerzo que los turcos hacen en el trabajo, también la solía hacer yo, aunque los días que libraba la hacía él; nos embarcamos en una especie de programa de intercambio culinario de gastronomía turca — gastronomía española. Aunque sin cerdo, por supuesto, lo cual rebajaba mucho la calidad de mi parte del programa.

En otras ocasiones, era su madre la que nos alimentaba. Los domingos en los que no tenía guardia, Yusuf debía ir a casa de sus padres porque tenían cena familiar y siempre volvía con varias fiambreras que le preparaba su madre asumiendo que vivía solo. Alcanzaba para comer tres o cuatro días.

Él se encargaba de la ropa, es decir, la llevaba a la lavandería y la traía de vuelta. Porque sí, había que llevarla a una lavandería que estaba en la esquina de la calle.

En cualquier caso, yo siempre me cuidaba de dejar algo sin hacer, platos sin fregar, papelera llena, toallas en el tendal, un suelo sin barrer. Lo que fuera. No

quería que nunca lo diera por hecho, que siempre tuviera en cuenta que lo que yo hacía era porque quería y no porque debía.

En esa época no sabía cómo denominar nuestra relación. Nos estábamos comportando como compañeros de piso y buenos amigos. No nos rozábamos y no hablábamos de un futuro común ni de sentimientos. Yo no sé si él pensaba en estas cosas, supongo que sí, teniendo en cuenta el embrollo que tenía en la cabeza sobre el matrimonio, la virginidad, la familia..., pero no comentábamos nada. A mí me parecía estupendo. Me gustaba esa situación, realmente estaba funcionando.

Algunas noches nos sentábamos juntos a ver películas subtituladas en inglés, y en esos momentos yo habría dado media vida porque me hubiera pasado un brazo por los hombros y me llevara hacia sí. Pero si ese era el precio que había que pagar porque todo marchara bien, no pondría objeciones.

La situación rozaba la perfección. Solo un pequeño detalle la habría hecho perfecta del todo para mí, un trabajo.

Capítulo 11

Yusuf me quería presentar a sus amigos. De momento, solo a sus dos amigos más cercanos porque eran los únicos que estaban al corriente de mi existencia y de mi presencia en Turquía.

A mí también me apetecía conocerlos, llevaba meses oyendo hablar de ellos, aunque, a pesar de eso, no terminaba de hacerme una idea de cómo eran. A veces, Yusuf me decía que no eran como él, sino que eran más abiertos, no tan conservadores, pero otras veces me contaba cosas que hacían, y entonces me parecía que sería imposible que fueran más tradicionales. No sabía qué me iba a encontrar.

Habíamos decidido organizar una cena informal en casa. Yusuf y yo llevábamos días decidiendo el menú. Finalmente, optamos por preparar un montón de pequeñas raciones, algunas turcas y otras españolas. Yusuf había dejado preparados algunos de los platos con antelación, pero la puesta en escena final me correspondía hacerla a mí mientras él estaba en el trabajo.

—Todo tiene muy buena pinta —me dijo a su vuelta, examinando los platos que ya ni cabían en la encimera.

—¿Qué es eso de ahí?

—Empanada.

—¿Es una de la cosas que teníamos en la lista? No me su...

—No. Se me ocurrió hoy. Seguro que os gusta. Se puede comer fría o cal...

—¿Qué lleva? —me interrumpió, examinándola.

—Es empanada de carne. Pimientos, huevo cocido...

—¿Dónde has comprado la carne?

—No es cerdo.

—Vale, pero dime dónde la has comprado.

Yusuf siempre traía la carne cuando iba a casa de sus padres porque su cuñado era carnicero, pero no pensaba que comprarla en otro sitio fuera a suponer un problema.

—En el supermercado que está al final de la calle, donde compramos esas pinzas que se rompieron al día siguiente.

—Vale, no se lo podemos ofrecer.

—¿Qué? ¿Por qué no? Te digo que no es cerdo.

Así fue como me enteré de otro de los preceptos de la religión musulmana. La carne que comían debía proceder de animales que hubieran sido matados por un musulmán, en nombre de Alá y siguiendo una especie de ritual. Si la carne cumplía este requisito, era etiquetada con la palabra *helal*. Las personas sabían dónde podían comprar y consumir carne *helal* y evitaban hacerlo en otros lugares. Por eso, Yusuf no comía ningún tipo de carne fuera de Turquía. Yusuf desconocía si el supermercado donde yo había hecho la compra cumplía con esas garantías y, por este motivo, no podíamos ofrecer la empanada a sus amigos, ni él mismo tampoco la probaría.

Sí, lo decía en serio, no se estaba quedando conmigo. Después de ese día, me fijé y empecé a ver la dichosa garantía *helal*, que no se aplicaba solo a la carne, sino que significaba que los productos eran *permitidos*, es decir, cualquiera que fuera el requisito, norma, procedencia o tratamiento requeridos para consumirlos, los cumplían.

Yo nunca había escuchado nada semejante y me quedé con cara de tonta tras oír la explicación de Yusuf. ¿Hasta esos límites llegábamos? Aparté la empanada, que fue mi desayuno, comida y cena del día siguiente.

Tenía que admitir que el hecho de conocer a los mejores amigos de Yusuf me inquietaba un poco. Él decía que no le importaba lo que los demás pensasen, pero yo era consciente de que era importante que yo les cayese bien. No ya solo por la posible influencia que pudieran tener sobre la opinión de Yusuf, sino por cuestiones prácticas. Sabía lo incómodo que podía resultar que una parte de tus amigos no se llevara bien con otra parte de tus amigos. Era algo que se traducía en malos entendidos, excusas por no poder estar con unos cuando ya habías quedado con los otros, encuentros tensos... Y el calibre de estos problemas se podía multiplicar dadas las especiales circunstancias de mi estancia en Turquía.

No sabía qué ponerme y sabía que no era buena idea pedir opinión a Yusuf. Conocía de sobra su enemistad con los shorts, las faldas cortas, camisetas de tirantes, escotes y, en general, por cualquier prenda que dejase a la vista más de tres centímetros cuadrados juntos de cuerpo. Lamentablemente para él, había ido en verano y mi maleta solo contenía ese tipo de ropa.

Finalmente, opté por unos vaqueros, unas sandalias de cuña que se ataban en el tobillo y una camiseta amarilla sin mangas cuya parte delantera caía frunciéndose. Me peiné la melena rubia en una trenza ladeada, y mientras me terminaba de maquillar, sonó el timbre anunciando la llegada de nuestros invitados.

Yusuf fue a abrir, y me reuní con ellos mientras sus amigos cruzaban el umbral de la puerta y se saludaban afectuosamente. Yo esperaba paciente, pero nerviosa, con mi sonrisa de anuncio congelada, a que terminasen los apretones de manos y le entregasen a Yusuf una bandeja de *baklava*. Y después de eso, centraron su atención en mí. Encaré el besamanos en el que observé sonrisas petrificadas de anuncio, como la mía, y bajo las cuales no tenía ni idea de qué pensamientos se escondían.

Lo primero que yo pensé fue «quiénes son estos señores y dónde están tus amigos». Teóricamente, tenían la misma edad que Yusuf, es decir, menos de treinta años, pero no daban esa impresión con sus portes responsables y sus ropas formales. ¿Yusuf también era así? Yo no lo veía así.

Ibrahim y Ekrem también eran médicos, como Yusuf. Se habían conocido en la carrera; de algún modo, me recordaron a mi propio trío de la universidad junto con Ana y Miguel.

Ambos hablaban inglés fluidamente, así que no había problema para comunicarnos, aunque es cierto que, a veces, se olvidaban y volvían al turco, hasta que veían mi cara de circunstancias.

Me di cuenta de que no era yo la única que estaba en tensión, a ellos también les costaba sacar tema de conversación y estaba segura de que eso se debía a mi presencia, que los incomodaba. Tres amigos que se conocían desde hacía unos diez años y con la profesión en común empezarían a hablar y no pararían hasta que se despidieran.

Ekrem rompió el hielo con el tema obligado, cómo es Madrid, cómo se vive en España, lo cual me sirvió para explayarme a gusto y desinhibirme finalmente. Ellos, por su parte, parecieron encontrar interesante mi perorata y demandaban más detalles sobre ciertos temas. Yo no sabía qué les había explicado exactamente Yusuf sobre nuestra *relación*, pero no entraron a preguntar nada sobre mi decisión de mudarme ni sobre si mi estancia sería prolongada.

La cena continuó con un ambiente amable y cordial, fluía bien. Todos nos fuimos relajando y actuando de forma menos encorsetada. Los amigos de Yusuf me cayeron bien, y creo que yo a ellos también.

—Quiero compartir una noticia con vosotros —anunció Ibrahim, captando toda nuestra atención.

—Kubra y yo nos hemos comprometido. Haremos la ceremonia de compromiso el mes que viene, estáis invitados, por supuesto.

—¿Y cuándo será la boda? —preguntó Ekrem después de las oportunas felicitaciones.

Boda, uno de mis temas favoritos; nótese el sarcasmo. Desconocía que el hecho de cruzar el Mediterráneo y emigrar a otro país también suponía ponerte diez años encima y hablar de matrimonios e hipotecas. Yo solía hablar de películas y sobre los planes para el próximo fin de semana con mis amigos. Si no fuera porque eran hombres, en dos veladas más estaríamos debatiendo los pros y contras del parto natural, oh, señor.

—Aún no lo hemos decidido, pero seguramente en marzo o abril —contestó Ibrahim.

—Sí, buena idea. No te cases en otoño porque puede que no pare de llover en todo el día, como me pasó a mí.

—¿Tú estás casado? —le pregunté a Ekrem.

—Sí, en octubre hará un año.

Yusuf me miró con cara de reproche, haciéndome entender que yo ya debía saber esa información. Claro que me lo había dicho y también recordaba que había asistido a una boda el pasado mes de octubre, pero, por aquel entonces, cuando me hablaba de sus amigos, yo no los conocía, y todo era confuso en mi mente. Me podía decir: «mañana tengo la boda de un amigo», y a la semana siguiente: «he acompañado a un amigo a comprarse un coche», y yo pensaba que eran dos personas diferentes cuando podía tratarse de la misma. Podía ocurrir esto o lo contrario. Pero ya les iba poniendo cara, y ahora solo tenía que clasificar las informaciones que ya sabía con la persona correcta.

—¿A qué se dedica tu mujer? —me atreví a preguntar.

—Es ingeniera.

Guau, eso no me lo esperaba.

Siempre que terminaba de crearme un patrón de los turcos, venía alguno a rompérmelo.

Lo estuve comentado con Yusuf cuando sus amigos se hubieron ido. Yo le planteaba montones de dudas en mi intento de tener una visión de conjunto: ¿tus amigos beben alcohol? ¿Tus amigos quieren mujeres que se queden en casa? ¿Tus amigos tienen relaciones sexuales antes de casarse? ¿Tus amigos siguen acérrimamente las normas religiosas? Y así podría rellenar hojas completas. Al final, saqué dos conclusiones.

La primera era que estaba equivocada respecto a considerar que, en general, todas las personas eran como Yusuf en lo referente al cumplimiento de las

normas religiosas. Me explicó que mucha gente de su entorno bebía alcohol o no hacía los rezos diarios, por ejemplo. Eso significaba que yo justo había ido a conocer al que seguía a pies juntillas todos los preceptos, genial.

Y la segunda era que no podía esbozar un estereotipo del turco medio, era imposible. Al igual que el país, a caballo entre dos continentes, sus gentes estaban a caballo entre dos mundos, los que adoptaban un estilo de vida occidental, y los que eran más tradicionales.

No me resultaba difícil de asumir que hubiera gente más abierta, moderna, progresista o como se le quisiera llamar, y otra más tradicional y conservadora. Esto, a fin de cuentas, se da en todos los sitios de forma más o menos acentuada. Lo que me chocaba era que se relacionasen entre ellos.

Las personas tendemos a juntarnos con quienes se nos parecen. Los pijos viven en sus barrios de chalets con piscina, envían a sus hijos a colegios privados bilingües y los fines de semana quedan con otros pijos en el club de tenis o de golf, en invierno se van a esquiar, y en verano, a la playa. Y así sucesivamente con los demás grupos sociales.

Pero, sorprendentemente, en Turquía no. O, por lo menos, Yusuf no. Él podía desear tener una mujer que no trabajara fuera de casa y que se cubriera la cabeza, siendo compatible con salir por la noche con su amigo Ekrem y su mujer, una ingeniera nada menos. Podían ir en un coche conducido por ella y cenar juntos, con una botella de vino en la mesa.

Yusuf decía que sus amigos eran buenas personas, y eso era lo único que le importaba. Que se los etiquetase de modernos o tradicionales carecía de sentido para él. No, si al final iba a resultar que era verdad que el tolerante era Yusuf. En fin, yo no entendía nada.

Capítulo 12

Tardé semanas en afrontar el asunto del trabajo. Me daba miedo no encontrar ninguna alternativa, así que me justifiqué a mí misma con la puesta a punto de la casa. Asombrosamente, fue Yusuf quien me lo hizo ver y me animó a que empezara cuanto antes.

Pensé si en la embajada podrían ayudarme. En cualquier caso, lo quería dejar como último recurso. Si compites en una carrera de relevos, dejas que el mejor corredor salga en último lugar. Así, mantienes la esperanza de ganar hasta el final.

Quería tantearme en primer lugar. Yo era filóloga, estaba muy claro a qué podía dedicarme en Turquía, a dar clases de español. En Estambul había más de diez universidades, además, supuse que habría academias privadas de enseñanza de idiomas. Tendría que pedirle a Yusuf que me tradujera el currículum, pero antes de eso, decidí llevarlo a un sitio donde lo entenderían en español, el Instituto Cervantes de Estambul.

En la secretaría trabajaba una sevillana de mediana edad, con mucho desparpajo y un carácter muy alegre. No tuve más que observarla durante los cinco minutos que esperé a que me atendiera para darme cuenta de que era el tipo de empleada sin la cual todos los demás estarían perdidos. La que sabía dónde estaban todos y todo. La que controlaba cómo se debían hacer las cosas, a quién había que llamar si se estropeaba algo y la que conocía por el nombre a los alumnos. Si faltase algún día, sería el caos.

Cuando le pregunté si podía entregar mi currículum y me interesé por las posibilidades de conseguir un trabajo allí, se deslizó las gafas hasta la punta de la nariz y se estiró por encima del mostrador sin ningún disimulo para estudiarme. Sintió curiosidad por saber qué hacía una chiquita como yo buscando trabajo en Estambul y me invitó a un café en un lugar cercano para que le contara mi historia.

Me explicó que el centro no daba clases en verano, el personal docente cogía vacaciones. Durante julio, solo la secretaría y la biblioteca funcionaban y solo en horario de mañana. En agosto, estaba cerrado totalmente. Lo de dar clases estaba complicado, las plazas fijas se designaban desde Madrid, aunque había mucho personal eventual que se contrataba directamente y que podía durar años en el puesto.

Pero si lo de dar clases no era una prioridad para mí, estaban en disposición de ofrecerme un puesto como auxiliar de biblioteca durante las mañanas de julio. Y podría volver a incorporarme en septiembre. Es decir, nada de vacaciones pagadas. ¿A quién le importaba? En cualquier caso, había que hacerlo pronto porque el director estaba a punto de irse de vacaciones, estábamos a últimos de junio.

Ella no me lo dijo, por supuesto, pero sé que el hecho de ofrecerme ese trabajo fue cosa suya. Ella llevaba las cuentas y, como bien deduje, tenía a todo el personal comiendo de su mano, podía permitírselo.

Desde el primer momento me sentí en confianza con Macarena y llegó a convertirse en una persona muy importante para mí durante mi vida allí. Dicen que madre no hay más que una, pero la mía estaba a cuatro mil kilómetros y nunca me había entendido. Macarena fue mi madre todo ese tiempo.

Supe que así sería cuando después de relatarle qué me había llevado hasta allí, no me juzgó, ni me advirtió, ni me dijo que estaba loca y que volviese a Madrid, ni que me anduviese con cuidado. Solo me agarró el brazo con su mano rolliza y me puso un trozo de papel en la mano con su número de teléfono y su dirección. Se levantó y me cogió de la barbilla para alzarme la cara y hacer que la mirara.

—Ven siempre que lo necesites. Y cuando no lo necesites, también. Te preparé costillas de cerdo —me dijo, guiñándome un ojo—. Ahora he de volver al trabajo. Vuelve el viernes para firmar el contrato.

Y se marchó contoneando la cadera y dejándome allí. Miré su tarjeta de visita. No tenía ni idea de dónde caía esa dirección. No tenía ni idea de nada y ya había conseguido un trabajo. Iba en serio. Iba a quedarme allí. Cuando salí de la cafetería, entré en una librería y compré un libro de turco para extranjeros. Nivel básico, por supuesto.

No pude creer en mi buena suerte, auxiliar de biblioteca. Había llevado a Turquía algunos libros de casa, pero no sabía qué haría cuando los terminase. No podía vivir sin libros. Imaginé que siendo Estambul una ciudad tan grande y cosmopolita, no tendría problemas para encontrar libros en inglés y me resigné a esa idea, pero esto no lo habría imaginado ni en mis mejores sueños. Trabajo y libros. Si no fuera por mi total falta de fe, habría dicho que Alá escuchaba a Yusuf cuando rezaba por mí.

Volví a casa deseando contarle las noticias a Yusuf. Lo invité a cenar fuera para celebrarlo. Yo iba a ganar menos de la mitad de su sueldo, pero me daba igual. Lo importante era nuestra igualdad de condiciones. Ambos trabajábamos,

ambos pagábamos las facturas, ambos nos ocupábamos de la casa y ambos tomábamos las decisiones.

Capítulo 13

Era la víspera de mi cumpleaños y estaba un poco decaída por este motivo. Iba a ser mi primer cumpleaños lejos de casa, no desayunaría las porras calentitas que mi padre siempre iba a buscar en cuanto abrían el puesto, ni mi madre me prepararía la tarta de chocolate y nata que comía el día de mi cumpleaños desde que tenía uso de razón. Era genial que fuera en agosto porque no importaba en qué día de la semana cayera, siempre podía salir con mis amigos a cenar algo y abrir los paquetes que me preparaba Ana. Eran manualidades hechas por ella misma, marca páginas, sujeta papeles, *collages* con fotos nuestras, pulseras... podría poner un mercadillo con las cosas que fui acumulando esos últimos años. Miguel no me sorprendería regalándome algo alucinante, ni tampoco recibiría la llamada de mis abuelos desde el pueblo en Albacete porque era conferencia, y la palabra *Internet* les sonaba a chino.

Yusuf sabía la fecha de mi cumpleaños, se lo había dicho hacía meses, durante una de nuestras conversaciones cuando estábamos cada uno en su país. No sabía si se acordaría, supuse que no. Evidentemente, yo no se lo iba a recordar, sería muy pretencioso por mi parte.

La cuestión es que estábamos buscando una película para ver después de cenar, Yusuf me leía algunas sinopsis en alto y esperaba a que le dijera si me interesaban o no, pero yo estaba con la cabeza en otra parte, apenas le prestaba atención. Después de que me hiciera tres propuestas, se debió de dar cuenta de mi actitud melancólica, apagó su ordenador y me propuso algo diferente.

—¿Quieres que juguemos a algo?

—Vale, ¿a qué?

—Verdad o acción.

Cuando mencionó un juego, no me esperaba que fuera un *juego* de preadolescentes con las hormonas revueltas intentando averiguar si alguna se había atrevido ya a besar con lengua. Además, lo dijo muy rápido y decidido, como si ya se le hubiera ocurrido en alguna ocasión anterior y estuviera esperando un momento propicio para aprovechar la idea.

A pesar de que mi estado de ánimo no era el mejor para quitarme más de diez años de encima y desinhibirme, acepté. Quería saber dónde podría llevarnos ese pasatiempo; verdaderamente, nos condujo a más de un punto interesante.

Llevé bebidas frías para los dos a su habitación y media docena de delicias turcas, *lokums* de pistacho que siempre compraba en un puesto que había cerca de nuestra casa. La primera vez que los vi, me resistí a probarlos porque, debido al pistacho, tenían un aspecto verde que no les da una apariencia apetitosa, sino, más bien, de comida en mal estado. Sin embargo, y debido a la insistencia de Yusuf, los probé y se convirtieron en mi perdición.

Me senté en la cama de Yusuf, como siempre, y, como siempre, me riñó por comer allí y dejarle todo lleno de migas, pero, como siempre también, no hizo nada por impedírmelo.

Ya con el avituallamiento listo, podíamos comenzar con las preguntas y los retos. Tenía curiosidad por saber qué tipo de preguntas me haría, quería saber por dónde iba a ir, si se iba a decantar por las típicas preguntas de adolescentes, por cuestiones banales, por cosas íntimas... Pero se quitó la responsabilidad de encima y me invitó a comenzar. Exactamente lo que yo no quería, yo no tenía nada en mente y no quería ser yo la que llevase el juego por una vertiente, intenté pensar en algo ambiguo y poco comprometedor que no condicionase el resto del juego.

—¿Alguna vez has copiado en un examen?

—Claro, todo el mundo ha copiado alguna vez.

Quizá podía haber aprovechado esa oportunidad para preguntar algo más interesante, pero fue lo que se me ocurrió y, en cualquier caso, cumplió mi objetivo, no marcó pauta. Era su turno.

—¿A qué edad tuviste tu primer novio y cómo se llamaba? —preguntó.

Pasado sentimental, ahí estaba su interés.

—Cuando tenía catorce años, un compañero del colegio —le conté.

—¿Nombre?

—Esa es otra pregunta. Me toca. —Yo quería seguir divagando sin comprometerme, no se me ocurría nada interesante que plantear—. ¿Alguna vez has robado algo? —inquirí finalmente.

—Una vez, cuando era crío, entré a una frutería con mis amigos del barrio y robamos unas frutas exóticas que nunca habíamos visto —respondió después de tomarse un tiempo para traer los recuerdos al presente—. Lo más curioso es que eran unas frutas amargas y las acabamos tirando en un parque. ¿Cuándo fue la primera vez que besaste a un chico? —me preguntó seguidamente al acabar su relato.

Estaba claro por dónde iba encaminado, y estaba claro también que ya se la tenía preparada. Solté una risa breve, en parte, por su interés en esa cuestión, y en parte, por el recuerdo de aquel beso torpe y embarazoso con José Luis Palomares junto al arroyo durante las fiestas del pueblo. Pero quise frenar tanta curiosidad por su parte haciéndome la digna y me negué a responder.

—Puedes negarte, por supuesto, pero sabes que eso acarrea una acción —explicó—. Dado que la pregunta era sobre besos, la acción está relacionada con besos. —Me puse alerta—. Quiero que me dejes besarte el lunar que tienes en la mejilla.

Me dejé descolocada. De entrada, no parecía una acción para mí, sino para él, yo tenía un rol pasivo. Además, ¿mi lunar? Que dijera eso me hizo pensar que hubiera estado prestando atención a todos los detalles de mi cuerpo. Eso me produjo sensaciones contradictorias; por una parte, halago, y por otra, me sentía juzgada, examinada, como una rata de laboratorio. En cualquier caso, su petición parecía bastante inocente, fácil de realizar para mí, y dulce, así que le ofrecí mi cara con un gesto exagerado.

Se acercó y me rozó la mejilla con sus labios calurosos durante una fracción de segundo, como si en el mismo instante en que lo estaba haciendo se le hubiesen cruzado pensamientos de que estaba haciendo algo incorrecto y se sintiese culpable.

Para evitar que el ambiente se enrareciese, pensé en algo rápido, pero esta vez quise formular una pregunta cuya respuesta verdaderamente me interesase; me decidí a aprovecharme del juego yo también.

—¿Alguna vez has tenido dudas sobre tu fe? —le pregunté mientras él volvía a tomar asiento en la silla de su escritorio.

Si mi objetivo era evitar que la atmósfera se enrareciese, esa pregunta no había sido la mejor opción. Presenció su gesto de pánico que ya conocía. Aunque no entendía por qué, era una pregunta sencilla, solo tenía que responder sí o no; yo no lo iba a juzgar cualquiera que fuera la respuesta.

Se tomó un tiempo para reflexionar, y finalmente decidió hacer uso de su derecho a no responder. Lo respeté a pesar de que no entendía cuál era la dificultad de darme esa respuesta y empecé a pensar en una *acción*.

Lo primero que se me ocurrió fue retarlo a que fuéramos a comprar algo de alcohol y que lo bebiera, pero enseguida fui consciente de que sería cruel. Para él, era un asunto más que importante y no habría sido justo. Por lo tanto, lo cambié por una tanda de diez flexiones.

Después de la batería de preguntas y acciones que llevábamos, deduje que el espíritu de la pubertad finalmente se había apoderado de mí y me revolucionó las hormonas o la libido o qué sé yo. Viéndolo hacer las flexiones y cómo su camiseta se iba oscureciendo por el sudor, me provocó un calor interno que me fue subiendo hasta alcanzarme el rostro y que se sumó al calor sofocante estambulita característico de agosto. Y hablando de su camiseta, pedirle que se la quitara, ¿podría considerarse dentro de la misma acción o debería esperar a otra? Mantuve la boca cerrada.

Después de que se recompusiera de su ejercicio y le diese un trago a su refresco, lanzó su siguiente pregunta, que me dejó más descolocada que lo del beso en el lunar de mi mejilla.

—¿Le has mostrado tus pechos a alguien?

Gracias a este dichoso juego estaba conociendo a un nuevo Yusuf. Quizá no a uno nuevo, sino al verdadero. En cualquier caso, el Yusuf que yo conocía, *míster llegaré virgen al matrimonio* nunca hubiera preguntado tal cosa. ¿O era yo la que lo estaba cambiando?

Sea como fuere, esa pregunta me molestó un poco. Si me lo hubiera preguntado de otra forma, en otras circunstancias, no me habría importado contestarle, pero estaba empezando a detectar un tono vicioso que no me gustaba nada y me negué a responder.

—Está bien —dijo—. Dado que la pregunta estaba relacionada con tus pechos...

Vi venir de lejos lo que insinuaba, y mis ojos se convirtieron en circunferencias perfectas, al igual que mi boca. Al ver mi reacción, se apresuró a aclarar que estaba bromeando y explicó que la verdadera acción consistía en dejar que me besara el lunar que tenía bajo el labio inferior.

Otra vez otro lunar a colación, otra vez esas sensaciones contradictorias. Acepté. Volvió a levantarse y a aproximarse a mí. Repitió la acción anterior, aunque esta vez mucho más próxima a mi boca; pero después del breve roce, no se retiró del todo. Volvió a salvar la distancia que nos separaba y besó de nuevo el lunar. Una y otra vez. Con movimientos suaves y pausados, con sus labios húmedos, que cada vez se abrían más para abarcarme más. Yo me convertí en una estatua de piedra, contuve la respiración, cerré los ojos y me envolví en el olor de su sudor, en el calor de su cercanía, en la sensación interior de excitación que me estaban produciendo sus besos. Lo prolongó tanto que estuve a punto de cazar su boca con la mía y terminar aquel absurdo juego infantil

para comenzar otro de adultos. Pero no sabía si eso era lo que él quería, y se apartó antes de que yo me decidiese.

Me costó recobrar la compostura y recordar qué demonios estábamos haciendo; curiosamente, él parecía muy centrado. Me recordó que era mi turno de hacer una pregunta. Necesité mi tiempo para pensar en algo. Al final, sucumbí y me sumé a su temática.

—¿Con cuántas chicas ligaste en la fiesta de enfermería en Madrid?

Me imaginé que no se hubiera acercado a un metro a la redonda de ninguna, pero quería saber qué respondería. Se puso a la defensiva, me dijo que con ninguna, como yo había supuesto, pero se apresuró a darme explicaciones que yo no había pedido sobre por qué fue y qué fue lo que ocurrió. Lo insté a que se relajara, asistir a esas fiestas era lo más normal del mundo cuando se es universitario, no iba a pensar de pronto que se iba aprovechando de las chicas, ¿cómo iba a pensar algo así después de conocerlo como lo conocía?

Me metí el último *lokum* a la boca y esperé su pregunta.

—Noelia, ¿te has acostado con algún hombre?

Mastiqué despacio y tragué con dificultad. Me estaba mirando a los ojos y no perdía detalle de mi reacción. Estaba serio. Ya no había ningún juego *verdad o acción* en marcha. Me puse en tensión, ¿de qué iba todo eso?

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saberlo. Es algo que me ha estado rondando por la cabeza durante todos estos meses, pero nunca me he atrevido a preguntártelo hasta este momento y me gustaría que me respondieras.

Estaba confundida. Creí que lo sabía. Es cierto que nunca se lo había dicho explícitamente, pero asumí que lo daba por hecho. No quería mentirle ni poner paños calientes. Le respondí claramente.

—Sí. Pensé que lo sabías.

Asintió cabizbajo y, aparentemente, decepcionado.

—Lo suponía porque sé que en Europa es diferente, no es como aquí. Pero quería que me lo confirmaras. Necesitaba saberlo.

Quiso saber más información, como el número de parejas y su identidad, empecé a responderle, pero lo frené y lo emplacé a que lo habláramos otro día. Lo cierto es que no me importaba contárselo, pero yo me encontraba rara, el verlo dolido me hacía sentir que era algo malo cuando para mí era algo normal y natural. Además, me preocupó que dijera aquello de que necesitaba saberlo, yo dudaba si eso implicaría algo, si tendría alguna consecuencia entre nosotros.

Sabía que, para él, mantenerse virgen y relacionarse con una chica virgen era importante, pero yo había asumido que él conocía mi condición y que no le daba mayor importancia. En ese momento me di cuenta de que no era así.

Evidentemente, el juego acabó por esa noche. Salí de su habitación y cerré la puerta con la impresión de que se abría una brecha entre nosotros que era insalvable y que siempre quedaría ahí.

Capítulo 14

Se acordó.

Yo estaba sentada sobre la cama haciendo fichas de los últimos libros que había leído cuando escuché que Yusuf llamaba a mi puerta. Le dije que entrara mientras escribía *Memorias de una geisha* con mi bolígrafo de color plata.

No sabía qué podía querer, yo había decidido poner al día mi fichero de lecturas para dejar de pensar en cómo había terminado el dichoso juego *verdad o acción* hacía unas horas; y me imaginé que Yusuf había hecho acto de presencia en mi habitación para pedirme más detalles sobre mis experiencias pasadas o para decirme que no se podía quitar de la cabeza la idea de que yo no era como esperaba y que no podía seguir adelante.

Se paró junto a mi cama y esperó a que dejase mi tarea. Levanté la vista hacia él.

—Feliz cumpleaños —dijo.

Increíble. Incluso yo lo había relegado a un segundo plano después de haber salido de su habitación. Para bien o para mal, nunca dejaba de sorprenderme. Me lo quedé mirando cariacontecida, incapaz de reaccionar.

—Ahora es cuando tú dices «gracias» —me recordó.

—Claro, gracias. Muchas gracias. Lo siento, es que no me esperaba que te acordaras.

Se agachó para darme un beso cariñoso en la frente como modo de concluir su felicitación.

—¿También tengo un lunar ahí? —bromeé, haciendo alusión a nuestro entretenimiento previo.

—Mmm, déjame ver —dijo, examinando mi frente con atención.

Me retiró el pelo hacia atrás con una mano al tiempo que se aproximó para mirar más de cerca, tanto que podía sentir su aliento. Yo tenía una especie de radar biológico, y mis pulsaciones se disparaban cada vez que traspasaba la barrera de los quince centímetros.

—No, la frente está despejada; sin embargo, estoy viendo uno justo en la clavícula.

Comprobé que lo que decía era cierto y me apresuré a colocarme la camiseta antes de que se le ocurriese hacer un mapeo de todos los lunares de mi cuerpo.

—¿Cómo lo celebramos? —me preguntó mientras tomaba asiento en mi cama, junto a mí.

No supe qué responder, y, mientras lo pensaba, Yusuf empezó a curiosear la pila de libros que estaban sobre la mesilla, formada por los que tenía empezados y los que tenía pendientes de leer. No se detuvo mucho con los dos primeros, los cuales hojeó superficialmente y apartó. Sin embargo, cogió el tercero y me lo mostró para que le explicara qué hacía ese libro ahí. Su cara no habría reflejado más incredulidad si hubiera encontrado un grupo de strippers un viernes en la mezquita.

El Corán.

Lo había comprado meses atrás, en Madrid, en un intento por conocer más esa religión y sus preceptos. Mi interés era puramente cultural. Empecé a leer el primer sura, el más largo de todo el libro, que dejé a medias porque era muy repetitivo y llegué a un punto en que me perdí, ya no sabía de qué hablaban. En lugar de seguir el orden establecido, consulté el índice y elegí un sura cuyo título me despertaba el interés. Era el cuarto, *Las mujeres*; empezaba hablando sobre el reparto de las herencias, tema al que no le veía relación con el título, aunque especificaba constantemente que las mujeres debían recibir menor proporción que los hombres en todo caso. También tuve la ocasión de leer la *bonita* aleya treinta y cuatro que dice que los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que dios ha dado a unos sobre otros e insta a amonestar y a pegar a las que se rebelen. El sura seguía por otros derroteros que ya nada tenían que ver ni con herencias ni con mujeres, y me estancué.

Después de eso, eché un vistazo de vez en cuando a algunas aleyas seleccionadas aleatoriamente, entre que me acababa una novela y empezaba otra, pero no había vuelto a decidirme a leer ningún sura del tirón.

Yusuf siempre había albergado la esperanza lejana de que yo llegase a abrazar su religión algún día, o si no a adoptar la religión, sí a creer en la existencia de un dios del modo en el que él lo concebía. Me lo había manifestado en más de una ocasión, cosa que yo odiaba porque me hacía pensar que no me quería como era, que quería cambiarme. Él era consciente de que su deseo era imposible de que se cumpliera, pero tenía esa remota esperanza que todos albergamos sobre algún sueño que sabemos prácticamente irrealizable, pero que incluso así nos negamos a rechazar del todo.

Temí que el hecho de que Yusuf encontrara el libro le diera pie a concluir que mi resistencia a la religión empezaba a flaquear y que podría abrir mis puertas a la fe. Nada más lejos de la realidad.

A decir verdad, todo lo contrario, hay que conocer al enemigo. Saber sus puntos débiles para así tener mucha más legitimidad al argumentar contra él. Eso me recordaba a mis años universitarios.

Podrán hacer todas las reformas educativas que deseen, pero en la carrera de filología, dure lo que dure, la llamen como la llamen, sea de la lengua que sea, siempre habrá el típico grupo de seudointelectuales con un libro bajo el brazo escrito por algún autor de Europa del este y echando pestes de los *best-seller*.

El problema no era que criticaran los *best-seller*, yo también podía ver la falta de calidad literaria de *El código Da Vinci*, pero si lo veía era ¡porque lo había leído! El problema era que los cultoretas de pacotilla, «meapilas gafapasta», como los llamaba Miguel, no lo leían, se limitaban a echar pestes creyéndose mejores que los que se *rebajaban* a leer *morfina intelectual* destinada a *alienar a legos en la materia*.

Por el contrario, yo era de la opinión de que para criticar hay que saber y que para saber, nada mejor que ir a las fuentes. Por eso estaba el Corán en mi pila de libros para leer. Y eso fue lo que le expliqué a Yusuf. Pareció entenderlo y, aunque él se lo negaría ante él mismo, creo que no pudo evitar que este pequeño descubrimiento contribuyese a alimentar su pequeña esperanza.

Yusuf pareció comprender perfectamente mi explicación sobre por qué estaba el libro sagrado del Islam sobre mi mesa, no mostró ninguna excitación una vez pasada la sorpresa inicial y se limitó a decirme que si tenía alguna duda o si quería comentar algo, que se lo plantease; aunque él mismo apuntilló un «si puedo» aludiendo que no era ningún experto en la materia.

—Lo suyo en estos casos sería soplar las velas, comer tarta... —dije, volviendo sobre la pregunta de la celebración de mi cumpleaños.

—Lo siento, no he preparado nada, y el regalo llegará mañana.

—No te tienes que disculpar, era una broma. No tienes que hacer nada de eso.

—Claro que sí, tienes razón. Vamos, junto al parque *fethi paşa korusu* hay un restaurante de comida para llevar que abre toda la noche. Tienen pastelillos de muchos sabores, te van a encantar.

—¿Ahora? No hace falta, podemos esperar a mañana. Yo no...

—¡Ahora!

Me dio pereza la idea por lo cansada que estaba, al mirar el reloj, al mirar por la ventana y ver la noche cerrada y al mirarme a mí misma y verme

cómodamente sentada en la cama y con ropa de estar por casa, pero no pude negarme ante su entusiasmo.

Salimos del portal cerca de la una de la madrugada de forma silenciosa y discreta para que los vecinos no nos vieran y anduvimos por unas calles oscuras, solitarias y tranquilas. Nos dirigimos hacia el lugar que había propuesto Yusuf, un parque que quedaba en nuestro distrito, que había sido reformado recientemente tras años de decadencia y al cual había ido a pasear de vez en cuando. Tenía una vista espectacular de la zona europea de la ciudad, del mar y del puente del Bósforo, pero nunca había ido de noche.

El trayecto hasta la tienda que sugirió Yusuf duró poco más de media hora y lo hicimos mayoritariamente en silencio. Agradecí haber cogido la cazadora porque, a pesar de ser agosto, a esas horas hacía fresco.

Mientras nos acercábamos al establecimiento, percibí que tenía todas las luces apagadas y que no había signos de vida en el interior, pero como Yusuf parecía estar tan seguro de que abría toda la noche, no dije nada. Sin embargo, comprobamos que yo estaba en lo cierto cuando llegamos a la puerta. El establecimiento estaba cerrado. Miré a Yusuf preguntándome si él ya lo sabía y me había llevado hasta allí con ese pretexto, pero me aseguró, disculpándose en repetidas ocasiones, que no era así.

—Venga, vámonos —le dije con aire cansado y decaído.

—Podemos esperar a que abra la panadería —sugirió.

Dejé que la expresión de mi cara reflejara las pocas ganas que tenía de sumarme a ese plan. Me estaba entrando mucho sueño y lo que me apetecía era echarme a dormir en mi sofá-cama, que ya había cogido mi forma.

—¿Cuánto falta para que abran la panadería? —pregunté.

—Un rato —me respondió tras consultar su reloj.

El hecho de que no me dijera una cifra concreta significaba que era mucho rato; tenía que serlo porque todavía no eran ni las dos de la mañana; si los horarios eran como en España, no habría ninguna abierta antes de cinco horas.

—¿Has visto alguna vez el cielo estrellado de Estambul? —me dijo para animarme a cambiar de opinión al verme tan poco proclive a aceptar sus sugerencias.

Levanté la vista al cielo en un acto casi reflejo y no pude evitar maravillarme con la imagen que se proyectaba en mi retina. Debido a que estábamos en la zona del parque, había muy poca contaminación lumínica y se distinguían perfectamente las estrellas en esa noche de cielo despejado mientras escuchaba de fondo el oleaje del mar del Bósforo.

Mientras tenía mi cabeza alzada, Yusuf se colocó a mi espalda, me rodeó la cintura con sus brazos y apoyó la cabeza en mi hombro. Ya me había ganado, mis ganas de volver a casa se evaporaron.

—Vamos a dar una vuelta —me propuso.

Entrelazó su mano con la mía y echamos a andar en dirección al estrecho. Fue la primera vez que paseamos cogidos de la mano, y aquello tenía muchos más significados de los que *a priori* se le pudiera atribuir.

Supe que me estaba diciendo que me aceptaba. A pesar de que yo no cumplía sus estándares, de que era atea, de que no era virgen, de que mi aspiración no era ser ama de casa, de que no era sumisa, de que no era turca, de que tenía otro modo de pensar; con ese gesto estaba diciendo que todo eso ya no importaba. Solo éramos Yusuf y Noelia, dos personas que se gustaban y que se iban a dar una oportunidad.

Durante nuestro paseo nos topamos con una cabina de fotomatón, y Yusuf sugirió que entráramos. Accedí y, como resultado, obtuvimos unas cuantas tiras de fotografías en las que aparecíamos los dos juntos comportándonos como payasos. Con el tiempo, esas fotos se convirtieron en un bonito recuerdo que atesoré.

Tras dos horas de estar deambulando por la ciudad, finalmente nos acercamos a una panadería que aún estaba cerrada al público, pero en la que ya estaban trabajando en su interior.

Antes de percatarme de lo que se disponía a hacer, Yusuf llamó a la puerta. Unos minutos después, se asomó un hombre cincuentón, entrado en carnes, con bigote, un uniforme blanco y cubierto de harina. No parecía muy amistoso. Nos miró a ambos con el ceño fruncido. Yusuf intercambió con él unas palabras en turco de las que no entendí nada más que «buenas noches». El hombre seguía mostrando su actitud de desconfianza cuando Yusuf remató su pequeño discurso. El panadero me examinó mientras parecía decidirse y desapareció por la puerta para volver unos minutos después trayendo dos pastelillos de crema. Yusuf echó mano a su cartera para pagarle, pero el panadero no quiso cobrarle nada.

Cuando nos hubimos alejado de allí, le pregunté a Yusuf qué le había dicho al panadero para convencerlo, nunca me lo contó.

Con mi reciente cambio de vida había perdido muchas tradiciones que tenían lugar el día de mi cumpleaños, pero gané otras. A partir de entonces, todos los años salíamos a pasear durante la noche, disfrutábamos de una pequeña sesión de fotomatón y comíamos un pastelillo de crema.

Capítulo 15

Tuvo que ser un sábado porque yo estaba en casa. Yusuf tenía guardia. Yo estaba durmiendo y me despertó el timbre. Me despertó y fui a abrir. Sin pensar nada. Ese era mi problema, que gran parte del tiempo tenía activado el salvapantallas que iba chocando de una punta a otra de mi cabeza.

El caso es que abrí la puerta tal como me acababa de levantar, en camiseta y bragas, descalza, pelo revuelto y cara de sueño. La cara de sueño se me quitó rápido. Me puse alerta y noté cómo mi corazón empezó a bombear sangre más rápidamente. Tenía delante de mí a un turco de piel morena que me sacaba veinte centímetros y dos cuerpos. Me miró de arriba abajo sin disimulo y tomándose su tiempo. Se le fue dibujando una sonrisa asquerosa mientras descendía su mirada sucia por mis piernas.

Instintivamente, puse un pie detrás de la puerta para hacer tope. Cosa que no habría servido de nada si hubiera querido entrar por la fuerza porque la puerta estaba casi totalmente abierta. Cuando acabó de radiografiarme, me hizo una pregunta. No hacía falta dominar el idioma para saber que me estaba preguntando por Yusuf. Le dije que no en turco. Asomó la cabeza por la puerta mirando el interior de la casa, quizá intentado averiguar si mi «no» significaba que Yusuf no estaba o que no era allí. O a lo mejor solo era cotilleo descarado. Dijo algo que no entendí. Le dije en inglés que no le entendía. Volvió a mirarme de arriba abajo y se marchó riéndose entre dientes.

Me apresuré a cerrar la puerta. ¿Qué coño había sido eso? Mejor, ¿quién coño...? Me serené y fui a mirar por la ventana. Lo vi cruzar la calle y marcharse a paso apresurado. Cerca de una hora después, Yusuf llamó.

—¿Ha pasado hoy alguien por casa? —inquirió sin preámbulos.

—Sí, joder. Casi me da algo. ¿Quién...?

—¿Para qué abres? —me interrumpió.

—A lo mejor hay alguna convención en este país que desconozco, pero de donde yo soy, uno llama al timbre y el que está dentro abre.

Él no estaba para ironías.

—¿Estabas desnuda?

—¡¿Qué?! ¡No!

Oí un suspiro profundo por la línea, pero no me decía nada más.

—¿Quién era? —pude preguntarle finalmente.

—Mi hermano.

—¿Qué?!

Yusuf volvió más pronto de lo habitual ese día. Estaba alterado e iba de un lado a otro, como una fiera enjaulada. Nunca lo había visto tan enfadado. Lo mandé a sentarse para que se tranquilizara y preparé té.

—¿Tu hermano no vivía en Ankara? —le pregunté como forma de provocar que me contara qué estaba pasando.

—Sí, pero está de vacaciones y ha venido a pasar una semana con su mujer e hijos a casa de mis padres.

—Entiendo.

—Siempre hemos tenido una relación tirante. Desde que nació me ha tenido envidia. Nunca lo ha superado del todo, la verdad.

—Ya veo.

—Mi madre le contó hace semanas que me iba de casa, que me venía a vivir al centro. Le pareció raro. No se tragó mis explicaciones. Así que ha querido venir a averiguar por sí mismo la verdadera razón. Lo ha hecho totalmente a propósito. Sabía que yo estaba trabajando. De hecho, el otro día por teléfono me preguntó explícitamente si estaría hoy libre. Ahora entiendo por qué. Y cuando tú le abriste la puerta, fue todo muy evidente, también conoce la historia que les conté de la española que me gustaba cuando estuve allí. Después de pasar por aquí, ha venido a verme al trabajo y me ha contado su hallazgo. Incluyendo que estabas desnuda cuando abriste.

—No es cierto.

—Te creo, solo quería desquiciarme un poco más de lo que ya lo estaba haciendo.

—Lo siento, no tenía ni idea. Si lo hubiera sabido, no habría abierto la puerta.

—No es culpa tuya. El problema es que si mi familia se entera de esto, se va a llevar un gran disgusto. No quiero hacerles pasar por eso.

—No estás haciendo nada malo. No sé por qué tendrían que molestarse.

—Porque no he sido sincero. No les he dicho la verdad desde el principio. Aunque yo les explicara que no estamos durmiendo juntos, ¿por qué iban a creerme? Ya he mentado una vez, perdería su confianza, que es exactamente lo que mi hermano quiere.

Me molestó la parte del discurso que implicaba que el hecho de convivir como pareja sería malo. Yo no veía el problema por ningún lado, pero, aun así, lo obvié, no quería echar más leña al fuego.

—Entonces, ¿crees que tu hermano se lo va a decir?

—Sí, por supuesto, pero no es tan fácil como que irá hoy a casa y lo contará. Es más retorcido. Intentará beneficiarse de ello el máximo tiempo posible.

—Es fácil evitar que eso ocurra. Cuéntalo tú. Además, será mucho mejor que lo cuentes tú a tu manera porque está visto que tu hermano es dado a incluir adornos de su propia cosecha que no tienen nada que ver con la realidad.

—Lo sé. Se lo contaré mañana cuando vaya. Pero por eso estoy tan enfadado. Siempre hace estas cosas. Al final, me acaba fastidiando de un modo u otro.

Yusuf estaba sentado en una banqueta de la cocina, los codos sobre las rodillas, la cabeza baja, mirando al suelo; una actitud totalmente derrotista. Le puse una mano sobre el hombro con intención de reconfortarlo, lo que provocó que girase el cuello para mirarme a los ojos.

—El problema es, ¿qué les voy a decir?

No estuve segura de entender exactamente a qué se estaba refiriendo, aunque me lo temí. Me lo quedé mirando a mi vez, esperando que se explicara.

—Tengo que explicar lo nuestro, ¿qué voy a decir? —repitió.

Lo nuestro.

Me senté en la otra banqueta. Había llegado la hora de mirar de cara al futuro. Ya no era cuestión de buscar una explicación que ofrecer a su familia. Era una cuestión de decidir sobre nosotros. Ya estaba todo encauzado. Yo estaba allí, tenía trabajo, vivíamos juntos y funcionaba bien. Nos soportábamos, nos seguíamos gustando, lo pasábamos bien juntos. Podíamos convertirlo en lo que quisiéramos que fuese. ¿En lo que quisiéramos?

—Noelia, tenemos dos alternativas. —No me gustaba este inicio—. Podemos seguir así para siempre. —¿Así? ¿Para siempre?—. O podríamos casarnos y ser una pareja.

No me gustaba nada. De hecho, estaba empezando a enfadarme. Le seguí prestando atención sin decir nada, aunque imagino que mis facciones fueron tornándose más duras. Él siguió hablando.

—Ciertamente, yo podría quedarme con cualquiera de las dos alternativas. Te quiero. No quiero estar con nadie más. Con ninguna otra persona. Si no podemos casarnos, me conformaría con lo que tenemos ahora. Yo podría cuidar

de ti, seguiríamos teniendo muy buenos momentos juntos, pero no podría tocarte. Y claro, quizás tú podrías querer salir con alguien en un momento dado, así que supongo que a larga no funcionaría. Pero si quieres que nos convirtamos en una pareja, tendríamos que casarnos. ¿Sabes? Para mí ya es bastante difícil la idea de contraer matrimonio con una persona no religiosa, no está permitido, ya lo sabes. Pero estoy dispuesto a hacerlo porque eres tú o nadie. Pero no me pidas otra cosa porque no puedo hacer otra cosa.

Ya estaba enfada del todo. ¿Estaba siendo injusta? No lo sé, pero me molestaba que pensara de ese modo.

—¿Por qué dos opciones? —le pregunté—. ¿Por qué no podemos hacer simplemente lo que nosotros queramos? —no sé si estaba hablando de lo que nosotros queríamos o de lo que yo quería.

—¡Porque es ilegal! —dijo empezando a perder la paciencia.

Se refería a ilegal desde el punto de vista religioso, lo cual me daba úlcera. Qué manera de complicarlo todo por absurdas creencias sin sentido. Me frustraban y me ataban de pies y manos porque no sabía qué decirle a eso. No sabía qué decirle que pudiera abrir un poco la mente fortificada que tenía y que le hiciera ver lo absurdo de la maldita doctrina religiosa. Así que me ahorré el discurso que podría darle, ya que solo serviría para malgastar mi energía y frustrarme más.

—¿Y se supone que tengo que elegir una opción hoy para que tú le puedas dar las explicaciones pertinentes mañana a tu familia?

Me sostuvo la mirada sin decir nada, lo cual era una respuesta afirmativa, y me di por enterada. Fui a mi habitación, cogí mi bolso, asegurándome de que la tarjeta de Macarena estuviera dentro, y me marché sin decir nada, siendo consciente de que, muy probablemente, Yusuf no entendía por qué yo estaba enfadada.

Cuando me levanté al día siguiente, fui a llamar a la puerta de la habitación de Yusuf para darle mi respuesta. Lo encontré sentado ante el escritorio, concentrado frente a la pantalla del ordenador. Levantó la vista hacia mí, pero no sonrió ni pronunció palabra, sino que mantuvo un gesto impertérrito que denotaba su enfado. En parte, lo entendía porque me había marchado sin dar ninguna explicación, pero nada de eso importaba ya.

—Vale —dije—. Nos casamos.

También a Yusuf se le olvidó su enfado cuando me escuchó. Se olvidó de lo que estaba haciendo en el ordenador y me miró con los ojos muy abiertos. Se había quedado sin palabras.

—Pero que conste que lo hago por cuestiones prácticas, como mi permiso de residencia, impuestos, seguros y todo eso. —Vi cómo fue creciendo la incertidumbre en su cara, así que me apresuré a añadir—: Y también lo hago por ti. Porque sé que es importante para ti, y quiero estar contigo, pero yo sigo teniendo la misma opinión sobre el matrimonio y haremos la boda a mi manera.

—¿A tu manera? —acertó a preguntar.

—Ya lo hablaremos cuando lo organicemos.

—Está bien.

Podía considerarse que estábamos oficialmente prometidos, aunque a los dos nos resultaba difícil de creer. Nos quedamos unos instantes mirándonos, él, sentado en la silla, yo, aún desde la puerta, mientras intentábamos digerir la noticia. Me acerqué hasta él lentamente, le puse ambas manos sobre los hombros y lo miré a los ojos.

—Vamos a casarnos —repetí para ver si, a fuerza de escucharlo, lo podíamos asimilar más rápidamente.

Yusuf reaccionó ante mis palabras. Se puso de pie y me abrazó estrechamente. Me sentí arropada y segura rodeada por sus brazos firmes y, a pesar de las dudas que todavía albergaba mi personalidad insegura, estaba contenta con la decisión que había tomado. No podía saber si saldría bien o acabaría por arrepentirme, pero al menos lo intentaría y estaba satisfecha por ello.

Después de los acercamientos a los que nos condujo el juego *verdad y acción*, ya nos abrimos un poco a muestras físicas de afecto cotidianas, de modo que ese largo abrazo con el que sellamos nuestro compromiso no nos supuso una novedad. Lo concluí con un sencillo beso rápido en los labios y fui a darme una ducha.

Cuando salí del cuarto de baño, Yusuf ya se había marchado a casa de sus padres, como cada domingo. Y yo me quedé todo el día impaciente esperando su llegada y sus noticias.

Creo que no fue todo lo bien que él había deseado porque no quiso entrar en detalles cuando le pregunté y porque trajo un aire compungido. No quise insistir para que me contara lo que había pasado. Simplemente me dijo que ya lo había contado y que me querían conocer. La semana próxima yo tendría mi sitio en la mesa.

Me señaló que a lo que su familia respectaba, a lo que a toda Turquía respectaba, se corrigió, yo era católica porque, de lo contrario, no podríamos hacer lo que íbamos a hacer. Le dije que, técnicamente, lo era porque yo no

había apostatado. Me miró mal. Para él, eso no significaba nada. Solo importaba si creía de verdad, y lo que tenía en el corazón, y la fe y bla, bla, bla. Creo que siempre tuvo un puntito de rencor hacia mí por tener que mentir por mi culpa. Claro que yo nunca le había pedido que hiciera tal cosa.

Esa noche, a pesar de que Yusuf ya había cenado con su familia, me acompañó en la mía, que yo seguía tomando en horario español. Nos quedamos charlando un rato y nos fuimos a dormir.

Mientras me cepillaba los dientes en el cuarto de baño y observaba mi propio reflejo en el espejo, pensé en lo absurdo de la situación. Nos íbamos a casar y nos comportábamos como simples compañeros de piso.

Irrumpí en su habitación sin llamar a la puerta. Él estaba metido en la cama, tenía la espalda apoyada sobre el cabecero y leía un libro bajo la luz de la lámpara de la mesilla. Se quedó desconcertado. Yo no tenía ninguna intención de torturarlo, así que le despejé las dudas enseguida.

—Se acabó el paripé. Vamos a casarnos, así que vamos a dormir juntos. No creo que dormir sea pecado —le expliqué mientras rodeaba la cama por el lado contrario al suyo.

—En realidad sí que...

—Cállate —lo interrumpí.

Bastante tontería me parecían ya las normas respecto a las relaciones antes del matrimonio, pero era importante para él y yo lo respetaba. Pero ¿dormir juntos? ¿Qué podía haber de malo en ello? Si ese era el nivel al que nos movíamos, estaba a tiempo de dar marcha atrás. Pero, por suerte, Yusuf era flexible sobre esto. Se calló y se rio por mi reacción autoritaria. Retiró las sábanas para permitir que me metiera. Apagó la luz de la mesilla y me rodeó con sus brazos, hundió su nariz en mi pelo y aspiró su olor.

Yo quedé encajada en su pecho y me agarré a sus brazos, que quedaban delante de mí. No tardé en sentir su erección a mi espalda, que, por supuesto, ignoré totalmente. Podía imaginarme que si pasaba *algo*, esa gran sapiencia que escondía su religión lo liberaría de toda culpa argumentando que los hombres son débiles ante el cuerpo pecaminoso de una mujer y se anula su voluntad. Qué asco.

Sea como fuere, me dormí en sus brazos por primera vez de las que fueron muchas y fue una de las mejores noches de mi vida.

Capítulo 16

Llegó el día de ir a conocer a su familia. No empezó bien. Yo estaba nerviosa, Yusuf estaba nervioso. Desde la mañana temprano estuvo metiéndome prisa porque no quería llegar tarde. Yo creía que se trataba de ir a comer a casa de sus padres (en realidad era cena, pero yo no podía dejar de llamar comida a esa reunión familiar a las cinco de la tarde de un domingo), no pensaba que hubiese una hora fija de llegar, pero no le dije nada porque, desde luego, él conocía mejor las circunstancias y porque, como he dicho, estaba inquieto y yo pretendía ponerle las cosas más fáciles, no más difíciles. Siempre que no cruzásemos líneas rojas, por supuesto. Pero las cruzamos.

Yusuf estaba de pie en el pasillo mirando su reloj cada dos segundos mientras me esperaba, cuando me vio pasar del cuarto de baño a la habitación y me dijo con tono desesperado:

—¿Estás de broma?

Yo no tenía ni idea de qué me estaba hablando, pensé que quizá se estuviera refiriendo a mi tardanza, pero yo solo tenía que coger mis cosas y ya estaba lista para marcharme. Le hice un gesto de incompreensión y seguí a lo mío. Vino detrás de mí.

—No vas a ir así.

No fue una pregunta. Su tono no fue de pregunta ni de petición. Me giré para mirarlo, intentando mantener un tono tranquilo. No sabía a qué se refería exactamente. Me había puesto un vestido rosa muy sencillo que me llegaba por encima de las rodillas, sin magas, sin escote, y unas sandalias planas. Pelo suelto, sin maquillaje. No entendía cuál era el inconveniente. No creía que fuera de manera inapropiada en absoluto.

—Así, ¿cómo? —le pregunté para que me dijera cuál era el problema.

Me apuntó con ambas manos y puso cara de ¿acaso no es evidente?; pero no, no era evidente, de modo que negué con la cabeza.

—No puedes ir enseñando las piernas. Ponte unos pantalones.

En ese momento fue cuando mi termómetro de mosqueo empezó a subir, pero traté de seguir manteniendo la calma y de razonar.

—¿Por qué no? He llevado antes shorts y minifaldas y nunca has dicho nada. Este vestido es una prenda totalmente normal y hace calor. No me voy a cambiar.

—Ya, pero *Antes* no nos íbamos a casar y *Antes* ibas así por la ciudad, que no es lo mismo que ir a ver a mi familia, lo cual es ofensivo —sí, estaba diciendo «antes» con *a* mayúscula.

Mi termómetro de mosqueo cruzó la zona caliente, lo cual significaba que yo ya no podía manejar la discusión manteniendo la calma, sin embargo, mi reacción fue reírme. Me reí en sus narices para su desesperación.

—¿Ofensivo? A mí igual también me resulta ofensivo su pañuelo en la cabeza y me aguanto, pero no voy a discutir sobre eso ni sobre mi ropa. Yo visto ahora y vestiré siempre lo que me dé la gana. Si no quieres que vaya así a casa de tus padres, lo respeto. No voy y ya está.

Me senté en el borde de la cama, de brazos cruzados, dando muestra de que no estaba dispuesta a ceder en ese asunto. Ni a ceder ni a discutir. De hecho, estaba bastante orgullosa de mi pequeño discurso y del manejo que había hecho de la situación.

Yusuf se desesperó. Pero entendió que mi postura era inamovible y no entró a debates estériles. Estuvo sopesando qué hacer al respecto durante bastante tiempo, yo ya pensé que no íbamos a salir y me iba a poner a buscar algo que hacer cuando me dijo «vámonos».

Fuimos a casa de sus padres en autobús. Un trayecto que duró sobre media hora porque no vivían exactamente en Estambul, sino a las afueras. Como Carabanchel o Alcobendas respecto a Madrid.

Hicimos todo el trayecto en silencio. Yusuf estaba muy enfadado, pero realmente ese asunto era una línea roja y yo no podía sucumbir. Era el principio, si aceptaba diciéndome a mí misma «no significa nada, es solo por sus padres», se convertiría en una escalada de demandas progresiva sobre la que sería imposible retroceder. Yo podía aceptar que él tuviera las ideas que quisiera, pero necesitaba que estuviera de mi lado o para mí sería imposible seguir adelante.

Mientras esperábamos frente a la puerta del piso de sus padres a que nos abrieran, firmamos la paz o, al menos, una tregua. Yusuf me estrechó una mano con la suya para darnos mutuamente ánimos. A pesar de todo, no se le había olvidado que tampoco era una situación fácil para mí. Al notar su contacto, levanté la vista del suelo para mirarlo y le sonreí, me devolvió la sonrisa, y, justo en ese momento, una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo nos abrió. Yusuf me soltó la mano *ipso facto*, y yo aprendí lo que significaba estar nerviosa en grado superlativo.

Tuve la inmensa suerte (por favor, nótese la ironía) de que estaba la familia al completo para conocerme. Padre de Yusuf, madre de Yusuf. Hermano, cuñada, sobrinos. Hermana, cuñado, sobrina.

Llegamos tarde, así que después de saludar a todos y de recitar como una niña pequeña las palabras de cortesía que me había aprendido de memoria, nos sentamos a la mesa.

Yo me sentía como un auténtico extraterrestre ante una comunidad de científicos. Afortunadamente, solo hablaban inglés sus hermanos y su cuñado, pero no lo suficiente como para mantener cualquier conversación, solo muy básicas y breves, y mi turco aún no llegaba ni a rudimentario, así que por lo menos, me libraba de tener que responder preguntas y de relatar mi vida.

Básicamente, me limité a figurar, llamando la atención lo menos posible. Me habría mimetizado con el mobiliario de haber sido posible. Cuando me hacían alguna pregunta, Yusuf me la traducía, pero supongo que después, él contestaba lo que creía conveniente.

Sin embargo, la comunicación no verbal es universal y enseguida comprendí que yo no le gustaba a su madre. Me miraba fríamente, e incluso me atrevería a decir que con un punto de odio. Sabía lo que estaba pensando, yo no era lo que ella quería para su hijo, yo era una mala influencia que lo corrompería. No la culpo por pensar eso. Yo era diferente, venía de un lugar lejano, tenía otras costumbres y otra mentalidad (aunque ella no sabía hasta qué punto) y es una tendencia natural humana temer y rechazar al diferente, especialmente si viene con la intención de interferir en lo que más quieres en el mundo.

Me costaría mucho ganármela, tanto, que me planteaba si el esfuerzo merecería la pena. Además, para conseguirlo, necesitaba que me diera una oportunidad, ¿me la daría?

Tampoco le gusté al marido de su hermana, Mehmet. Me hizo la misma radiografía que su hermano la semana anterior, solo que en vez de con mirada de vicioso fue con mirada de desprecio.

Creo que, ante los hombres, Yusuf ganaba puntos por haber conseguido a *la exótica*, pero solo si la intención era divertirse. Meterla en la familia ya era harina de otro costal. Entonces ya no se podían pasar por alto mis *excentricidades*, léase, mi *inapropiado* vestido ni mi pelo suelto, y eso solo a simple vista. Eso fue lo que deduje cuando me ignoraba abiertamente y por cómo se dirigía a los demás.

Si yo pensaba que Yusuf tenía una mentalidad muy conservadora, ahí estaba Mehmet, el queridísimo cuñado, para hacer que mi chico pareciera un auténtico hippie anarquista a su lado.

Noté afecto por parte de su padre, creo que era el único que empatizaba conmigo, lo cual no significaba que fuera a ponerse de mi parte en caso de división de opiniones.

Y por parte de su hermana había ambigüedad, lo cual me decepcionó un poco. Ella era solo unos meses más joven que yo, y había esperado encontrar una alidada en ella, pero esa ambigüedad que percibí el día que la conocí duró todos los años que convivimos. Supongo que, a pesar de la edad, de la proximidad y del futuro parentesco, eran más las cosas que nos separaban que las que nos unían. Ella, por un lado, me respetaba, e incluso me atrevería decir que en ocasiones me admiraba, pero, por otro, era como si no pudiera evitar detestarme.

Conocí a Ismail formalmente, después de nuestro *encuentro* la semana anterior. No lograba hacerme una idea clara sobre él. Por una parte, estaba lo que me había contado Yusuf, después, lo que yo misma había vivido, y por último, lo que allí vi. Nada encajaba. Ese día mostró un carácter extrovertido, se dirigía a mí cordialmente, con exceso de confianza, sin hacer ni una mención a su visita por nuestro piso. Deduje que era el tipo perfecto para invitar a una cena o algún evento porque derrochaba carisma, pero hasta ahí. Si intentase ir un poco más allá, saltarían todas las alarmas. Un sujeto de doble moral.

La cuñada de Yusuf no tenía ninguna opinión sobre mí. Ninguna más allá de la que tuviesen los demás porque era el prototipo perfecto de mujer sumisa cuya voluntad está totalmente anulada en pro de la de su marido. Me daba lástima. Nunca tuve mucha ocasión de llegar a ella porque, como ya sabéis, ellos vivían en Ankara y apenas los veía, además de la barrera del idioma y que se inquietaba cuando me acercaba a ella.

Tenía tres hijos con el hermano de Yusuf. Un adolescente, una niña de nueve años y un niño de siete. Yo era una atracción de feria para ellos, eran simpáticos conmigo, todavía no sabían mucho de convenciones sociales, tradiciones, dioses ni vestidos que dejan las piernas a la vista, así que cuando Yusuf no estaba cerca, procuraba quedarme con ellos.

Y a partir de ese día, la cena familiar de los domingos se convirtió en una rutina también para mí, aunque cuando Yusuf no iba por trabajo, yo tampoco, lo cual demostraba que yo no era un miembro de pleno derecho, solo un satélite dependiente de su hijo.

Cuando acababan de comer, los hombres se quedaban charlando en el comedor (en invierno) o salían al patio (en verano) y las mujeres recogían la cocina. Yo no me unía a ellas. No me importaba ayudar, lo habría hecho encantada, lo que no podía soportar era que siempre lo hicieran ellas. Hacerlo significaría aceptar esa desigualdad aberrante y me negaba a contribuir a perpetuar ese *status quo*. Ellas, por su parte, se lo tomaban como un desprecio, como si yo me creyese mejor que ellas, aunque, de algún modo, también era una muestra más de que yo no formaba parte realmente de la familia, y eso las satisfacía.

Yo me sentaba en la galería con uno de mis libros y una taza de té. Alternativamente leía y miraba a la sobrina de Yusuf, que dormía la siesta en el sofá de al lado. Un momento, aún no os he hablado de ella, ¿verdad?

Aquel primer domingo, después de la cena familiar, le pregunté a Yusuf por su sobrina de cinco meses. Estaba en una cuna en una de las habitaciones y me llevó a conocerla. Era una niña pequeña para su edad, con un poco de pelito moreno. Estaba muy tranquila durmiendo boca arriba con su mantita blanca a los pies, toda destapada. Tenía los brazos hacia arriba y los puños cerrados. Era muy linda.

Ya le tenía cariño desde que nació, cuando, durante nuestras conversaciones a distancia, Yusuf me hablaba de ella, de cómo se reía en sus brazos y de cómo le gustaba que la columpiara y lloraba si dejaba de hacerlo, pero cuando la vi durmiendo en su cuna aquel día, ya no fue solo cariño. La consideré totalmente mi propia sobrina.

Me quedé hipnotizada viéndola dormir, de hecho, los dos nos dedicamos a la contemplación del bebé hasta que la abuela de la criatura, madre de Yusuf, irrumpió en la habitación para coger a la niña sin ningún miramiento. La niña se despertó abruptamente, empezó a llorar, la abuela dijo algo y salió de allí con la pobre chiquilla llorando a pleno pulmón.

Le pregunté a Yusuf qué pasaba. Me dijo que había venido una vecina a ver al bebé. No dije nada, pero sentí una impotencia y una rabia enormes. La niña era una personita por sí misma con sus propias necesidades, no había venido a este mundo para estar a disposición de los demás. La cría estaba durmiendo, si una vecina o Alá personificado querían verla, ya podrían verla durmiendo o volver en otro momento.

El instinto de convertir a Saha en mi protegida nació ese día. Surgió de haberla sentido como mi propia sobrina y surgió de la indignación que sufrí cuando vi cómo la utilizaban para deleite de los demás sin tenerla en cuenta.

Capítulo 17

La organización de la boda se convirtió en una auténtica negociación. Para mí, era un trámite, pero él quería hacerlo al modo tradicional: ceremonia, invitados, celebración. Solo el hecho de formalizar mi relación de ese modo ya me parecía suficiente paripé. No necesitaba ver a familiares emocionados (o enojados, quién sabe), ni tartas nupciales, ni bailes. Y, especialmente, quería evitar poner a mi familia en el brete o, quizá, lo que quería era evitar ponerme a mí misma en el brete de tener que comunicárselo a mi familia. En cualquier caso, esta fue mi mejor baza para salirme con la mía.

No perdí mucho tiempo en exponer que para mí una boda me parecía lo más próximo a un circo porque sabía que con eso no conseguiría nada. Tampoco gasté munición alegando que estaba renunciando a algunos de mis principios al hacer aquello porque, evidentemente, él también renunciaba a cosas importantes. Fui directamente con la artillería pesada diciendo que, dado que no podría tener a mis seres queridos presentes, no quería hacer una celebración de ese tipo. Fue el punto de inflexión porque al mencionar esto, fue cuando me preguntó qué era lo que yo proponía.

Lo que yo quería era pedirle a Macarena que fuese mi testigo, que Yusuf se llevase a un amigo para que fuese su testigo e ir a hacer el dichoso trámite cualquier día. Sin más. Su respuesta fue que a su madre le disgustaría mucho. ¿De quién era la boda? ¿Nuestra o de su madre? Su capacidad para sacarme de quicio era asombrosa. Me pidió tiempo para considerarlo. No tuve ningún problema en darle todo el tiempo que necesitó.

Nos casamos un mes después.

Una semana antes de la *boda*, Macarena me pidió que nos viéramos en su casa.

Habíamos terminado de cenar y Macarena me miraba fijamente con una sonrisa tonta en la cara. Mantuvo la mirada tanto tiempo que empezó a impacientarme.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —acabé por preguntarle.

Se levantó y me ofreció su mano para que le diera la mía.

—Vamos, te voy a dar tu regalo de boda.

—¡No! ¿Por qué te has molestado? No tenías que...

Me mandó callar y me dirigió por el pasillo hasta su habitación. Abrió la puerta y vi, extendida sobre la cama, una funda de gasa blanca coronada por

una percha. Era lo que yo sospechaba y vosotros suponéis. Lo confirmé mientras Macarena sostenía en alto la percha y bajaba cuidadosamente la cremallera. Fui entreviendo un vestido de novia blanco de satén. Tenía unos tirantes anchos que cubrían los hombros y dejaban a la vista la clavícula y por delante bajaban formando un amplio escote en pico. Era ceñido hasta la cintura, y luego caía hasta los pies con un poco de vuelo, pero era estrecho, no era un vestido que requiriera cancan. Completamente liso, completamente blanco y reluciente. Precioso.

Me quedé sin palabras. Lo miraba incrédula alternativamente a él y a Macarena, que aún lo sostenía mostrándomelo y sonreía divertida por mi reacción. Finalmente, me instó a que dijera algo.

—No deberías haber... Estás... —balbuceé sin llegar a decir algo coherente.

—Vamos chiquilla, es lo mínimo. ¿Qué pensabas llevar puesto? ¡Qué es tu boda! Venga, pruébate.

Sí, técnicamente era mi boda, pero yo me lo tomaba como si tuviera que ir a renovar el carné de identidad, no había pensado arreglarme de manera especial para la ocasión.

Me puse el vestido con su ayuda y me miré en el espejo de cuerpo entero que tenía en la puerta del armario. Ella también me observaba a través del reflejo, situada detrás de mí, y me dijo que estaba preciosa. Nunca he sido una persona vanidosa, pero le di la razón internamente.

El vestido se quedó en su casa, y yo fui a prepararme allí el día del enlace.

Llegué al ayuntamiento con Macarena. Yusuf ya estaba allí con Ekrem. Ambos con traje y corbata. Estaban hablando en voz baja mientras nos esperaban, y cuando nos vieron llegar, interrumpieron la conversación súbitamente. Yusuf se me quedó mirando sin pestañear y consiguió turbarme. Para no prolongar esa situación, los insté a que nos acercáramos ante el concejal y comenzáramos cuanto antes.

Lo sé. Os lo he dicho infinidad de veces. No significaba nada para mí, era un trámite, lo hacía por razones prácticas, pero, aun así, llegué muy nerviosa, y a pesar de que me repetía estas cosas a mí misma para tranquilizarme, no servía de nada.

Nos posicionamos los cuatro en línea delante del oficiante, y Yusuf cogió mi mano temblorosa. No me había atrevido a mirarlo a los ojos todavía en ese día, pero cuando sentí el tacto de su mano, levanté la vista hacia él. Me miró, me sonrió y apreció en él algo que nunca antes había visto, estaba radiante. Me

susurró al oído que estaba preciosa, en un español con marcado acento, y recuperé mi serenidad perdida.

Un señor que estaba frente a mí y al cual no había visto nunca empezó a hablar en turco, y yo escuchaba como quien oye llover porque mi cabeza era un torbellino de imágenes. Pensaba en mi familia, en amigos de la infancia a los que no veía desde hacía años, en compañeros. En mi vida pasada y futura.

Recordé el momento en que había tomado la decisión definitiva de dar ese paso. La principal responsable de la misma estaba situada a mi derecha en ese momento.

Fue el día en que el hermano de Yusuf me descubrió y eso precipitó que Yusuf me planteara dos posibles alternativas para nuestro futuro. Me enfadé tanto que me marché de casa dando un portazo y me refugié en casa de Macarena. Mientras iba a su encuentro, consideré hacer las maletas y volver a Madrid, de donde, pensaba en ocasiones, nunca debí haber salido.

El hecho de que él me planteara que la única salida para que fuéramos pareja sería casarnos, me abría las carnes; que el motivo para ello fuese religioso, ponía la puntilla. Todo había funcionado bien entre nosotros durante los meses que habíamos estado conviviendo, en mi opinión, solo teníamos que dar el paso lógico de convertirnos realmente en una pareja, todo lo demás era prescindible.

Macarena, que llevaba muchos años viviendo en Estambul, conocía mucho mejor que yo la mentalidad de los turcos. Evidentemente, yo ya sabía que la formalización pública de la relación era muy importante para Yusuf, pero Macarena me explicó hasta qué punto este hecho tenía relevancia.

Si no nos casábamos, Yusuf no podría nunca decirle a su familia que estaba conmigo, lo cual sería algo prácticamente imposible de ocultar indefinidamente. Cuando se acabaran enterando, le darían la espalda, no sería simplemente una cuestión de *deshederar*, sino que lo excluirían de la vida familiar totalmente y dejarían de considerarlo como un miembro. La familia era lo más importante para los turcos. ¿Quería ponerlo yo en esa situación a Yusuf? Desde luego que no.

También podía tener consecuencias laborales para él. En este país, todo el mundo se mete en la vida de los demás y la opinión pública es muy importante, puede afectar al trabajo, aunque sea injusto. Podría tener dificultades para promocionar y problemas en las relaciones con compañeros y superiores que se podrían traducir en pequeñas pesadillas diarias.

Había más. Alquilar un piso, por ejemplo. Nadie nos alquilaría un piso si los dueños supieran que no estábamos casados. No habíamos tenido ningún problema hasta la fecha porque Yusuf lo había alquilado en solitario, pero si alguno de nuestros vecinos nos denunciase ante nuestro casero, nos veríamos en la calle en menos de veinticuatro horas. Si tal cosa aún no había ocurrido era porque vivíamos en Estambul y las mentes eran un poco más abiertas, pero si viviéramos en una ciudad más pequeña, ya habríamos tenido problemas.

Empezaba a entender lo que me decía Macarena porque me recordó la situación de los homosexuales en España. Aunque era totalmente injusto que su vida privada afectase al trabajo y a otros ámbitos, muchos se veían obligados a esconder sus preferencias sexuales para evitar discriminaciones y consecuencias desagradables.

Si en Turquía la vida podía ponerse así de complicada para una pareja heterosexual viviendo *en pecado*, no quería ni pensar lo que podría suponer para una pareja formada por dos hombres o dos mujeres.

Me hacía cargo de la situación y no quería que Yusuf tuviese tales problemas por mi culpa, pero, por otro lado, me parecía que la única forma de terminar con esa intolerancia y moral impuesta por un sector era ignorarlo y vivir nuestra vida del modo que quisiéramos, vivirla al margen de todo eso.

Macarena, que me doblaba la edad, sabía lo duro que podría resultar enfrentarse a todo y a todos. Yo estaba prácticamente sola en un país extranjero, me desgastaría antes de ganar siquiera una sola batalla, ella no quería verme en esa tesitura y me dio otros argumentos.

Me habló del permiso de residencia y de la nacionalidad que me resultarían mucho más fáciles de renovar y de conseguir respectivamente; del seguro médico, totalmente imprescindible porque allí no había una cobertura pública total; si me casaba, el seguro de mi marido me cubriría. Impuestos, las personas casadas pagaban menos impuestos y nos sería más fácil realizar cualquier tipo de solicitud; desde una plaza en un curso de turco para extranjeros hasta contratar un seguro de automóvil.

Me convenció. Además, no había llegado hasta ese punto para terminar viviendo con Yusuf como eternos compañeros de piso. Él tenía razón en algo, si hiciéramos eso, cualquiera de los dos terminaría por fijarse en otra persona. Lo cierto es que él solo lo mencionó respecto a mí, pero era perfectamente aplicable a él también.

Macarena también intentó convencerme de algo más en lo que no tuvo éxito, que se lo dijera a mi familia. Ya me sentía bastante abrumada por las

circunstancias, el hecho de hacer partícipe a mis padres solo habría servido para agobiarme más. Habría conllevado tener que dar más explicaciones, más preparativos... más complicaciones, en definitiva. Decidí que les daría la noticia *a posteriori*.

Ahí, en el momento de la verdad, eché de menos la presencia de mi familia, pero ya fue demasiado tarde.

A quién sí se lo conté fue a Miguel y a Ana. Lo hice por correo electrónico, de modo que me perdí su reacción. Me imaginé que se sorprendieron mucho más de lo que me dejaron entrever en su respuesta.

Ya incluso antes de irme de Madrid, hablaban sobre venir a visitarme, y pensé que el motivo de la boda sería la mejor ocasión para hacerlo. No me dijeron nada al respecto, pero hasta el último momento mantuve la esperanza de que estuvieran organizando su viaje a mis espaldas y de que acabarían presentándose en el ayuntamiento el día de mi boda. Reconozco que me llevé una pequeña desilusión cuando no los vi allí.

Nunca llegaron a hacer esa visita prometida.

Me habían dado con días de antelación el texto que debía mencionar el concejal y las fórmulas que teníamos que responder Yusuf y yo para que pudiese leerlo tranquilamente, traducirlo, que me lo explicaran y, finalmente, entenderlo cuando lo escuchara ese día.

Fue algo útil en el sentido de que pude conocer todos los términos que se mencionarían en la ceremonia, pero fue totalmente inútil porque no conseguí seguirlo. El idioma no fue el problema. El problema estaba situado antes, era un asunto de atención. No podía hacer el esfuerzo de escuchar lo que se decía porque no podía parar de pensar en cientos de cosas y de personas. Si la ceremonia hubiera sido en español, me habría pasado lo mismo.

Afortunadamente, podía limitarme a leer las respuestas que tenía que dar, ya que las tenía delante porque si hubiera tenido que memorizarlas, creo que me habría olvidado, y en este caso, sí habría sido una cuestión del idioma.

En un momento dado, Ekrem extrajo las alianzas y nos las entregó. Yusuf deslizó la mía con manos vacilantes por mi dedo anular. Solo la llevé ese día. No olvidé lo que me dijo una vez sobre que la alianza simboliza la pertenencia a otra persona. Esa idea me seguía pareciendo terrible.

Fue rápido. No duró más de veinte minutos que me parecieron cinco. No habíamos planeado nada para después de la ceremonia. En honor a la verdad, yo no había planeado nada. Me enteré en ese momento de que Yusuf había reservado mesa en un restaurante en el Bósforo para los cuatro y no iba a ser la

única sorpresa, pero me las iba soltando con cuentagotas, paso a paso, hacía cada cosa de forma casual, como si yo ya estuviera al corriente de ella.

Me gustó que hubiera organizado aquello. Tiempo después, y fue tiempo después, porque esa noche era incapaz de ver ningún lado negativo ni ninguna teoría conspiratoria, llegué a pensar si debería haberme tomado a mal que él dispusiera unilateralmente esa cena y lo que vino después. Es decir, él sabía que yo no quería ninguna celebración y, aun así, lo organizó sin consultármelo. ¿No debería haberme sentido ofendida?

A veces, no tenía claros los límites del respeto ni de la tolerancia. Los tenía muy claros antes de conocer a Yusuf, se fueron disipando poco a poco a medida que lo fui conociendo y conviviendo con él, y ahora, casi veinte años después, dudaba de todo.

Sea como fuere, ese día no se me pasó por la cabeza ni por un momento molestarme por lo que había dispuesto. Me gustó del primer al último detalle que tuvo en cuenta y fue un día muy especial. De hecho, fue una boda perfecta para mí.

Me habría quedado una eternidad después de cenar en ese restaurante con mi marido (sonaba muy raro, muy serio y muy adulto) y nuestros testigos, deteniendo el tiempo en ese día único que no se repetiría jamás. Pero, sin embargo, pronto hubo deseo de dispersión. Me sentí un poco decepcionada, pero enseguida lo entendí, noche de bodas.

Lo creáis o no, se me había olvidado por completo. Lo había tenido en cuenta los días previos, por supuesto, pero desde el día anterior era un tema que se había esfumado de mi mente y que acaba de volver para darme una explicación sobre por qué todos parecían querer marcharse en un sábado noche en el que todo era perfecto. Por la noche de bodas, claro. La noche de bodas y lo que implicaba. Yusuf nunca lo había hecho, y yo nunca lo había hecho con él.

Habíamos hablado del tema, pero lo habíamos comentado antes de decidir que nos casáramos, cuando nada era certero, cuando era fácil hablarlo, solo situaciones hipotéticas. Incluso, en esos momentos, lo habíamos comentado de forma despersonalizada. «Cuando lo hagas la primera vez, seguramente no será perfecto, pero luego tendrás toda la vida para repetirlo y mejorarlo con tu pareja». Con tu pareja. Como si fuese a ser cualquiera. Pero ni una palabra del tema desde que estuvimos *oficialmente* comprometidos. Porque ya iba a ser algo real, no había cabida para las hipótesis.

Volvimos solos hacia nuestro apartamento. Me encantaba mi vestido de novia, pero empezaba a sentirme ridícula con él en esas circunstancias. No

llegamos a subir a casa, Yusuf sacó del bolsillo interior de la americana unas llaves de un coche que estaba aparcado en nuestra calle. Accionó el mando desde la distancia. Todos los faros parpadearon y abrió la puerta del copiloto para que yo entrara. Pero yo no entré porque no entendía nada. Me quedé de pie en mitad de la calle esperando explicaciones que no llegaron por sí solas.

—Entra —me instó.

—¿Y este coche? —le pregunté más curiosa que extrañada.

—Se lo he pedido prestado a Ekrem.

—Ah, ¿y a dónde vamos? —inquirí de nuevo sin hacer amago de entrar aún.

—Ya lo verás —respondió, haciéndose el misterioso.

—De acuerdo —dije, aceptando entrar en el juego. Si no me lo quería decir, no lo necesitaba saber—. Pero quizá debería subir a cambiarme, no tardaré nada —propuse.

—No es necesario.

Confíe en él, no hice más preguntas y subí al coche. Yusuf cerró mi puerta, lo rodeó por delante y se sentó frente al volante.

Salió de Estambul y cogió una autovía. Yo era incapaz de deducir ninguna información como, por ejemplo, si íbamos hacia el norte o hacia el oeste porque era de noche y la autovía estaba muy pobremente iluminada. Veía los carteles, pero los nombres de los lugares en ellos anunciados no significaban nada para mí. Hicimos el camino en silencio, yo miraba el cercano paisaje que alcanzaba a ver y Yusuf conducía con una mano porque tenía la otra entrelazada conmigo.

Por fin Yusuf cogió una salida y nos adentramos en un pequeño medio natural con viviendas unifamiliares y granjas. Fue recorriendo el entorno por una carretera estrecha hasta que llegamos a una especie de hotel rural en medio de ninguna parte. Yo no salía de mi asombro. Aparcó junto a otros coches en la zona de aparcamiento que estaba más bien vacía y me hizo saber que ya habíamos llegado. Sin hacer ninguna pregunta ni comentario, me apeé del coche.

Sentí como se me erizaban los brazos desnudos por el relente que ya se notaba a esas horas y en esas fechas de entrado otoño. Mientras me frotaba los brazos a mí misma, miré en rededor.

Silencio absoluto. Un hotel de tres plantas en piedra con un jardín delantero y un caminito de baldosas hasta llegar a la entrada. Solo las luces de las farolas de la fachada del hotel. Todo lo demás, la oscuridad y la nada. No entendía qué hacía ese hotel allí en medio. Mientras yo inspeccionaba el terreno, Yusuf

sacaba una pequeña maleta de la parte de atrás del vehículo, lo miré y ahora sí hubo explicaciones gratuitas.

—Reservé una noche aquí. No te preocupes, también he traído tus cosas — dijo señalando la maleta.

Yo asentí, incapaz de decir nada.

La habitación era pequeña, pero muy acogedora y cálida, cosa que agradecí. Había una rosa fresca sobre la colcha, la cogí y me la acerqué a la nariz para oler su aroma. La posé cuidadosamente sobre el escritorio de nogal y me senté sobre la butaca, me descalcé.

Yusuf posó la maleta junto a la puerta y se quedó allí de pie sin pronunciar palabra, con las manos en los bolsillos y balanceándose ligeramente. Él había estado calmado todo el tiempo, sonriente, con una mirada brillante y disfrutando de cada momento. Pero cerró la puerta de la habitación y pude palpar su nerviosismo. Su sonrisa se había esfumado y su expresión era predominantemente seria. Ni siquiera se atrevía a dar un paso más hacia adentro.

—Ven, siéntate —le dije palmeando el pedacito de cama que quedaba al lado de la butaca donde yo estaba sentada.

Percibí que se lo pensó durante un par de segundos, pero hizo lo que le dije.

Durante todo el día, había sido él quien había manejado la situación. Había organizado todo, sabía lo que tenía que hacer y había estado tranquilo, en cambio, yo me había dejado llevar y había sido la que había estado más sensible. En ese momento, las tornas cambiaron. La responsabilidad la sentía sobre mis hombros, yo era la experta y él, sin hacer uso de ninguna palabra, me estaba diciendo que se dejaba a sí mismo en mis manos. Asumí el reto.

Entrelacé mi mano con la suya y pensé que lo mejor que podía hacer era intentar disipar la tensión en la medida de lo posible, haciendo que se sintiera, que los dos nos sintiéramos, cómodos. Por lo que decidí empezar un tema de conversación totalmente banal que ya ni siquiera recuerdo sobre qué versó. Pero enseguida me di cuenta de que no fue una buena idea porque Yusuf me contestaba con monosílabos, no me estaba ayudando en mi propósito, y yo fui consciente de que no quería perderse en los rodeos.

Nada más darme cuenta de que había sido una mala idea, cambié de estrategia sin transición. Me puse de pie, obligándolo a su vez a ponerse de pie dado que estábamos cogidos de la mano. Me puse frente a él y comencé a besarlo.

Nos besamos despacio. Yo marcaba el ritmo. No era nada nuevo, lo habíamos hecho alguna que otra vez desde que empezamos a dormir juntos, aunque no muy a menudo y no muy prolongadamente. Sus manos no se movían de mi cintura, me agarraba con fuerza, imagino que como forma de agarrarse a la cordura.

Mis manos empezaron enredadas en su pelo, pasaron a acariciar su barbilla, su cuello y finalmente se agarraron a sus brazos. Tras una pequeña eternidad así, me distancié lentamente de él para mirarlo y hacerle una propuesta.

—No hace falta que sea hoy. Podemos hacerlo progresivamente, quemando etapas —esperaba que entendiera lo que quería decir, y así fue.

Ese era un motivo más por el que me parecía absurdo llegar al matrimonio virgen. Pasar de la nada al todo en un día, sin tener ninguna experiencia con un cuerpo del sexo opuesto y esperando que el momento fuera mágico. Ilógico, insano, irreal, decepcionante.

—¿Has perdido la cabeza? Llevo esperando toda la vida este momento —me contestó.

Su respuesta me hizo reír al tiempo que me permitió saber que su determinación era total.

—Vale —le dije mientras asentía levemente con la cabeza.

Le quité la americana y la corbata mientras le daba besos fugaces en el cuello. Le saqué la camisa del pantalón, abrí el cinturón y la bragueta.

Sonreí al recordar alguna de nuestras conversaciones a distancia cuando yo aún estaba en Madrid y él me pedía consejos sobre cómo afrontar su primera vez. Aquellas situaciones hipotéticas. Yo le decía que tenía que ser dulce, hacer que la chica se sintiera bien, ir despacio, dar rodeos, no ir directamente a las zonas claves ni a consumir. Y me hizo gracia en ese momento porque era exactamente todo lo contrario a lo que yo estaba haciendo en realidad. Pero era exactamente eso, la realidad, no ninguna situación recreada en nuestra imaginación.

Liberé su pene ya despierto y lo agarré con firmeza con mi mano derecha. Seguíamos de pie y frente a frente junto a un costado de la cama. No tenía ni idea de qué pensaba o sentía Yusuf. No decía nada, no se movía, se dejaba hacer y seguía con la mirada todos mis movimientos.

Yo había empezado el baile con mucha seguridad y entereza, pero noté cómo se me dispararon las pulsaciones cuando lo tuve en mi mano esa primera vez.

Me agaché. Miré de frente su miembro durante un instante, como si necesitásemos una presentación formal. Circuncidado, como buen musulmán. Nunca lo había pensado, pero si lo hubiera hecho, habría tenido que saberlo, por supuesto.

Le besé el extremo. Lo oí suspirar. Levanté la mirada. Por un momento llegué a pensar que iba a decir algo sobre el tipo de acciones sexuales que son correctas desde el punto de vista religioso. Que solo se podía hacer para procrear, y sin regocijarse en el placer, y etcétera, etcétera. No hubo nada de eso, quizá en el Islam no fuera así. Ni lo sabía ni me importaba. Yusuf no dijo nada, se limitó a morderse el labio inferior y evitó mi mirada. Lo interpreté como que avalaba mi criterio.

Seguí usando mi boca y mis manos para jugar con él durante unos minutos más hasta que noté que se empezaba a tensar. Entonces me incorporé y se desvistió del todo con mi ayuda. Le hice un gesto con la cabeza señalando la cama. Él asintió, aceptando lo que yo le estaba proponiendo, que era el momento de dar un paso más allá.

Sin ánimo de pretensión, supuse que él tendría ganas de verme desnuda (¿qué opinaría de mi tatuaje?), pero yo quería hacerlo aquella primera vez llevando mi vestido de novia. Yusuf no pronunció palabra en todo ese tiempo, de modo que no me pidió que me lo quitara ni hizo amago de intentarlo. Me desprendí de mi ropa interior, recogí el vestido y me recosté apoyando media espalda en el cabecero de la cama. Mi marido se colocó frente a mí, preparado. Le indiqué el camino y cuando ya nuestras cabezas estaban la una junto a la otra, le susurré al oído que lo quería.

Se quedó unos segundos quieto dentro de mí, como si necesitase familiarizarse con el terreno.

Cerré los ojos y dejé que me llevara al infinito.

Capítulo 18

En Turquía solo daban cinco días extras de vacaciones por enlace matrimonial, así que retrasamos la luna de miel hasta finales de diciembre para que coincidiese con mis vacaciones y disponer de más tiempo, porque habíamos decidido aprovechar el viaje para ir a visitar a mi familia en esas fechas. Sería la presentación oficial de Yusuf a mis padres e, igual de importante o más, yo aprovecharía para coger mi ropa de invierno.

Sabéis que una boda no entraba en los planes de mi vida, por lo que nunca me había planteado dónde ir de luna de miel, pero, de haberlo hecho, desde luego, nunca habría dicho que la pasaría en mi país y en mi propia casa. Bueno, eso fue solo una parte del viaje, dejadme que os cuente.

No estábamos muy boyantes económicamente en esa época y, debido a los escasos invitados a nuestra boda, no pudimos contar con la ayuda extra que podrían haber supuesto los regalos, tal y como Yusuf se prestó a recordarme. Esta circunstancia reducía nuestras opciones.

Pasamos seis días en Malta en un intento de aprovechar todo el buen tiempo que fuese posible en un mes de diciembre en el hemisferio norte. Supuso una desconexión total, no solo del día a día, trabajos, casa, familiares, sino también de nosotros mismos. Al menos, de nuestros yo sujetos a preocupaciones, normas, creencias y principios.

Fue un auténtico bálsamo, un paréntesis en el que nos dedicamos solo a nosotros y a disfrutar. A dar paseos interminables por las playas de la isla, a probar nuevos platos, a chapurrar palabras extranjeras, a darnos juntos baños de espuma en el hotel, a subir a la azotea y ver los amaneceres, a hacer turismo, a amarnos, a hacernos reír. A hacernos felices.

Después de ese breve paso por el paraíso cogimos un vuelo a Madrid, donde pasaríamos la última semana del año en casa de mis padres.

Mi familia ya sabía que yo tenía pareja y que vivíamos juntos, pero no les había dicho que me había casado. Sabía que la precipitación no les iba a gustar, ¡me había ido a vivir a Turquía hacía poco más de seis meses! En un principio, pensé en contarles simplemente que teníamos la intención de casarnos, pero Yusuf me insistió para que les dijera la verdad. Como en el fondo yo sabía que era lo mejor, dejé que me convenciera.

Al propio Yusuf también le preocupaba esta situación. Tenía miedo de que en cuanto mis padres se enterasen, pusieran el grito en el cielo y lo echasen de

casa o algo peor. Decía que comprendería perfectamente que ocurriera tal cosa porque *no habíamos hecho las cosas bien*. Es decir, él no se había presentado previamente a mi familia para pedirles mi mano. Le expliqué que en España habíamos abandonado el siglo XIX hacía más de cien años y que esas prácticas ya no se estilaban. La decisión de casarse correspondía exclusivamente a las dos personas que contraían el matrimonio, y ellas decidían a quién y cuándo hacer partícipes de la noticia.

Aun así, Yusuf seguía creyendo que tenía una responsabilidad para con mis padres y quería ser él quien hablara con ellos dando explicaciones sobre lo que habíamos hecho y porqué, incluso mencionó meter a mi hermano en el ajo. En su cultura, toda la familia se reúne para opinar y tomar las decisiones que, según mi opinión, debe tomar solo la persona afectada. A mí me escamaba esa manera de meterse en los asuntos privados de las personas.

Le paré lo pies. Si alguien tenía que dar explicaciones a mis padres, esa era yo. Y mi hermano no tenía nada que ver con esto. Además, él hubiera tenido la misma reacción si le dijera que me iba a meter a monja de clausura o que me iba a trabajar a un burdel, se limitaría a encogerse de hombros y a seguir con su vida. Puede que los hermanos turcos se metiesen en la vida de sus hermanas, pero los hermanos españoles no, y menos si eran menores que estas.

De modo que, por supuesto, iba a ser yo quien les pusiera al corriente de las novedades. Había decidido que les explicaría que lo había hecho para facilitar la regularización de mi situación allí, y el tipo de boda que habíamos organizado serviría para dar credibilidad a mi historia.

Mis padres nos vinieron a buscar al aeropuerto, donde les presenté a Yusuf. Hacían esfuerzos por parecer simpáticos y abiertos, pero la naturalidad no era lo suyo. Estaban tiesos como postes de la luz y con unas sonrisas forzadas que yo sabía que eran suyas, pero si no, habría jurado que eran pedazos de careta que escondían sus verdaderas expresiones.

Fue Yusuf el más decidido, extendiendo la mano y presentándose en su español bastante mejorado desde que estuvo en Madrid gracias a las lecciones informales que yo le había dado durante nuestros meses de convivencia.

En el trayecto a casa, mi madre comenzó a ponerme al día de las novedades, dijo que había preparado la cama supletoria de mi hermano para Yusuf. No dije nada, busqué su mirada cómplice, pero la respuesta que obtuve fue una boca torcida, me di cuenta que no lo había entendido. Hubiese sido un buen momento para explicarles la situación, si no fuera por el hecho de que íbamos

metidos en un coche, sin poder mirarnos a la cara y porque mi padre estaba insultando a un taxista que se le había cruzado en la eme treinta.

Yo le había dejado perfectamente claro a mi madre que Yusuf y yo éramos pareja, pero su comentario sobre que había preparado la cama para él en la habitación de mi hermano me confirmaba que no se lo tomaba en serio. Pensaría que sería algo pasajero sin demasiada importancia. Me la imaginaba explicando al resto de la familia «va a venir Noelia unos días por Navidad. Viene con un amigo».

Me había acostumbrado muy fácilmente a dormir junto al calor de otra persona, siendo abrazada, acariciada, mimada. Sería triste volver a la soledad nocturna, suerte que solo sería cuestión de una eterna semana.

Fue una sensación muy extraña la que sentí cuando traspasé el umbral de casa de mis padres. Solo hacía medio año que me había marchado y todo seguía igual, pero con lo que había pasado en mi vida durante esos meses, fue como un viaje en el tiempo. Sentí mucha añoranza y me sirvió para ser totalmente consciente de que las decisiones que había tomado me habían llevado a un cambio definitivo y sin retorno.

La habitación de mi hermano estaba la primera en nuestro camino. Mi madre llamó a la puerta y abrió. Sergio apenas se inmutó. Estaba concentrado con su videojuego. Saludó con un leve movimiento de cabeza y cuando mi madre le dijo «ya han venido tu hermana y su amigo» (lo sabía), contestó: «puede dejar sus cosas ahí», señalando una cómoda. Mi madre disimuló la mueca de exasperación un segundo después de haberla mostrado y le dijo con una voz firme, pero, al mismo tiempo, intentando sonar amable por nuestro invitado, «haz el favor de levantarte y venir a saludar». Sé que si Yusuf no hubiera estado presente, la parte amable habría brillado por su ausencia y sus palabras habrían estado acompañadas de un capón.

Mi hermano tenía diecisiete años. En su cabeza solo había sitio para los cómics, el hip-hop y los videojuegos. No teníamos mucho en común, pero yo lo adoraba y me colgué de su cuello cuando se acercó a saludarnos, lo que me sirvió para constatar que aún no había dejado de crecer y que me sacaba más altura que cuando me marché. Cuando lo liberé, aceptó educadamente la mano que le ofrecía Yusuf, pero Sergio no tenía ninguna curiosidad por aquel tipo que su hermana había traído de Turquía. No le prestó atención y volvió con su videojuego.

No sé qué es lo que hizo o dijo Yusuf para ganarse a mi hermano. No me lo quiso contar por más que insistí. Pasaron a solas un rato en la habitación

aquella tarde mientras Yusuf ponía en orden sus cosas, y cuando salieron para sentarse a cenar, ya todo eran guiños cómplices, risas de camaradas y jueguecitos de tíos inmaduros.

Quería dar la noticia cuanto antes para quitarme el peso de encima, pero no encontraba el momento adecuado. No existía un momento adecuado para decir tal cosa. Decidí esperar a la cena.

Mi madre se esmeró en preparar los platos que me encantaban y que no podía disfrutar en Estambul. Si tenía un plan secreto para hacerme volver, iba por el buen camino. Mucho mejor una buena cena y ningún comentario que decir explícita y directamente «vuelve, pero qué haces allí, con tu familia estás mejor».

Tortilla de patata, ensalada, calamares, croquetas... Qué buenas hacía mi madre las croquetas, las había echado mucho de menos.

—Mamá, ¿de qué son estás croquetas?

—De jamón.

Me lo temí. Con un movimiento rápido y ágil, le quité a Yusuf el tenedor en el que tenía trinchada una croqueta que ya se encontraba a medio camino de su boca. Yusuf no necesitó más explicaciones sobre a qué se debía mi reacción y la arcada que le subió por la garganta fue visible. Se disculpó, levantándose para ir al servicio. Como os decía, no existen buenos momentos para revelaciones incómodas.

Durante la ausencia de Yusuf, les expliqué que los musulmanes no comen cerdo, cosa que ya sabían, por supuesto, pero no habían atado cabos. Mi madre se deshizo en disculpas cuando Yusuf se unió de nuevo a la mesa y quitamos las croquetas de su vista. A decir verdad, Sergio y yo hicimos desaparecer las croquetas engulléndolas como salvajes durante su ausencia. No fue ningún suplicio.

—Quería comentaros una cosa —le dije a la tortilla. Después levanté la vista y percibí que había captado su atención.

Expectación.

—Sabéis que conseguí trabajo en Estambul, pero necesitaba obtener el permiso de residencia y empadronarme, así que, como estaba saliendo y viviendo con Yusuf, decidimos regularizar la situación. —Regularizar la situación. Bonito eufemismo.

Dudas. Incomprensión.

—¿Regularizar la situación? —fue mi madre la que repitió mis palabras metiéndolas entre signos de interrogación como forma de demandar una explicación concisa.

—Eh... sí... —¿Por qué costaba tanto decir la palabra dichosa? Deseé que Yusuf supiera hablar perfectamente español para que acabara la frase por mí, pero él estaba muy ocupado untando paté de salmón en un panecillo—. Nos casamos hace dos meses.

—¡Hostia puta!

Esa fue la reacción de mi hermano, luego vino el silencio. Ni siquiera le llamaron la atención.

Mis padres se asustaron, comprensible. Su hija acaba los estudios y decide marcharse para conocer mundo, experimentar, aprender... hasta ahí, todo bien. Pero vuelve al cabo de seis meses, colgada del brazo de un musulmán, diciendo que se ha casado. Pensarían que me habría captado una secta y que me habrían lavado el cerebro.

En primer lugar, yo casada. Yo, que era antimatrimonio y anticadenas; y en segundo lugar, un marido musulmán. Si hiciéramos el juego ese de *te digo una palabra y tienes que decir lo primero que se te ocurra sin pensar* utilizando *musulmán* como estímulo, me apuesto a que las respuestas que obtendríamos serían del tipo: fanatismo, burka, bombas, terrorismo, Irak y otras lindezas en esta línea. Y menos mal que esto sucedió pocos meses antes de los terribles atentados que se produjeron en Atocha, después la situación se agravó y los prejuicios se intensificaron.

En cualquier caso, el saber estar de mis padres nos permitió finalizar aquella cena de una forma normalizada, aunque con una incomodidad palpable. Fue como si una nube gris se hubiese instalado justo encima de nuestra mesa del comedor anunciando tormenta.

Pero no me libré de que por la noche me abordaran a solas y me sometieran a una sesión de tercer grado combinado con discursos sobre la vida, que llegaban un poquito tarde, sinceramente.

Les conté todo lo que quisieron saber, los intenté tranquilizar, decirles que estaba bien, que era feliz, que estaba trabajando en algo que me apasionaba y viviendo con una persona a la que quería y quien me quería, que Estambul me encantaba.

No fue suficiente, seguían sospechando que había algo que no encajaba. Hizo falta toda esa semana de convivencia para que se dieran cuenta de que yo seguía siendo yo, no me habían cambiado ni me había pasado nada raro; que

Yusuf era un chico normal, con su bagaje cultural, sí, pero que me respetaba y que era la persona que yo había elegido para acompañarme en la vida.

No hay nada como conocer a personas para derribar prejuicios.

Yo volví a Estambul mucho más contenta de lo que había llegado, porque mis padres ya conocían mi situación y me sentía respaldada y aliviada.

Incluso sugirieron que deberían ir a visitarnos en alguna ocasión y conocer también a la familia de Yusuf. Me resultaba más atractiva la idea de clavarme astillas bajo las uñas que la de un encuentro entre nuestras familias con nosotros dos en medio.

Capítulo 19

Durante esa semana en Madrid, nos solíamos quedar en casa por las mañanas mientras mis padres estaban fuera trabajando y mi hermano aprovechando sus vacaciones del instituto durmiendo hasta la hora de comer. Por las tardes salíamos, y yo me sentía una turista en mi propia ciudad. Me fijaba en los productos de los escaparates y todo me parecía carísimo.

Mi habitación estaba tal y como yo la había dejado al marcharme, ya que mis padres consideraban mi ausencia temporal, no habían tocado nada. Había un pequeño montón de libros sobre la mesilla de noche en lugar de en la estantería, una cazadora en el perchero, las velas a medio consumir en el alféizar de la ventana... como no habían permitido que el polvo se acumulase, daba la sensación de que no había estado fuera ni dos días.

Dediqué una mañana a poner en orden mis cosas y a apartar lo que quería llevarme a Turquía. Mayoritariamente eran libros, ropa de invierno, calzado y bolsos. El montón estaba creciendo descomunadamente, y yo lo miraba con preocupación. Para no agobiarme, decidí seguir seleccionando cosas sin prestar atención a la montaña creciente, y hacer un filtrado después. Fue entonces cuando llegó el problema. Todo era importante, no podía descartar nada.

Mi cama estaba enterrada debajo de abrigos, cajas de zapatos, sudaderas, jerséis de lana, perfumes, libros y maquillaje, y yo la observaba pensativa, intentando encontrar un modo de reducir el volumen y el peso de todo aquello, cuando entró Yusuf.

—¿Qué haces?

—Tenemos que facturar otra maleta.

—No podemos llevarnos todo esto. No solo porque no te dejarán subirlo al avión, sino porque no cabe en casa.

Tenía razón. Le pedí ayuda para elegir qué llevar y qué dejar, y terminamos sentados en la alfombra de mi habitación mirando viejas fotografías, diarios, mis dibujos del colegio y hasta mis muñecas.

Descubrí que Yusuf disfrutaba indagando en mi pasado. Normalmente, no habría esperado que a un hombre le interesasen los diarios que había escrito una adolescente hacía más de diez años, pero, curiosamente, Yusuf pasaba páginas con sed de descubrir. Gracias al cielo que solo entendía palabras sueltas, de lo contrario, se los habría arrancado de las manos, que fue exactamente lo que hice con una fotografía de cuando tenía trece años y llevaba

aparato dental, un corte de pelo ridículo, unos pantalones que podrían protagonizar una película de terror y una sombra de ojos que me llegaba hasta la frente.

Me llevé la foto a la espalda y empezamos a forcejear entre risas, gritos, cosquillas y manotazos hasta que el pitido de fin de programa de la lavadora sonó. Un sonido que no era familiar para Yusuf, por lo que paró para intentar percibir de dónde procedía. Yo aproveché ese momento para meter la dichosa fotografía entre las páginas de un diccionario sin que se diera cuenta y me levanté, anunciándole que era momento de ir a tender la ropa.

Me puse una chaqueta de punto para salir al tendedero y soportar los dos grados de Madrid mientras poníamos la ropa a secar. Yusuf me iba pasando las prendas de una en una y un par de pinzas mientras estudiaba la calle con atención.

—Me ha sorprendido ver que es tu madre la que se ocupa de casi todas las tareas domésticas. No he visto a tu padre ni a tu hermano cooperando —dijo.

Lo miré y vi cómo intentaba contener una sonrisa maliciosa. Estaba poniéndome a prueba. Solté una risa breve y negué con la cabeza, incrédula, haciéndole saber que lo veía venir, así que no dije nada y le pedí con un gesto que me pasara más pinzas. No se dio por vencido.

—Quiero decir que, si es así como te han educado y lo que has visto siempre en casa, me parece raro que tengas una opinión tan diferente.

—Precisamente porque lo he visto, no me gusta. Me parece... insultante —concluí después de buscar una palabra adecuada.

—Tu madre también trabaja fuera de casa, ella sola no debería ocuparse de todo —dijo.

No supe a qué se refería exactamente con su comentario. No sé si quería decir que el problema era que trabajaba fuera de casa y eso no era correcto o que ella sola llevara el peso de las labores domésticas le parecía injusto dado que también tenía trabajo. No quise preguntar, no fuéramos a estropearlo. Su frase quedaba bien tal y como estaba.

Intenté quedar con Ana y Miguel durante aquellos días, pero ella no tenía tiempo debido a su trabajo en Starbucks, su nuevo novio y las compras de Navidad, y él estaba muy ocupado con su máster, lo cual me sonó totalmente a excusa, era la primera vez que le proponía vernos y me rechazaba sin darme otra opción como alternativa.

Acepté sus evasivas sin insistir, después de todo, yo me había marchado dejándolos atrás, no podía pretender que ellos parasen su vida cuando yo me dignaba a volver. Sin embargo, le pregunté a Ana por los planes que tenían para Nochevieja, a los que nos invitó a unirnos. No dudé en aceptar.

Pensándolo bien, me apetecía mucho salir de fiesta. Llevaba mucho tiempo siendo responsable, preocupándome de que no faltara nada en casa, de pagar facturas, de trabajar, de caer bien a la familia de Yusuf, de hacer papeleo en las caóticas administraciones de Estambul, de estudiar turco, de estudiar lengua para un posible examen que me permitiera conseguir plaza fija en el Instituto, de soportar a los vecinos. Definitivamente, después de hablar con Ana por teléfono, me moría por una noche en Madrid como en los viejos tiempos. Yusuf no se mostró tan entusiasmado como yo cuando se lo hice saber.

Le dije que si no le apetecía venir, podía quedarse en casa, no había ningún problema. Ni lo consideró. Sé que lo hizo porque no quería que yo saliera sola, pero me daba igual. Ya me parecía suficientemente triste su postura; ponerme a discutir se me antojaba como escalar el Everest.

Se puso un traje de mi hermano y percibí como sus facciones se fueron endureciendo mientras yo me ponía mi vestido, mis tacones y me maquillaba. No iba a dejar que me amargara la noche.

Es más fácil averiguar y demostrar quién mató a Kennedy que encontrar un taxi en Madrid en Nochevieja. Mi madre nos acercó a La Latina después de dejar a mi hermano en Callao.

Me encantó volver a ver a compañeros de la universidad y a amigos. Les presenté a Yusuf, y reconozco que él, al principio, se esforzó por adaptarse al ambiente, entablar conversaciones e intentar divertirse... hasta que pedí mi primera copa.

Que su religión le prohibiese beber no quería decir que yo no pudiese hacerlo. Que yo llevase meses sin probar una gota de alcohol no significaba que había renunciado a él para siempre.

Él no me dijo que le molestaba lo que yo estaba haciendo, y yo no le dije que era libre de hacerlo si quería, pero ambos sabíamos que era eso lo que el otro estaba pensando.

A partir de ese momento, ya no se esforzó por relacionarse con la gente ni en disfrutar de la fiesta, se quedó a un lado resoplando, mirando el reloj y jugando con su teléfono móvil. Me alegré cuando una de las chicas de enfermería que había conocido durante su estancia aquí se acercó a él y le dio conversación. Yo dejé mi abrigo en el guardarropa y fui a bailar con Ana y las demás chicas.

—¡Miguel, por fin te encuentro!

Lo había estado buscando desde que llegué, tenía muchas ganas de encontrarme con él. Le pregunté a Ana dónde estaba, me contestó que fuera, con un par de amigos que habían salido a tomar el aire. Finalmente, lo vi después de dos horas de estar allí, cuando me dirigía al servicio.

Mi rostro debía de ser la definición exacta de la felicidad mientras me acercaba a él. Lo había echado muchísimo de menos, había sido mi compañero de fatigas durante todos los años de la carrera, siempre nos divertíamos juntos, nos entendíamos, entendíamos el mundo de la misma forma y nos llevábamos genial.

Sin embargo, su reacción fue fría y seca. Me dejó cortada y apenas supe qué decir después de saludarlo. Me iba a colgar de su cuello, pero viendo su reacción, no me atreví a hacerlo.

—He visto a tu marido en la parte de fuera —dijo escupiendo la palabra *marido*.

—Sí —dije simplemente.

En realidad, quería preguntarle qué coño le pasaba, pero sentía que ya no tenía derecho a pedirle explicaciones. Me había largado, había seguido con mi vida dejándolo atrás. Supuse que ya no éramos ni seríamos compañeros de facultad nunca más, ni habría más risas, ni más excursiones a la Sierra ni más partidas de trivial los domingos de resaca. Y supuse también que él había asumido esa realidad seis meses atrás, pero yo acababa de hacerlo y, de pronto, me sentí muy triste.

Acabamos la penosa conversación en menos de dos minutos, con la que me sentí más incómoda que si hubiera coincidido con el presidente del gobierno en un ascensor. Nunca pensé que me pudiera pasar algo así con Miguel. Fui a la barra a por mi enésimo güisqui-cola cuando mi marido me cogió por el brazo y me dijo al oído con voz firme:

—Creo que ya has bebido suficiente.

No lo vi acercarse y me asustó. Mis sentidos ya no estaban a pleno rendimiento. Cuando me di cuenta de que era él, me solté con un movimiento del hombro y lo ignoré mientras esperaba que llegara mi copa.

—Vámonos a casa.

—Vete tú si quieres.

—Estás borracha.

—Esa es la idea.

Por fin llegó mi bebida, la cogí y me dispuse a adentrarme en la pista de baile de nuevo, pero Yusuf se interpuso en mi camino. Hubiera reaccionado mal en cualquier caso, pero existía el agravante de la reciente conversación con Miguel, que me había dejado el ánimo por los suelos. Había dejado atrás a mi mejor amigo, que se comportaba conmigo como si fuera una completa extraña por enamorarme e irme a vivir con Yusuf a Turquía. Al menos, podía tener el detalle de dejarme beber y bailar en paz en Nochevieja.

No recuerdo qué le dije exactamente, seguramente no fue algo muy coherente, una mezcla de gritos en inglés y turco con palabrotas en español. No se dignó a contestarme. Se marchó. Y cuando lo hizo, me di cuenta de que Miguel presenciaba la escena desde un rincón con mirada sombría.

El uno de enero volamos a Turquía. Yo volví a dormir sola en el sofá-cama del salón y durante cuatro días solo nos hablamos para decir «se ha acabado la leche»; «mañana tengo turno de noche»; «hay que hacer la colada».

Capítulo 20

Yo aún estaba haciéndome a la idea de que era una mujer casada cuando Yusuf empezó a plantear la siguiente etapa de la relación, comprarnos nuestro propio piso.

Lo consideré. A bote pronto, no me parecía mala idea, no nos vendría mal dejar de vivir como en un piso de estudiantes, ganar un poco de espacio y tener los electrodomésticos básicos, léase, una lavadora y un lavaplatos. Sin embargo, estaba segura de que sentiría un puntito de nostalgia al dejar nuestro mini apartamento de alquiler caótico y destartado en el que tantos buenos momentos viví en tan solo un puñado de meses.

Pero el caso es que yo no tenía ni idea de la situación inmobiliaria de Estambul, lo único que sabía era que mi reducido sueldo de media jornada se me iba de las manos sin percatarme. Yo lo sabía, y Yusuf lo sabía. Su propuesta al respecto fue directa, sin paños calientes, lo soltó y se quedó estoico esperando mi reacción, fuese cual fuese.

Recuerdo perfectamente el día que tuvimos esa conversación. Hacía poco que habíamos vuelto de Madrid y ya nos habíamos reconciliado, fue un enero frío y empezamos a tener problemas con la caldera. Mientras nos la arreglaban, compramos una estufa que no nos sirvió de nada porque hacía saltar los plomos. Desde que cenábamos hasta que nos metíamos en la cama, yo me pasaba el tiempo enrollada en una manta, sentada en el sofá y con una taza de té caliente entre las manos. Ahí fue cuando Yusuf mencionó por primera vez lo de comprarnos una casa. Pero en ese momento fue algo casual, nada determinante ni comprometedor. Algo así como «tendremos que ir pensando en mudarnos». Yo no pude sino estar de acuerdo y no incidimos más en el tema. Pero dos días después, mientras estábamos colocando la compra en los armarios de la cocina, fue cuando volvimos a abordar el asunto y de una manera mucho más aterrizada; Yusuf soltó el perro de presa.

—Yo afrontaré el pago inicial y la hipoteca.

Acabé de colocar los paquetes de pasta sobre el estante superior sin inmutarme. Me bajé de la banqueta tranquilamente, la coloqué, cerré el armario, puse los brazos en jarras y lo miré. Más que la propia propuesta, me molestó el tiempo verbal que utilizaba, «afrontaré», como una decisión ya tomada, unilateralmente.

Tragué saliva audiblemente y me crucé de brazos sin dejar de mirarlo directamente mientras decidía cuál iba a ser mi postura al respecto. Me agotaba discutir, así que se me ocurrió algo. ¿Él tomaba sus decisiones? Estupendo, yo también tomaría las mías.

—Muy bien —dije desafiante, frunciendo los labios—. En ese caso, la propiedad será exclusivamente tuya, no quiero que mi nombre figure en ningún papel.

Torció el gesto. Iba a replicarme, pero se lo impedí con un movimiento de la mano. Si yo debía aceptar, él debía aceptar.

Ahora estoy conociendo las consecuencias de esa decisión. No fue el rechazo de hacer una inversión, ni arriesgarme a ponerme a mí misma en una potencial situación de desamparo en caso de que algo saliera mal, como algunos me señalaron. Fue la mitad de mi libertad.

Nos atamos a otra persona con dos cosas, el matrimonio y la hipoteca. El primer error yo no quería realizarlo, pero lo cometí por Yusuf; el segundo, estaba más que dispuesta a afrontarlo, pero él me libró de hacerlo.

La propia mudanza nos condujo a otro problema conyugal. No es cierto, no fue la mudanza la culpable, fue Yusuf. Yusuf y su dichosa actitud paternalista para conmigo.

Fue en una tarde tormentosa en la que estaba sola en casa separando las cosas que eran del piso de nuestras propias pertenencias para meterlas en cajas. Abrí el último cajón del armario, que me hizo toser y cerrar los ojos por el polvo acumulado que se revolvió. El cajón parecía una maqueta a escala del gran bazar de Estambul debido a la variedad incoherente de objetos que había allí dentro y al barullo con el que estaban dispuestos.

Allí encontré los cuadros horripilantes que quité de las paredes durante mi primera semana en el piso, hubieran sido perfectos para crear ambiente en una sesión de ouija. Debajo del ajuar de Aramis Fuster había facturas. Facturas del alquiler y recibos de los gastos del piso. Facturas que eran más elevadas de lo que Yusuf me había dicho.

Me enfadé tanto que no supe qué hacer. No sé cómo habría reaccionado si lo hubiera tenido delante, pero él no estaba en casa en ese momento y no sabía si ir al hospital y tirarle las facturas a la cara sin importarme que pudiera estar en medio de una intervención quirúrgica, si desaparecer, si no dirigirle la palabra hasta que se me pasara o si esperar a que llegara y estrangularlo con mis propias manos.

Me consumía pensar lo que ese hecho implicaba. Implicaba que él asumía que debía velar por mí, como si yo fuera incapaz de arreglármelas sola; y si esta conclusión ya me parecía suficientemente reprochable por sí misma, para colmo, se permitía mentirme y ocultarme la realidad; otra vez, como si yo fuese una niña pequeña a la que hay que mantener a salvo de la gravedad de las circunstancias. Me estaba bailando el agua de cara a la galería, pero, en el fondo, seguía sin verme como a una igual.

Finalmente, lo que hice fue ir al banco y sacar la diferencia de todo el dinero que Yusuf había dejado de cobrarme. Me convencí a mí misma de que no valía la pena enfadarse, ni gritar, ni desesperarse. En cuanto llegó a casa, le puse delante de sus narices los recibos junto con el dinero y le dije que si alguna vez me volvía a ocultar algo así, más le valía que fuera preparando los papeles del divorcio.

Compramos, o mejor dicho, Yusuf compró un piso de dos habitaciones. No era gran cosa, pero teniendo en cuenta nuestro precedente, lo considerábamos un palacio. Nuestra habitación tenía un balcón en el que, al principio, solo tenía el solitario geranio que me regaló Macarena. Pero no sé cómo consiguió esa bendita mujer que yo acabase aficionada a las plantas y convirtiendo mi pequeño balcón en un jardín botánico.

Mientras que la otra habitación la convertimos en *cuarto para todo*; para todo lo que no encajaba en ninguna otra estancia. Sus manuales de medicina, mi montaña creciente de novelas, la tabla de planchar, la ropa que no estaba en temporada, lo que Yusuf fue trayendo de casa de sus padres y los juguetes que su sobrina se dejaba olvidados y nunca volvían a recoger.

Fuimos amueblándolo poco a poco, a media que conseguíamos ahorrar. El aumento del sueldo que obtuvo Yusuf debido a su nuevo estatus conseguido tras superar su examen se tradujo en un precioso dormitorio de Ikea lacado en blanco.

Nuestra nueva casa estaba situada en Sariyer, el distrito en el que residía su familia. Su hermana vivía en el mismo bloque de pisos que sus padres, y nosotros nos mudamos a la calle de atrás. Considerándolo en términos prácticos, era una decisión nefasta porque ambos debíamos pasar casi dos horas diarias en transporte urbano para llegar y volver de nuestros respectivos trabajos. Aunque, por supuesto, los precios de la vivienda eran mucho más asequibles allí que en el propio Estambul. Un piso de las mismas características que el nuestro nos hubiera costado el doble en la zona en la que vivíamos antes. Además, para Yusuf era importante estar cerca de su familia.

Estuve de acuerdo con esta decisión y me pareció bien porque yo tenía mis propias razones para querer aquello. En concreto, se trataba de una razón con nombre propio, Sahra.

La niña ya tenía diez meses, cada domingo que la había estado viendo hasta que nos mudamos allí, la notaba cambiada, más crecida, más despierta, más curiosa. Y más cariño le cogía yo.

La empecé a ver más a menudo después de que nos trasladáramos. Su padre era propietario de dos carnicerías en el distrito de Sariyer que le ocupaban gran parte de su tiempo. Su negocio era próspero y contaba con cinco empleados directos; ciertamente, no me hubiera gustado conocerlo en su faceta de jefe. La madre de Sahra era ama de casa, como no podía ser de otra manera, y solía pasarse a tomar el té con Yusuf prácticamente a diario. Traía a la niña consigo, y yo me dedicaba a tiempo completo a ella mientras mamá y tío Yusuf se ponían al día.

Con la edad que tenía entonces, la niña solo balbuceaba, pero yo empecé a hablarle en español. Le llevé los poquitos cuentos infantiles que había en mi biblioteca y se los leí, aunque no pudiera entender una palabra. La cogía en mi regazo y ponía el cuento delante de ambas. Yo se lo leía despacito, y ella miraba atenta las coloridas ilustraciones.

Después de haberle llevado todos los cuentos que teníamos, empecé a comprarlos por catálogo a través de los enlaces que tenía el Instituto Cervantes y se los guardaba en mi casa. Cuando tuvo suficiente edad, ella solita venía a buscarlos y los volvía a traer. Me sentía bibliotecaria dentro y fuera de mi puesto de trabajo.

Como cabe esperar de un cerebritito infantil en plena ebullición, Sahra aprendió a hablar un perfecto español para irritación de su padre e indiferencia de su madre. A él no le molestaba el hecho de que la cría supiera el idioma, le molestaba no tener ni idea de lo que hablábamos delante de sus narices. Mi niña se dio cuenta de ello muy temprano y comenzó a evitar que se diera tal situación.

Tercera parte

Capítulo 21

Mi transición de bibliotecaria a profesora fue paulatina y casi accidental. Comenzó con un impulso que tuve a los dos años de estar trabajando allí.

A veces, los profesores faltaban, y si el motivo era repentino y no habían podido avisar a sus estudiantes con la debida antelación, estos se presentaban en el centro. Por aquella época, todavía no existían todos los servicios de mensajería instantánea que existen ahora, de modo que los alumnos se enteraban de que no tenían clase cuando llegaban al centro. Era educación de adultos, no había guardias ni vigilancias, si un profesor faltaba, los alumnos o bien se quedaban estudiando en la biblioteca, o con la misma se iban. La mayoría se marchaba, con la irritación que eso conllevaba.

La idea se me ocurrió después de estar escuchando las quejas de un alumno que había acudido en balde mientras se me formaba una cola de usuarios de la biblioteca que querían registrar un préstamo.

Me planté delante de la jefa de estudios, una catalana muy pija y bastante estirada que estaba en disputa constante con el director, fui sin darle muchas vueltas porque, de haberlo reflexionado, no habría encontrado el coraje suficiente para ofrecerme a dar las clases del profesor cuya baja ya se alargaba demasiado y para quien no acababan de enviar sustituto.

Me puso mala cara, y yo me precipité a enumerarle las ventajas del arreglo y a recordarle que tenía la formación adecuada. Dijo que sería algo «totalmente irregular». Yo empezaba a vislumbrar como en sus labios se formaba la negativa, pero creo que le di tanta pena que lo dejó todo en un «lo consideraré».

Dos semanas después, estaba enseñando la diferencia entre *ser* y *estar* a un grupo de veinte turcos de edades comprendidas entre los dieciocho y los sesenta años.

La muy orgullosa no soltó prenda, pero no me hizo falta oírlo de su boca para saber que la labia de Macarena estaba detrás de ese pequeño milagro.

Mi contrato y mi nómina siguieron siendo las de una auxiliar de biblioteca, y una de las sesiones semanales con ese grupo ni siquiera entraba dentro de mi horario laboral, pero no me importaba. Estaba en mi salsa.

Acabé ese curso llevando a ese grupo; por supuesto, a mí no me estaba permitido examinarlos porque mi labor docente no quedaba reflejada en ningún documento oficial ni era remunerada, era técnicamente voluntariado.

Mi clase terminó con un seis por ciento más de aprobados que los grupos del mismo nivel de otros profesores, y eso no le pasó desapercibido a nadie y tuve mi recompensa. La vuelta al *cole* del siguiente curso fue la mejor de mi vida. Me asignaron dos grupos de dos niveles diferentes y ya era oficialmente profesora. No cabía en mí. El resto de horas seguía trabajando en la biblioteca, aunque siempre que tenía un rato libre lo dedicaba a formarme para conseguir llegar a ser la dueña de mi puesto de trabajo. El director me lo advirtió: «cualquier año de estos habrá convocatoria de plazas y te queremos aquí, así que empieza a estudiar».

Todo marchaba a pedir de boca. Mi trabajo, el trabajo de Yusuf, nuestra relación. Nos respetábamos, conocíamos los límites, no en vano los habíamos aprendido a base de discusiones.

La religión no se interpuso demasiado entre nosotros. Llegamos a encajarla en nuestra rutina de forma que él cumplía con sus deberes y yo lo toleraba y respetaba sin que me crispase la moral. Aprendí a comer sola un mes al año, aunque sufría viéndolo ayunar, especialmente en lo referente a líquidos y en los días de calor.

Hice mis tentativas de disuasión, tuvimos nuestros debates al respecto, nada acalorados porque me sabía vencida antes de empezar, así que no ponía todo mi empeño en hacerlo cambiar de opinión. Simplemente, lo hacía porque no podía quedarme tranquila conmigo misma si al menos no lo intentaba.

Me acostumbé a que no se acercase a un metro a la redonda de mí cuando tenía la menstruación. El alcohol dejó de formar parte de mi vida. No cocinaba con carne de cerdo, nunca la compraba ni la llevaba a casa porque a Yusuf le resultaba repulsivo el simple hecho de verla u olerla, así que solo la comía en el Instituto o cuando salía con compañeros.

Mi yo inconsciente aprendió a ignorar el sonido del despertador a las cinco de la mañana, pero no a Yusuf cuando hacía demasiado ruido al levantarse. En esas ocasiones, yo me quedaba a mi marido para mí. Hacíamos el amor sin mediar palabra y volvíamos a dormir, él ya no podía rezar porque estaba *sucio*. Era mi pequeña victoria sobre su fe en la nada y me encantaba.

Era tan idílico que saltaba a la vista y empezamos a escuchar los oportunos comentarios sobre cuándo vendrían los niños. Respondíamos tomándonoslo a broma, diciendo que aún era pronto y que cuando tuviesen que llegar, llegarían, pero lo cierto era que nosotros no habíamos encarado esa conversación.

Y no lo habíamos hecho por el simple motivo de que teníamos miedo sobre la respuesta del otro. Os lo he dicho, yo estaba en un momento muy feliz, me encantaba mi trabajo, la relación con Yusuf iba perfectamente y no quería que nada cambiase. Además, ya consideraba que me había casado muy joven y pensaba que era pronto para tener niños. Pero desde luego, esa no era la mentalidad turca. Me aterraba saber qué pensaba Yusuf sobre esto.

Cuando hubo una noticia de embarazo, no la di yo. Fue mi cuñada, más joven que yo y ya traía una segunda criatura al mundo. Un hermanito para Sahra, quien ya tenía casi tres años. Un niño, como quería su padre, como había querido con el primer embarazo.

El primer sábado después de que a Fatma le dieran el alta, fuimos a visitar a la familia y a su nuevo miembro a su casa, como si fuera una especie de presentación oficial del bebé, aunque, por supuesto, habíamos ido al hospital a conocerlo.

El niño era tranquilo, estuvo casi toda la visita durmiendo. Decían que se parecía a su padre, aunque yo era incapaz de ver en qué, y le pusieron su mismo nombre, Mehmet. Se me empezó a revolver el estómago cuando hablaron de la ceremonia de circuncisión. A veces me lamentaba de mis progresos aprendiendo turco. ¿Debería asistir yo a tal evento? Esperaba que no, en cualquier caso, aún faltaban cuatro o cinco años para eso.

El bebé era la novedad y atraía toda la atención, sin embargo, lo que yo intentaba averiguar era cómo lo estaba encajando Sahra. El niño acababa de llegar hacía muy pocos días y aún ni siquiera ella sabía cómo tomárselo. La veía dudar. En ocasiones, se acercaba al moisés, le daba un beso vergonzoso en la frente a su hermano y le acariciaba la manita para después sonreír a los adultos y obtener los elogios de aprobación por lo que había hecho. Y, acto seguido, se iba a un rincón y empezaba a tirar cosas de las baldas más bajas de la estantería en un acto puro de reclamar su cuota de protagonismo.

Lo cierto es que es normal que cuando llega un recién nacido acapare todos los cuidados y que los hermanos mayores se sientan desplazados. Mi sobrina buscó la atención perdida en mí y la encontró, por supuesto.

Aquella misma noche, cuando volvimos a nuestra casa, encontré un biberón entre el sofá y la pared. Supe quién había sido la responsable. Sahra había pasado con nosotros más tiempo del habitual durante los días en los que su madre estuvo ingresada. Le dije a Yusuf que llamara a su hermana para que viniese a recogerlo porque quizá iba a necesitarlo. Me pidió que lo llevara yo.

Le contesté que no podía, tenía que corregir veinte redacciones de primer curso en las que los alumnos tenían que describir a un miembro de su familia.

—Ella no puede salir de casa, ya es de noche —me explicó desde la habitación.

—¿Y qué? —¿De qué iba eso?

—Está en el periodo de *lohusa*, ni ella ni el bebé pueden salir de casa por la noche durante cuarenta días.

Me dirigí a la habitación despacio mientras asimilaba esa nueva información. Llevaba más de tres años viviendo en Turquía y aún me sorprendía enterándome de cosas como aquella.

Vi que la cama estaba cubierta de pilas de cedés.

—Ya. ¿Y por qué no pueden salir? —le pregunté, apoyándome en el marco de la puerta y cruzando los brazos.

—Es una tradición religiosa. Para evitar que les afecten los malos espíritus —me explicó mientras su atención seguía puesta principalmente en clasificar discos.

¿Nos habíamos pasado a la brujería ahora? Solté una risa sarcástica.

—Y solo vale para la madre y el niño, el padre puede salir libremente. —Me empezaba a consumir por dentro.

—Exacto —me confirmó tranquilamente sin percatarse de cómo me estaba sentando esta nueva información.

—Genial —dije con un punto de ironía que él no captó—. Entonces puede venir Mehmet a recoger el biberón —respondí, marchándome de allí.

Entonces se olvidó de su colección de música, dedicando toda su atención a la conversación, y salió detrás de mí.

—No lo vamos a molestar solo por esa tontería. Acércaselo.

Respiré hondo, conté hasta diez y me contuve.

—Te he dicho que tengo cosas que hacer —le dije como si le estuviera explicando una lección muy difícil a un niño pequeño.

Ya no se trataba solo de eso, evidentemente. Ya no lo llevaría ni aunque tuviera todo el tiempo del mundo. Se trataba de que me repateaban las malditas tradiciones machistas. Y no solo estaba siendo machista la tradición. ¿No había que *molestar* a Mehmet por esa *tontería*, pero yo sí debía llevárselo? Me estaba diciendo que mi tiempo no valía nada en comparación con el de su cuñado y estaba usando *tontería* como sinónimo de *cosas de mujeres*, motivo por el cual no se había considerado a sí mismo para hacerlo, ni se le ocurriría.

No dije nada más. Cogí el taco de redacciones, mi bolígrafo rojo y me senté en la butaca de la salita a trabajar.

Quince minutos después, Mehmet llamaba al timbre, y oí como Yusuf le entregaba el biberón mientras se deshacía en disculpas. ¿Disculpas por qué? Volví a contar hasta diez y empecé a poner tildes.

Capítulo 22

El musulmán debe peregrinar al menos una vez en la vida a la ciudad de La Meca, siempre y cuando tenga los medios económicos y las condiciones de salud necesarias.

Yusuf tenía pensado cumplir con esta obligación con su familia cuando tuviese una. Ya sabéis, esa suerte de prototipo de mujer musulmana tradicional con la que quería compartir su vida, pero los planes se le escoraron un poquito. Otra idea a la que tuvo que renunciar por mí.

Ahora, cuando analizo cómo ha terminado todo, soy consciente de algo a lo que nunca quise prestar atención, aunque sabía perfectamente que estaba ahí. Lo visualizo como si fuera un bote en el que Yusuf iba acumulando las espinitas que se le fueron clavando por mi culpa a lo largo de la vida. Desavenencias familiares, renunciadas, expectativas incumplidas, justificaciones, medias verdades.

Y este bote de las espinas clavadas que yo decidí ignorar lo cargaba él en solitario. Nunca hubo un reproche porque yo tuviera otras ideas o porque no encajara con el modo de vida de las personas que nos rodeaban. Él fue guardándolo todo hasta que ya no cupo más. Ahora, mi penitencia por no haber querido encarar esa situación es vagar por lo que me reste de existencia cargando con el bote envenenado, sintiéndome como el holandés errante. Gracias a esta penitencia, tal vez pueda llegar a entender lo que hizo. A entender sí, pero a exculpar no.

Lo vi cómo preparó su maleta con resignación para ir a La Meca con Ibrahim y la familia de este, sintiendo una ligera sombra de vergüenza por ello. Como si su amigo le estuviera haciendo un favor al permitirle que se uniera a ellos y Yusuf solo pudiera agachar la cabeza y agradecerse sin poder explicar lo que ya era, de todos modos, obvio. Aunque, desde luego, para Ibrahim, esta situación no suponía ningún inconveniente sino todo lo contrario.

Mientras él hacía los preparativos de este viaje, yo tenía mi nariz pegada a los libros. Habían convocado las pruebas para profesores en la sede del Instituto Cervantes en Madrid. Eso significaba que mi trabajo pendía de un hilo porque todas las plazas serían cubiertas con los profesionales que obtuviesen mejor puntuación entre la prueba, la entrevista y la experiencia.

Mi colchón de tres añitos trabajando en el Instituto Cervantes en Turquía era una buena ayuda, al igual que conocer el idioma de país de destino, que también era tenido en cuenta, pero no tenía ni idea de hasta qué punto. No

sabía cuánta gente se presentaría y había que considerar que mi diana era muy pequeña: solo Estambul. ¿De qué me valdría la experiencia, el esfuerzo y superar el proceso con éxito si me mandaban, por poner un ejemplo, a Marruecos?

La idea de volver a la casilla de salida en lo que respectaba al trabajo se me antojaba descorazonadora. Estaba preocupada e intranquila. Todos los compañeros me apoyaron mucho. Macarena no paraba de darme fiambreras con platos preparados que, según ella, eran buenos para la memoria y el estudio; el director me dijo que me limitase a superar la prueba y que no me preocupara del resto. Él tenía sus contactos y podía mover los hilos para que mi destino fuera el que tenía que ser, pero yo no podía confiar mi futuro de esta manera.

Yusuf también fue un gran apoyo. Me sacaba a dar un paseo a la fuerza por las noches los días en los que yo no hacía otra cosa que estudiar. Me decía que pasado un punto, mi cerebro ya no asimilaba nada y que era más productivo para mi objetivo descansar y desconectar. Sabía que tenía razón, pero yo me sentía culpable si no dedicaba todo mi tiempo disponible a esta tarea. Nunca me decía que no cuando le pedía que me masajeara mi espalda torturada por los respaldos de las sillas, y, mientras cenábamos, quería que le contase qué había estado estudiando, como una forma de ayudarme a fijar conceptos. Cosa que realmente era útil, ya que como él no era hispan-hablante me planteaba dudas genuinas sobre nuestra gramática y sintaxis.

Fue estupendo todo lo que hizo y todo lo que me ayudó, pero, aun así, no puedo obviar el *pero*; el punto negativo en su forma de encarar este asunto. Fue cuando me dijo: «no pasa nada si pierdes el trabajo», quedando más que patente lo que implicaba. Fue de agradecer que no intentara justificarlo afirmando que era un comentario para que estuviera despreocupada. Le pedí que no me volviera a decir algo así y no lo hizo.

Casi una semana después de que Yusuf se fuera a La Meca, yo fui a Madrid. Iba con tres días de antelación respecto al día de mi entrevista, para que ningún contratiempo de última hora me impidiese asistir y para poder repasar tranquilamente en mi antigua habitación. Encendería el incienso, compraría montañas de chocolate y sería como si nunca hubiera dejado el instituto.

El regreso lo había reservado para tres días después de la prueba, de modo que pudiera disponer de algo de tiempo para estar con mi familia. Esos eran los planes. Pero los planes, a veces, no salen como uno espera.

Yo no había esperado que mi familia me hubiera estado ocultando que mi padre tenía problemas de salud.

Era algo relacionado con los pulmones y el sistema respiratorio, todavía no se sabía por qué el cabezota de mi padre no se había dignado a ir al médico hasta meses después de notar como cada vez le costaba más subir un simple tramo de escaleras o pasaba más horas durante la noche tosiendo que durmiendo. Fue en ese momento cuando se había puesto en manos de un especialista para que lo diagnosticasen y estaba a la espera de recibir los resultados.

Lo primero que hice fue poner el grito en el cielo y preocuparme. En este orden. Les recriminé el hecho de que no me hubieran informado y cancelé mi billete de vuelta. Afortunadamente, estábamos a últimos de junio, el curso académico ya había terminado, así que no iba a descuidar ninguna clase. Sabía que no habría ningún problema respecto a la biblioteca, Macarena se encargaría de ello. Estaba decidida a quedarme hasta que, al menos, supiera qué era lo que estaba pasando.

Informé a Yusuf en cuanto pude, y él cambió su billete de vuelta a Estambul por uno a Madrid. Yo no le pedí que viniera, pero me alegró que así lo dispusiera. Su apoyo moral sería muy importante para mí y, además, era médico.

Mi intención de viajar en la máquina del tiempo hasta mis años de estudio adolescente en mi habitación se quedó solo en eso, una intención. Mis libros viajaron conmigo como auténticos turistas, no estudié nada. Afronté el proceso de selección con la cabeza puesta en otra parte, y la inquietud que había tenido durante las semanas previas se me antojó una burla. Salí convencida de que no lo había conseguido y de que tendría que buscar un nuevo trabajo, aunque, por supuesto, eso ya era una preocupación menor.

Yusuf llegó unos días después, justo a tiempo para la cita con el médico, a la que fuimos los cuatro. Hubo explicaciones, palabrería, tecnicismos, charla en inglés con Yusuf y miradas expectantes, pero nada de eso tamizaba la realidad: cáncer.

No pintaba bien, el problema era que mi padre había tardado mucho en hacérselo mirar. Aún no se podía hacer un pronóstico certero, había que hacer más pruebas y decidir el tipo de tratamiento.

Fuimos encajando la noticia mientras yo, a mi vez, intentaba encajar las piezas de mi vida. Yusuf no podía quedarse muchos días más, debía reincorporarse al trabajo. Al menos, yo carecía de ese inconveniente, dado que,

aunque los resultados no habían salido todavía, daba por hecho que sería de nuevo una persona desempleada a partir del mes siguiente. Sentía que mi deber era quedarme junto a mi familia en esos momentos difíciles, pero necesitaba hacerlo con el respaldo de Yusuf. Ese no era el tipo de situación en la que yo podía ponerme el mundo por montera y hacer lo que yo creyese correcto a pesar de que nadie más compartiese mi opinión.

Lo hablamos y me dijo que entendía que me quedara, aunque había una sombra; no solo para él, sino también para mí. No sabíamos por cuánto tiempo se prolongaría esa situación.

Capítulo 23

Ana había cambiado el Starbucks por una revista cultural, había cambiado de novio y hasta de casa porque se había ido a vivir de alquiler con él.

Durante el tiempo que estuve en Madrid, nos vimos cada una o dos semanas para tomar un café por las tardes. Le pregunté por Miguel y me dijo que ya no quedaban nunca, solo hablaban muy de vez en cuando. Me dio lástima enterarme de esto, nuestro grupo ya era totalmente historia. Me contó que él se había establecido como autónomo y trabajaba de traductor y corrector de estilo colaborando con varias editoriales. Me alegré por él.

Tuve la tentación de llamarlo, pero no me atreví a hacerlo. La última vez que lo vi, la Nochevieja de hacía tres años, me quedó muy claro que ya habíamos cerrado capítulo. Además, él sabía por Ana que yo estaba en España y tampoco dio ninguna señal de querer verme. Mejor dejar las cosas tranquilas, yo ya tenía bastantes preocupaciones.

Los resultados del proceso de selección se publicaron tres semanas después de la convocatoria. Me sorprendió comprobar que había conseguido un resultado positivo, aunque las circunstancias del momento me impidieron saborear la noticia como se merecía. Además, había conseguido plaza, sí, pero la asignación de destinos todavía estaba en el aire.

Cuando hablé por teléfono con el director de mi centro para darle las nuevas, me repitió que lo dejara en sus manos. Quizá tuviera alguna reunión en la sede central y yo sabía que solía pasar sus vacaciones de verano en España. Decidí esperar noticias con muy pocas expectativas positivas para evitar llevarme una desilusión y empecé a pensar que si tenía que volver a buscar trabajo en Estambul, al menos, ya me defendía en turco y mi abanico de posibilidades sería más amplio.

Después de asimilar la noticia de la enfermedad de mi padre, nos centramos en seguir el tratamiento y todas las recomendaciones, y eso nos mantenía ocupados, nos hacía sentir mejor porque lo estábamos afrontando y hacíamos lo que se debía hacer.

Hacia finales de julio, cerca de cumplirse un mes de mi estancia en Madrid, mi madre empezó a decirme que volviera a Estambul. La nueva situación ya había dado lugar a una nueva rutina, no había nada provechoso que yo pudiera hacer allí. Supongo que mi madre empezó a notar que lo único que yo hacía era ir de un lado para otro con un humor de perros, limpiando cosas que ya

estaban limpias o preparando comidas que nadie necesitaba. Sin embargo, me sentía culpable ante la idea de marcharme y dejarlos solos con ese peso.

Es cierto que yo nada podía hacer por la salud de mi padre y sabía que se tenían el uno al otro para apoyarse en los momentos de flaqueza, pero me sentía responsable especialmente por mi hermano. Como si lo estuviera dejando solo ante aquello, yo estaría felizmente en otro país sin enterarme de casi nada y él padeciendo todo, su parte y la mía, en primera persona.

Algunas noches, mi padre tenía unos terribles accesos de tos. No podíamos hacer nada al respecto. Yo estaba en la cama y se me encogía el corazón y el estómago al escucharlo, quedándome en un estado de angustia absoluta. Si yo me marchara, podría librarme de ser testigo de estos episodios y estaría despreocupada y feliz en los brazos de mi marido. Cuando hablase por teléfono con mi familia, no me narrarían estas escenas. No obstante, yo sentía que mi responsabilidad era estar ahí y padecerlo. Era una carga muy pesada para que la llevase solo un chaval como mi hermano. Me parecía injusto. Por lo tanto, decidí quedarme el mes de agosto como mínimo, y si no llegaban buenas noticias desde la vertiente laboral, quizá más.

Hablaba todas las noches con Yusuf, como en los viejos tiempos. Ordenador en el regazo, infusión en la mesilla y sombras danzantes proyectadas en la pared gracias a las alargadas llamas de las velas.

Mi marido siempre me preguntaba cómo nos encontrábamos todos, no solamente mi padre, cosa que le agradecía mucho. Luego, nos contábamos nuestro día. Me decía que me echaba de menos, a lo que respondía que yo a él también, lo que era cierto, desde luego, pero cambiaba de tema rápidamente porque temía que en cualquier momento me pidiera que volviese. Y yo no hubiera sabido qué hacer.

Quiso ser el primero en darme la noticia. El director me llamó en cuanto tuvo acceso a su información de primera mano y me dijo que ya era una realidad. Tenía mi plaza fija de profesora de español en el Instituto Cervantes de Estambul. No me lo podía creer. Por fin una buena noticia después de todo. Me dijo que lo había conseguido por mis propios medios, no había entrado a jugar al Risk, pero no me lo pude creer del todo.

Sí, yo había superado la prueba, tenía en mi haber mis tres añitos trabajados, varios títulos de cursos de enseñanza del español como idioma extranjero impartidos por el propio Instituto y hablaba turco; y todo esto era mérito exclusivo mío, pero estaba segura de que habría gente con mejor bagaje que

tendría prioridad para elegir su destino. Y el mío era solamente uno. Si cuando llegara mi turno ya no quedaban vacantes, me quedaría en la cuneta.

Dado que debía reincorporarme al trabajo en septiembre y que la situación en mi casa era estable, mi madre empezó a insistirme para que me fuera. Sé que la acabé poniendo de los nervios con mi actitud y que quería perderme de vista, aunque ella usaba otros argumentos, desde luego.

Empecé a preparar mi regreso a Turquía para la tercera semana de agosto, sin decírselo a Yusuf para darle la sorpresa. Le pregunté por sus turnos de trabajo de una manera sutil, encajándolo en nuestras charlas sobre lo cotidiano para saber si tendría libre el día de mi vuelta, no lo tenía.

Tras las dos primeras semanas de mi ausencia, Yusuf se había trasladado a casa de sus padres. Me decía que nuestro piso se le caía encima y que no soportaba estar solo. Decidí entonces que la sorpresa consistiría en que una vez que yo estuviera de vuelta en nuestra casa, lo llamaría por teléfono pidiéndole que fuera al piso para que me buscara cierta información entre mis papeles.

Estambul me recibió con un calor asfixiante y un colapso total debido a los turistas. El trayecto del aeropuerto a casa fue una auténtica pesadilla. Agobio en el transporte público, calor, retrasos, atascos y transbordos que no coincidían. Para la última etapa, desde la estación de autobuses interurbanos de Sariyer hasta nuestra casa, decidí coger un taxi para que me dejara directamente en la puerta, no me apetecía deambular por el barrio y encontrarme con mis suegros o con mis cuñados. Necesitaba subir a casa lo antes posible, abrir todas las ventanas, quitarme esa ropa que tenía pegada como neopreno, beber agua fresca y meterme en la ducha. No necesariamente en este orden.

Yo quería darle una sorpresa a Yusuf con mi presencia y preparando una cena especial, pero la sorpresa me la llevé yo.

Mi entusiasmo bajó unos cuantos puestos después de ver el estado lamentable en el que estaba mi casa. Quizá, en parte, fue culpa mía por haber querido jugar a la mujer espontánea y no haber avisado. Quise pensar que, de haberlo hecho, Yusuf se hubiera preocupado por tenerlo mínimamente decente para mi vuelta. Me negué a ponerme a recoger nada, dejé mis cosas en cualquier sitio y me fui directamente a por la ansiada ducha refrescante.

Estaba tan ensimismada debajo del chorro de agua, con los ojos cerrados y pensando en nada en particular, que no oí ni la puerta ni los pasos que se acercaban, ni percibí movimiento alguno hasta que Yusuf abrió la mampara, completamente desnudo, dispuesto a unirse a mí.

Casi me dio algo del susto. No dije nada mientras mis pulsaciones recuperaban un ritmo normal. Él tampoco dijo nada ni dejó que mis pulsaciones recuperasen un ritmo normal.

Me arrebató el bote de champú, se echó un poco de producto en la mano y comenzó a aplicármelo por el pelo suavemente. Cuando alzó los brazos para alcanzar mi cabeza, vi sus axilas depiladas, lo que después de los años que llevábamos juntos ya no me llamaba la atención. Sí me chocó la primera vez que lo constaté porque el fenómeno de los hombres interesados por las cremas faciales, la depilación y el aspecto físico en general comenzaba en España cuando yo me marché y, siendo Turquía un país más tradicional con unas diferencias mucho más marcadas entre hombres y mujeres, no había esperado encontrarme con que los turcos se dieran a esa práctica que podría considerarse femenina.

Sin embargo, era una diferencia cultural. Yusuf me explicó que la depilación de las axilas no se asociaba en absoluto con costumbres femeninas, sino con la higiene. Para los musulmanes, la higiene es muy importante, tienen que estar limpios en general y especialmente antes de los rezos. La depilación de axilas y pubis lo hacían por prescripción religiosa. Lo debían hacer los viernes para ir a la mezquita.

Curiosamente, respecto a las piernas, la concepción era diferente. Le pregunté a Yusuf qué opinión generaría un hombre que se depilase las piernas y, en este caso, la visión ya era de alguien que no es un *hombre de verdad* porque hace *cosas de mujeres*.

Lo que más me llamó la atención no era esa diferencia cultural sobre las distintas interpretaciones de un mismo acto, sino el conocer hasta qué punto la religión se inmiscuía en la vida de las personas, dictando normas de todo tipo.

Me enjabonó la cabeza en un acto de pura dulzura mientras nos caía el agua tibia por encima.

—Te he echado de menos —me dijo al oído.

Acabó de enjabonarme toda la cabeza y dirigió sus manos hacia mi espalda, masajeándola, cosa que agradecí infinitamente después de mi cansado viaje. Cerré los ojos y disfruté de aquel momento de máxima relajación a medida que mi pelo se iba aclarando solo bajo el agua.

Yusuf cogió la esponja y se dispuso a hacer lo mismo con mi cuerpo, no me molesté en decirle que ya lo había hecho yo previamente. Fue un auténtico bálsamo después de haber pasado los últimos dos meses privada de su calor. No fue hasta ese momento en que volví a experimentar la sensación que me

producían sus caricias cuando me di cuenta del vacío emocional que había sufrido durante las anteriores semanas. Me había acostumbrado a dormir sola de nuevo, a que nadie besara mis lunares; ningún abrazo repentino por la espalda me había sorprendido en Madrid ni nadie había jugado con mi pelo.

—¿Todo bien en Madrid?

—No bien, pero estable, normalizado.

—¿Has venido para quedarte?

—Claro.

Cerró los ojos y soltó un suspiro de alivio cuando supo que no había ido de viaje relámpago para visitarlo. No sé por qué pensó en esa posibilidad, como si hubiera dudado de mi retorno.

Me besó con ansia, arrinconándome contra la pared gracias a la nueva energía y la motivación que mi respuesta le había proporcionado. Se deshizo de la esponja, que todavía sostenía, y me separó las piernas con su mano izquierda.

Me dio un vuelco al estómago al recordar y volver a experimentar una excitación oxidada; al saber que yo también podía ser la protagonista de un momento de evasión; que no todo tenían que ser conversaciones sobre quimioterapia ni caras de velatorio; ni tenía porqué sentirme culpable por tener ratos de diversión.

Volví a cerrar los ojos, apoyando mi cabeza en la esquina que formaban las dos paredes mientras permitía que la mano de Yusuf jugase conmigo y él fuera besándome desde el cuello hasta el pecho. Volví de mi letargo cuando agarró mi muslo para poner mi pierna alrededor de su cintura. Buscó en mis ojos el permiso para unirse a mí, que le fue concedido. Cogí aire y rodeé su cuello con los brazos mientras los dos últimos meses de mi vida se iban por el sumidero.

Capítulo 24

Volví a la rutina; el trabajo y la vida familiar con la cena habitual de los domingos. Lo mejor fue ver a los niños.

Entre los adultos percibí una atmósfera extraña. Lo llamaría incredulidad, como si pensarán que no volvería, que había huido, que lo de mi padre solo era una excusa y que había abandonado a Yusuf. El hecho de comprobar que no estaban en lo cierto, ¿los aliviaba o los decepcionaba? ¿Había pensado mi suegra que era la gran oportunidad para que Yusuf encontrara una chica que le siguiera llenando la casa de nietos y con la que poder sentarse a cotillear por las tardes? Por el gélido saludo que me brindó, diría que sí.

La que más se alegró de verme fue Sahra. En cuanto me oyó hablar y supo que estaba allí, vino a la carrera desde la otra habitación y se agarró a mi pierna muy fuerte, como un náufrago se agarraría a tierra firme. Con un ansia tan grande que me recordó a los comentarios que hacían las madres sobre cómo las recibían sus hijos después del primer día de guardería. Como si se hubieran sentido abandonados y luego, al recuperar a su madre, estuviesen decididos a no permitir que se marchara nunca más aferrándose a ellas con desesperación. Le costó convencerse de que no me iría a ninguna parte. Cuando accedió a liberar mi pierna, me dio la mano y ya no cedió más.

Al principio, no hizo caso al regalo que les traje a ella y a su hermano. Los muñecos que estaban de moda entre los niños españoles en esa época, *Los Lunnis*. Los cuatro muñecos de felpa con sus pijamas cosidos al cuerpo. Cuando decidió prestarles un poco de atención, eligió a Lulila, a quien rebautizó como *Luliş*, que se convirtió en su compañera inseparable durante los próximos años e ignoró al resto.

Solo había estado fuera durante el verano, pero Mehmet, ya con siete meses, estaba irreconocible y a la niña la noté más seria y observadora. La relación con su hermano seguía modelándose. Antes de irme, la había dejado en una fase en la que ella no quería perderse nada, siempre quería estar presente cuando lo bañaban, cambiaban y alimentaban, contribuyendo con pequeñas tareas que su madre le permitía realizar, pero entonces percibí que había perdido buena parte de ese interés en el niño, dejando que los adultos estuvieran pendientes de él mientras ella se centraba en descubrir e intentar entender el mundo que la rodeaba.

Al sentarnos a la mesa, lo hizo junto a mí, dejando patente que no iba a permitirme que volviera a desaparecer del modo en que lo había hecho. Empezó a observarme con esa expresión curiosa que le conozco desde que era un bebé y que ya nunca perdió. Cuando escrutaba algo con interés y atención, fruncía el ceño, acercando sus pequeñas cejas y mordiéndose un costado del labio inferior, exactamente la misma expresión que ponía su tío cuando yo le decía que me dolía la cabeza y él me subía la barbilla estudiando el grado de dilatación de mis pupilas o cuando me acatarraba y se empeñaba en auscultarme.

Seguía mirando el entorno con atención mientras su plato se enfriaba, para desesperación de su madre, y parece que fue en ese momento cuando se dio cuenta de algo que saltaba a la vista. Como si mi larga ausencia la hubiera hecho verme de otra manera. O quizá, simplemente, se debió a la propia evolución infantil.

—¿Por qué tú no llevas pañuelo en la cabeza? —preguntó señalando con su dedito mi cabeza y después las de su madre y abuela para remarcar la diferencia.

Mi cara de pánico no pudo ser más explícita, y Yusuf quiso salir en mi rescate pidiendo que le pasaran la ensalada en un intento de ignorar la pregunta de la niña. Pero ella insistió y, además, algunos parecían tener mucho interés en conocer mi respuesta.

Mi cerebro trabajaba a toda velocidad intentando buscar una contestación que satisficiera la curiosidad de una niña de tres años, que, al mismo tiempo, no ofendiese a los presentes y que no fuese mentira porque no le quería mentir.

—No lo llevo porque... a mí no me gusta llevarlo —dije titubeando con mi turco medio.

Los adultos se tomaron la respuesta como una forma diplomática, aunque paupérrima, de echar balones fuera, pero a mi sobrina la respuesta la satisfizo. Asintió bruscamente con su cabecita, como si la hubiese convencido con un gran argumento, y, a continuación, dijo a nadie en particular:

—Cuando sea mayor, yo tampoco voy a llevarlo.

La bofetada que le dio su padre fue sonora y le dejó marcada la cara.

Mehmet me miró fijamente cuando le dio la torta a su hija en un gesto de puro desafío y siendo muy consciente de lo que estaba haciendo. Su hija me bajaría del pedestal porque, aunque yo hubiera vuelto como el hada madrina de los cuentos que leíamos juntas, no podía impedir que le pasaran cosas malas.

Nadie habló ni se movió por espacio de varios segundos. Lo que pudo hacer Sahra, no lo hice yo. Ella aguantó estoica, sin derramar una lágrima, mientras yo sentía como me subían las mías de pura rabia. Miré hacia el suelo y me las tragué. Sabía que Sahra era una niña bastante madura, pero no supe cuánto hasta ese día.

Ella no podía saber qué era lo que había de malo en su pregunta ni en su comentario; a decir verdad, no había nada de malo, pero aprendió lo que significa un tabú sin saber siquiera que existiera este concepto. Ese día también comprendió que no todos los adultos son iguales, hay grupos y categorías, algunos están dentro y otros están fuera. A cierto nivel, ella percibió que yo era diferente respecto al resto de adultos que la rodeaban y, según comprobó ese día, eso podía suponer algún problema. De modo que se empezó a comportar conmigo de forma diferente. Me buscaba para estar a solas, pero yo sentía su incomodidad cuando estábamos delante de los demás. Especialmente delante de su padre. No sé si su temor era que fuera a ser ella la rechazada o que fuera yo.

Ese curso empezó al colegio, cogió la costumbre de venir a mi casa cuando salía por las tardes. A sus padres no les hacía ninguna gracia, pero la niña no obedecía a su madre, que estaba bastante ocupada atendiendo a su hijo pequeño. Sahra solo tenía que insistir un par de veces con una voz un poco más aguda de lo habitual o hacer un amago de rabieta para que Fatma la dejase conmigo a la vuelta del colegio, y yo la acompañaba de vuelta a su casa antes de que su padre la echara en falta. Mehmet dedicaba muchas horas a su negocio y solía volver tarde.

No me sorprendía que Sahra no obedeciese a su madre. Evidentemente, la niña había aprendido, a lo largo de su breve existencia, a quién debía obedecer sin vacilar y a quién se podía ningunear.

Yo le preparaba la merienda, que ella tomaba mientras me contaba con su vocecita entusiasmada lo que aprendía en el colegio y sus juegos con los compañeros. En ese época, todavía no le ponían tareas, así que yo le iba enseñando a leer sus cuentos en español cuando estaba libre, y cuando tenía cosas que hacer, ella se quedaba dibujando o jugando con los bloques de construcción en nuestro *cuarto para todo*.

En una de esas ocasiones en que la dejé sola jugando en esa salita, Sahra se debió de aburrir de sus juguetes y cuantos infantiles y decidió explorar un poquito.

La encontré sentada en el suelo, con las piernas extendidas y separadas sobre las que tenía abierto uno de los libros de anatomía de Yusuf. Miraba con fascinación una lámina en la que se representaban los músculos del cuerpo humano. Estaba tan ensimismada que no se percató de que yo estaba observando como recorría la imagen con su dedo índice y le explicaba una lección totalmente inventada a *Luliş* en un turco susurrado. Cuando acabó y se dio cuenta de mi presencia, se asustó, pensando que había hecho algo malo al coger ese libro y que la regañaría, pero lejos de eso, me senté con ella y le expliqué lo que estaba contemplando.

Pensé que ese episodio fue una coincidencia. Que simplemente se había aburrido de sus juguetes, había decidido curiosear un poco por la estancia y había dado con aquellos dibujos que atrajeron su atención, algo puntual de ese día en concreto.

Pero me equivoqué. Volvió a por más. Siguió hojeando libros los días siguientes y me iba planteando preguntas para las que cada vez tenía menos respuestas. Ahí empezó su interés por las ciencias.

Se lo hice saber a Yusuf. Si Sahra tenía ese interés genuino por el cuerpo humano, me parecía que nuestra responsabilidad era alimentarlo y fomentarlo aprovechándonos de la curiosidad infantil innata. Le pregunté si podía proporcionarle a la niña otros materiales, quizá alguna radiografía o algo que a él pudiera ocurrírsele.

No era del todo proclive. No tenía nada en contra de satisfacer la curiosidad de su sobrina, pero, de entrada, no estaba cómodo con que pasase las tardes entre semana con nosotros en lugar de en su casa. Sabía que la niña estaba bien conmigo, ese no era el problema, el problema era que sus padres lo desaprobaban.

Aunque no les gustase que Sahra pasara tanto tiempo en nuestra casa, su atención estaba puesta en Mehmet y nunca el padre de los niños habló con Yusuf para que esta situación terminase. Sé que de haber ocurrido algo así, habríamos tenido problemas porque mi marido no se habría puesto de mi parte.

Pero como esa circunstancia nunca se dio, Yusuf aceptó la realidad con reticencias. Decía que nosotros no éramos los padres y que, por lo tanto, debíamos dejar que las decisiones sobre la educación de Sahra las tomaran ellos. Sí, por supuesto, pero me parecía que no hacíamos nada malo por enseñarle un poco de ciencia.

Capítulo 25

Llevaba hablando de ello desde que la conocí. Jubilarse y volver a su pueblecito en la provincia de Sevilla, a la casa familiar, y pasar su tiempo arreglando el jardín en verano, que en Sevilla dura más de medio año, y haciendo bizcochos a sus sobrinos-nietos en invierno.

Después de hablar de ello durante años, la jubilación de Macarena llegó. Y yo creo que le dio un poco de vértigo porque, a medida que se acercaba el momento, los comentarios sobre su nueva vida fueron disminuyendo hasta casi desaparecer. Intentaba disimular su incertidumbre mostrando su lado jovial y despreocupado, pero, a diferencia de otras ocasiones, parecía una fachada en lugar de una actitud genuina.

A mí no podía engañarme. Ella me había tratado con cercanía desde el primer momento y, muy a su pesar, la confianza en nuestra relación no era unilateral por mucho que ella se empeñase en guardar celosamente sus asuntos privados y sus sentimientos.

Me pareció normal que tuviera ciertos temores ante el regreso a España, en mi opinión, no debía avergonzarse por ello, pero nunca permitiría que la imagen que teníamos de ella, una mujer alegre, optimista, luchadora, tuviese la más mínima pincelada de adjetivos como temerosa, insegura o taciturna.

Llevaba más de media vida en Turquía, sé que tuvo muchos trabajos, camarera, recepcionista de hotel, empleada de supermercado, antes de acabar como secretaria en el Instituto Cervantes cuando abrió sus puertas hacía unos años, pero era de las pocas cosas certeras que se conocía de su pasado.

Nadie sabía por qué la vida la había llevado a Estambul. Nadie conocía los motivos por los que una andaluza de veinte años, tras conseguir el título de FP de administración y finanzas, hizo las maletas en los años sesenta y acabó en Turquía. Nadie lo sabía, y todos nos lo preguntábamos y se lo preguntábamos, pero ella no revelaba nada.

En el Instituto circulaban leyendas y rumores, desde los más verosímiles hasta los más descabellados. Por ejemplo, recuerdo cuando la conserje me contó en tono de confidencia que Macarena era hija de madre soltera, el padre era un turco que había dejado embarazada a la madre y de quien no se supo más. Así que una joven Macarena con ansias de conocer sus raíces por vía paterna acabó en Estambul, donde lo único que encontró fue rechazo. Se había enfrentado a su

familia para emprender la búsqueda, su orgullo le impidió volver sin haber conseguido su objetivo y se quedó.

Esta teoría no era compatible con la que escuché de labios del camarero de la cafetería situada enfrente del Instituto a la que solíamos ir a diario. Según él, el padre de Macarena se exilió durante la dictadura y, de algún modo, acabó en Estambul. Su mujer se había quedado en España con la niña, pero la madre murió cuando Macarena era pequeña y la enviaron a Turquía con su padre. Con el tiempo, ella se quiso quedar porque era la vida que conocía.

Sin embargo, mi historia favorita, la más novelesca, era la que decía que Macarena empezó a salir con el hijo turco de una familia emigrante residente en Sevilla. Al muchacho lo enviaron a estudiar a la universidad a Estambul, y Macarena fue tras sus pasos, pero lo que se encontró al llegar fue que el chico en cuestión no había ido a la universidad, como le había dicho, sino a prometerse con una chiquita turca elegida por la familia. Después de superar el trago, Macarena había decidido quedarse porque, a pesar de haberse desenamorado de su turco, se había enamorado de Estambul y porque consideró como una especie de venganza poética el hecho de quedarse allí, disponible para cualquiera, pero rechazando a todos. Motivo por el cual no se había casado ni nunca se le había conocido pareja.

Asumí que ninguno de los rumores que circulaba era real ni próximo a la realidad. Reconozco que me hubiera gustado conocer su historia, que hubiera decidido contármela en confianza durante una de las sobremesas los días fríos que me invitaba a comer pucheros en su casa. Pero no lo hizo, y yo lo respeté, nunca la interrogué.

Sé que Macarena disfrutaba moviéndose dentro de esa aura de misterio que la hacía más interesante a ojos de los demás. Seguramente, su verdadero pasado era mucho más simple y menos novelesco que todo eso y por este motivo, Macarena, que sabía que circulaban todos estos rumores, se encargaba ella misma de alimentarlos de vez en cuando. Yo fui testigo en más de una ocasión de cómo confirmaba preguntas completamente faltas de lógica. Acabé escuchando que era hija de un embajador y espía del gobierno.

Sea como fuere, después de tantos años en Turquía, entendía que, acercándose el tan esperado momento de volver a España, estuviera intranquila. Sabía lo que estaba dejando atrás y no sabía lo que se iba a encontrar en Sevilla.

En la parte que me tocaba, el hecho de que Macarena se marchara suponía una pésima noticia para mí. Me provocaba una pesadumbre que intentaba

ocultar a ojos de la aludida con bromas simplistas del corte de las cosas que podría enviarme desde España y lo tranquilos que nos quedaríamos en el trabajo sin que en la secretaría atronasen coplas de María del Monte y Rocío Jurado.

Pero lo cierto es que ya solo con la anticipación de lo que iba a ocurrir empecé a sentirme huérfana. Macarena era mi apoyo emocional, mi salvavidas, la persona que siempre tenía preparados para mí un plato caliente y una cama en su casa.

Cuando discutía con Yusuf, mi propia casa me asfixiaba, necesitaba salir y respirar. Siempre acababa con Macarena, que me llevaba a pasear por Gülhane y así las dos recordábamos porqué estábamos en esa loca ciudad. Siempre me escuchaba, me entendía, nunca me juzgaba y, lo que más agradecía, nunca me daba consejos baratos de manual que solo habrían servido para desquiciarme más.

No solo era mi pañuelo de lágrimas para los malos momentos, también era una amiga, una buena compañera de trabajo, alguien con quien iba de compras, con quien me reía y me divertía, una paisana, una cara familiar en un lugar extranjero. El punto de equilibrio que me permitía seguir cuerda. Las personas que formaban parte de mi vida en Turquía eran Sahra, Yusuf y ella, el resto eran como los extras de las películas, puro decorado, y, en ocasiones, un decorado feo y molesto.

Macarena iba a salir de escena y yo sentía que mi balanza se podría desequilibrar, podría afectar negativamente a todos los ámbitos de mi vida. ¿Qué haría a partir de entonces? ¿Con quién podría entablar amistad? No me veía contándole a Fatma que algunas ideas de su hermano me sacaban de quicio o que ciertas normas que la jefa de estudios ponía en vigor de la noche a la mañana eran absurdas. Ni me sentiría cómoda diciéndoselo ni creo que ella pudiera comprenderme.

La ayudé a dismantelar su apartamento en el barrio de Taksim, que ya había vendido. Cuando contemplamos las paredes desnudas, las estanterías vacías, los espacios dejados por algunos muebles, no pudo contener una lágrima desobediente que resbaló por su mejilla. Quiso ignorarla, pero insistí en que si había un momento para ponerse sentimental, ese era el adecuado.

No habíamos conseguido que se emocionara en la comida que organizamos con todos los compañeros del Instituto, ni siquiera cuando le entregamos la placa conmemorativa. Pero ver toda su vida metida en cajas de cartón y maletas pudo con ella.

Me había ofrecido a acompañarla al aeropuerto, pero rechazó la propuesta, de modo que ese día caluroso de julio en el que la ayudé a recoger sus cosas fue el último que nos vimos en Turquía.

Creo que nuestro abrazo de despedida duró más de media hora. Me hizo prometer que le avisaría cada vez que pusiera un pie en España, especialmente si era en Andalucía. Ella, por su parte, no tenía ninguna intención de volver al *ruidoso, caótico y agobiante* Estambul, pero, de cualquier modo, le dije que sería más que bien recibida en mi casa.

Antes de que desapareciera de su vista, me recalcó que mantuviese a raya a Yusuf, que estaba claro que me quería mucho, pero que, con los turcos, una no podía bajar la guardia. Me dijo que tuviese paciencia y que no cometiese el error de reducir toda mi existencia a mi marido, que no se me ocurriese dejar mi trabajo, que lo hacía muy bien, que siguiese así porque estaba segura de que acabaría convirtiéndome en jefa de estudios y así nos libraríamos de la catalana estirada.

Capítulo 26

Yusuf no quería tener hijos. No solo en ese momento concreto de nuestras vidas, sino en general.

Hablamos por fin de ello en una ocasión en la que su hermana acompañó a Mehmet en un viaje de negocios y nos dejaron a cargo de los niños, lo que a Fatma le costó una discusión con su madre.

Para la abuela era una ofensa a su orgullo que su hija no la dejara al cuidado de los niños. La otra cara de la moneda la veía yo, que me sentía muy complacida porque mi cuñada hubiera depositado tamaña confianza en mí a pesar de las brechas insalvables que nos separaban. Y digo la confianza depositada en mí y no en Yusuf porque ella también tenía una mentalidad conservadora guion tradicional y daba por hecho que el cuidado de los niños era cosa de mujeres.

Me enteré de casualidad de que su decisión le había traído problemas con su madre, por un comentario entre Fatma y Yusuf cuando fuimos a recoger a los niños. Esto me invitó a pensar en dos cosas. La primera, que la relación de Fatma con su madre no era tan modélica como yo siempre había pensado, y la segunda, me pregunté qué más cosas se me estaban escapando. En cualquier caso, juzgué que no era asunto mío y no pregunté nada. Mi atención se centró en captar y recordar información sobre biberones, chupetes, horarios de siestas y comidas; manías, filias y fobias de Sahra y Mehmet.

Los niños ya tenían dos y cinco años, pasaron una semana con nosotros y la conversación sobre convertirnos en padres salió espontáneamente. Mientras nos organizábamos para bañarlos, hice un comentario casual pretendiendo que los niños eran nuestros, y me lo dijo sencillamente, no quería tener hijos. Aunque tengo que reconocer que no fue una posición rotunda, simplemente estaba manifestando su postura sin imponerla, su tono dejaba entrever que entendería que yo pensase diferente y que podría ceder.

De entrada, su confesión me desconcertó. En este aspecto concreto, su parecer difería de los estándares turcos que yo conocía, los cuales consistían en casarse joven, tener hijos joven y formar familias numerosas. Y yo no esperaba que Yusuf fuera diferente en esta cuestión. Estaba convencida de que también compartía esta forma de pensar y que si estaba esperando a expresar sus deseos al respecto era por mí.

Por mí, pero ¿qué quería yo? Desde luego, no quería niños a corto plazo, eso lo tenía claro. No se me había despertado ese instinto maternal del que había oído hablar, y con mis sobrinos tenía la cuota de presencia infantil en mi vida más que cubierta, pero ¿significaba eso que no iba a querer tener hijos nunca? No estaba segura de querer renunciar a algo tan importante de forma definitiva, no sabía qué podría querer en el futuro.

—¿Por qué no? —le pregunté, sintiendo más curiosidad por conocer sus motivos que temor por el potencial contenido de estos.

—Por dos razones. Por el mundo y por nosotros —me respondió muy serio—. Vivimos en un mundo de locos, la sociedad está enferma, la vida es muy dura y no quiero traer criaturas para que sufran. Y por nosotros, porque tendríamos problemas. Si yo tuviera hijos, los educaría en la religión musulmana, quizá tú no estarías de acuerdo. Tampoco creo que aprobarías una crianza conservadora. Si yo tuviera hijos, sería su madre quien tendría que ocuparse de ellos. Me pregunto si estarías dispuesta a dejar tu trabajo, lo dudo.

Me quedé reflexionando sobre sus palabras unos instantes porque me asombró que ya hubiera valorado todos esos pormenores cuando yo todavía no me había planteado nada de esto.

No le faltaba razón en el asunto de la religión. ¿Educar yo a mi hijo en la fe? Nunca. ¿Y a qué se refería con una crianza conservadora? ¿A educar a las niñas para convertirlas en sumisas mujeres de casa y a los niños para que quieran este tipo de mujeres y que ellos lleven el control? Pero no me detuve mucho a valorar estos aspectos porque lo siguiente que mencionó captó toda mi atención. Mi atención y mi mal humor.

Por descontado, me molestó. Mi inseparable compañera, la rabia, no me permitió contestar a sus palabras con la perspectiva objetiva ni con la templanza con las que Yusuf había abordado la cuestión. Me obliqué en el asunto concreto de que la madre debe ocuparse exclusivamente de la crianza de los niños y perdí la visión de conjunto. Eso y los papeles.

—¿Qué? ¿Por qué iba a tener que dejar mi trabajo? —le pregunté.

Como veis, el asunto de convertirnos en padres ya había pasado a un segundo plano, la cuestión ya era otra. Yo había olido tufillo machista, como una leona que huele sangre, y me puse alerta, dispuesta a atacar. Realmente creo que se trataba de una alteración fisiológica completamente animal, como si se me dilatasen las pupilas y me pusiera en tensión porque Yusuf percibió mi actitud al toque. Supo que se avecinaba discusión. Sé que lo percibió porque compuso una expresión desesperada llevándose las manos a la cara, como si

estuviera pensando «para qué habré dicho yo nada». Pero, aun así, no se achantó. En lugar de recular, se quedó a defender sus opiniones y, a pesar de que me parecían terribles, que hiciera esto era algo que me gustaba de él.

—Ya te lo he dicho. La madre es la persona más indicada para hacerse cargo de los niños. Es algo que es tan importante, tan difícil, tan absorbente que requiere dedicación exclusiva.

—Para empezar, si tuviéramos hijos, yo tendría una baja de unos meses para dedicarme a ellos en exclusiva, como tú dices. Pero después, existen guarderías y colegios. Millones de mujeres en todo el mundo trabajan y tienen hijos y no pasa nada. A los niños no les va a ir mal por eso.

—Nadie los va a atender mejor que su madre. Es lo mejor para ellos. No concibo otra cosa. A mí y a mis hermanos nos ha criado mi madre. Ella siempre estuvo cuando la necesitábamos y lo sigue estando. Nunca nos dejó al cuidado de nadie, ni siquiera de nuestros abuelos o de otros familiares, mucho menos en manos de extraños. Es lo mejor para los niños y para las familias.

—Ya. Y ¿qué pasa con las madres? ¿No importa lo que ellas quieran? Dedicar parte de su vida solamente a los niños, pero los hijos, a medida que crecen, demandan cada vez menos atención y cuidados. Una mujer que solo se centra en la crianza se va a encontrar después con una vida totalmente vacía.

No había puesto el ejemplo de su propia madre en balde. Toda una vida consagrada al cuidado de la casa y la familia. Se encontraba con demasiado tiempo libre y no tenía ninguna profesión ni inquietud. Nunca había cultivado ningún interés cultural ni ninguna afición. ¿A qué se dedicaba entonces? A meter las narices hasta límites insanos en la vida de unos hijos que ya habían volado del nido, pero que, aun así, no podían evitar que les dictara cómo debían vivir.

—Puede tener más hijos —planteó como solución.

—¿Qué?!

Lo peor de todo era que me lo estaba diciendo en serio. El día que su dios repartió coherencia se la gastó antes de darle a él. Primero me dice que no quiere traer niños al mundo porque no es un buen lugar, y después sugiere fabricar chiquillos en cadena para entretener a las mujeres sin considerar tener hijos como un fin en sí mismo y obviando totalmente las propias necesidades de los niños.

Le señalé la incoherencia de su discurso. Reconoció que existía una laguna argumental, pero se negaba a decir nada más y se mantuvo en su postura pese a su falta de estabilidad. Aprovechándose del ruido que estaban haciendo los

niños con los juguetes en la salita, dijo que iría a echarles un vistazo y me dejó con esa sensación de frustración que tan bien conocía.

Mis ojos echaban chispas, sé que, a pesar de la pobreza de su discurso, yo no tenía nada más que decir. Intenté recapitular, impedir que el árbol no me dejara ver el bosque y me pregunté si quería tener hijos, si podría llegar a tenerlos.

No me preocupaba que Yusuf me hubiera dicho que no era partidario de ser padre. Sabía que los niños le gustaban, lo había visto con sus sobrinos, los adoraba. Percibí que si en un momento dado yo le dijera que quería que tuviéramos nuestro propio hijo, aceptaría.

Lo que me preocupaba era su postura sobre el papel de la madre. Me negué a pensar que, llegado el caso, Yusuf me pondría entre la espada y la pared, que me haría elegir entre trabajo y bebé. Imposible. Eso no podría ocurrir. Yo no podía permitirlo. Dado que era algo que no entraba dentro de mis planes próximos, decidí obviar el tema y me convencí de que cuando llegara el día en que deseara convertirme en mamá, Yusuf podría cambiar de opinión del mismo modo que había cambiado de opinión respecto a casarse con una persona atea o que tuviera una mujer que trabajara fuera de casa.

Capítulo 27

A todos se nos quedan grabadas en la memoria para siempre ciertas imágenes cotidianas que tienen lugar antes de que nos den una noticia trascendente.

Yusuf siempre decía que nunca olvidaría la insulsa y gris mañana de domingo en la que estaba en su habitación intentando distraerse con el ordenador cuando yo aparecí y le dije que aceptaba casarme con él. Este es un ejemplo positivo, pero ocurre lo mismo con las malas noticias.

Yo nunca olvidaré la tarde invernal, ya oscura, en la que soplaba un viento huracanado que llenaba las calles de suciedad y que traía a toda la población de cabeza. Yo iba con prisa porque tenía que ir a una reunión al centro y no quería perder el autobús, pero no encontraba las llaves. Las estaba buscando por todas partes mientras mi nivel de estrés aumentaba gradualmente.

El teléfono empezó a sonar. Yo seguí a lo mío, dejando que Yusuf se ocupara de contestar.

—Llamada de España —me informó.

Me olvidé de las llaves, de mi compromiso, del autobús y de mis prisas. En los más de cinco años que llevaba viviendo en Turquía, no había recibido más de dos o tres llamadas de España al teléfono de casa. Todas las comunicaciones eran vía Internet, con contadas excepciones de mensajes de texto.

—Noelia, soy Sergio.

Si ya era suficientemente inusual recibir una llamada de casa, el hecho de que fuera mi hermano el que estuviera al otro lado de la línea lo hacía todo mucho más sospechoso. Me eché a temblar y no fue en vano.

Llamó para informarme de una recaída en la salud de mi padre. Después del primer diagnóstico y del tratamiento que siguió durante meses, recibimos la buena noticia de que la enfermedad había remitido y de que mi padre había estado haciendo vida normal después de eso. Pero, desgraciadamente, el cáncer se había reproducido hacía unos meses. Esta vez, tuvieron la deferencia de ponerme al corriente. Como lamentablemente ya no era una situación nueva para mi familia, yo no había cogido el primer vuelo para reunirme con ella; estaba esperando a que llegaran las vacaciones de Navidad para ir a pasar unos días a Madrid.

—Papá ha empeorado mucho durante la última semana —me explicó mi hermano—. Ha pedido que vengas.

—Dile que se ponga, quiero hablar con él.

—No, mejor no.

—¿Por qué no? —Estaba consiguiendo asustarme de veras.

—Le cuesta respirar. Lleva dos días echado en la cama; no quiere levantarse ni hacer nada.

—Pero... ¿qué han dicho los médicos? ¿Lo están tratando?

—Noelia, ¡es un puto cáncer! ¡No tiene cura! ¿Vas a venir o no?

—Sí... ¡Sí! Claro que voy a ir. Déjame que lo organice y te informo.

Yusuf se había quedado a mi lado durante la llamada al percatarse de mi alarma. Le expliqué lo que estaba ocurriendo y se ofreció a acompañarme, pero le dije que no era necesario. Además, debido a la premura del viaje, el billete salía carísimo. Comprar solo uno nos suponía hacer un esfuerzo grande, aunque ya dos resultaban demasiado.

Faltaban veinticuatro horas para el primer vuelo que pude encontrar, y hasta ese momento me dediqué a organizar mi ausencia en el trabajo.

No llegué a tiempo.

Mi padre falleció mientras yo sobrevolaba el Mediterráneo y me enteré de la noticia cuando aterricé, encendí el teléfono móvil y me llegó un mensaje diciéndome que no me podían pasar a recoger como habíamos quedado porque ya había fallecido. Supe de la muerte de mi padre por un mensaje frío de teléfono, estando en un aeropuerto rodeada de desconocidos, sin poder llorar, sin nadie que me abrazara.

No sé qué tipo de mecanismos rigen nuestra cabeza, pero lo que me vino a la mente en ese momento fue una frase tan nítida como si la estuviera leyendo proyectada en una pantalla de cine. Era una frase de la primera novela del gran maestro Delibes, «la muerte que viene a vendimiar». Esta cita no venía sola. Traía consigo la teoría del desasimiento planteada en dicho libro.

El dolor que me produjo la muerte de mi padre no fue nada en comparación con el desconsuelo por no haberlo podido ver. Él me había pedido que regresara, supongo que había percibido que la vida se le iba con cada espiración y que quería despedirse de mí. Había dejado este mundo sin poder volver a ver a su hija por última vez. Esta idea no ha dejado de atormentarme ni en la vigilia ni en el sueño desde entonces.

Mi presencia en Madrid solo sirvió para dar un consuelo inútil a mi madre y para ser testigo a través de mis gafas de sol y de mi vista borrosa de cómo

metían el cuerpo de mi padre en un nicho frío y descorazonador que fue sellado con ladrillos y cemento.

Macarena se enteró de la noticia por los compañeros del Instituto y se trasladó en AVE desde Sevilla para acudir al funeral. Me alegró volver a verla, aunque fuera en aquellas circunstancias y aunque me regañara por no entrar a la iglesia a presenciar el oficio.

Era el funeral de mi padre, pero no por eso la religión iba a cobrar sentido de pronto para mí. Al contrario de lo que murmuraba la gente, que era una falta de respeto por mi parte, yo consideraba exactamente lo opuesto. Dado que yo no era creyente y ese rito carecía de significado para mí, me parecía justo que solo lo celebraran los que realmente creían en él. Lo que yo consideraba una falta de respeto hacia los que sí eran religiosos era que yo participara de aquello.

No sólo a través de misas y rezos podía honrar la memoria de mi padre. Quizá, mi modo particular de hacerlo fuese mucho más valioso y significativo que las dichas tradiciones que prácticamente se convertían en obligaciones.

—Entiendo que para ti no tenga significado, pero lo tiene para tu padre — me respondió Macarena después de ofrecerle una versión escueta de mi opinión.

—No. Te aseguro que a él le daría exactamente igual que yo rezase cien oraciones por la salvación de su alma o ninguna. Lo que quería era verme y hablar conmigo por última vez, pero, por desgracia, no llegué a tiempo.

Mis últimas palabras salieron acompañadas por un quiebro de la voz y noté como mis ojos se empañaban por enésima vez en menos de veinticuatro horas. Macarena me llevó hacia sí y me dio un abrazo fuerte mientras me acariciaba la cabeza. Cuando se aseguró de que me calmaba de nuevo, entró a escuchar la misa, y yo me quedé sola a las puertas de la iglesia soportando el frío invernal.

Lo arreglé todo para volver lo antes posible una vez terminados todos los protocolos, procedimientos y rituales. Ya no tenía ningún objeto mi presencia allí, y estar en mi casa sin mi padre se hacía insoportable.

Capítulo 28

Celos. Siempre habían estado ahí, pero nunca se habían inmiscuido lo suficiente como para crearnos problemas.

Yo nunca había sido una persona celosa, sabía que Yusuf se pasaba el día rodeado de enfermeras y de otras muchas mujeres cuya relación con mi marido nunca me había despertado la más mínima punzada de envidia ni de sentimiento negativo. Yo confiaba en él, daba por hecho que si estaba conmigo era porque quería estar conmigo, y me gustaba que tuviera amigas. Nos habíamos prometido fidelidad cuando nos casamos, y yo no tenía ningún motivo para pensar que él no cumpliría su palabra.

Sin embargo, Yusuf sí era celoso. Lo reconocía abiertamente, sin reparos y decía que era genético y común a todos los turcos. El hecho de que fuera consciente de ello y de que lo reconociera era positivo, pero, por otro lado, esa creencia de que los celos eran genéticos e inmutables la veía como un salvoconducto gracias al cual no debía hacer ningún esfuerzo por combatirlos. Era una postura muy cómoda para él, algo así como «soy una persona celosa, no podemos hacer nada más que aceptarlo, y teniendo esto en cuenta, no hagas aquello porque me molesta, no hagas lo otro porque me sienta mal, deja de hacer lo de más allá porque me hace daño».

Por más que le expliqué que las cosas no funcionaban así, nunca lo llegó a entender. Quien tenía un problema era él, de modo que debía ser él quien lo solucionase, no tenía yo que privarme de vivir porque él fuera celoso y posesivo.

Como iba diciendo, a pesar de que los celos siempre habían estado ahí, nunca nos habían creado ningún problema serio hasta entonces. Supongo que mi estilo de vida durante esos años los mantuvo a raya. Yo había emigrado a Turquía siendo Yusuf la única persona que conocía en este país. Mi vida giraba en torno a él, por lo que no había motivos para que los celos florecieran. Empecé a trabajar y conocí a más personas, pero con quien pasaba más tiempo era con Macarena, una mujer que nos doblaba la edad, no era ninguna amenaza. Sin embargo, sé que no le hacía ninguna gracia cuando me iba con algunos compañeros a tomar algo después del trabajo a pesar de que nunca dijo nada y, a veces, se ponía un poco más pesado de la cuenta cuando le contaba alguna anécdota de clase y empezaba a decir cosas absurdas sobre mis

alumnos, insinuando que yo les gustaba, y me hacía escuchar disparates que no podrían estar más alejados de la realidad.

Pero hubo un punto de inflexión por el que los celos pasaron de ser un fantasma inofensivo y sigiloso a una presencia problemática.

Ese punto de inflexión tenía nombre propio, Juan. Un valenciano de treinta y cuatro años que se había incorporado a la plantilla de profesores del centro el anterior inicio de curso, se había trasladado desde el Instituto de Berlín. Era un chico muy abierto y divertido con el que me llevé bien desde el primer momento.

Reconozco que no estuve muy acertada hablándole de él a Yusuf con tanta soltura, pero a mi marido le gustaba que le contase cosas del trabajo, siempre me lo pedía, y como yo no tenía nada que esconder, me explayaba.

Empecé a notar cómo se endurecían sus facciones cuando yo decía «en la reunión de hoy, Juan ha propuesto esto» o «tienes que leer este libro, me lo recomendó Juan y es una maravilla». Como enseguida me percaté de que no le gustaba esta situación, mis historias del trabajo pasaron a ser impersonales o ambiguas, pero, evidentemente, Yusuf sospechaba quién estaba por medio y, además de sospecharlo, buscaba que se lo confirmase haciendo preguntas que pretendía casuales, pero cuyo propósito no sería más obvio si las mostrase en carteles con luces de neón.

—Qué tarde has llegado hoy, ¿fuieste a tomar algo?

—Sí.

—¿Con todos los profesores?

Odiaba que me hiciera estos interrogatorios encubiertos. Según mi humor, yo le contestaba de forma totalmente inocente, no dándome por aludida sobre sus intenciones; otras veces lo ignoraba cambiando de tema; y en otras ocasiones, que fueron aumentando en frecuencia, me crispaba y le respondía de forma arisca y a la defensiva, lo cual conllevaba que terminase enfadándose con él y conmigo misma.

¿Por qué tenía que ponerme a la defensiva? ¿Por qué sus interrogatorios me hacían sentir que estaba haciendo algo malo cuando yo sabía perfectamente que no hacía nada malo? ¿Qué necesidad tenía yo de ir con medias verdades a esas alturas de la vida?

Se debía a su manipulación emocional implícita. Dado que era celoso, el hecho de que yo compartiera parte de mi tiempo con esta persona le hacía daño; puesto que yo era su mujer y lo quería, debía evitar hacerle daño.

Lo sentía por Yusuf, pero si alguien estaba cometiendo una negligencia en nuestro matrimonio, no era yo sino él. Yo había dado por hecho que confiaba en mí y que tras seis años casados ya habíamos superado la etapa de las desconfianzas, pero estaba claro que me equivocaba.

Si su actitud respecto a los celos ya me parecía del todo injusta, el colmo llegó cuando le mencioné su falta de confianza en mí.

Si os doy una oportunidad para adivinar lo que me contestó al reproche de su falta de confianza en mí, seguro que acertáis. Sí, exacto. Afirmaba que confiaba en mí, el problema eran los hombres. Era en ellos en quienes no confiaba. Según él, si un hombre y una mujer se ven a solas o tienen una relación cercana, acabará pasando *algo* inevitablemente, aunque alguna de estas personas realmente esté enamorada de su pareja y no quiera ser infiel.

Sus teorías eran tan graciosas que se convertían en desesperantes. Era hilarante que él llegase a insinuar que un hombre y una mujer que cruzasen una mirada en el metro y se resultasen mutuamente atractivos acabarían follando como si estuviéramos hablando de un tropiezo en la acera. Debía de haber visto muchas películas para pensar que la gente se quita la ropa con el primer desconocido con el que coincide en un ascensor. Lo más curioso es que quien sostenía estos argumentos era el mismo hombre que se había mantenido alejado de las mujeres casi treinta años por mera convicción. Si su realidad era esa, ¿cómo le habían lavado el cerebro esa maldita religión y esa maldita cultura para desconfiar de las mujeres de tal manera?

Su falta de confianza en mí me exasperaba cada día más y la creía totalmente injusta porque la verdad era que Juan no me interesaba en absoluto en términos sentimentales. En lo que a mí respectaba, era una persona asexual; pero me divertía con él, me caía simpático y era un buen compañero de trabajo que hacía las jornadas más amenas. Además, estaba segura de que Juan me veía de la misma manera, no tenía ningún interés en mí más allá de una amistad, por mucho que Yusuf señalase lo contrario reiteradamente. Realmente, Yusuf estaba creando un problema donde no lo había, y eso me daba mucha rabia.

Ese fue el primer año que no volví a casa por Navidad. No tuve ánimos para ir a las primeras fiestas en las que no estaría mi padre; además, teniendo en cuenta esto, mi familia no haría ninguna celebración.

Debido a que siempre había pasado estas fechas en Madrid, nunca había tenido la oportunidad de sumarme a la cena que hacían tradicionalmente los compañeros del Instituto imitando las típicas cenas de empresa navideñas que

se hacen en España durante el mes de diciembre. Puesto que esto no era una tradición en Turquía, tanto nuestras agendas como las reservas de los restaurantes estaban mucho más disponibles. En cualquier caso, me gustaba que recreáramos esta tradición, que cobraba mucho sentido en nuestro caso, ya que uno de nuestros objetivos laborales era la exportación de la cultura hispana.

—¿También van las parejas? —me preguntó Yusuf cuando le hablé de la cena.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no?

—Porque es una cena de empresa y solo van los trabajadores. Estaría fuera de lugar. Es como si te acompañara tu madre a hacer el servicio militar y se quedara contigo en el cuartel.

—Pero no hace falta que vayas.

No quise entrar al trapo para evitar que ese diálogo se tornase en una gran bronca, y a pesar de que parecía que iba a ser inevitable, intenté darle un giro pacífico.

—¿Sabes? En España, las cenas de empresa son un compromiso y hay que ir. Van los jefes y es importante.

—Pero tú nunca has ido los años anteriores y no ha habido ningún problema.

Otra vez me vi en la tesitura de tener que justificarme cuando entendía que no había por qué. No se trataba de compromisos, obligaciones ni trabajo; me apetecía ir, simplemente. ¿Dónde estaba el problema? No estaba haciendo nada malo, no tenía por qué dar tantas explicaciones. Aunque estuviera casada, era libre de tomar mis propias decisiones y de salir y entrar cuando me placiese.

—Me da igual que no haya ido los años anteriores. Este año estoy aquí y quiero ir.

—¿Tú sola? ¿Por la noche? ¿En Estambul? Es muy peligroso, no lo puedo permitir.

—No te estoy pidiendo permiso.

—Noelia...

Me pareció surrealista que me estuviera ocurriendo esto después del tiempo que llevábamos juntos y de todo lo que habíamos remado para llegar hasta ahí.

Me di cuenta de que él no se había vuelto de pronto así, siempre había sido así, el problema era que yo había estado orbitando a su alrededor. En ese momento, fui consciente de que ni siquiera había salido una sola noche en

Estambul sin su presencia en todos esos años, y esa revelación me preocupó. Me preocupó y me afianzó en la determinación de acudir a la dichosa cena.

Me percaté de que él había seguido hablando después de pronunciar mi nombre, intentando convencerme, pero yo me había inmiscuido en mis pensamientos y no lo había escuchado, le dije que no iba a discutir y salí de la habitación dejando la conversación a medias.

Me vi revolviendo en los papeles de Yusuf para comprobar si la noche de la susodicha cena tenía guardia. Me sentí tremendamente estúpida haciendo eso, como una adolescente confirmando a qué hora volverían sus padres a casa para colgar el teléfono y hacer que estudiaba o para intentar eliminar el olor a tabaco a tiempo. Era lo que me obligaba a hacer su falta de confianza, y me llenaba de indignación.

Para mi decepción, descubrí que no, que no tenía que trabajar esa noche, lo que me iba a agobiar más, sabiendo que todo el tiempo que pasara fuera, él iba a estar consumiéndose.

Yo no era insensible a su sufrimiento, pero entendía que era terriblemente injusto para conmigo; yo tenía derecho a vivir mi vida, no estaba infringiendo ninguno de nuestros compromisos, y él debía aprender a controlar sus impulsos y a confiar en mí.

Capítulo 29

Aunque solo eran unos críos, podía ver perfectamente la educación diferente que recibían mis sobrinos.

Sahra, con diez años ya, asumía grandes responsabilidades en las tareas domésticas, mientras que Mehmet, con siete, era un niño consentido, al que lo único que se le exigía era un buen comportamiento. Pero no todo se reducía a eso. La sombra de la desigualdad, al igual que la del ciprés, era alargada y también se extendía hasta cuestiones de enseñanza. Mientras que la evolución en el colegio de Mehmet era seguida con interés por sus padres, poniendo especial atención en que se esforzara y progresara, la situación de Sahra era prácticamente ignorada en tanto que no se diese ningún problema de disciplina.

Paradójicamente, la niña era muy buena estudiante, le encantaban las ciencias naturales y leía, escribía y se expresaba mejor que la mayoría de los niños de su edad. Sin embargo, nunca recibía los elogios ni los premios que esperaba cuando llevaba sus buenas notas a casa, de modo que con los años, dejó de esperarlos y aprendió a encontrar la satisfacción que el propio aprendizaje adquirido le proporcionaba y en su realización personal.

Por su parte, Mehmet era un alumno que no destacaba ni mostraba ningún interés especial por el colegio. Aun así, sus padres, aunque me atrevería a decir simplemente su padre, decidieron que era importante que aprendiese alemán y lo apuntaron a unas clases extraescolares. Presencié como Sahra pidió, suplicó, rogó, mendigó, imploró por activa y por pasiva sin ningún éxito que la apuntasen a ella también.

El porvenir de ambos ya estaba más que decidido desde la cuna. Mehmet debía entrar en la empresa de su padre; a Sahra había que encontrarle un marido para que después se dedicase a parir. Valía la pena invertir en la educación del niño, pero no hacía falta saber alemán para planchar o cambiar pañales.

Aquello era superior a mí. No soportaba ser testigo de esa discriminación tan evidente, tan injusta, por la que nadie se inmutaba. Veía como Sahra se llenaba de frustración mientras los adultos que la rodeaban, quienes se suponía que eran los que más la querían y debían darle lo mejor, lo único que hacían era intentar modelar sus pensamientos, diciéndole qué era lo que ella necesitaba y necesitaría, lo que le gustaba y lo que le gustaría, lo que quería en su vida y lo que querría. ¿Qué mierdas sabían ellos? ¿No se podían parar dos minutos a

observar a esa niña introvertida, tranquila y obediente que era bilingüe, le gustaba estudiar, tenía curiosidad, era inteligente y quería aprender alemán? Solo dos minutos habrían sido suficientes para saber que ni lo que quería ni lo que necesitaba era que le hiciesen una lobotomía para inculcarle tradiciones injustas, denigrantes, discriminatorias, insultantes y vejatorias.

Si la actitud de los demás me crispaba, en el caso de Yusuf realmente me desesperaba. No podía concebir que él estuviese de acuerdo con todo eso y que contribuyera a mantenerlo con su pasividad.

Las veces que intentaba comentarlo con él, se limitaba a decir que los padres sabían lo que era mejor para sus hijos y que no era asunto nuestro, que no debíamos inmiscuirnos. Pero yo sabía que se trataba de su manera diplomática de evitar la conversación porque, en realidad, estaba totalmente de acuerdo y aprobaba ese trato diferente.

¿Cómo podía afirmar que quería a su sobrina? ¿Era eso amor? Era inconcebible que hubiera amor donde faltaba respeto.

En esas ocasiones, deseaba tener una hija simplemente para poder desafiarlo educándola en igualdad, no con el objetivo del servilismo al hombre y, sin lugar a dudas, totalmente alejada de la religión.

Claro que era plenamente consciente de que sería un error de manual tener una cría para convertirla en objeto de mis reivindicaciones y en un pulso entre las ideas de mi marido y las mías. Mi potencial hija sería mucho más importante que todo eso y la querría más que todo eso. Y fue por este motivo y en ese momento cuando lo supe definitivamente: no iba a tener hijos, no iba a ser madre.

Supongo que de una forma inconsciente siempre lo había sabido, pero había necesitado que se cumpliera una década de nuestro matrimonio para darme cuenta de que Yusuf llevaba razón cuando me dijo que si tuviéramos hijos tendríamos problemas porque no estaríamos de acuerdo en su educación.

Hacia la mitad de la década de mis treinta años y ya cuando todos a nuestro alrededor habían dado por hecho que seríamos una pareja sin descendencia, yo empezaba a asumir la idea de que ciertamente así sería.

Y no era esa realidad la única que empezaba a vislumbrar. También me daba cuenta de que hacía once años había cometido un error. Había confiado en la naturaleza noble de Yusuf pensando que sería posible que llegase a cambiar su percepción de las mujeres y terminase sucumbiendo ante la razón y ante el sentido común del respeto y la igualdad. Me daba cuenta de que nada de eso se había producido. Si Yusuf había cedido en alguno de sus principios, había sido

simplemente para retenerme a su lado; no porque él estuviera de acuerdo con esas ideas ni remotamente.

De pronto no supe juzgar si a pesar de que siguiera teniendo la misma mentalidad, que hubiera hecho concesiones por mí, era positivo o negativo. Yo solo era capaz de detectar que me producía una sensación de desasosiego, decepción y tristeza mayúscula.

—Págale tú la particular de alemán —me sugirió Juan cuando le planteé el asunto.

Yo había terminado una de mis clases y me dirigía a hacer unas pequeñas compras en la droguería cercana durante el tiempo de descanso cuando mi compañero, que estaba a las puertas del edificio apurando un pitillo, me interceptó y me entretuvo conversando.

—¿Yo? No puedo hacer eso —le respondí, disipando a manotazos el molesto humo de su segundo cigarro.

—¿No puedes o no quieres?

Su pregunta me dejó descolocada y no dije nada, me limité a observarlo con atención intentando adivinar cuáles eran sus intenciones.

—Te quejas de la actitud de tu marido, pero en el fondo estás haciendo lo mismo que él, lavarte las manos para no entrar en conflicto con la familia.

—¿Qué estás diciendo? ¡No tiene nada que ver! Si Yusuf dijera algo, a él lo escucharían, pero yo no puedo coger a la niña y llevarla a donde me plazca —dije defendiéndome a mí misma, aunque lo cierto era que Juan había conseguido sembrar una duda en mí.

Él se encogió de hombros dando a entender que estaba bien para él si yo me conformaba con esa explicación, pero, desde luego, él ya había dejado su punto de vista patente.

—¿Subimos? ¿Tienes clase ahora? —me preguntó mientras lanzaba la colilla aún humeante a una alcantarilla.

Miré el reloj para comprobar que había perdido mi oportunidad de hacer los recados y enfilé con Juan de nuevo al edificio.

—No, tengo hora de tutoría, no creo que venga nadie.

—Genial, entonces quizá pueda a ir a verte yo, que tengo hora de preparatoria, y así me cuentas cómo consigues que tus alumnos aprendan tan rápido y tan bien el género de las palabras. —No pude evitar reírme—. Te lo digo en serio. Se rumorea que usas alguna técnica que no quieres compartir. Yo no sé qué decirles más que deben aprender cada caso particular de memoria.

Cuando estaba en Berlín, era fácil porque simplemente lo comparaban con el género de las palabras en alemán y recordaban los que eran diferentes, pero en turco no tienen ninguna referencia a la que agarrarse.

—No, pero no es ningún secreto. Puedes explicarles que la regla general es cuando las palabras terminan con *o* son masculinas y cuando terminan con *a* son femeninas —bromeé.

—Muy graciosa.

—Venga, sube. Y hablando de Berlín, todavía no me has contado por qué pediste el traslado.

—¿No te lo he contado? Lo sabe todo el mundo. Quería tomarme estos años para viajar y aprender, no quería quedarme todo el tiempo en el mismo sitio. Entre las vacantes que había, Estambul era la ciudad que más me apetecía, pero ya el tiempo de experimentar se acaba, quiero volver a España.

—¿De verdad? —Me cogió desprevenida esta noticia—. Pero ¿qué vas a hacer? ¿Pedir plaza en la sede central?

—Estoy en lista desde hace años, pero ¿tú sabes la cantidad de gente que quiere entrar ahí? No, eso no sirve de nada. Lo que estoy buscando es una universidad. Puede que este año haya suerte y entre como profesor adjunto en la Universidad de Barcelona.

—Vaya. Me dejas sorprendida, no sabía que querías volver, y menos que ya llevabas tiempo intentándolo. Un doctor en filología que habla inglés, alemán y turco no puede tener muchos problemas para encontrar trabajo.

Entramos en la sala de profesores mientras nuestros compañeros salían para dar sus clases. Colgué mi abrigo en el perchero y tras comprobar que la cafetera estaba vacía, cambié el filtro y la puse a funcionar.

—E italiano. No tengo problemas para encontrar trabajo en agencias para traducir bodrios infumables mientras me dejo la vista delante de una pantalla por un sueldo mísero, pero no es lo que busco. Quiero seguir en el campo de la docencia. Tenía que haber vuelto antes de la crisis, ahora la gente está emigrando porque no encuentra trabajo en España, y yo pensando en volver... Pero ya son muchos años fuera, ya no formo parte de la vida de mis amigos ni de mi familia. Me apetece conocer a alguien y asentarme...

—Uf, eso me suena... —dije más bien para mí misma.

—¿Ah sí? ¿Por qué?

—Por nada, olvídalo.

—¿A ti no te pasa? ¿No te gustaría volver?

Me tomé mi tiempo para pensar en la respuesta mientras me asomaba a la ventana y contemplaba el ir y venir cotidiano de la gente.

—No —respondí finalmente—. Precisamente me fui porque no tenía nada. Por no tener, no tenía planes ni ambiciones. Estaba totalmente perdida y, afortunadamente, conseguí construir mi vida aquí.

—¿Cómo conociste a Yusuf?

En ese momento sonó el teléfono de la sala de profesores, una llamada procedente de conserjería anunciando que un alumno preguntaba por mí.

—Parece que hoy tengo trabajo de tutoría. Te lo tendré que contar otro día.

—Sí, y aún me tienes que decir lo del género de los sustantivos —me dijo alzando la voz cuando yo ya hube salido.

Capítulo 30

Diez años después de mi presentación oficial, yo aún seguía siendo ese bicho raro en la cena familiar de los domingos, tradición que se mantenía inmutable semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Como si de un contrato laboral se tratase, yo disfrutaba de un mes de vacaciones al año en el que estaba exenta de unirme, el mes del ramadán. La cena se seguía celebrando, pero yo no tenía que unirme por motivos obvios. Después de todo, era capaz de hacerle una mínima concesión a su religión reconociendo que tenía un efecto positivo en mi vida. Una ratio de una consecuencia positiva por cada dos mil negativas no me compensaba.

Como decía, yo seguía siendo la intrusa. Las miradas hostiles y comentarios cortantes de Mehmet continuaban, los desprecios de mi suegra nunca descendieron en intensidad y la ambigüedad de Fatma me reportaba un día sonrisas amistosas, y al siguiente, desaires y miradas por encima del hombro. No obstante, yo ya tenía toda una coraza a mi alrededor que había ido construyendo a lo largo de todos esos años y su actitud para conmigo ya no me afectaba en absoluto; lo único que me conducía era a pensar que mis habilidades sociales eran una auténtica nulidad.

Sin embargo, desde hacía unos meses, había una nueva cara en la familia. Una cara que me era amable y que me constaba que en alguna conversación sobre mi persona me había defendido.

Elcin era la ahijada de mi suegra. Una muchacha de veinte años de edad procedente del pueblo del que era originaria la familia de Yusuf, del que había emigrado a Estambul en los años cincuenta.

Hacía ya mucho tiempo, en una escapada de fin de semana, Yusuf me había llevado a visitar Belkis, el pueblo de sus orígenes, situado en Gaziantep, cerca de la frontera sur del país. Conocí a la parte de la familia que aún vivía allí y la casa familiar donde Yusuf había pasado los veranos de su infancia. Me gustó aquel ambiente rural, pero me sorprendieron las grandes diferencias que aún se daban entre los espacios rurales y los urbanos. Cuando le señalé este aspecto, me respondió que las diferencias que yo podía apreciar a simple vista no eran nada comparadas con las que se mantenían respecto a las tradiciones y comportamientos.

No me resultó del todo extraña esa circunstancia. Si mis padres habían tenido sus dificultades aceptando bajo su techo a un musulmán, no podía

imaginarme cómo habrían reaccionado mis abuelos en su humilde y pequeño pueblo de Albacete si yo me hubiera presentado allí con mi marido.

El caso es que Elcin había terminado sus estudios de secundaria y quería acceder a la universidad. Evidentemente, en su modesto pueblo no tenía tal opción, pero sí en el gran Estambul.

Su familia nunca le hubiera permitido trasladarse sola a un piso alquilado o a una residencia de estudiantes, pero gracias a que tenía a su madrina en la ciudad y esta accedió a acogerla, Elcin pudo ver su sueño de estudiar magisterio cumplido.

Entre las clases de la universidad, estudiar, ayudar en la casa y jugar con los niños, no le quedaba mucho tiempo libre, pero, de vez en cuando, yo le insistía para que viniera conmigo de compras, a tomar algo o a dar un paseo. Y digo que le insistía porque es como si ella se sintiera culpable cada vez que se desviaba demasiado tiempo de sus obligaciones.

En el Instituto Cervantes no solo nos dedicábamos a dar clases de español, también organizábamos muchas actividades culturales como exposiciones, coloquios, mesas redondas, y no eran pocas las presentaciones de libros de autores españoles, como la que teníamos aquella tarde.

Era la primera novela de un joven asturiano que había entrado pisando fuerte en el panorama literario nacional con una historia ambientada en la guerra civil. Llevaba ya varios meses en el mercado, se había lanzado con timidez y muy poco respaldo publicitario, pero gracias a un par de reseñas muy positivas realizadas por profesionales de renombre, comenzó a funcionar el boca-oreja y así estaba cosechando sus buenos resultados.

Mientras me estaba preparando para acudir a la presentación, se me ocurrió de repente que podía invitar a Elcin a acompañarme, de modo que antes de encaminarme a mi centro de trabajo, pasé por casa de mis suegros.

Me abrió la puerta el padre de Yusuf y le pregunté si estaba Elcin. Antes de que pudiera responderme, su mujer se asomó por detrás preguntándome para qué la quería.

—Para hacerle una pregunta.

Mi suegra me regaló una de sus miradas reprobatorias y envió a su marido a buscar a la chica mientras ella se quedaba vigilándome en el recibidor como si yo, en lugar de llevar una década formando parte de su familia, fuese una vendedora de enciclopedias que podría robar algo en un descuido.

Elcin hizo su aparición por el pasillo a los pocos segundos, y le hice la sugerencia ante la atenta mirada de mi suegra que no se dignaba a dejarnos a solas, ni siquiera se esforzaba en disimular que hacía otra cosa. Estaba de pie entre las dos, con los brazos cruzados y la frente arrugada.

—No puede, está muy ocupada —respondió la madre de Yusuf a la propuesta que le había hecho a Elcin.

—Me gustaría que me respondiera ella —dije de la forma más educada que fui capaz.

Yo había percibido la cara de entusiasmo de Elcin cuando escuchó mi propuesta, pero gracias a la rápida respuesta de su madrina, se veía en entredicho si aceptaba. Nada más lejos de mis intenciones estaba crearle problemas, pero si realmente quería acompañarme, no podía claudicar por el simple hecho de que a esa señora no le pareciera bien. Las palabras de Yusuf sobre los «celos genéticos» empezaban a cobrar cierto sentido.

Las dos miramos a Elcin. Mi suegra, sabiendo que la chica no se atrevería a desautorizarla, y yo, rogando que fuera capaz de expresar sus propios deseos.

—Bueno..., yo... estaba estudiando...

—Seguro que lo llevas bien y puedes continuar después, ¿no es cierto? —me apresuré a echarle una mano.

—Sí —dijo con una tímida sonrisa.

Quien nos echó una mano a ambas en ese momento fue el padre de Yusuf, que reapareció en escena para sugerirle a su mujer que diera permiso a Elcin para venir conmigo. Ante tal panorama, la señora no pudo decir nada y la chica se apresuró a coger sus cosas. Ambas sabíamos que a la vuelta le esperaba un sermón y puede que incluso una advertencia sobre no volver a salir conmigo; digo una advertencia porque la palabra prohibición tratándose de una chica de veinte años me abría las carnes.

Antes de marcharnos, su madrina le ajustó el *hijab*, la miró de arriba abajo a pesar de que llevaba un vestido que la cubría del cuello a los pies, uno de esos vestidos como sacos de patatas que llevaban la mayoría de las turcas la mayoría del tiempo y que yo odiaba. Le dio una rápida advertencia y nos dejó marchar.

La presentación del libro era en español con traducción simultánea al turco. Estábamos la mayoría del cuerpo docente más varios alumnos, algunos invitados y un par de periodistas.

Elcin y yo tomamos asiento nada más llegar porque el evento estaba a punto de comenzar, no hubo tiempo para saludar a nadie. En primer lugar, tomó la palabra el director del centro para hacer una breve presentación, y a

continuación, habló una mujer que acompañaba al escritor, representante de la editorial.

Escuché sus primeras palabras y ya no pude concentrarme más en el resto de la charla. Lo lamenté por el escritor, estaba segura de que fue un coloquio interesantísimo, y semanas después, cuando hube leído su libro, me arrepentí de no haber prestado atención a su intervención, pero la representante de la editorial dijo algo que me retrotrajo a un añorante pasado.

—Es una editorial independiente fundada hace tres años en Madrid de la mano de los socios José Manuel Álvarez y Miguel Santamaría. La novela que hoy presentamos es la sexta de su catálogo...

¿Miguel Santamaría? No me lo podía creer. No pude hacer otra cosa durante toda la charla que desear que terminara cuanto antes para abordar a aquella mujer y que me confirmara si su jefe era mi mejor amigo de la universidad.

Y eso fue exactamente lo que hice. En cuanto terminó, atravesé el mar de gente que se levantaba perezosa y me planté frente a la mujer, que debía seguir trabajando asistiendo al escritor en el cara a cara con las personas que se acercaban a charlar con él.

—Discúlpame. En tu discurso has hablado de los socios de la editorial. Miguel Santamaría, creo que lo conozco.

Contrastamos un par de datos para verificar que estábamos hablando de la misma persona e inmediatamente quise someterla a un tercer grado sobre cómo estaba Miguel, cómo había formado la editorial, dónde estaba situada, cuáles eran sus otros títulos... Me sugirió que esperáramos a que terminara el acto totalmente y que después fuéramos a tomar un café, pero entonces yo miré a Elcin con preocupación sabiendo que tendría problemas si llegaba demasiado tarde y que tendría todavía más si volvía sola.

Era la primera vez que escritor y representante estaban en Estambul, por lo que se iban a quedar algunos días para conocer la ciudad. Me ofrecí a hacerles de guía turística improvisada el día siguiente y aceptaron.

Miguel había abierto una pequeña editorial independiente, lo que siempre había querido, con el anteriormente mencionado José Manuel Álvarez, a la sazón, marido de la representante, a quienes había conocido durante el tiempo que estuvo trabajando de corrector y traductor para varias editoriales.

Tenían alquilada una oficina cerca de Lavapiés y, de momento, solo trabajaban ellos tres en la empresa. Habían empezado apostando por autores

españoles jóvenes, como el caso del escritor asturiano, e iban a empezar a editar algunas novelas extranjeras en español.

Me explicó que a ambos les hubiera encantado haber viajado hasta Turquía, pero, obviamente, habría sido un gran gasto para una editorial pequeña y, además, tenían mucho trabajo en Madrid.

Después de la alegría inicial tras haber escuchado noticias de Miguel y saber que estaba consiguiendo lo que siempre había querido, tuve una pequeña sensación de recelo porque él sabía que yo vivía en Estambul, que yo trabajaba en el Instituto Cervantes y, al parecer, eso no le había bastado para haber decidido ser él quien viajara acompañando al escritor. Ni para ponerse en contacto conmigo de manera informal como mediadora antes de contactar de manera formal con el Instituto. Ni tan siquiera para advertirle a su compañera de que me conocía y que podría preguntar por mí cuando llegase a la ciudad.

Eso significaba que a pesar de los años transcurridos seguía manteniendo el rencor que percibí la última vez que nos vimos, que era incapaz de pasar página y acordarse del pasado como algo positivo que fue en lugar de algo que no pudo continuar, tal y como yo hacía. O quizá, yo estaba del todo equivocada y ya no se acordaba de mí en absoluto. Me resultaba difícil de creer que su mente no asociara la palabra Turquía con mi nombre, pero podía ser una realidad.

Sea como fuere, yo ni lo había olvidado ni le tenía ningún rencor. Me moría por leer todos los libros del catálogo de su editorial, pero solo habían llevado varios ejemplares de la novela que presentaban. Del resto, solo un par de copias para la biblioteca del centro. Era suficiente.

Pasaron a formar parte de mi lista de lecturas futuras con carácter prioritario y ninguna me decepcionó. En todas hallé el rastro del talento de Miguel para encontrar buenas historias.

Capítulo 31

Nunca me olvidaré de las palabras que dijo mi sobrina siendo una niña sobre que ella no llevaría velo cuando fuera mayor, y, aparentemente, ella tampoco las había olvidado.

No existe una edad ni un momento concreto estipulado en el que las chicas deban empezar a cubrirse la cabeza; va ligado a la pubertad, pero esto denota cierta ambigüedad temporal.

Hubo una primera tentativa de instar a Sahra a que lo empezara a llevar cuando tenía unos once años y medio. Algunas de sus amigas y compañeras del colegio comenzaban a lucirlo y ya le sugerían que empezase a cumplir con las otras obligaciones religiosas, como el ayuno del mes del ramadán y los rezos diarios. Sin embargo, se negó en redondo y decidieron dejarla unos meses más.

Yo desconocía los motivos por los que la niña era reacia. No sabía si era la simple idea de cubrirse la que no le gustaba o si la razón era mucho más profunda y lo que sucedía era que no tenía interés por cuestiones religiosas a pesar de haber sido educada bajo el paraguas de la fe.

Me habría encantado preguntárselo y tener una conversación con ella sobre el tema. Es evidente que no habría podido disimular mi orgullo si hubiera escuchado de su boca que no quería seguir los preceptos de la religión. Si ese era el caso, yo la habría apoyado, desde luego, pero si tenía alguna duda, yo no quería influenciarla. Por ello, decidí no mantener esa charla con ella, al menos, hasta que no fuera más mayor y ya tuviera una opinión formada.

Yo no era ajena a la ironía que suponía mi decisión de mantenerme al margen para no influenciarla. Como si el resto no lo estuviera haciendo en la dirección opuesta. De hecho, un mínimo intento por mi parte para sembrar dudas sobre la existencia de dios sería más que justo, ya que serviría para equilibrar la balanza de los mensajes que le llegaban. Pero de igual modo, tampoco ignoraba que las cosas serían mucho más fáciles para ella si no se salía del camino marcado y yo no quería causarle ningún tipo de problema, de manera que me mantuve al margen.

En cualquier caso, respecto al hecho de cubrirse la cabeza, fue algo que ya no pudo posponer más cuando cumplió los trece años. Ya tenía la menstruación, se consideraba que había dejado atrás definitivamente la infancia y no se podía estar con contemplaciones sobre si quería o no quería llevar pañuelo. Debía llevarlo y punto.

Lo odiaba, no había más que verla para darse cuenta.

Lo llevaba de una forma un tanto *negligente*; es decir, nada prieto para que se le resbalara por el pelo y nada ajustado a la barbilla. Se lo quitaba mientras entraba por la puerta de casa. Y supe que se lo quitaba cuando salía sola, nada más alejarse unos metros del vecindario y pensaba que ya no la veían. Era ese tipo de chica, de las que buscan su modo de ser libres evitando el enfrentamiento directo. Yo solo temía por lo que podría ocurrirle si un día sus padres o abuelos la vieran.

Y algo de eso hubo, pero no llegué a enterarme por ella.

Sahra y yo éramos, cada una a nuestra manera, las ovejas negras de la familia. Yo, la extranjera que nunca llegaría a encajar ni a ser aceptada, y ella, la hija rebelde. Y a pesar de que estábamos muy unidas, intentábamos no refugiarnos la una en la otra para no perjudicarnos cuando había problemas. Por eso no quería hablar de religión con ella, por eso no me contó qué fue lo que ocurrió aquel día en el que sospeché que la habían sorprendido sin pañuelo en la cabeza.

Estuvo aporreando a dos manos mi puerta hasta que, alarmada, pensando ya que se trataba de algún vecino alertando de fuego o pidiendo auxilio (en el fondo no estaba muy desencaminada), fui a abrir.

Al otro lado estaba Sahra, con el rostro desencajado y una urgencia alarmante. Llevaba dos mochilas y tres o cuatro bolsas repletas de libros. Libros de divulgación científica, muchas novelas en español que yo le había regalado y otras en turco. Me pidió atropelladamente que se lo guardara todo y, cuando lo hubo puesto con premura a mis pies y en mis manos paralizadas, huyó escaleras abajo sin darme tiempo ni a reaccionar.

Me asomé al hueco de la escalera y acerté a verla saltar de dos en dos y de tres en tres los peldaños y conseguí gritarle si estaba bien. Me respondió que sí sin detenerse y desapareció de mi vista.

Yusuf me preguntó que hacía todo eso allí cuando volvió. Le relaté la escena y decidió llamar a su hermana para saber qué había pasado. Yo también tenía curiosidad por saberlo, pero algo me decía que era mejor ser prudente y esperar.

Lo primero que escuchó Yusuf de su hermana fue la pregunta relativa a por qué sabía que había pasado algo. Entonces los dos nos dimos cuenta de que desconocía que Sahra había venido a dejarnos sus libros y de que todavía no habían puesto en conocimiento de nadie el incidente, cualquiera que fuese.

Yusuf tuvo el acierto de contestar con vaguedades para no comprometer a su sobrina y apremió a Fatma a que le contara lo sucedido.

Sahra tenía la mala fortuna de vivir en Sariyer que, a fin de cuentas, no era Estambul, sino un barrio donde toda la gente se conocía y hacía vida comunitaria. A lo que tenía que añadir que su padre era el dueño de dos carnicerías, lo que significaba que se relacionaba con todos los vecinos y todo el mundo lo conocía. A lo que tenía que añadir que vivía en un país donde era deporte nacional meterse en la vida de los demás hasta límites insanos.

Las consecuencias prácticas que resultaban de meter todo esto en una coctelera eran que cualquier pequeño desliz, tontería, chiquillada o gamberrada que hiciera iba a estar en conocimiento de su familia en menos de veinticuatro horas.

Eso era exactamente lo que había ocurrido.

Alguien había visto a Sahra en un parque cercano a su instituto con un grupo de compañeros. La chica no tenía la cabeza cubierta, llevaba algo de maquillaje y su actitud no era, digamos, la más recatada. En resumidas cuentas, lo que cualquier chica de su edad haría en cualquier parte del planeta.

La habían castigado. Le pregunté a Yusuf en qué consistía el castigo, no lo sabía, Fatma no se lo había dicho en la conversación telefónica ni él lo había preguntado. Me quedé con la duda. Me pregunté si el castigo consistía en prohibirle que leyera libros, cosa que me parecía absurda y, por ende, improbable, pero era la única explicación que encontraba al episodio que se había producido horas antes.

Tuve que esperar semanas para salir de dudas, hasta el día que vino a recogerlos.

—Sabía que me esperaba una bronca cuando llegara mi padre y temí que la emprendiera con mis libros porque es mi bien máspreciado y él lo sabe. Me tiró a la basura un cuento una vez cuando era pequeña, estuve llorando todo el día. Pero, al final, solo me castigaron sin salir —me explicaba mientras recogía sus libros, que yo había colocado en una mesa—. Pero, en cualquier caso, quiero que me guardes estas novelas de aquí —dijo apartando un montón—. Total, ya las he leído y...

Perdí el hilo de lo que Sahra estaba diciendo mientras su historia hacía conexión con algo en mi mente.

—Sahra... —la interrumpí—. ¿Me dejas que te recomiende un libro?

—Claro, siempre.

—Es para niños, pero, aun así, creo que te gustará. Debe de estar por aquí...

Rescaté la pequeña joya de Roald Dahl en lo alto de la estantería. Le quité el polvo y se lo extendí.

—*Matilda* —leyó Sahra en la cubierta.

Exacto. Sahra era mi ya no tan pequeña Matilda, el problema era que yo me creía Miss Honey cuando en realidad estaba muy lejos de poder hacer nada por rescatarla de su propia vida.

Capítulo 32

Elcin se graduó un bonito día de finales de junio.

En Turquía se hacía una sencilla ceremonia de graduación en la universidad a la que los familiares y amigos eran invitados.

Cuando yo terminé mis estudios universitarios, en España no había costumbre de hacer tal cosa. Las celebraciones se hacían a título personal con el grupo de amigos porque la ocasión bien lo valía, pero no había ningún acto oficial. Es algo que fue instaurándose en los años venideros, y diría que por influencia de la cultura norteamericana principalmente, al igual que Halloween y tantas otras cosas.

A un acto de este tipo, nosotros invitaríamos a nuestros padres y hermanos. A nuestra pareja en caso de tenerla y puede que a nuestros abuelos. Hasta ahí. Pero los turcos son unas personas que convocan hasta al hermanastro del primo segundo por parte de madre cuando cambian los muebles del salón.

Como lingüista, encontraba curioso e interesante cómo se reflejaba en el lenguaje esta estrechez de los lazos familiares, esa constante presencia de todos los miembros del clan hasta en los acontecimientos más insignificantes. Esta realidad los había conducido a tener términos diferentes para designar a las tías que eran hermanas del padre, hermanas de la madre y esposas de los hermanos de los padres. Es decir, tres palabras diferentes que nosotros traducimos simplemente por «tía»; y otras tres para tío, sin duda. Lo mismo ocurría con hermano, una palabra para decir hermano mayor y otra diferente para hermano menor. Todo lo contrario al francés, te dicen *belle-fille* y no sabes si te están hablando de la nuera o de la hijastra.

Sea como fuere, la cuestión es que Elcin nos invitó a todos a su graduación. Vino su familia del pueblo y también nosotros acudimos a verla recoger su diploma.

Hubo discursos en el salón de actos, un coro y una breve proyección. No fue tan largo como a mí me pareció, y eso que yo estuve más interesada en ver cómo el pequeño Mehmet mataba marcianitos con su videojuego que en seguir el acto.

A diferencia de las ceremonias de graduación que yo conocía por las películas, esa no iba a acabar con una fiesta alocada con alcohol y un grupo de rock tocando en directo en una mansión con piscina. Simplemente, Elcin decidió invitarnos a todos a un dulce en una confitería cercana.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —le pregunté mientras estábamos todos ocupando las mesitas redondas y altas del local, dando buena cuenta del delicioso *baklava*.

Tras percatarse de que sus padres estaban sumergidos en sus propias conversaciones, me habló abiertamente.

—Bueno, ahora me gustaría casarme y formar una familia. El problema es que si vuelvo al pueblo, no encontraré a nadie, sé que no hay nadie para mí allí. Me gustaría quedarme en Estambul, la vida aquí es mejor y más alegre, pero no puedo abusar más de la confianza de mi madrina y de mi *amca*, que ya han hecho demasiados esfuerzos permitiéndome quedarme en su casa estos años. Quizá, si pudiera encontrar un trabajo con el que hacer frente a mis gastos, podría seguir aquí.

Elcin era muy buena chica y me gustaba. De veras que me caía bien. Pero por Dios que no la entendía en absoluto. Para empezar, ¿para que se había dejado los cuernos estudiando los últimos años si lo que quería era formar una familia y olvidarse de su profesión? Y en segundo lugar, podía entender que no se sintiera cómoda viviendo de la *caridad* de los padres de Yusuf y que quisiera responder por sus propios gastos, pero yo había sido testigo de cómo mi suegra había disfrutado de sirvienta gratis todo ese tiempo; era una compensación como cualquier otra. La cuestión era que no llegaba a comprender por qué, si quería conseguir un trabajo para ser independiente económicamente, no entraba dentro de sus planes alquilar un apartamento. Su modesta ambición se reducía a seguir bajo los dominios de mi controladora suegra. Realmente incomprensible.

—¿En qué te gustaría trabajar? —le pregunté.

—En el jardín de infancia del barrio. Mehmet va a ayudarme a conseguir un trabajo ahí, ya sabes que conoce a todo Sariyer.

—Ya veo... —Vaya, Mehmet ayudando a otro ser humano desinteresadamente, eso sí que eran noticias frescas.

—Exacto —corroboró mi suegra, que había estado escuchando nuestra conversación—. Y estaremos encantados de que Elcin siga con nosotros.

—Gracias, *teyze*, pero no sé si mis padres estarán de acuerdo.

—Te echan de menos, es lógico que quieran que vuelvas con ellos. Pero saben que tienes que hacer tu vida y que nosotros cuidamos bien de ti, de modo que te darán permiso.

Mientras le hablaba, tenía la costumbre de colocarle la ropa, una manía que yo no soportaba.

Sahra se acercó a nosotras dando alegres saltitos para servirse un poco de zumo.

Formábamos una bonita estampa, cuatro mujeres pertenecientes a distintas generaciones, tres turcas y una española con diferencias insalvables entre las cuatro y, al mismo tiempo, miembros de la misma familia en cierto modo y condenadas a convivir.

—Sahra, toma buen ejemplo de Elcin —le dijo su abuela—, has visto que ha trabajado duro, ha sido una buena chica y ahora tiene un título universitario.

—Sí, *nine*, ya lo sé... —respondió de forma desganada, con su atención puesta en ver cómo se iba llenando su vaso y no en la perorata que escuchaba por enésima vez.

—Se casará con un buen hombre y Alá la recompensará con muchos niños sanos y alegres —continuó, dirigiéndose esta vez a la propia Elcin al tiempo que le hacía una carantoña en la barbilla como si fuera una niña pequeña.

Claro, por eso yo no tenía hijos, según su modo de entender la vida. Yo era una descarriada, y por eso Alá no me recompensaba. A esas alturas, me preguntaba si seguiría pensando que era católica o ya había deducido que no creía en Dios.

—Yo lo que quiero es trabajar en un laboratorio y hacer muchos descubrimientos que contaré en las revistas científicas más prestigiosas. No me interesa casarme con ningún *buen hombre* —respondió Sahra.

—No te olvides de mencionarnos en el discurso cuando recojas el Nobel —bromeé.

—Ahora no piensas en casarte porque eres muy joven todavía —le dijo Elcin—, pero espera unos tres o cuatro años más y verás.

Sahra volvió a ocupar su lugar junto a Mehmet y los hermanos de Elcin, ignorando nuestros comentarios y llevándose su vaso repleto de zumo. Al mismo tiempo, mi marido se acercó por mi espalda rodeándome con los brazos y apoyando su cabeza en mi hombro. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que hacía siglos que no me abrazaba así, de que me encantaba y de que lo había echado de menos.

—¿De qué habláis? —nos preguntó.

—Ya sabes, tu sobrina —le explicó su madre—. Aunque parece que su rebeldía no tiene remedio, intentamos que se dé cuenta de las virtudes de llevar una vida recta. No cabe culparla siempre a ella, vive rodeada de malos ejemplos —dijo, dejando perfectamente claro que se refería a nosotros.

Al oír esto, Yusuf me liberó, recordando la indecencia que suponía mostrar afecto en público y volvió a reunirse con los hombres. Su madre también nos dejó; no era egoísta, le gustaba echar sus pestes por todas partes para que todos pudieran disfrutar de ellas. Fatma se convirtió en su siguiente objetivo. Elcin y yo nos miramos de forma cómplice y nos encogimos de hombros, dándonos a entender «esto es lo que hay, qué le vamos a hacer».

Capítulo 33

—¿Qué haces después del trabajo? —me preguntó Juan.

—La compra.

Nos encontrábamos entorno a la cafetera de la sala de profesores mientras esperábamos a que llegara la jefa de estudios para empezar una reunión.

—Te quiero pedir un favor, acompáñame al dentista.

—¿Al dentista? —me extrañé.

—Sí, tengo cita después de las clases y me da pánico. Es una patología bastante común. Necesito que me obligues a ir.

—¿Que te obligue? —volví a repetir sus palabras.

—Sí. Porque si voy solo, llegaré hasta la entrada y no me atreveré a subir, daré media vuelta. Me tienes que dar apoyo moral, quizá te dejen pasar conmigo y podré clavar mis uñas en tu carne para canalizar mi tensión y sufrimiento.

—Hombre... si me lo pintas así, se me hace muy difícil negarme —ironicé.

—Por favor. Te estoy hablando en serio. Las muelas del juicio me están matando desde hace días. Me estoy automedicando con analgésicos, pero no puedo seguir así.

Nuestra conversación se vio interrumpida por la llegada de la jefa de estudios pidiéndonos que tomáramos asiento antes de haberle dado una respuesta a Juan; se pasó toda la reunión poniéndome cara de súplica desde el otro lado de la mesa para convencerme. Accedí.

Y me arrepentí. Me informó de dónde quedaba la dichosa consulta una vez que ya habíamos iniciado el trayecto; en la otra punta de la gran metrópoli.

—Oye Juan, ¿no hay un dentista en todo Estambul que quede más cerca?

Él estaba muy concentrado quitando pelusas inexistentes de su abrigo de paño y fingió que no me había escuchado en el abarrotado autobús de línea, el metro no llegaba hasta tal punto del extrarradio.

Nos bajamos en un barrio decadente de las afueras en el que no recordaba haber puesto los pies ni una sola vez desde que vivía en esa ciudad. Sinceramente, empecé a creer que la visita al dentista no era más que una excusa y barajé media docena de alternativas descabelladas. Digo descabelladas porque teniendo en cuenta el escenario en el que nos movíamos, resultaba más

plausible que Juan me llevara a comprar droga al descampado que se adivinaba más allá de los edificios que encontrarnos con una consulta médica.

A pesar de mis dudas, mantuve la boca cerrada y seguí a Juan, que parecía saber lo que hacía, con mi bolso bien prieto debajo del brazo.

Anduvimos por un par de calles decrepitas y sucias desde la parada del autobús en la que nos apeamos hasta un edificio, que si me lo hubieran dejado a mi criterio, lo habría declarado en ruinas.

Al llegar a ese punto, comprobé que, a pesar de que todos los indicios pudieran apuntar lo contrario, mi compañero me había conducido, efectivamente, a una consulta de odontología, tal y como rezaba una roñosa placa colocada al lado de un portal sin puerta. Me invitó a entrar en primer lugar con un gesto grotescamente caballeroso y, antes de pasar, le dije sin palabras «primera y última vez».

Buzones abollados, escalera de madera ajada y cables colgando huérfanos de bombillas. No podría contrastar más con la consulta odontológica que se nos reveló en el tercer piso, moderna, blanca, limpia, oliendo a desinfectante, calurosa gracias a la calefacción, funcional y elegante.

Una joven recepcionista nos hizo pasar a una sala de espera vacía en la que no estuvimos demasiado. En ese lapso de tiempo, la fobia de Juan fue visible. Se levantaba, se sentaba; miraba por la ventana, cogía revistas y las volvía a depositar al segundo, movimiento incesante de la pierna izquierda. Claro que, en vista de lo que estaba a punto de acontecer, posteriormente no supe decir si su comportamiento se debió a su pánico a las intervenciones odontológicas o sencillamente era nerviosismo motivado por algo completamente diferente.

—Estate quieto de una vez o...

No tuve tiempo de lanzarle mis amenazas. Irrumpieron en la sala para avisarle de que era su turno. Si no hubiera ocurrido todo tan rápido, debí haber sospechado que quien lo llamara fuera el propio dentista y no nuestra conocida recepcionista.

Llevaba una bata azul cruzada por detrás y la boca cubierta por una mascarilla que se bajó al cuello después de quitarse los guantes de látex y metérselos al bolsillo. Se reveló un rostro tranquilo, de rasgos armoniosos que pertenecía a un hombre de mediana edad, alto y de complexión más bien enclenque.

Sin que mediase ninguna palabra, Juan abandonó su posición junto a la ventana, se acercó a él y le dio un fugaz beso en los labios. Fue tan rápido que dudé sobre la posibilidad de que mis sentidos y mi mente me la hubiesen

jugado. Pero yo lo había visto. Podéis imaginar el estado catatónico en el que me sumí.

—Te mato —le dije cuando hube recuperado el habla.

—Perdóname. No sabía cómo contártelo y...

—Y pensaste que traerme con malas artes hasta los suburbios de la muerte en los confines de la tierra y hacerme una demostración visual para causarme una arritmia era la mejor idea. No podías organizar una cena como cualquier persona normal.

El dentista, a la sazón ligue de Juan, presenciaba la escena divertido sin entender una palabra de nuestra conversación en castellano mientras los dos enamorados se sostenían mutuamente por la cintura y echaban chispitas de purpurina por los ojos como dos adolescentes.

—Nada de malas artes. Mi dolor de muelas es más que real y me da pánico ir al dentista; bueno... me daba.

—¡Por Dios!

Así que Juan era gay. Me puso al día después de su revisión dental, cuando fuimos los tres a tomar algo a un antro cercano que no desentonaba con la atmósfera de aquella barriada.

Mi compañero me contó que ese fue el principal motivo que lo había llevado a marcharse al extranjero a los dieciocho años. Necesitaba experimentar sin sentir el peso de ojos acusadores y chismosos en sus hombros. Me dijo que él no se escondía, pero que tampoco lo iba pregonando porque nadie lleva escrito en la frente «soy heterosexual» o «soy homosexual».

Compartieron conmigo la historia de cómo se habían conocido unas semanas antes en un bar de ambiente y había surgido la chispa del amor enseguida. Ese momento de gracia que vivía Juan fue el detonante que lo impulsó a hacerme partícipe de esa parcela de su vida privada.

El dentista me resultó muy simpático y lamenté no haber tenido muchas más oportunidades de conocerlo mejor porque, dos meses después, la relación se fue a pique y todo lo que había sido ilusión, entusiasmo y alegría se convirtió en apatía y desaliento para Juan.

Aquel día de descubrimientos y gratas noticias, lo único en lo que yo pensaba era en la cara que pondría Yusuf cuando se lo contara. Todas sus escenitas de celos siempre habían sido absurdas e injustificadas, pero bajo la luz de las nuevas revelaciones quedaban en, simplemente, ridículas.

Al contrario de lo que yo pensaba, la noche que informé a Yusuf sobre la orientación sexual de mi compañero de trabajo y amigo, apenas hablamos de las consecuencias que tenía para nosotros a nivel personal por sus celos irracionales. Quería hacerle ver que su actitud era del todo injustificable, y tenía la esperanza de que este episodio le diera una lección con aplicación práctica para el futuro. Sin embargo, nuestra conversación pronto derivó en un debate sobre la homosexualidad en el sentido más general.

No era la primera vez que abordábamos el tema, había salido a colación en ocasiones anteriores, pero de forma más breve y con menos virulencia que esta vez que terminó con un gran enfado y con la enésima visita de mis recurrentes pensamientos sobre qué demonios estaba haciendo yo en ese país y casada con ese hombre.

Seguro que podéis haceros una idea muy aproximada sobre la opinión de Yusuf respecto a los homosexuales. Lo acertaríais, pero tampoco tendríais mucho mérito por ello.

Tiempo atrás, ya me había encargado de desmontarle los mitos y la desinformación que tenía sobre este tema. A nosotros nos puede parecer increíble, pero realmente la propaganda conservadora y retrógrada funcionaba, y él creía que un hombre podía *volverse* gay por tener una experiencia con otro hombre y otros disparates de semejante calibre. Del mismo modo que también había creído que las feministas eran una suerte de lesbianas marimacho con el objetivo de erradicar a los hombres de la faz de la tierra.

Lo iluminé sobre estas cuestiones y me creyó, pero su opinión permaneció invariable.

Yusuf decía que los respetaba, pero su definición de respeto y la mía nunca había sido la misma. Creo que con *respetar* él quería decir que le daba igual que existiesen siempre y cuando no tuvieran nada que ver con él. Otra vez su concepto de tolerancia «todo el mundo puede hacer lo que le dé la gana excepto los que están a mi alrededor». Aun se debía tener a sí mismo por abierto de mente por adoptar esta postura en lugar de la que proclama que «son unos enfermos, invertidos, contranatura» y demás lindezas sacadas del ideario fascista.

Yo le dije que lo mismo cualquiera de sus sobrinos podría ser homosexual, a lo que él respondió que imposible. Y ahí fue cuando lo que hasta entonces se podría haber considerado como un diálogo de intercambio de opiniones declinó en una discusión en toda regla.

Ya no había vuelta atrás en nuestra decisión de no tener hijos, pero tuve otra vez ese deseo secreto e injusto de tener un hijo, esta vez gay, para convertirlo en el instrumento de mi lucha contra la estrechez de mente, tal y como me había pasado tiempo antes respecto a las mujeres.

—¿Por qué no puede ser el caso de tus sobrinos? Quizá tú habrías tenido un hijo gay. Igual Sahra es lesbiana.

—Porque está mal.

Esta eterna sentencia moral terminaría por crearme úlcera. Sus palabras unidas a su actitud calmada me consumían. Dudé si merecía la pena discutir o si sería mejor dejarlo correr. No, por supuesto que no merecía la pena discutir con una tapia de ladrillos, pero no me pude contener.

¿Por qué estaba *mal*? ¿Quién decía que estaba *mal*? Ya no se trataba solo de que su opinión me sacaba de quicio, es que, por añadidura, no era su propia opinión. Estaba *mal* porque lo decía la religión. ¿Tan difícil era pensar por uno mismo?

Me desgañité y me desesperé en una discusión que acabaría siendo estéril.

—Si tu religión dice que una forma de amar está mal, a lo mejor, lo que tienes que hacer es replantearte tus creencias porque una persona que se enamora de otra persona no es nada malo —acabé diciendo.

Yusuf no se acaloró en ningún momento. Para él estaba bien que yo pensase de este modo y creía que yo debía aceptar con la misma deportividad su punto de vista, como si estuviésemos hablando de que a mí me gustaba más el sofá en negro y a él en azul.

Pero no era ese caso. Lamentablemente, no se trataba de una trivialidad en la que cada uno pudiese tener su opinión personal e intransferible. Para mí, había una postura aceptable y otra inaceptable y el hecho de que mi marido pensase de aquel modo me encogía por dentro.

Hizo un amago de abrazarme y llevarme junto a él en su lado de la cama, donde nos encontrábamos en aquellos momentos finales de la disputa, cuando yo no contesté más y él dio la conversación por concluida. Pero yo no me dejé llevar, no podía. Cogí mi almohada y me levanté.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—A la otra cama. ¿Tú crees que yo puedo dormir con alguien que piensa como tú?

Y me fui a la otra habitación. Me llevaban los demonios.

Capítulo 34

«No estoy de acuerdo con lo que dices, pero defenderé con mi vida tu derecho a expresarlo» es una frase que salió no sé si de la pluma o de la boca de Voltaire. En bendita hora. Yo no paraba de repetírmela porque no sabía si mi postura era la correcta o no.

¿Todo se reducía a eso? ¿A cuestiones opinables sobre las que cada cual podía decir lo que le viniese en gana? Mi conciencia me decía que no. Que no *todo vale*, que hay líneas rojas, que la igualdad y el respeto por la forma de vida que cada uno elija están por encima de las opiniones y que, desde luego, las etiquetas de *comportamiento correcto* y *comportamiento incorrecto* están fuera de lugar siempre y cuando no se perjudique a terceras personas. Pero entonces pensaba si no estaba yo obcecada metida en mi propio casillero sin ver más allá y me preguntaba si estaba intentando imponer mi punto de vista.

¿También debía yo *defender con mi vida* que las personas que me rodeaban tuvieran ese tipo de opiniones aunque me parecieran una falta de respeto hacia otros? ¿Era eso la tolerancia?

Estaba sumida en un caos cognitivo que me hacía dudar de todo, excepto de mi sensación de angustia, que era lo único certero en todo este asunto. El hecho de que mi marido pensara que la homosexualidad *estaba mal* me sumía en un estado de impotencia, aflicción y desesperación una vez más.

No podía aceptar que él tuviera ese tipo de ideas, y si esto ya de por sí me resultaba inconcebible e inaceptable, el hecho de que las asumiese como propias porque lo decía la doctrina musulmana no hacía sino empeorar la situación.

Él decía que era algo en lo que nunca estaríamos de acuerdo y evitaba encarar el tema cambiando a otro sin la menor zozobra en el tránsito. En cambio, yo sí necesitaba hablarlo, quería que se lo planteara porque para mí era tan obvio que, si llegáramos al corazón del asunto, estaba convencida de que él acabaría por sucumbir ante la lógica, la razón y la obviedad. Pero ese era el problema, que no quería entrar a analizarlo.

Como ya me había explicado hacía una vida durante una tarde veraniega en el parque de El Retiro, si crees, no cuestionas. Yusuf no tenía reparos en reconocer que así lo aceptaba porque lo decía la religión. A mí me resultaba literalmente imposible entender cómo una persona inteligente, culta y formada podía asumir tales juicios de valor sin someterlos a los propios filtros, máxime

cuando estábamos hablando de algo tan humano, sencillo y noble como el amor y la atracción física. Algo que caía por su propio peso.

En cualquier caso, dado que Yusuf no quería encarar ni el debate de la homosexualidad ni el de aceptar ideas sin cuestionarlas, la bacteria me seguía carcomiendo por dentro sin remedio.

Como siempre me ocurría ante este tipo de conflictos, los días fueron pasando y fuimos recuperando la normalidad gracias al trajín del día a día, olvidando la discusión y las malas sensaciones, pero sin que nada hablásemos, sin arreglar nada. De modo que el bicho se dormía esperando la próxima vez. ¿Qué sería? ¿El aborto, el burka, la libertad de expresión...? Pero la pregunta más importante era: ¿podría volver a dejarlo correr o ya sería imposible seguir mirando para otro lado?

Capítulo 35

Habíamos viajado a diversos pueblos y ciudades de Turquía durante aquellos años, algunas vacaciones de verano en los lugares turísticos de la costa suroeste y escapadas de fin de semana a sitios más cercanos, pero, curiosamente, no fui a Ankara hasta pasados dieciséis años.

La capital me resultó, a excepción de algunos enclaves muy concretos, fría, despersonalizada y artificial; un decorado de pega que no te acabas de creer. Es decir, todo lo contrario a Estambul, tan viva que cada rincón cuenta una historia.

La visita no fue casual, fuimos a la boda de la sobrina de Yusuf. Fijaos que digo sobrina de Yusuf porque me refiero a la hija de Ismail. A ella y a sus hermanos los había visto una o dos veces al año durante todo ese tiempo y no tenía con ellos gran vínculo afectivo, a diferencia de lo que me ocurría con los hijos de Fatma, a los que sí consideraba mis propios sobrinos.

La chiquilla que había sido mi asidero durante mi presentación oficial a mi familia política se había convertido en una joven bonita y menuda con aspecto frágil. Llevaba prometida cerca de un año con un funcionario al que yo todavía no tenía el gusto de conocer.

Entre familiares, amigos y compañeros de Yusuf, ya había perdido la cuenta del número de bodas a las que había asistido, pero por mucho que esa cantidad se incrementara, no terminaba por acostumbrarme a las tradiciones nupciales turcas. Las celebraciones me recordaban a la apertura *light* de las discotecas porque no corría una gota de alcohol, y si tenemos en cuenta que la sociedad turca tenía grabado a fuego en el código genético el chismorreo y el meter las narices en los asuntos del vecino, las bodas se convertían en ocasiones únicas para ponerse al día sobre las vidas ajenas.

Una de sus tradiciones consistía en una reunión de mujeres en casa de la novia la víspera de la boda. A la novia le pintaban las manos y los pies con henna, las mujeres charlaban y algunas bailaban. Yo lo consideraba un equivalente a nuestra despedida de soltera. Por su parte, los hombres no tenían ningún ritual semejante, aunque en una circunstancia de este tipo, es decir, cuando viajaban de una ciudad a otra para asistir a un enlace matrimonial, acababan también reunidos, empujados por la inercia a falta de otras distracciones a las que agarrase.

Nunca me había gustado especialmente la llamada noche de la henna. No por nada, sino porque siempre me había sentido más cómoda rodeada de hombres que de mujeres. Reconozco que, en ocasiones, me lo había pasado bastante bien en este tipo de fiesta cuando la boda había sido de algún amigo de Yusuf, pero tratándose de familia, lo que único que hacía era mirar el reloj deseando que pasara cuanto antes un margen de tiempo prudente que me permitiera largarme de allí sin ofender a nadie.

La novia estaba en el centro del salón, llevando el tradicional velo rojo, rodeada de su madre, sus abuelas y otras mujeres que la pintaban y le hablaban de cómo sería su nueva vida de casada.

No podía evitar acordarme de mi propia boda siempre que asistía a esos rituales y me sentía cada vez más aliviada por haber tenido el tipo de enlace que tuve. No hubiera aguantado ser el centro de atención del espectáculo que presenciaba.

En ese salón en el que todo eran caras alegres y sonrisas, de pronto noté una nota discordante en un rincón. Elcin era ajena al ambiente de júbilo, estaba sola, de pie, delante de la ventana, con la mirada perdida, el semblante triste y un vaso de zumo fresco pegado a la mejilla. Decidí acercarme a ella.

—Pensaba que yo era la única a la que no le gustaban las bodas —dije para romper el hielo mientras me situaba a su lado.

Le costó volver de donde quiera que se encontrase fantaseando, me enfocó y se repitió mi frase que aún hacía eco en su memoria para enterarse de lo que le había dicho. Me dedicó una sonrisa vaga y triste.

—Lo siento, pero vas a seguir sola en esto. Me encantan las bodas.

—Mujer, cualquiera lo diría.

Rehuyó mis ojos e intuí que debía de pasarle algo.

—Vamos a sentarnos.

La cogí del brazo para no darle opción a que rechazase mi propuesta. Nos acomodamos en un rincón acogedor en el que había un par de sillas de mimbre flanqueando una mesa camilla. No nos proporcionaba el grado de discreción deseado, pero como la multitud estaba bastante concentrada en celebraciones, podíamos explayarnos con libertad.

—Si te encantan las bodas, ya me dirás a qué viene esa cara de funeral —retomé el tema cuando nos hubimos acomodado.

—Pues precisamente por eso... —vaciló—. Todos se casan, pero yo... ni siquiera tengo a nadie todavía.

—Así que era eso. Mujer, si solo tienes veintiséis años.

—¿Cuántos crees que tiene tu sobrina? —preguntó señalando con la barbilla al centro del salón—. Veinticinco.

—Escucha, Elcin, no puedes desanimarte por eso. Hemos venido aquí para una celebración, así que lo que vamos a hacer es pasárnoslo bien. Además, ya sabes lo que dicen, de una boda sale otra boda.

—Es por eso.

—¿Qué quieres decir? —empezaba a perderme.

Elcin dudó un momento antes de hablar, comprobó que nadie estaba pendiente de nosotras.

—Yo me veía con un chico —relató bajando la voz hasta convertirla en un susurro casi inaudible—. Fue en el pueblo, antes de irme a estudiar a Estambul. Queríamos casarnos, pero cuando él fue a pedir mi mano, mis padres no lo permitieron. Por eso me dieron permiso para ir a la ciudad.

—¿Por qué tus padres no le dieron tu mano? —pregunté interesada por la historia de Elcin.

—Es un poco complicado —dijo algo avergonzada.

—Tenemos tiempo.

Negó ligeramente con la cabeza, sintiéndose en parte culpable por darme una negativa y supe que no quería hablar de ello. Yo estaba a punto de decirle que no importaba e iba a hacerle olvidar el tema dando un giro radical a nuestra conversación cuando ella continuó.

—Sabes cómo son los pueblos pequeños. Bueno, en realidad, no sé si lo sabes. El caso es que solo viven unas pocas familias y, al final, todas acaban emparentándose de un modo u otro. Lo que te quiero decir es que el chico es familia de tu suegra. El hijo de un primo de tu suegra, exactamente.

—¿El chico con el que te querías casar es un primo de Yusuf? —quise confirmar para asegurarme de que lo estaba siguiendo.

—Sí, un primo de tu marido. Está invitado a esta boda.

—Ah.

Elcin me dejó sin saber qué decir, pero, al menos, ya podía entender porqué no se contagiaba del ambiente de fiesta imperante en la sala. Iba a reencontrarse con un antiguo novio con el que había cortado por decisión de su familia. Una decisión motivada por ¿qué? Cualquiera sabía en ese país de moral medieval.

Mi búsqueda de ideas que sirviesen para animar a Elcin se vio interrumpida por Saha, que se acercó a nosotras dando alegres zancadas.

—¿De qué habláis? —nos preguntó al tiempo que cogía un reposapiés para sentarse entre nosotras dos y de espaldas a la comitiva nupcial.

—De chicos —respondí.

Sahra se rio y para esconder su rubor, dio un trago con una pajita a su refresco.

—Oye, Sahra —empecé—. Y a ti, ¿no te gusta ningún chico?

Sus mejillas ganaron más color y, al igual que hubiera hecho Elcin minutos atrás, giró la cabeza para comprobar que el resto de las mujeres, especialmente su madre, seguían a lo suyo y nadie escuchaba nuestra conversación.

—Qué va —dijo con la vista fija en la alfombra.

—Ya, y yo que me lo creo. Tienes dieciséis años y me vas a decir que no te gusta nadie.

—¡Jo, que no! —se quejó con la vocecita que tenía cuando era una niña—. No me interesan los chicos.

—Qué mal mientes, Sahra. Que te conozco desde que llevabas pañales. A ver si te crees que no me he dado cuenta de la cara de embobada que tenías en el tren, todo el rato pegada al móvil mandando mensajitos.

Sahra se vio atrapada en mi interrogatorio y, dándose cuenta de que no conseguiría acabar con él respondiendo a las preguntas, desvió la atención.

—*Yenge*, ¿cómo son los chicos de España? ¿Son diferentes a los de aquí?

—¿Cómo quieres que Noelia lo sepa? —se adelantó Elcin a responder—. Ella se casó con tu tío.

La celebración de la boda tuvo lugar en un salón alquilado. Habían contratado una orquesta y, en general, se notaba que no habían escatimado en gastos.

Cuando empezó la música, muy pocas parejas se animaron a bailar, en cambio, la mayoría de los hombres abandonaron las mesas y salieron a la terraza para continuar sus conversaciones sin que los perturbase el ruido.

Yusuf no fue una excepción y también se levantó de la mesa. No sé qué me llevó a seguir sus pasos con la mirada, pero gracias a eso, presencié una escena muy extraña.

En su camino a la terraza, fue interceptado por su propio hermano. Intercambiaron un par de frases y Yusuf se sacó un sobre alargado del bolsillo interior de la americana, el cual pasó a manos de su hermano de forma muy discreta. Este abrió el sobre ligeramente para comprobar lo que había dentro y, apartemente conforme con ello, se lo guardó a su vez en su propio bolsillo.

Ismail le dio una palmada amistosa en el hombro a mi marido y cada uno siguió su camino.

Intrigada por aquello y sin nada más interesante que hacer, me dispuse a averiguar de qué iba eso. Me levanté y seguí a Yusuf al exterior. Cuando trasasé el ventanal, la veintena de hombres que había allí me miró como si en lugar de haber salido a la terraza me hubiera metido en el lavabo de chicos. ¿Otra norma no escrita? ¿Las mujeres se tenían que quedar sentadas en el comedor y solo podían salir fuera los hombres? No me di por aludida.

Alcancé a mi marido antes de que se uniera a algún corrillo.

—¿Qué era ese sobre que le has dado a tu hermano?

Evidentemente, yo no había conocido a Yusuf de niño, pero me apostaría doble contra sencillo a que la cara que le estaba viendo en ese momento era exactamente la misma que pondría de pequeño cuando lo sorprendían en un renuncio.

—El regalo de la boda —contestó apresuradamente y con la intención de dar el asunto por zanjando amagando girarse para continuar su camino.

Claro, que yo no lo iba a permitir. Achiné los ojos y lo retuve agarrándolo del brazo.

—El regalo de la boda lo ingresamos en la cuenta de los chicos la semana pasada.

Yusuf se humedeció los labios y me miró con cara de súplica.

Otra de las tradiciones en las bodas turcas era que, tras la finalización de la ceremonia, los invitados daban dinero a los novios, pero de una forma un tanto peculiar.

Los invitados de la novia prendían en su vestido billetes y monedas de oro con un lazo rojo. Los invitados del novio hacían lo propio en su traje. Como os podéis imaginar, esto no servía más que para saber cuánto regalaban unos y otros y tener tema de conversación para el resto del día.

Yusuf lo odiaba, así que lo que hacía era poner un billete simbólico para cumplir con el ritual y después, regalaba a la pareja lo que él consideraba lejos de miradas curiosas.

Yusuf podría tener muchos defectos, pero la tacañería no era uno de ellos, simplemente, no soportaba jugar a ver quién se cree mejor porque da más dinero delante de todos.

—Además —seguí—, que yo sepa, tu hermano lleva treinta años casado, ¿por qué habríamos de darle un regalo de bodas a él?

—Noelia, ahora no y ¡baja la voz!

Se zafó de mí y se apresuró a unirse a un grupo que conversaba animadamente. Yusuf había conseguido que mi simple curiosidad se convirtiese en absoluta intriga. Era evidente que le había dado dinero, pero ¿por qué?, ¿para qué?, y ¿cuánto?

Volví de nuevo al salón y, desde la distancia, atisbé mi lugar en la mesa donde estaban mi suegra, Fatma y Mehmet hijo entretenido con su teléfono móvil de última generación; Sahra estaba bailando. Haría cualquier cosa antes que tomar asiento de nuevo allí. Miré en derredor y vi a Elcin en otra de las mesas, con su familia. Había una silla libre a su lado y no me lo pensé dos veces.

—¿No bailas?

—Nadie me saca.

—¿Y qué? Mira a Sahra. No espera a que nadie la saque.

—No es lo mismo.

—¿Y por qué no?

—Elcin tiene razón —intervino su hermana mayor en la conversación—. Sahra es todavía una cría y puede permitirse hacer eso. Aunque la verdad, ya va teniendo una edad, y si yo fuera su madre, la empezaría a ir poniendo en su sitio. Pero Elcin ya no es ninguna niña. Es una mujer decente y no puede exhibirse como si estuviéramos en un mercado de ganado.

Me dijo esto con aire de superioridad y como si se creyese en posesión de la Verdad Absoluta, me lanzó una mirada de desprecio. Se había dignado a hablarme porque el mensaje que me había transmitido tenía como objetivo instruirme sobre la rectitud moral. De haber sido otro menester, no creo que le hubiera dirigido la palabra a una infiel libertina. Me imaginaba que después de eso, tendría que ducharse cinco veces con lejía, no fuera a pegársele algo de mi comportamiento pecaminoso.

Yo me desgañaba y me desesperaba con las ideas conservadoras de Yusuf porque él era muy importante para mí. Pero que el resto de la gente pensase de ese modo, o incluso de forma más radical, me traía sin cuidado. No es que me diera igual, pero no me producía ese torrente de sentimientos negativos que padecía cuando se trataba de Yusuf. En esos otros casos, como ocurrió entonces con la hermana de Elcin, me limitaba a practicar el noble arte de ignorar al prójimo.

—Elcin, ¿me acompañas a pedir un refresco?

No me apetecía tomar nada, solo quería tener una conversación normal sin la intromisión de aspirantes a fundar una inquisición islámica.

—Ahora entiendo por qué en la pista de baile solo hay parejas de ancianitos y niños —dije haciendo referencia al comentario de su hermana.

No me contestó. Esperábamos en la barra a que nos sirvieran, en un silencio bastante deprimente. Yo ya no sabía qué hacer para que se animase. En la ceremonia, que había tenido lugar por la mañana, habíamos visto al chico de su pueblo del que me habló el día anterior. El chico había acudido a la boda con su esposa, que, para más inri, estaba embarazada. Se habían saludado con la frialdad de quien no se conoce, y desde ese momento, Elcin había dejado de ser persona.

Cuando nos sirvieron nuestras bebidas, nos giramos ciento ochenta grados al unísono para quedar con la espalda apoyada en la barra y la vista sobre las personas que bailaban.

—¿Tú estás de acuerdo con lo que dice tu hermana sobre bailar sola?

Su respuesta fue un encogimiento de hombros. Eso significaba que sí.

—Bueno, pues si no quieres bailar sola, saca tú a alguien —continué.

—Tú estás loca —me dijo—. No sé si viniste de España o de Júpiter.

Me mordí el labio inferior. Hacía resonar mis uñas tamborileado contra el cristal del vaso de tubo. Terminó una canción y empezó la siguiente.

—Sujétame esto y espérame aquí. Voy al servicio.

No fui al servicio. Salí de nuevo a la terraza. Me miraron otra vez como a una cucaracha en un plato de sopa, pero esta vez durante menos tiempo. Solo hasta que se dieron cuenta de que se trataba otra vez de la extranjera que no se atenía a convenciones culturales.

Localicé a mi marido de espaldas en un pequeño círculo de hombres que estaban muy atentos a las opiniones políticas del padre del novio. Llamé la atención de Yusuf con un toque en la espalda y se giró para atenderme.

—Te quiero pedir un favor. Saca a bailar a Elcin.

—Noelia... si sabes que yo no bailo.

En eso tenía razón. No lo había visto bailar nunca.

—Por favor, es muy importante. Solo una canción.

—Si fuera otra cosa, os ayudaría encantado, pero bailar no, Noelia.

—Oye, cuñada —se entrometió Ismail—. Si necesitas pareja de baile, estoy disponible.

—No es para mí.

Alzó las manos mostrándome las palmas, queriendo decir que él se había ofrecido a ayudarme, pero que si su ofrecimiento no encajaba con mi demanda, ya no podía hacer nada más por mí.

No me quise dar por vencida y me acerqué a los amigos del novio. Eso ya era del todo insólito para la parroquia. Ni siquiera los conocía.

Afortunadamente, eran chicos jóvenes y más abiertos de mente que el otro sector de la boda. Después de las presentaciones y de un par de bromas, pude reclutar dos voluntarios para bailar. Uno conmigo y otro con Elcin.

Bailamos dos canciones e hicimos intercambio de parejas.

—¿Qué te parece mi amiga? —le pregunté mientras bailábamos al chico que ya lo había hecho con Elcin.

—Bien... —dijo sin ningún entusiasmo.

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Y qué te parecería salir con una chica como ella?

—Bueno... No es el tipo de chica que me gusta.

—Ah, ¿no? Y, ¿por qué?

—Pues... porque... me gustan las chicas más... abiertas. Con otras inquietudes, que no sean mojigatas.

—Acabas de conocer a Elcin. No sabes si ella es así o no.

—Ya. Lo que pasa es que lleva *hijab* y se nota a la legua que es la típica chica turca que solo piensa en casarse. Mira, yo ya no vivo aquí. Soy ingeniero y emigré a Holanda. Vivo en Ámsterdam. Sé lo que hay.

Capítulo 36

Esperé a preguntar por el misterioso asunto del sobre, que pasó del bolsillo de mi marido al de mi cuñado, a estar de vuelta en casa. No sé si Yusuf respiraba aliviado pensando que me había olvidado del tema, pero no. No me había olvidado en absoluto.

Esperé a mentarlo de nuevo porque otra de las particularidades de los turcos es que no te permiten quedarte en un hotel cuando la familia o los amigos tienen casa en determinada ciudad. Y esto es así aunque tengan que montar andamios en el salón que hagan el servicio de literas para dar cabida a todo el clan.

Siendo una boda como fue el motivo de nuestro desplazamiento, el hermano de Yusuf tuvo que acoger a muchos huéspedes. Me atrevería a decir que los prisioneros de Mauthausen tuvieron más intimidad y menos hacinamiento que nosotros durante aquel fin de semana.

—¿Ya es un buen momento? —le pregunté.

Ya de vuelta en casa, estábamos en el dormitorio poniéndonos el pijama para acostarnos.

—Buen momento, ¿para qué? —me respondió Yusuf distraído.

—Para que me cuentes de qué iba lo del sobre que le diste a tu hermano en la boda —dije despreocupadamente mientras me metía en la cama.

Me dedicó su atención y resopló sin mostrar mucho interés en darme explicaciones. Supe lo que significaba su reacción. Yo debía darme por enterada de que era un asunto *personal* y no debía hacer más preguntas. Pues no compraba.

Me quedé esperando una respuesta que no llegaba. Le permití que terminara de ordenar sus cosas y se metiera en la cama antes de volver a la carga.

—¿Y bien?

—Noelia... —se resignó—. Sabes que las bodas son un cúmulo de gastos y son los padres de la novia los que, normalmente, costean la celebración. Era una ayuda para mi hermano.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no tiene importancia.

—Pues es que precisamente gana importancia cuando no me lo dices y lo haces a escondidas.

—Eso es absurdo —sentenció y, dando la conversación por terminada, apagó la luz desde su lado de la cama y se recostó cubriéndose con el edredón.

Pero la conversación estaba lejos terminarse. Encendí la luz desde mi lado.

—¿Pero se lo has dado o se lo has prestado? —seguí.

—No te preocupes por el dinero, no nos va a faltar para vivir —respondió serio y empezando a sentirse irritado.

—No me preocupo por el dinero. Date cuenta de que ni siquiera te he preguntado cuánto le has dado. Pero me estoy empezando a preocupar por otra cosa.

—¿Por qué?

—Porque tú siempre dices que el dinero es de los dos. Odias lo de *esto es mío y esto es tuyo*. Entonces, bien lo hayas prestado, bien lo hayas regalado, era de los dos y deberías habérmelo dicho.

Me miró de hito en hito. Estaba intentando deducir cuáles eran mis intenciones. ¿Estaba sirviéndome de demagogia para sonsacarle o realmente me sentía ofendida? Sin lugar a dudas, era lo segundo.

—Escucha. No quieres entender que es una cuestión de honor el hecho de que un hombre mantenga a su familia. Nos han educado para eso, y el hombre que no puede hacerlo, se siente avergonzado, que no vale para nada. Mi hermano necesitaba ayuda para afrontar los gastos de la boda de su hija y no quería que se enterase su familia, ni la familia del futuro marido de su hija ni nadie, lo que comprendo perfectamente.

—Menos mal que queráis que no se enterara nadie. Se lo diste en el comedor, delante de todo el mundo. Aunque eso no es lo que importa. No estoy hablando del honor de tu hermano ni de prestar dinero. Lo que estoy diciendo es que nosotros, como pareja, deberíamos estar por encima de eso. Entiendo que puedas tener asuntos con tu hermano, con tus amigos o quien te dé la gana que sean ajenos a mí, no tengo por qué tener metidas las narices en todas las parcelas de tu vida, pero es que esto también iba conmigo. Era algo de los dos. No lo entiendo. Siempre eres tú el que dice que hay que compartirlo todo, que si no, no tiene sentido vivir en pareja.

—Lo siento. Tienes razón, pero no tiene mayor importancia, de verdad.

—¿No tiene mayor importancia? Me pregunto cómo reaccionarías tú si yo hiciera algo semejante.

—No sería lo mismo.

—Ah, ¿no? Y, ¿por qué?

—Porque no.

—¿Porque soy una mujer?

—Yo no he dicho eso.

—No. No hace falta que lo digas.

Odiaba discutir por dinero. Después de la disputa que habíamos tenido años atrás cuando descubrí en un cajón facturas que no me había cobrado, esta había sido la siguiente. Aunque, a decir verdad, en esta ocasión, el dinero no fue el verdadero motivo, solo era un instrumento que había servido para sacar a la luz otras carencias. Exactamente, ¿cuáles? ¿Falta de confianza de Yusuf en mí? ¿Tejemanajes a mis espaldas? ¿Hacerme de menos al no informarme de según qué decisiones?

Eran estas preguntas sin respuesta las que me preocupaban y no cuánto le había dado a su hermano, por qué y si nos lo devolvería o no. Claro que de haber sabido que la excusa de la ayuda para pagar la boda era una burda mentira, seguramente sí me habría interesado por el cuánto y por el por qué. Pero esto ya lo supe cuando ya nada me importaba.

Capítulo 37

Una mononucleosis. Esta enfermedad se convirtió en el empujón que Juan necesitaba para hacer las maletas y volver a casa. Con «casa» quiero decir España.

Ya había comentado hacía tiempo que quería volver, pero, al no encontrar una oportunidad laboral que le satisficiera, seguía prolongando su estancia en el extranjero. Sin embargo, el contagio de mononucleosis que lo mantuvo encerrado en su buhardilla durante casi tres semanas fue el acicate definitivo, porque no solo estuvo encerrado, sino también enfermo y solo.

Fueron estas dos últimas características de su condición las determinantes. Encontrarse enfermo durante tantos días en una casa vacía, sin nadie que lo asistiese, lo llevó a renunciar a su puesto de trabajo cuando dieron comienzo las vacaciones del segundo trimestre e hizo las maletas. Poco después de aquello, me escribió feliz desde su nuevo despacho en la Universidad de Salamanca.

Durante su convalecencia, procuraba visitarlo a diario o, como mínimo, cada dos días. Le hacía la compra, le preparaba sopas y lo entretenía poniéndolo al día sobre los chismes que circulaban por nuestro centro de trabajo. Le llevaba libros y revistas para los cuales no tenía humor, su estado solo le permitía hojearlos distraídamente durante cuatro minutos para volver después a su letargo, tumbado en la cama con la permanente compañía de la televisión como ruido de fondo.

Un domingo convencí a Yusuf para que me acompañara a visitarlo. Apelé al juramento hipocrático a pesar de que, evidentemente, era una exageración. Juan había recibido los cuidados médicos necesarios y oportunos y seguía el tratamiento prescrito, aunque una segunda opinión tampoco estaba de más, Yusuf siempre podría aportar algún consejo extra que ayudase a mejorar el estado de mi amigo.

No era el único motivo. Principalmente quería que me acompañara para que dejase de agobiarme con sus paranoias.

Tras la revelación de la orientación sexual de Juan, los celos de Yusuf hacia él se habían calmado, pero, aun así, no le hacía ninguna gracia que fuera a su casa.

Por mucho que Juan fuera gay, seguía siendo un hombre y por la gracia de algún mecanismo que nunca llegaré a comprender, Yusuf tenía grabada a fuego la idea de que si un hombre y una mujer estaban en privado, lo más probable es

que terminaran seduciéndose mutuamente y enredados entre sábanas. Resultado también plausible aunque uno de los dos estuviese con cuarenta de fiebre y sin poder levantarse de la cama. Tampoco era impedimento para dar rienda suelta a la lujuria que la susodicha enfermedad fuera contagiosa y el medio de contagio fuera la saliva. Yusuf veía oportunidades de fornicación por doquier cuando ni él ni nadie de su entorno habían vivido nunca una situación semejante. Curioso cuanto menos.

De modo que para matar definitivamente sus comentarios, lo arrastré conmigo.

Yusuf y Juan no se habían visto muchas veces; solo en alguna ocasión en la que Yusuf me había ido a recoger al trabajo. En esas situaciones, no habían pasado de un intercambio de saludos educado a la par que frío, distante y calculador.

Eso había ocurrido cuando Yusuf daba por hecho que lo único que Juan tenía en la cabeza era el deseo de conocerme más profundamente, en el sentido físico del término. Ahora que sabíamos que era más probable que Juan quisiera rebozarse con el propio Yusuf que conmigo, esperaba que la barrera de desconfianza desapareciese. Claro que, plantearlo así, tampoco era la mejor de las estrategias para conseguir que Yusuf bajara la guardia.

Una vez en el piso de Juan, Yusuf se interesó por su estado. Al principio, adoptó una pose profesional. Distancia y preguntas de rutina: temperatura, medicamentos prescritos, localización de las dolencias, etcétera. Mientras tanto, yo ventilaba la estancia y mudaba la cama.

Una vez que Yusuf terminó de darle consejos a Juan para que se recuperase más prontamente, consejos que, por otra parte, el enfermo ya conocía de sobra, se quedó de pie, aún con el abrigo puesto, esperando a que yo terminase lo que tuviese que hacer para marcharnos cuanto antes, cosa que no entraba en mis planes.

—Yusuf, ¿por qué no te sientas mientras preparo un caldo?

Me retiré con toda la intención, para ver si forzando un poco la situación, se podían derribar algunos clichés y complejos. Me sentía como si estuviera obligando a dos niños a pedirse perdón después de una pelea.

No sé cuánto tiempo pasé metida en la cocina, juraría que no más de quince minutos, pero viendo lo que me encontré a mi regreso, habría dicho que horas.

Semanas y meses habría dicho que necesitarían esos dos para dejar prejuicios a un lado y hablar de persona a persona, en lugar de turco conservador a homosexual, o de musulmán a español libertino. Pero el caso es

que cuando me reuní con ellos, analizaban animadamente la situación del Fernerbahçe como si fueran amigos de toda la vida. Bendito fútbol. Si no fuera porque Juan nos dejó pocas semanas después, aquellos dos podrían haber terminado siendo íntimos. Vivir para ver.

Otra ausencia.

Juan se iba dejando otro hueco huérfano en mi vida.

En primer lugar, había sido yo la que se había marchado, de España en este caso. Aunque fui yo la que emigró, en mi maleta también llevaba el peso de la gente que dejaba atrás. Mis padres, mi hermano, mis amigos. Yo me separaba de ellos, pero ellos causaban baja en mi vida. Y después, los que se iban dejándome a mí atrás. Macarena, Juan.

El Instituto se volvía a convertir estricta y simplemente en un centro de trabajo. Allí veía a compañeros y a alumnos, pero no a amigos, y esto afectaba a la motivación, o a la falta de ella, que me embargaba cada mañana cuando sonaba el despertador.

Otra vez mi red social se reducía a Yusuf y su familia, con lo inconveniente que podría resultar si las cosas se torcían.

Capítulo 38

Estaba sola en casa, rebozando pescado, cuando llamaron al timbre. Pasé rápidamente los dedos por el chorro del grifo para quitarles la capa de harina y huevo y fui a abrir la puerta.

—Mehmet — me sorprendí.

Me hice a un lado para dejarlo pasar, lo único que hizo fue salvar el paso que lo trasladaba al otro lado del marco de la puerta para poder cerrarla y que ningún vecino curioso, es decir, ningún vecino, se enterara de nuestra charla.

Era la primera vez que Mehmet y yo estábamos a solas de ese modo, y estábamos a punto de tener la conversación más larga de nuestra historia común.

—He venido a buscar a Sahra.

Vacilé un instante antes de contestar, Sahra no estaba conmigo, lo que me preocupaba era la posibilidad de que ella hubiera mentido diciendo que estaba en nuestra casa para hacer algo que no sería bien visto por sus padres. En cualquier caso, la situación me empezaba a parecer de lo más extraña, ¿Mehmet ocupándose de recoger a su hija? Él no consideraba que ese fuera su cometido, antes mandaría a Fatma o a Mehmet hijo, y aun antes de eso, llamarían por teléfono para decirle que volviera a su casa. ¿Acaso mi sobrina estaba metida en problemas? Que yo supiera, hasta la fecha, Sahra nunca me había usado de tapadera para sus salidas, decidí decir la verdad, de todos modos, no tenía opción.

—Tu hija no está aquí.

—Ah. —No parecía ni sorprendido ni enfadado—. He salido de la tienda e iba para casa. Pensé que Sahra estaría aquí y decidí pasar a recogerla, ya sabes, siempre está revoloteando por aquí, le encanta pasar tiempo con su *yenge*...

Insólito.

Y aterrador. Mehmet siendo amable conmigo, con su hija y con mi relación con su hija, algo muy gordo se tenía que estar cociendo. Decidí adoptar una postura precavida.

—Pues lo siento, no está aquí —dije pensando erróneamente que con aquello la conversación concluiría y yo podría volver a ocuparme del pescado.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, ¿quieres pasar? Estaba preparando la cena.

Mehmet me siguió obediente hasta la cocina, se sentó en la banqueta que le dispuse y rechazó la bebida que le ofrecí.

La situación enrarecía por momentos y cuando más inverosímil era, más me convencía de que había gato encerrado. Por lo pronto, veía que lo de pasar a recoger a Sahra no había sido más que una excusa para abordar lo que fuera a preguntarme a continuación.

—La semana que viene es mi aniversario de bodas, y me preguntaba si podrías hacerme alguna sugerencia sobre qué podría regalarle a mi mujer.

Perplejidad absoluta.

¿Había cámaras ocultas? ¿Dónde estaba la trampa? No podía ser cierto que Mehmet se hubiera molestado en venir a mi casa con una excusa cualquiera para terminar pidiéndome consejo sobre qué regalarle a su mujer por su aniversario. A mí, que no me podía ni ver. Que yo supiera, el sol todavía no se había desintegrado ni los humanos estábamos dominados por una raza superior; así que no, no me lo tragaba, pero le seguí el juego.

—A Fatma le gustan las joyas, ¿no? Lo tienes fácil entonces. Una pulsera, un anillo...

Mehmet se tomó su tiempo para valorar mi consejo, y, mientras tanto, yo aproveché para ir metiendo cacharros sucios en el lavaplatos, pensando si esa situación seguiría degenerando y mi cuñado terminaría pidiéndome que lo acompañara a la joyería.

—No es una mala idea —decidió por fin—. Es curioso, siempre pensé que todas las mujeres se morían por las joyas. Sin embargo, tú... siempre dando la nota discordante.

—Cada mujer es una persona única y no se puede generalizar sobre nuestros gustos. Es cierto, personalmente, las joyas no me dicen nada. No me aportan nada, ya ves que nunca llevo ninguna. Me parece un gasto tonto. Si alguien quisiera regalarme una joya, le diría que mejor utilizáramos ese dinero para algo más práctico o para disfrutarlo haciendo un viaje o saliendo a cenar, por ejemplo. Pero respeto a las personas que les gusten, por supuesto —se me ocurrió decir en el último momento, no fuera a ofenderse por mi explicación.

—Yusuf tiene suerte contigo. No quieres regalos caros y, además, tienes tu propio sueldo.

Ese comentario me recordó que Yusuf siempre decía que Mehmet era un avaro.

No supe qué responder, de modo que me quedé callada. Tenía claro que fuera cual fuera el propósito de su visita no tenía nada que ver eso y yo solo

quería que fuera al grano cuanto antes para que se marchara cuanto antes. Estaba tremendamente incómoda con su presencia.

—Solo te estaba elogiando, no hace falta que te pongas a la defensiva.

—No me pongo a la defensiva, no he dicho nada.

—Lo entiendo —dijo ignorando mi último comentario—. Nunca nos hemos llevado del todo bien. Creo que es hora de que te diga que no es nada personal, el problema es que nunca has querido entender cómo son las cosas aquí, y eso no se puede pasar por alto.

Me hablaba con un tono de suficiencia y prepotencia que me daba alergia. Yo estaba de pie, apoyada sobre la encimera, con los brazos cruzados y la frente arrugada, totalmente alerta. Eché un vistazo rápido al reloj de pared para calcular si Yusuf tardaría mucho en llegar.

—Te equivocas, Mehmet. Entiendo perfectamente cómo son aquí las cosas, precisamente ese es el problema. Sé cómo son y no me gustan.

—Ya veo. Lo que ocurre es que en la vida hay que hacer sacrificios. Supongo que no te educaron así, pero así debe ser. Las normas están para algo, las jerarquías están para algo, las tradiciones existen por una razón. Por supuesto, muchas cosas quizá no nos gusten, pero hay que obedecer porque si no, sería el caos. Hay que pensar en el bien común mayor y no en el propio.

¿Qué cojones me estaba diciendo? ¿Adónde quería llegar?

—Esa es tu opinión. Yo tengo otra diferente.

—¿Opinión? ¡Dios mío! Como sigáis con esa mentalidad en occidente, vais a acabar a la deriva. ¿Cómo puede ser una cuestión de opinión el respeto a la familia? La familia es lo más importante en la vida y lo que da sentido a la nación. Para que la familia funcione tiene que haber una jerarquía que debe ser respetada sin condiciones.

¿Qué tenía que ver la familia con lo anterior? Estaba convencida de que a este hombre le tenía que haber dado un ictus a algún otro patatús cerebral para que hubiera terminado sentado en mi cocina hablándome primero del gusto de las mujeres por las joyas y después dándome sermones reaccionarios. Puesto que yo estaba alucinando, hubo un momento en el que me concentré en mis propios pensamientos y perdí el hilo del monólogo de mi cuñado, cuando me reenganché, no pude deducir la conexión que le había llevado de hablar de la jerarquía familiar a los favores personales.

—... para mí habría sido más cómodo no hacer nada, pero decidí ayudarla y gracias a eso, Elcin ahora tiene un trabajo en la guardería. Y cuando llegue el momento, si yo le pido un favor, ella me lo devolverá.

¿Me estaba intentando decir algo entre líneas? ¿Debía advertirle a Elcin que se anduviese con cuidado?

—¿Sabes lo que me recuerda a mí eso? —me atreví a decir—. A la mafia siciliana.

Le hizo gracia mi comentario y pareció que daba por concluida su misión, cual quiera que fuese, al ponerse de pie y ajustarse los pantalones, que llevaba demasiado subidos para mi gusto. Pero aún le faltaba dar la puntilla. El final apoteósico.

—Querida cuñada —escupió—. Yo te he explicado lo que es lo correcto, y si eres inteligente, me harás caso. De lo contrario, vas a sufrir mucho. *Bak, beni dinlemezsen karismam*¹ —concluyó.

¿Me estaba amenazando? ¿Todo esto era por el tiempo que Sahra pasaba conmigo? Tenía sentido teniendo en cuenta lo que había dicho sobre la jerarquía familiar, pero ¿qué tenía que ver Elcin en todo esto? Era a ella a quien había nombrado.

Quería relatarle a Yusuf el episodio que había protagonizado, pero exactamente, ¿qué iba a contarle? No entendía nada de lo que había pasado.

¹ (Dicho). Si no sigues mis consejos, luego no me metas en tus problemas.

Cuarta parte

Capítulo 39

Yusuf y yo volvíamos a casa después de hacer la compra, cargados de bolsas. Subíamos las escaleras del edificio bromeando, no recuerdo sobre qué, pero sé que nos reíamos y la risa se nos cortó a los dos *ipso facto* cuando llegamos a nuestro rellano y nos encontramos a Sahra sentada en el último escalón, esperándonos, con los ojos hinchados por haber estado llorando.

Yusuf fue el primero en reaccionar. Soltó las bolsas y le preguntó a su sobrina qué le pasaba, poniéndole una mano cariñosa en la mejilla. Antes de dejarla hablar, abrió apresuradamente la puerta del piso para que pasáramos todos. Me pidió que hiciera té (el remedio turco para encajar todos los males del mundo) y me di cuenta de que Yusuf había dado por hecho que Sahra había acudido a nuestro piso por él, para contarle a él el problema y pedir su ayuda. Sin ánimo de caer en la pretensión, yo no estaba totalmente de acuerdo con eso, pero no dije nada y preparé el té.

Sahra había vuelto a empezar a llorar, motivo por el cual no podía hablar, y Yusuf estaba esperando a que se calmara mientras le ponía una mano reconfortante en la espalda. Así es como los encontré cuando entré en el salón con el té. Yusuf le ofreció enseguida un vaso a su sobrina, instándole a que bebiera.

Sahra dio un sorbo minúsculo, se secó las lágrimas de la cara y nos miró alternativamente, mordiéndose el labio inferior.

—Es por lo de la universidad —nos explicó con voz entrecortada—. Mis padres no quieren que vaya.

Yusuf y yo nos buscamos mutuamente con la mirada y los dos nos hayamos perdidos, sin saber qué decir ni cómo ayudar.

Sahra, con sus dieciocho años que había cumplido hacía unos meses, había terminado la educación secundaria con unas notas brillantes en las materias relacionadas con las lenguas y las ciencias y notas más que buenas en el resto de asignaturas. Su sueño era estudiar biología. Lo había decidido ya hacía años, cuando tenía trece o catorce. Se lo decía a todo aquel que la quisiera escuchar, incluidos sus padres, por supuesto, y nunca le habían intentado frenar esas ideas, por lo que todos habíamos dado por hecho que la chica, efectivamente, acabaría estudiando biología en la universidad.

Pero había llegado el momento de la verdad. El momento de encarar las pruebas de acceso a la universidad, las cuales no tendría ninguna dificultad para aprobar, y a continuación, formalizar la matrícula.

No había habido inconveniente en dejar volar la imaginación de una cría. «Dejemos que sean felices mientras puedan, ya crecerán y se darán de bruces contra la realidad». Eso debieron de pensar Fatma y Mehmet. Sahra ya había crecido, y ahí estaba dándose de bruces contra la realidad, con otra realidad diría yo porque, a mi modo de ver, esta niña iba de desencanto en desencanto.

—Dicen que no hace falta que vaya a la universidad. Me han dicho que si quiero seguir formándome, puedo hacer algún curso de, por ejemplo, peluquería o secretariado en Sariyer, pero ni hablar de la universidad ni de Estambul —nos explicó indignada—. Ya tengo dieciocho años, debería poder hacer lo que quisiera.

—*Canim*, yo tengo más de cuarenta y sigo sin poder hacer lo que quiero —le respondió Yusuf atusándole el pelo.

A pesar de todo el tiempo que llevaba viviendo allí, seguía sin entender a esa gente. No entendía cuál era el problema en que una hija fuera a la universidad y, desde luego, proponer a Sahra estudiar peluquería era no conocerla en absoluto. Yo siempre había pensado que el principal horizonte de una madre es ver a sus hijos felices, pero, como yo no era madre, puede que estuviese equivocada.

Yusuf le prometió a Sahra que hablaría con sus padres. Yo no metí baza porque no quería darle falsas esperanzas, y puesto que a mí no me gustaba escuchar palabras huecas cuando tenía un problema, tampoco me gustaba decirlas.

Se quedó encogida en nuestro sofá, viendo una película hasta la hora en la que había quedado con sus amigas y se marchó. Ya no se le veían los surcos de las lágrimas ni los ojos hinchados, pero la cara de tristeza y la actitud apática eran fácilmente perceptibles.

—¿Crees que podrás convencer a sus padres? —le pregunté a Yusuf al quedarnos solos.

—¿Tú has visto a alguien convencer alguna vez a Mehmet de algo? —me preguntó a su vez.

—¿Entonces...?

—No sé, habrá que intentarlo por lo menos.

—Pero si no cambia de opinión, ¿qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer, Noelia? —me devolvió la pregunta.

—¿No hay alguna beca que pueda pedir? Tiene buenas notas, si consigue dinero para ser independiente, podría irse a un piso de estudiantes a Estambul, daría igual lo que dijera su padre.

—No, no hay ninguna beca que pueda pedir. Su padre es empresario, no se la darían. Pero no es un problema de dinero, si fuera eso, yo le daría todo el que necesitara. La cuestión es que si hace eso oponiéndose a su familia, se queda sola. La relación con sus padres no es la más idílica, pero siguen siendo sus padres, querrá seguir teniéndolos en su vida. Tampoco querrá perder a su hermano ni a sus abuelos. Te aseguro que todos le darían la espalda. Además, ¿un piso de estudiantes en Estambul? No es una buena idea para una chica. ¿Sabes lo que podría ocurrir? Después, nadie querría casarse con ella y acabaría pasando de unas manos a otras siendo despreciada por tíos que solo la buscarían para eso. Una vergüenza para la familia.

Pereza infinita.

Eso es lo que me provocó el giro que Yusuf había dado a la conversación sobre cómo podíamos ayudar a su sobrina a ir a la universidad hasta convertirla en un asunto sobre las relaciones fuera del matrimonio y, sinceramente, no acababa de entender qué tenía que ver una cosa con la otra.

¿Merecía la pena? ¿Merecía la pena comenzar a desmenuzar la sarta de necedades que había dicho en menos de un minuto para hacerle ver que era un gran sinsentido? Estaba muy cansada de intentar derribar esa montaña con la que llevaba años luchando y tenía la impresión de que no se había ni inmutado en todo ese tiempo.

Lo dejé correr. No dije nada más. Decidí que lo mejor era centrarse en aspectos prácticos, en cómo poder ayudar a Sahra. Una mujer concreta, un tiempo concreto, un lugar concreto y un problema concreto. Quizá eso era lo mejor y lo único que podía hacer.

Capítulo 40

Dicen que las personas que no leen solo viven una vida, mientras que las que leen, viven tantas como libros hayan disfrutado. Por este motivo, aunque yo nunca había visto una pistola de cerca, gracias a Mario Puzo conocía lo que se experimenta cuando te alcanza una bala y, aunque nunca había estado embarazada, gracias a Dolores Redondo supe lo que se siente cuando llegan las contracciones del parto. Del mismo modo, también me creía conocedora de los entresijos de las relaciones maritales debido a la inagotable lista de lecturas realizadas que contenían enredos amorosos.

Entre la teoría y la práctica que yo misma experimentaba en el día a día de mi relación, estaba convencida de que lo denominado *pasión* no es eterno y que las parejas perduran unidas porque consiguen que los potentes sentimientos perecederos que los asaltan en los comienzos muden en estabilidad, cariño, confianza, entendimiento y apoyo mutuo con el paso de los años.

Por eso yo, en ningún momento, había considerado que mi matrimonio estuviera en crisis. A mi modo de entender, era normal que ya nouviésemos la misma ansia por el otro que teníamos cuando éramos recién casados, que no necesitásemos tocarnos a cada segundo, que nos sentásemos a ver la televisión y priorizásemos más sobre la comodidad y acabásemos sentados separados en lugar de ocupar los dos el espacio de una sola persona para entrelazarnos todas las extremidades habidas y por haber. Que no nos esperásemos siempre para comer o que estuviéramos en habitaciones separadas haciendo cosas distintas. Yo pensaba que esto era el devenir previsto, pero quizá estuviera equivocada y no eran sino síntomas del declive de mi matrimonio que no supe reconocer.

Cuando ocurre algo como lo que me pasó a mí, es inevitable que, *a posteriori*, no se deje de pensar en lo sucedido y se busquen las causas. Para ello, se peinan todos los recuerdos y escenas vividas, se analizan desde mil ángulos en busca de esa razón, ese motivo que no supiste ver, que ha dado al traste con tu vida.

Con este repaso de los acontecimientos también fue cuando me di cuenta de que tampoco había dado la suficiente importancia al comportamiento taciturno y reservado que había mostrado Yusuf durante las semanas previas a aquel fatídico día. Había estado muy callado, cabizbajo, nervioso en ocasiones, apático, sin ganas de hacer nada ni de salir, pasándose las noches en vela.

Asumiendo que algo iba mal, le pregunté varias veces qué le pasaba, si había algo que le preocupara. La respuesta que obtuve en cada ocasión fue que

no había ningún problema, que todo estaba bien. Si yo insistía apelando a los síntomas visibles de su conducta inusual, me decía que estaba cansado por causa del trabajo. Evidentemente, yo no me lo creía, sabía que había motivos subyacentes y, seguramente, más graves, pero entendía que no me lo quería contar y lo respetaba. Entonces, lo que intentaba era cambiar de tercio. Procuraba animarlo y distraerlo para que su cabeza dejara de rumiar problemas. Hablaba de cosas triviales y divertidas y proponía planes, pero por más que me esforzaba, veía que Yusuf era incapaz de apagar ese interruptor. Me preocupé, pero sabiendo que él estaba teniendo problemas, no quise forzar más la situación. Esperaría respetuosamente hasta que se arreglara o hasta que lo quisiera compartir conmigo.

Y al final lo compartió conmigo. No había otra salida dado que también me afectaba a mí.

Ante este tipo de situación, es inevitable pensar si el devenir de los acontecimientos habría resultado de otra forma si no hubiéramos dejado enfriar la pasión, si yo hubiera estado más atenta, si no le hubiera dado tanto espacio.

Tienen que pasar años para darte cuenta de que no existen tales causas que justifiquen toparse con lo que yo me topé. Es difícil dejar de sentirse culpable, siempre se tiende a pensar que, de haber estado más atentos, podríamos haber hecho algo que evitara la catástrofe. Sin querer eludir mi parte responsabilidad, a día de hoy puedo decir que lo que pasó no fue culpa mía y aunque yo hubiera sido la esposa perfecta durante todos los años de mi matrimonio, habría sido imposible esquivar lo que sucedió.

Capítulo 41

—Noelia, siéntate, tenemos que hablar.

Era la primera vez que Yusuf me decía aquellas palabras, y, automáticamente, se me encendió la luz de alarma. Me lo había dicho en turco, y Yusuf no estaba tan familiarizado con el español como para conocer que había una acepción según la cual la palabra *hablar* también implicaba un significado de tener relaciones amorosas con otra persona. Así que deduje fácilmente que lo que quería era decirme algo. La pregunta era el qué. Por mucho que *hablar* pudiese significar tener una relación amorosa en español, la gente se empeñaba en utilizar *tenemos que hablar* como preludeo de una ruptura.

Era un domingo por la mañana. Yo estaba de excelente humor. Faltaba una semana para que comenzaran mis vacaciones, ya se empezaban a notar los días soleados, largos y calurosos de principios de verano. Me estaba ocupando de mis plantas en el balcón y estaba pensando en proponerle a Yusuf ir por la noche al cine a ver la adaptación de una novela que se había estrenado esa semana y que llevaba meses esperando.

También era cierto que esa idea venía motivada por un intento de animarlo porque llevaba días viéndolo con una actitud muy introvertida, muy callada y cerrado en sí mismo. Estaba a punto de averiguar por qué.

Yusuf, con camisa blanca de manga corta, pantalón oscuro de vestir y zapatos, estaba mirando por la ventana del salón, con un brazo levantado sobre su cabeza y apoyado en la pared mientras esperaba a que yo acudiera a su llamada.

Me sacudí la tierra que me había quedado en el regazo. Yo, a diferencia de él, aún no me había arreglado y estaba con un pantalón corto de pijama, una camiseta de tirantes y una chaqueta de chándal.

Entré en el salón secándome las manos y no hizo falta que dijera nada para que se percatara de mi presencia y se diera la vuelta. Su semblante estaba realmente ensombrecido. Notaba ese aire y esos gestos desesperados y apenados que mostraba cuando teníamos problemas y nos distanciábamos, cuando yo lo acusaba de falta de confianza en mí o de faltarme al respeto.

—¿Qué pasa? —le pregunté, impacientándome.

Empecé a repasar mentalmente si habíamos tenido algún problema reciente, si yo había hecho algo *malo* durante los últimos días, pero no encontraba nada que se ajustara a esos parámetros. Me parecía que todo estaba correcto entre

nosotros. Deduje que por fin me iba a hacer partícipe de lo que lo había mantenido en vilo las últimas semanas.

—Siéntate —me sugirió, arrastrando una silla del comedor.

—No me quiero sentar. —Empezaba a hacer esfuerzos por mantener a raya la inquietud y la preocupación que me estaba despertando—. Dime. Qué. Pasa —dije marcando cada palabra y haciéndole ver que estaba perdiendo la paciencia.

—Está bien. Como quieras. Noelia, escucha, yo no sé cómo decirte esto. Eh... Voy a casarme.

Estábamos los dos ahí, de pie en el salón, con la mesa de comedor entre ambos y cada uno sujeto a una silla. Él dio su noticia y se calló esperando mi reacción, pero yo no tuve ninguna reacción porque no entendía nada. No sabía qué me estaba diciendo, pero, en cualquier caso, era evidente que no me estaba diciendo que nos había tocado la lotería. A decir verdad, él nunca podría darme esa noticia, otra norma religiosa, solo pueden hacer uso y disfrute del dinero conseguido por medio del trabajo. Si ganase un premio económico gracias a un juego de azar, tendría que rechazarlo, de modo que, ¿para qué jugar?

Meneé la cabeza ligeramente a ambos lados y entrecerrado los ojos como si de esa forma pudiera sacudirme la noticia de encima, dar marcha atrás dos minutos y seguir con mi vida normalmente. Pero eso no era posible, lamentablemente.

—¿Qué dices de casarte? Tú y yo estamos casados —me sentía un poco estúpida dándole esa información, pero es que estaba realmente perdida.

—Sí, lo estamos —percibí cómo le costaba explicarse, lamentando que yo no lo hubiera entendido desde el primer momento—. Pero sabes que podemos contraer matrimonio con más de una mujer.

El aire que estaba en mi cuerpo fue saliendo, pero no entraba aire nuevo. El acceso a mis pulmones se había bloqueado. Mis nudillos perdieron su color por la fuerza con la que me aferré a la maldita silla. Mis ojos se agrandaron y en mi cara se instaló una expresión de pánico, sorpresa, incomprensión, dolor, odio, decepción, rencor y podría seguir con la lista de sentimientos negativos que me produjo aquella noticia.

Todo a mí alrededor empezó a dar vueltas hasta que desapareció en una niebla gris. El suelo a mis pies se deshizo, destruyéndose como en una cascada, y yo me quedé suspendida en una pequeña plataforma circular rodeada de lava.

Evidentemente, Yusuf supo que por fin había comprendido su mensaje.

—¿Has estado viéndote con otra persona? —le grité sin saber si lo estaba preguntando o afirmando.

—No —me respondió calmadamente en un intento por no dejarse arrastrar por mi histerismo y mis gritos—. No me he estado viendo con nadie, simplemente se ha acordado el matrimonio. Sabes que *no me veo con nadie* antes de casarme.

Me reí nerviosamente por su patética respuesta. Empecé a notar el dolor que me causaba yo misma al asirme con tanta fuerza y me solté. Comencé a ir de un lado a otro de la habitación como una auténtica demente. Tenía dentro de mí una bomba a punto de explotar. Y no sabía cómo iba a explotar porque tenía al mismo tiempo ganas de reírme histéricamente, llorar desconsoladamente, arrancarme la piel a jirones, salir huyendo, dar marcha atrás al reloj, abofetear a Yusuf, saltar por la ventana y romper plato a plato toda la vajilla que nos habían regalado sus padres.

No podía estar quieta, iba caminando incesantemente de esquina a esquina mientras luchaba con mis pensamientos y sentimientos atropellados. Yusuf esperaba cauteloso mi explosión.

—Estás de coña, ¿no? No me lo puedes estar diciendo en serio.

Lo miré al tiempo que yo me pasaba las manos por la cara con excesiva fuerza. No me lo podía creer y le estaba dando la oportunidad de desmentirlo. Más tarde aprendí que mi reacción no era otra cosa que la consecuente etapa de negación.

Su manera de responderme fue agachar la cabeza. Sí, por supuesto que me lo estaba diciendo en serio. Me estaba diciendo que pretendía que yo compartiera mi marido, mi casa y mi vida con otra mujer. Tenía el suficiente valor para proponerme algo así, pero no tenía el valor para decírmelo mirándome a los ojos.

—¿Has perdido totalmente la cabeza? ¿Después de veinte años no me conoces en absoluto? ¿Te crees que voy a rebajarme a ver cómo metes en mi cama a una completa desconocida? ¡Si quieres casarte con otra, cástate, pero ten los cojones de dejarme antes!

—Noelia, ¿puedes calmarte? No lo estás entendiendo...

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Para empezar, no te quiero dejar; quiero seguir siempre contigo. En segundo lugar, así podría tener hijos y en...

—¡¿Qué?! ¡Si tú nunca has querido tener hijos!

—No, desde luego que no para que los convirtieses en infieles. Y en tercer lugar, no es una desconocida. Elcin es...

—¿Elcin?!

La carga de la bomba que tenía en mi interior se elevó al cuadrado. Yusuf pensaba que yo estaba al borde de estallar y que no podría albergar más ira en un mismo momento; yo también lo creía, pero comprobé que ambos nos equivocábamos cuando pronunció el nombre de Elcin. Si yo fuera un dibujo animado, en ese momento me habría convertido en pura llama.

Toda esa situación sobrepasó mi límite de aguante y ya no estuve dispuesta a escuchar una palabra más.

—Sal de mi vista —le dije en un tono bastante tranquilo teniendo en cuenta las circunstancias.

—Espera, Noelia. Entiendo que ahora no...

—¡Fuera!

—Si lo...

—¡Que te vayas! Sal de aquí y no vuelvas antes de que anochezca.

Me giré para no tener que verlo más mientras se iba. Dudó unos segundos sin moverse, pero, finalmente, aceptó y se marchó, y yo me quedé sentada en un rincón, abrazándome a mí misma y exteriorizando mi dolor en forma de agua salada.

Capítulo 42

Kuma. Un término que quiere decir exactamente eso, esposas sucesivas a la primera. Una palabra que no existe en español porque, al no haber poligamia en nuestra sociedad, no tenemos la necesidad de hacer distinción entre mujeres. Pero es un concepto que sí recoge el idioma turco porque para ellos es una realidad. Una realidad no del todo exenta de tabúes.

Con la mitad de la población turca jugando a ser occidentales modernos y la otra mitad desviviéndose por conservar sus tradiciones más conectadas con el mundo árabe, la poligamia quedaba en un limbo cultural en el que se aceptaba, pero se enmascaraba.

Segundas o sucesivas nupcias no estaban admitidas desde un punto de vista legal, es decir, que el código civil no lo contemplaba. Sin embargo, sí lo permitía la religión islámica, y eso es más que suficiente para una sociedad que respeta más los dictados de un supuesto dios que las leyes elegidas de forma soberana.

Por lo tanto, si un hombre desea tener más de una esposa, se puede casar siguiendo un rito religioso y se considera igual de válido o más a ojos de la sociedad que si el enlace fuera civil.

Es cierto que en Turquía no eran habituales los casos de poligamia. En general, se asumía el modelo de la familia formada por un hombre y una sola mujer, pero si en algunos casos *era necesario* contraer matrimonio con una segunda mujer, se hacía sin ningún miramiento porque la religión lo permitía.

Digo si en algunos casos *era necesario* porque la mayoría de las veces, en este país, un hombre tomaba una esposa adicional no por simple capricho, sino por circunstancias que le conducían a ello. Por ejemplo, en el caso de que su primera mujer estuviera enferma, no pudiera tener hijos, o en el caso de que la segunda chica necesitase ayuda para no quedarse sola.

Sean cuales fueran los motivos, a mí todos me parecían injustificados. No hacía falta casarse con alguien para ayudarlo, y, en otros casos, lo único que se buscaba era tener sirvienta y prostituta gratis veinticuatro horas de servicio.

Aun cuando se daban estos casos de segundo matrimonio *por fuerza mayor*, se intentaban enmascarar, como decía anteriormente.

Al igual que mis suegros habían acogido a una ahijada en su casa, otros muchos podían decir que también tenían a una pariente con ellos cuando en realidad era la *kuma*. No era el caso de mi familia política, mi suegro no se había casado con Elcin. No. Ella iba a ser la segunda esposa de Yusuf.

Desconocía las razones por las que Yusuf iba a hacer aquello. Suponía que habría presiones familiares y que la situación era más complicada de lo que yo sabía. O quizá no. A lo mejor solamente se había enamorado de la chica, que representaba el prototipo de mujer que él siempre había querido para sí.

¿Sería cierto que se le había despertado la vena paterna? Ahora resultaba que quería tener hijos. Si en algo él había tenido razón, había sido en que nunca nos habríamos puesto de acuerdo en la educación de los niños.

Él los haría creer a pies juntillas en cosas que no podría demostrar y los haría seguir normas que no les permitiría cuestionar. Por el contrario, yo no les impondría ningún pensamiento y me gustaría que cuestionaran todo, que juzgaran todo según sus propios criterios. Los animaría a leer todo tipo de corrientes y opiniones respecto a religión, política, filosofía... para que a la postre, se formasen la suya propia. Los querría libres; libres de pensamiento, que es la única libertad total de la que podemos disfrutar en este mundo.

Habríamos terminado jugando un partido de tenis con nuestros propios hijos de haberlos tenido. Seguro que me hubieran pedido a mí permiso para cosas en las que no lo hubieran obtenido por vía paterna y yo se lo habría dado y les habría dicho «pero que no se entere tu padre».

Tampoco me habría gustado convertir mi matrimonio ni mi familia en una guerra fría con conspiraciones a tres bandas.

Tal vez Yusuf tuviese hijos con Elcin y se convirtiesen en una familia muy bien avenida. A lo mejor la razón era esta.

Me daba igual lo que fuera y no quería saberlo. No había palabras en el mundo, en ningún idioma, que sirvieran para darme una explicación que yo pudiera aceptar.

Capítulo 43

Aquel día en que estalló mi vida, me puse a recoger mis cosas después de pasar horas en aquel rincón hasta quedarme seca. Había que levantarse y seguir. Aún no sabía qué hacer ni, mucho menos, qué haría a largo plazo, pero era importante ir dando pasos, especialmente, no quería seguir allí cuando Yusuf volviera.

No quería tener que ver a aquella persona que, desde luego, no era mi marido. De pronto Yusuf se había convertido en un auténtico desconocido que era capaz de decirme que se iba a casar con otra mujer. El chico moreno y cariñoso que había conocido hacía diecinueve años en una universidad de Madrid nunca me habría hecho eso.

Metí algo de ropa y objetos de aseo en una maleta pequeña y busqué un hostel cerca del Instituto (cuánto echaba de menos a Macarena). Reservé habitación para una semana, el tiempo que me restaba para empezar a disfrutar de mis vacaciones.

Esa noche la pasé echada sobre la estrecha cama del hostel, mirando al techo y sin parar de pensar en lo que me estaba ocurriendo.

Era incapaz de asumirlo. De tan increíble me parecía irreal. A cierto nivel, deseaba, necesitaba que Yusuf me lo explicara, pero, realmente, ya no me importaba lo que tuviera que decirme. Ninguna explicación serviría para justificar que hubiera decidido contraer matrimonio con otra persona.

Era una situación que denotaba demasiadas cosas que no podía ignorar. No me respetaba ni como cónyuge, ni como mujer, ni como persona. Me había humillado, insultado, decepcionado y vejado. No tenía en cuenta mis sentimientos ni mis opiniones y era incapaz de empatizar. Era más que evidente que no había cambiado sus opiniones sobre la desigualdad entre hombres y mujeres, parecía más bien que las consideraba más acentuadas que nunca o, tal vez, simplemente se trataba de que nunca me las había revelado hasta tal punto o que yo no las había querido ver en toda su crudeza.

Pero la lectura más importante de todas, la más obvia, era que ya no me quería. No podía quererme si era capaz de hacerme tal daño indescriptible. Cuando estás enamorado de alguien, no necesitas a nadie más en tu vida. Y a mí no me gustaba estar donde no se me quería.

Pasé los siguientes días como una autómatas, yendo del trabajo al hostel y del hostel al trabajo sin apenas comer ni dormir, sintiéndome demasiado humillada

como para contárselo a alguien y con mi cabeza convertida en una lavadora que centrifugaba sin descanso la misma prenda. No podía dejar de pensar en ello.

¿Elcin? Parecía imposible que ella tuviera algo que ver, pero ¿quién podía estar seguro? Las mosquitas muertas son las peores, y yo ya dudaba de todo. Nos habíamos llevado bien, había depositado mi confianza en ella y, modestia aparte, la había apoyado y ayudado en muchos momentos. Por supuesto que me dolía, pero, sinceramente, la traición de Yusuf me desgarró tanto que no dejó lugar para que pudiera odiar a Elcin. Simplemente la desprecié y la borré de la pequeña lista de personas que me importaban.

Esperaba que ocurriera aquello desde que me fui de casa. Creo que sucedió el miércoles, es decir, tres días después.

Estaba segura de que vendría un mensajero, o quizá más de uno, para hablar conmigo. Apostaba que sería mi cuñada o mi suegra las que se presentarían a la puerta de mi centro de trabajo, o incluso las dos juntas. Aquella gente me parecía tan falta de juicio que hasta había contemplado la posibilidad de que fuera la propia Elcin la que me abordara, ante la cual no sé cómo habría reaccionado, pero desde luego, no habría sido con parabienes.

Qué estúpida fui al pensar aquello, ¿cómo iban a ser ellas si estaban deseando perderme de vista incluso antes de que entrara a formar parte de su familia?

No sabía qué pensar respecto a Yusuf. Tiempo atrás, yo habría pronosticado que ante una situación así, él se presentaría cada día delante de mi puerta hasta que yo accediera a hablar con él, pero yo ya no conocía en absoluto a la persona con la que me había casado hacía dieciocho años. Resultaba que se había convertido en un cobarde incapaz de dar la cara. Ese era su problema, lo que me preocupaba era que todavía, en algún remoto rincón de mi ser, había algo que se decepcionaba cada día un poquito más cuando miraba el teléfono y no veía mensajes ni llamadas de Yusuf, cuando subía al hostel y la dueña no me paraba para decirme que alguien había preguntado por mí. Yo lo visualizaba como unas pocas hormiguitas que tuviera dentro que se echaban al monte como los maquis porque no les gustaba lo que estaba pasando y se negaban a someterse a los dictados de quien estaba al mando.

Era mi razón la que estaba al mando y me decía que lo que me habían hecho no tenía perdón, que yo valía mucho más que eso y que no había vuelta atrás. Se había terminado.

Yo me enfadaba conmigo misma, con ese reducto que no aceptaba la realidad, que no quería saber nada de la traición que había sufrido, que no quería atender a razones por más que yo le dijera que había que sacar el orgullo y hacerme valer. Si Yusuf no se ponía en contacto conmigo, mucho mejor, porque lo que tenía que hacer era olvidarme de él cuanto antes.

Sea como fuere, aunque había esperado toparme con algún correveidile, no había contemplado la opción de que fuera la persona que vi aquella tarde en la acera de enfrente con la mirada fija en la puerta del Instituto Cervantes.

Me concedí unos segundos para insuflarme fuerzas haciendo ver que me colocaba la cazadora y el bolso. Fue todo lo que necesité, unos pocos segundos para cruzar la calle con la cabeza bien alta y teniendo muy en cuenta en qué lado de la partida estaba yo.

—Hola, Ekrem.

—Buenas tardes, Noelia.

Después del saludo se instaló entre nosotros un silencio incómodo. Yo no tenía ninguna intención de llevar las riendas. No había sido yo la que lo había ido a buscar a la salida de su trabajo. Ekrem se dio cuenta de que yo no iba a colaborar y dejó los preámbulos de lado.

—¿Tienes un momento? Me gustaría hablar contigo.

—Pues... —titubeé—. Es que no tengo nada de qué hablar.

—Por favor. Nadie sabe que estoy aquí.

Con eso quería decir que no lo enviaba Yusuf. «Nadie sabe que estoy aquí». Nadie. En eso se había convertido mi marido para mí. En alguien innombrable, en un muro de tabúes. Las palabras, el lenguaje, tan importantes para mí. Tan importantes que me daban de comer y que habían llenado mi vida a nivel personal y profesional. Yo las conocía bien y sabía que siempre decían mucho más que su simple significado.

No contesté, me mantuve en silencio a un palmo de Ekrem porque unos transeúntes me habían obligado a dar un paso adelante para dejarles espacio en la acera. La quietud no tiene cabida en las grandes ciudades. El amigo de Yusuf se tomó mi silencio como una aceptación.

—¿Dónde te estás quedando? Puedo acompañarte.

—No te lo tomes a mal, pero prefiero no decírtelo.

El segundo de más que tardó en responder reveló la decepción que le causó mi respuesta, pero, en cualquier caso, supo que estaba accediendo a hablar con él. Me cogió del brazo y nos encaminamos calle abajo.

—Como quieras, pero de todos modos será mejor que nos movamos de aquí.

Anduvimos en silencio por las calles bulliciosas hasta una pequeña plaza. Nos sentamos en la terraza de un puesto de helados. Pedí por pedir, mirar fijamente cómo mi helado de fresa se derretía en la tarrina era lo más parecido a una escapatoria.

—Recuerdo el día que te conocí —empezó Ekrem—. Si supieras lo nervioso que estaba Yusuf...

—¿Has venido para hablarme de eso? —lo interrumpí.

—No, perdona —se disculpó, cohibido por mi reacción—. Solo quería decirte que las cosas no son como crees. Yusuf te quiere. Te quiere mucho y lo está pasando mal. Llevas aquí muchos años, sabes lo que supone el peso de las tradiciones y la presión social. Tiene que...

Ya había escuchado más de lo que estaba dispuesta a oír.

—Ekrem, no te lo voy a tener en cuenta porque sé que lo haces con la mejor intención. Escúchame bien porque no voy a volver a hablar de esto. No sé qué te habrá dicho Yusuf, pero por mucho que te haya contado, no tienes ni puta idea. Dices que me quiere mucho. No sé cuánto es mucho exactamente, pero si la presión social y las tradiciones, como tú lo llamas, pueden más, para mí no es suficiente. Mi marido me ha traicionado y me ha faltado al respeto. Lo primero no lo voy a perdonar, y lo segundo no lo voy a consentir. No hay nada más qué decir.

Ekrem debía de haber pensado con antelación todo lo que me iba a decir, mis posibles respuestas y reacciones y qué me contestaría, pero mi firme alegato lo dejó sin palabras. Me vio como yo quería que me viera, totalmente decidida, presentando una postura sin la más mínima grieta que lo pudiese animar a hacerme cambiar de opinión con sensiblerías y excusas.

—Perdóname, Noelia, quizá no haya sido una buena idea que viniera. Yo solo quería...

—Ya sé lo que querías, no tienes que disculparte. Ahora tengo que irme.

Ekrem echó un vistazo a mi helado derretido. Sé que estaba intentando encontrar algo apropiado que decir para retenerme. Quería decirme que me tomara tiempo para pensar, que no adoptase determinaciones radicales tan pronto. Quería saber mis planes, quería conocer si tenía la intención de quedarme en Estambul o marcharme. Quería hacerme saber que podía contar con él, llamarlo cuando quisiera. Quería ofrecerse para ayudarnos. Puede que también le hubiera gustado añadir que Yusuf y yo hacíamos una buena pareja, que se notaba que nos queríamos y que quería seguir viéndonos juntos. Pero

afortunadamente no dijo nada de eso, yo no lo hubiera soportado. Masculló una pobre despedida y cada uno se fue por su lado.

Capítulo 44

Lo había sabido desde el primer momento, pero fue gracias a la conversación que mantuve con Ekrem, gracias al pequeño discurso firme que pronuncié en voz alta, que fui consciente de cuáles serían mis próximos pasos. Volvía a Madrid.

En ese momento era una decisión relativamente sencilla. Mis dos meses de vacaciones estaban por delante, solo tenía que subirme a un avión. Tendría sueldo y mi dormitorio siempre disponible y preparado en Madrid. El problema vendría después. ¿Iba a volver a mi trabajo fijo en Estambul? Me gustaba lo que hacía, pero, ¿quería volver a Turquía? Tenía muy claro que no. Podía pedir el traslado a cualquier otra sede, ya no importaba el destino, o podía pedir una excedencia mientras intentaba buscar otro trabajo en España.

Tenía tiempo para pensarlo y tomar una decisión, pero algo me decía que me establecería de nuevo en casa. La idea de volver a verme paseando por Madrid, estar con a mi hermano, conocer al sobrino que me había dado, pasar tiempo con mi madre me atrajo de pronto. Una idea que había estado anestesiada mucho tiempo, pero que se acababa de despertar abrupta y violentamente. Y esta idea me condujo a otra...

Los días que me quedaban los aproveché para volver al piso cuando sabía que Yusuf no estaba allí, para empaquetar mis cosas, que enviaba por mensajería a casa de mi madre.

Fue en ese momento cuando supe valorar la decisión que tomó Yusuf respecto a afrontar solo el pago de la casa y me pareció mucho mejor la subsiguiente determinación que tomé yo sobre que la propiedad fuera exclusivamente suya. Eso me permitió hacer exactamente lo que estaba haciendo, irme sin tener que mirar atrás.

Yusuf, lógicamente, sabía que yo iba y me dejaba notas que apenas leía y tiraba a la papelera con desprecio o dejaba intactas como una forma de ignorarlo. En ellas me decía que, por favor, dejara que se explicara, que las cosas no eran como yo pensaba, que hablásemos... Pero no fue más allá de eso. No intentó hacerse el enconadizo conmigo ni tampoco me llamó. Se podría decir que respetaba mi decisión, mi espacio y mi duelo, pero, por supuesto, no se trataba de respeto, sino de miedo y cobardía. Fuera lo que fuese, estaba bien porque yo no quería verlo.

El día que acabé de sacar todos mis objetos personales de aquella casa, salí del piso sin lágrimas ni un ápice de melancolía. Yo ya me había colocado las anteojeras y me centraba en el futuro. ¿De qué valía lamentarse por lo que no había resultado?

Me dirigí a casa de mi cuñada antes de dejar aquel barrio para siempre. Cargaba con una pesada caja de cartón que contenía los libros de Sahra que le había estado guardando desde que no levantaba un palmo del suelo.

Cuando Fatma me abrió la puerta de su piso, se le iluminó la cara, pensando, quizá, que yo iba a hablar con ella, que ya se me estaba pasando el *enfado* y que haría lo *correcto*, es decir, aceptar la situación. Nada más lejos de la realidad.

Me invitó a pasar, pero rechacé su oferta porque mi propósito me iba a requerir muy poco tiempo y pregunté por su hija, que es a quién realmente había ido a ver.

Fatma llamó a su hija con un grito sin apartar sus ojos de mí ni un segundo, como si temiera que si lo hacía, yo me volviese a esfumar. Sahra se acercó a la entrada contenta de verme y esperando que yo le diera mi versión de lo que estaba pasando. Evidentemente, ya habría oído algo y notaría el ambiente enrarecido, pero conociendo como conocía a esa familia, ponía la mano en el fuego apostando a que no le habían informado claramente de la situación.

Fatma, como digna hija de su madre, se quedó en un segundo plano para no perder detalle. Ni ella ni su hijo, que asomó la cabeza desde una habitación del fondo, tuvieron suerte. Hablé a Sahra en español, por mucho que sus orejas estuvieran atentas, no entenderían nada.

La chiquilla también me invitó a pasar, pero me limité a poner en sus brazos la caja que contenía sus libros.

—Te traigo los libros que tenías en mi casa. No te los puedo seguir guardando.

El semblante de la cría mudó repentinamente mostrando duda, pero especialmente preocupación. Empezaría a relacionar los rumores que había escuchado durante esos días con mi ausencia y con lo que estaba presenciando en ese momento y, evidentemente, la conclusión que sacó de la comunión de esos tres elementos fue la correcta.

—¿Por qué? —me preguntó con un hilo voz.

—Mira, ahora no puedo quedarme, pero tengo algo que proponerte —dije ignorando su pregunta—. Tú lo dijiste el otro día. Ya tienes dieciocho años y

puedes hacer lo que quieras —hice una pausa para que me prestara toda su atención—. ¿Quieres ir a España a estudiar biología?

Mi sobrina se quedó sin palabras, me miraba sin pestañear, intentando digerir la propuesta, dudando si era real. Lo sentía por ella, pero no había tiempo para que superara el shock, valorara todas sus alternativas y tomara una decisión.

—Piénsalo. Si quieres ir, prepara el pasaporte, nos vamos en dos días.

Y me marché dejando a los tres convertidos en estatuas de sal.

Epílogo

Cogimos un taxi y justo cuando estaba a punto de decirle al taxista la dirección de mi casa, algo se cruzó en mi cabeza y cambié de opinión a pesar de que estaba lejos de creer que había tenido una buena idea.

Sahra no despegaba la nariz de la ventanilla y miraba fascinada el trajín cotidiano que se producía en las calles de Madrid, era la primera vez que salía de Turquía y su entusiasmo era palpable. Ella no había tenido ninguna duda a la hora de tomar su decisión. Si hubiera hecho el ejercicio de valorar las dos alternativas poniéndolas en una balanza, esta habría volcado. Por un lado, tenía la opción de seguir en su barrio de siempre, rodeada de una familia que no le daba ninguna libertad para experimentar y sin muchas expectativas de que llegasen a consentirle iniciar el camino universitario que ansiaba; del otro lado se le abría un horizonte en otro país, donde podría desinhibirse.

Me sorprendió su valentía porque, a pesar de la gran oportunidad que le brindaba, sabía que no es fácil tomar una decisión de este tipo, especialmente sin contar con el apoyo de la familia. Porque Sahra no lo tuvo. Sus padres no aprobaban la idea, la habían amenazado incluso con darle la espalda, pero solo se quedaría en eso, en una amenaza. Tenían cuatro años por delante para digerirlo mientras la echaban de menos y aprendían a valorarla tal y como era.

Mi sobrina había dado por hecho que íbamos a casa de mis padres, es decir, de mi madre, y por eso se extrañó cuando me vio llamar al timbre de aquella puerta que tenía una placa, pero antes de que pudiese formular su pregunta, nos abrieron.

Nos examinamos el uno al otro detenidamente y en silencio hasta que conseguimos incomodar a Sahra, que se limitaba a mirarnos alternativamente con cara de pasmo mientras pasaba su peso de una pierna a otra.

—¿Es tu hija? —me preguntó, dándose cuenta por primera vez de la presencia de la chica.

—Mi sobrina.

—Pasad.

Nunca habría dicho que nuestro reencuentro sería así. Podría haber anticipado abrazos emotivos, ansia contenida, incluso puede que reproches y acusaciones. Daría por seguro preguntas del tipo qué tal estás, cómo te va todo; pero nunca habría adivinado esa escena falsamente fría que hacía pensar que la última vez que nos habíamos visto fue el día anterior.

Dejamos nuestras grandes maletas en el recibidor y atravesamos un largo pasillo desde el que vimos un despacho en el que había varias personas trabajando con la radio sonando de fondo. Nos invitó a entrar en una pequeña salita amueblada con un sofá y varias sillas, cada una de un estilo diferente; una mesilla cubierta de revistas y periódicos y una máquina de café. Tenía una pequeña ventana sucia, sin cortinas.

—¿Queréis un café? —nos ofreció.

—Sí, por favor —acepté—. ¿Sahra?

—No, gracias.

Nos invitó a tomar asiento. Notaba la incertidumbre de Sahra que no entendía nada de lo que estaba pasando, pero su personalidad tranquila y analítica la previnieron de hacer preguntas apresuradas. Ella observaba, creando sus propias teorías y tal vez, viviéndolo como una aventura. Sin embargo, yo aún me estaba preguntando qué me había llevado hasta allí y, sobre todo, qué iba a decir. Agradecí que sus primeras palabras al verme no hubieran sido «qué haces aquí» o «qué quieres» porque no habría sabido qué responder.

Estuvimos callados mientras la máquina trabaja ruidosamente preparando nuestras bebidas y llenando ese silencio que nos incomodaba.

—¿Sabes? —me dijo entregándome el vasito de plástico con el café—. Ha pasado tanto tiempo que pensé que realmente tú tendrías razón y yo me equivocaría; pero al final... veo que ha terminado ocurriendo.

—¿Que tendrías razón en qué, Miguel?

—En que tu relación no funcionaría y que volverías.

Esbocé una sonrisa desgana y bajé la vista hasta el café para volver a levantarla con más determinación y mirarlo a los ojos.

—Supongo que es una manera de verlo. Pero ¿sabes? No he pensado en otra cosa desde hace una semana y me he dado cuenta de que tenía dos opciones. Una, creer que mi matrimonio y, por ende podría decir que mi vida, ha sido un fracaso, una mentira. O dos, asumir que todo lo que he vivido fue. He sido feliz, me he sentido muy amada y he ido haciendo en cada momento lo que he creído que debía hacer. Así que no me parece que ni haya vivido una mentira todo este tiempo, ni que mi relación no haya funcionado. Mi matrimonio ha funcionado durante dieciochos años. Ahora se ha terminado, pero eso no significa que todo lo bueno que me ha sucedido se borre.

Miguel, de pie, apoyado en la pared junto a la ventana, me escuchaba atentamente, con la cabeza ladeada y su vasito de plástico entre las manos. Me

dedicó una sonrisa tímida cuando terminé mi respuesta. No supe si significaba que él interpretaba que me estaba autoconsolando con argumentos pobres o que le gustaba que hubiera adoptado esa postura de actitud positiva.

Los años no le habían sentado del todo bien. Había ganado una corpulencia que tenía descuidada. Los rasgos de expresión de la cara eran acentuados, su piel estaba curtida. Conservaba su mata de pelo liso que empezaba a encanecer por los laterales. Seguía vistiendo de modo informal, pero no tanto como cuando éramos inseparables.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —repetí su pregunta—. ¿Te refieres a los últimos dieciocho años?

Lo pregunté de modo irónico, pero Miguel se lo tomó en serio y me contestó afirmativamente.

—Va a ser un poco largo de contar...

—Tengo tiempo —dijo—. Y a juzgar por la cara que pone tu sobrina, diría que ella también quiere escucharlo.

Cogió una de las sillas, la giró para sentarse al revés, apoyando los brazos y la cabeza en la parte superior del respaldo.

Era todo muy extraño. Una situación extrañamente familiar. Como si la parte de mi vida que había transcurrido en Turquía se pudiera meter entre dos paréntesis y lo que quedaba a ambos lados de ese paréntesis estuviese, de pronto, muy cerca. Como si juntar dos puntos lejanos de un mapa fuera tan sencillo como recortar lo que quedaba en medio.

Casi dos décadas después, todavía era Miguel. No importaba que no hubiésemos hablado durante todo ese tiempo, que no nos hubiéramos visto. La familiaridad y la confianza que tenía con él seguían intactas. Fue un descubrimiento muy positivo y gracias al cual me fue posible relatarle mi historia con total honestidad.

—Deberías escribir tu historia.

—¿Qué dices...?

Habíamos dejado a mi sobrina en el sofá de la salita de descanso donde se había quedado dormida cuando empecé a contar la parte del relato que ella ya conocía. Miguel y yo nos trasladamos a la sala de reuniones de una oficina ya vacía, silenciosa y apagada, donde habíamos cubierto la mesa de envoltorios de comida china y vasos de cartón.

Ya era de noche en Madrid, se filtraba la luz de las farolas por los ventanales y nos era suficiente para continuar nuestra conversación en semipenumbra.

—Te lo digo en serio, Noelia. Yo te la publicaré.

Me limité a reírme de su ocurrencia sin dignarme a responder.

—Siempre te gustó escribir —insistió—. Era tu sueño. Fueron las dudas las que te llevaron a Turquía; todo ese tiempo en el que no sabías qué hacer, cuando, en realidad, sí lo sabías.

—Claro, Miguel. Sería mi sueño si tuviera algún talento.

—¿Crees que no lo tienes? Aún recuerdo los relatos que escribías cuando estábamos en la universidad.

—¡Por Dios...! ¿Eso?

—Sí, eso. Aunque me doliera, entiendo que no quisieras creer que mi opinión era sincera cuando te elogiaba. Pero que no me creas ahora... He levantado esta editorial de la nada y puedo pagar las facturas gracias a mi criterio para seleccionar las buenas historias de las que no lo son.

No había ninguna epidemia, no estábamos en cuarentena, no estábamos encerrados dentro de un barco ni tampoco éramos todavía unos ancianos. No había ningún punto de comparación, pero, por algún motivo, mi permanente compulsión de comparar mi vida con las novelas que leía me llevó a recordar *El amor en los tiempos del cólera*.

Si te ha gustado
El bote de espinas

te recomendamos comenzar a leer

Asesino fantasma

de Juan Carlos Mato



Prólogo

La oscuridad inundaba la habitación. Las persianas, bajadas hasta no dejar una sola ranura por la que pudiera colarse la iluminación nocturna, impedían al alba, día tras día, ganar terreno a la lobreguez de la noche. A Susana le gustaba despertar con la luminosidad del nuevo amanecer y se sentía perdida en la tiniebla. Solo el despertador de la mesilla, con sus dígitos rojos resplandecientes, le ofrecía cierta orientación dentro de la habitación en sombras. Sus sentidos se veían mermados ante la escasez de claridad, echaba de menos observar el reflejo de la persiana ligeramente levantada cuando un

vehículo pasaba por la carretera a horas intempestivas y dibujaba figuras disformes cambiantes en el techo. Iván no lo soportaba. Le resultaba imposible conciliar el sueño si se colaba un ápice de luz del exterior. Desde que se casaron, Susana se había visto sumida cada noche en una penumbra eterna a la que no terminaba de acostumbrarse. Habían pasado ya diez años desde aquel día en que uniera su vida a la de su novio de siempre y todavía seguía añorando la luz filtrada a través de los agujeros de la persiana.

Miró la hora en el despertador. Las tres y cuarto. Demasiado temprano para pensar. Iván dormía profundamente en el lado derecho de la cama y, como siempre, le daba la espalda. Decidió levantarse y tomar un vaso de leche; quizás así relajaría sus pensamientos y vencería el insomnio que desde meses atrás la mortificaba durante buena parte de la noche.

Abandonó el lecho sin que su marido percibiera su ausencia y salió de la estancia de puntillas hasta llegar a la cocina. La luz del frigorífico le hizo cerrar los ojos cuando se disponía a coger el cartón de leche para servirse una taza. Después se sentó en un cómodo sillón del salón desde donde podía apreciar la calle desierta a través de la ventana del segundo piso, sin persianas, solo con una opaca cortina verde que Iván se empeñaba en echar todas las noches. La abrió poco a poco hasta que su rostro se vio bañado por la luz exterior. Bebió un sorbo y cerró los ojos; se sentía bien, relajada mientras el calor de la taza acariciaba sus manos ateridas por la oscuridad del dormitorio.

De repente, el murmullo del viento al colarse por las rendijas llegó hasta sus oídos como un susurro. Era un alarido suave, nacido del dolor; las lamentaciones de los espíritus atormentados que vagaban a través de las horas nocturnas. *Te echo de menos*, le pareció escuchar. Susana se arrellanó en el asiento, una caricia le recorrió el rostro y le hizo esbozar una sonrisa en el momento en que un mechón de su cabello invadía y acariciaba sus mejillas pálidas y frías. *He venido a ti*, escuchó con nitidez.

Susana abrió los ojos inquieta, se reincorporó en el sillón y dejó la taza de leche caliente encima de una mesita repleta de revistas y periódicos viejos. Miró a su alrededor: el salón estaba desierto. El viento continuaba golpeando la ventana y la sombra del sauce llorón de enfrente, reflejada sobre el suelo, parecía estática pese a que las ramas eran zarandeadas con fuerza por ese viento que, un momento atrás, le había susurrado al oído. Las ramas se movían al tiempo que su sombra permanecía impasible.

Se levantó del sillón y avanzó con cautela por el largo pasillo de entrada. No sabía muy bien por qué lo hacía a oscuras. Si en verdad había alguien, lo más razonable habría sido pulsar el interruptor.

He venido a ti, volvió a escuchar para, inmediatamente, vislumbrar entre la penumbra del pasillo el contorno de una figura humana. Se sobresaltó y encendió de inmediato la luz. Nadie.

¿Lo había visto o creía haberlo hecho?

Se tapó la boca con la mano para ahogar un suspiro y miró al suelo: allí seguía, dibujada sobre las baldosas grises, la sombra del sauce llorón moviendo por fin sus ramas al ritmo que marcaba el viento. Se sacudió la cabeza. *Estás muy cansada, Susana*, se dijo, y decidió volver al dormitorio oscuro y frío, a esa cama de matrimonio en la que su marido le daba siempre la espalda. Se acostaría despacio para no despertarlo, para que Iván tampoco percibiese su presencia. Una lágrima recorrió su gélida mejilla mientras miraba, de nuevo, el despertador con sus dígitos rojos. Las tres y cuarto. *Qué extraño*, pensó. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido durante aquellos instantes. Debía dormir, lo necesitaba. Era demasiado temprano para pensar.

La taza de leche se enfriaba sobre la mesita repleta de revistas y periódicos viejos.